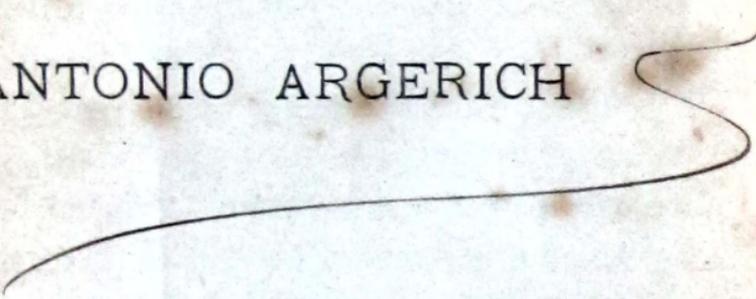


INOCENTES Ó CULPABLES

NOVELA NATURALISTA

A mi distinguido amigo y compañero
POR *Eduardo Sáenz*

ANTONIO ARGERICH



BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL « COURRIER DE LA PLATA »

148 — Calle Piedad — 154

—
1884

PRÓLOGO

Ideas muy altas han presidido la composición de INOCENTES Ó CULPABLES. Ignoro de la manera cómo será recibida por el público esta novela ; pero confío en que todos los hombres rectos y de buena voluntad me harán justicia, y verán que mi obra no es mas que una nota, una vibración de verdadero patriotismo, inspirada por nobles aspiraciones del presente que tienden á prever dolores del futuro.

Si fuera dable adicionar con notas un trabajo literario, no me seria difícil robustecer cada página con citas científicas y estadísticas.

Pero no ha sido mi propósito escribir una obra didáctica, sino llevar la propaganda de ideas fundamentales al corazón del pueblo, para que se hagan carne en él y se despierte su instinto de propia conservación que parece estar aletargado.

En los límites que permite el romance realista moderno, he estudiado muchas de las causas que obstan al incremento de la población, el tema mas vital é importante para la

América del Sur, lo que es decir algo, ya que por nuestra incipiencia cada arista implica un problema en esta parte del continente.

He estudiado una familia de inmigrantes italianos—y los resultados á que llego no son escepciones, sino casos generales; los cuales pueden ser constatados por cualquier observador desapasionado.

Nuestra poblacion se mantiene estacionaria; y sin embargo, pocos pueblos del mundo ofrecen iguales ventajas por su clima y estension para que crezca y se espanda en progresion incalculada.

Actúan aquí causas muy complejas y esta es una cuestion tan árdua que requiere la colaboracion de muchos cerebros.

En mi obra, me opongo franca y decididamente á la inmigracion inferior europea, que reputo desastrosa para los destinos á que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina; y no es sin pena que he leido la idea del primer magistrado de la Nacion consignada en su último Mensaje al Congreso de costear el viaje á los inmigrantes que lo solicitaren.

Conceptúo esto como un gran error económico, del cual participan muchos pensadores argentinos.

La poblacion obedece á leyes físicas de un rígor matemático, y busca su nivel, con las necesidades que demanda el organismo y

aquellas que surgen de las costumbres públicas y privadas, haciendo el hábito que sean tan imperiosas unas como otras.

La intromision de una masa considerable de inmigrantes, cada año, trae perturbaciones y desequilibra la marcha regular de la sociedad,—y en mi opinion no se consigue el resultado deseado, esto es, que se fusionen estos elementos y que se aumente la poblacion. En efecto, si buscamos unidad, seria imposible encontrarla: se habla de *colonias* aun aquí mismo en la Capital de la República y ya tenemos los oidos taladrados de oír hablar de la patria ausente, lo que implica un extravío moral y hasta una ingratitud, inspirada, muchas veces, por el interés que azuza un sentimiento exótico y apagado para que se ame á una madrastra hasta el fanatismo.

Podemos olvidar á los que se *reimpatrian*, á los que vienen muy viejos,—y observando á los que se casan, veremos que tienen muchos hijos y muy grandes, pero nada mas que grandes. Darwin esplica esto: «los cambios pequeños, dice, en las condiciones de vida aumentan el vigor y fertilidad de todos los seres orgánicos, y el cruzamiento de formas que han estado espuestas á condiciones de vida ligeramente diferentes ó que han variado, favorece el tamaño y fecundidad de la descendencia ».

Pero desgraciadamente la reversion se pro-

duce pronto y una vida igual torna los hechos á su anterior estado.

La segunda ó tercera generacion del inmigrante se incorpora á la clase media y ya aquí la poblacion se detiene.

Antes, la familia vivia en el cuarto del conventillo, la subsistencia era barata por lo sóbria, no pensaba en trajes; pero despues, al subir de rango, el crecimiento se detiene al encontrar dificultades para satisfacer las exigencias de una vida mas múltiple.

Tenemos, pues, este hecho contraproducente, por un lado, y ademas, otro muchísimo mas grave: para mejorar los ganados, nuestros hacendados gastan sumas fabulosas trayendo tipos escogidos,—y para aumentar la poblacion argentina atraemos una inmigracion inferior.

¿Cómo, pues, de padres mal conformados y de frente deprimida, puede surgir una generacion inteligente y apta para la libertad?

Creo que la descendencia de esta inmigracion inferior no es una raza fuerte para la lucha, ni dará jamás *el hombre* que necesita el país.

Esta creencia reposa en muchas observaciones que he hecho—y es ademas de un rigor científico: si la seleccion se utiliza con evidentes ventajas en todos los seres organizados, ¿cómo entonces si se recluta lo peor pueden ser posibles resultados buenos?

En la reparticion del ramo se lleva nota de la instruccion de los inmigrantes, pero solo se inquiera si saben leer y escribir y basta que uno de ellos haga dos garabatos ó escriba un nombre con letras de fardo para darle patente de instruccion. Asimismo un 60 % de ellos no saben hacer los garabatos y las letras de fardo mencionados.

El señor Presidente de la República dice que faltan brazos. Esto se debe á que se han hecho grandes empréstitos para obras públicas y el Gobierno quiere que se terminen con demasiada celeridad, método muy discutible en cuanto á las ventajas que pueda traer.

Los ferro-carriles nacionales y provinciales y las obras de la ciudad La Plata, terminarán—y entonces cesará la demanda de brazos, y esas masas volverán á afocarse á las ciudades, trayendo graves perturbaciones: se resentirá la salubridad, subirán mas los alquileres de las casas y aumentará la carestía de los artículos de primera necesidad, causas que evitan el acrecentamiento de la poblacion—y la destruyen á medida que se forma, como observa Malthus.

Nuestro estado social es deplorable: con relacion á la poblacion, los locos, los hijos ilegítimos y los homicidas de sí mismos, nos confinan segun las estadísticas á la categoría de las naciones de marcha mas irregular, en este sentido.

Hay un hecho, que ha llamado mi atención sobremanera.

El último censo levantado en la Provincia de Buenos Aires el año 81, arroja un aumento de 209,261 habitantes sobre la que tenía el 69, en que se confeccionó el censo nacional. Había entonces 317,320 almas.

Sin hablar de los hijos de extranjeros, sobre cuyo número bien se podría hacer un cálculo conjetural, tendremos que descontar los que han entrado en el intervalo de un censo á otro: esto es, 70,130, con lo cual queda reducido el *soi-disant* aumento á 139,131 habitantes en 12.06 años.

En ese lapso de tiempo han entrado en nuestro puerto mucho mas de 400,000 inmigrantes, según acreditan memorias oficiales.

¿Es posible creer que de estos solo haya pasado á la Provincia de Buenos Aires la cantidad enunciada?

Lo dudo mucho y es mi convicción de que en el territorio de la Provincia dicha, hay mayor número de extranjeros que los que consigna el censo del 81.

Podíamos, también, hacer otro cálculo conjetural y es suponer el número de hombres que de otras provincias han pasado á la de Buenos Aires, al quedar garantidas las fronteras con la desaparición de los indios; pero dejaremos este estudio, aunque interesante,

de detalle, para aceptar las cifras que hemos apuntado, tomadas del último censo.

¿Quién que de población se haya ocupado y conozca la feracidad de nuestras llanuras, no se llenará de tristeza al meditar sobre esas cifras?

Y esto es halagüeño si se compara con lo que sucede en las demás provincias. Datos particulares y que me ha costado muchos afanes conseguir, me habilitan para decir que, estudiada en cifras absolutas, la población de la República, puede afirmarse que permanece estacionaria.

Averiguar prácticamente todas las causas que accionan para obstruir el incremento de la población, sería acto por demás patriótico, pero superior á las fuerzas de un solo individuo. Con todo, si la presente obra encuentra apoyo, emprenderé el estudio de una familia argentina, como ahora lo he realizado con otra italiana.

Hace pocos días el Ejecutivo Nacional ha enviado un mensaje al Congreso, acompañando un proyecto para levantar un nuevo censo en la República. Si hay un átomo de patriotismo, será despachado inmediatamente y antes de ocho meses podrá estar terminado.

A él me remito con entera convicción, para que evidencie ó condene las conclusiones á que he arribado.

Interin, creo que seria patriótico una expectativa y no cometer la imprudencia de pagar los pasajes á los inmigrantes.

No debemos olvidar que tenemos en nuestra poblacion escolar (5 á 14 años) mas de 350,000 niños que no reciben ningun género de instruccion, y que solo concurre á las escuelas la cifra relativamente pequeña de 150,000.

Prescindo de comentarios, porque estos hechos se imponen.

Tenemos demasiada ignorancia adentro para traer todavía mas de afuera.

Es un hecho de todo rigor científico, que la poblacion, cuando el medio le es favorable, puede duplicarse *bien fácilmente* cada década.

Estudiando este oscuro problema y tratando de evitar los obstáculos, se conseguiria estender la poblacion, que es el elevado propósito que á todos anima, empero sin la desventaja de entorpecer una marcha regular con una masa de poblacion heterogénea cada año.

Seria el compendio de la capitalizacion de Buenos Aires ; porque recién seremos verdaderamente una nacion constituida cuando las *madres argentinas den ciudadanos argentinos* en las cantidades requeridas por la demanda.

No obstante esto, hago mias las palabras de un distinguido economista: « un pueblo vigoroso, sóbrio, aplicado é industrial, aunque

ofrezca pocos individuos, podrá y valdrá mas que otro numeroso, débil, afeminado y perezoso ».

No está, pues, la fuerza de los Estados en la escesiva poblacion, y por esto vuelvo á repetir, que es deber de los Gobiernos estimular la seleccion del hombre argentino impidiendo que surjan poblaciones formadas con los rezagos fisiológicos de la vieja Europa.

He apuntado un gran mal : al legislador, al poder público, incumbe prevenirlo ó estirparlo ; pero sin dilaciones, porque la República Argentina opera en estos momentos una evolucion de la cual puede levantarse como un gigante ó sumirse en una larga noche de barbárie.

Con lo que he dicho, creo que se me habrá comprendido : el remedio á nuestra escasa poblacion lo tenemos en nuestros propios límites territoriales : existen causas no estudiadas que detienen la poblacion y, mientras no se allanen, no resolveremos satisfactoriamente el problema ni aun con pasajes pagos á los inmigrantes.

Ademas de lo mucho que podria agregar, quiero atenerme á este dato horrible que arrojan nuestras estadísticas: solo de los niños de cero á tres años muere el 36 por ciento!... Estos son datos bien constatados en la Capital, la ley fatal debe ser mucho mas fuerte en el resto del territorio.

Todo esto me ha inducido á estudiar, en parte, este gran problema que encierra el porvenir de nuestra patria—y me ha sido forzoso entrar en estas esplicaciones, no solo porque la composicion literaria no se presta á detalles estadísticos, sino tambien porque queria demostrar que la novela que va á leerse no reposa en un castillo de naipes.

ANTONIO ARGERICH.

Buenos Aires, Junio 6 de 1884.



I

En las inmediaciones del Mercado del Plata, existía un Café y Fonda, que por el tiempo en que principia la presente narracion, gozaba de muy buena fama entre la gente proletaria.

Era su dueño un rudo italiano, llamado José Dagiore.

Diez años ántes, y teniendo él veinte escasos, habia desembarcado, con otros tantos inmigrantes en la playa de la capital argentina.

Siempre, y en toda condicion, es mas fácil la vida para todo el que busca pan ofreciéndose á ejecutar cualquier trabajo manual que no requiere aprendizaje ó estudios anteriores. Lo contrario sucede con las carreras liberales, y en general, con los hombres un poco instruidos.

El inmigrante rústico tiene pocas necesidades, no flota su imaginacion en una atmósfera de vanidad; acepta cualquier trabajo y se sostiene con un frugal alimento.

Sin embargo, no siempre sucede así, y José Dagiore encontró dificultades en los primeros tiempos de su llegada al país. Al salir del Hotel de Inmigrantes se juntó con una manada de compañeros que seguian la via pública por mitad de la calle. Habia hecho relacion con estos sus paisanos y todos á la vez buscaban trabajo. Mientras, se arreglaron en

un conventillo, manteniéndose á pan y agua. A los pocos dias se le proporcionó una colocacion en el campo como peon para zanjear: no aceptó por lo que habia oido de los indios — y apremiándole las circunstancias salió un dia del conventillo con un cajon de lustrador de botas, y fué á situarse á una plaza pública: otros compañeros del mismo oficio, mas experimentados que él le arrebatában los marchantes. No ganaba nada, pero sin embargo, ahorra-
ba peso sobre peso, — aberracion económica que solo puede explicar un inmigrante de la bella Italia.

Vagaba, luego, por calles y plazas con su cajon pendiente del hombro por medio de una correa, hasta que cansado se sentaba en el borde de la vereda de cualquier esquina. Allí quedaba perplejo con expresion de idiota: el cambio de clima y de hábitos le producía cierta nostalgia, — quedaba absorto, pensando en algun modo de ganar mucho dinero.

Tuvo José sus momentos de angustias y zozobras, porque llegó dia en que no consiguió un solo marchante. Decidió dejar oficio tan poco lucrativo, pero en varias ocasiones que pudo colocarse tropezó con el obstáculo de no saber el español.

Despues de haber ofrecido sus brazos en varias partes fué ocupado por un maestro albañil para servir de peon.

Horas despues de estar desempeñando sus nuevas funciones, parecia que toda su vida no habia hecho otra cosa que acarrear ladrillo, llenar los baldes de mezcla y cumplir todas las órdenes de los oficiales.

A las once, hora del descanso, se sentaba apartado á comer su gran pan italiano y pensaba febriciente en el dinero, aislándose en su pensamiento para espar-
dirse en monólogos mentales: mucho dinero, dinero

y nada mas: su hambre de oro no espresaba ningun deseo, — era la animalidad descarnada del avaro. Quería ahorrar y así lo hacia, — sobre su hambre, sobre su sed, á despecho de la salud y de la higiene de su cuerpo: ahorraba por ahorrar ó tal vez por hábito heredado en la falta de costumbre de gastar dinero, cumpliendo así, de una manera inconsciente, la mision de ahorrar todo lo que no habian podido comer sus antepasados.

Aun en medio de sus tareas solia quedar perplejo soñando en montones de oro, hasta que la voz de un oficial lo sacaba de su ensimismamiento, gritándole desde un andamio: — « Giusseppe, porta un balde de mezcla, súbito ! »

Como muchos otros podria haber aprendido la albañilería, pero parece que tenia por este oficio poca vocacion.

Al terminarse la construccion de la obra donde trabajaba, pasó el contratista á edificar una nueva casa, pero Dagiore no quiso acompañarle.

Habia ahorrado en este corto tiempo mil seiscientos pesos moneda corriente, y con este pequeño capital empezó á trabajar por su cuenta como vendedor ambulante.

En la fonda, donde comia por la noche dos platos, habia contraido relacion íntima con el cocinero.

Fué este quien le aconsejó el ingreso al nuevo comercio en que debutaba.

Para la venta de la mañana habian hecho sociedad: el cocinero hacia tortillas que Dagiore se encargaba de vender por las calles, anunciando su efecto con una voz incomprensible. Mas tarde, segun la estacion, vendia frutas ó masitas.

Así, con muy pequeñas intermitencias, pasaron ocho

años. Al cabo de estos Dagiore tenia ahorrados unos veinticuatro mil pesos.

Por este tiempo el propietario de la fonda habia comprado un hotel situado en el Paseo de Julio y no pudiendo atender dos negocios á la vez, decidió enajenar el menor.

El cocinero, que se llamaba Vincenzo Petrelli, unió sus economías con las de Dagiore y formando sociedad compraron el negocio.

La casa tenia muy buena clientela y dejaba una ganancia líquida de cinco mil pesos mensuales.

Parece que cuando soplan vientos de prosperidad todo va bien, — pero en el primer año Dagiore tuvo grandes disgustos. Su socio, que siempre habia tenido el defecto de la embriaguez, no se contenia, ahora que se sentia amo. En el arreglo, se habia convenido que Petrelli seguiria en la cocina.

A los tres meses este se rebeló, y hubo que tomar otro cocinero. Vincenzo salia muchas veces por la mañana y volvia á la noche, completamente ébrio, se dirigia al cajon del mostrador, sacaba dinero y volvia á salir.

El alcohol combinado con la atmósfera ardiente que habia aspirado quince años consecutivos en la cocina, dieron su resultado lógico: el desgraciado Petrelli empezó á revelar signos de manifiesta locura.

Habia veces que corria horrorizado, y si le preguntaban qué tenia, contestaba que veia víboras tremendas que se le querian enroscar en la garganta. Eran las alucinaciones del alcoholismo que su cerebro en desequilibrio empezaba á bocetar.

Dagiore estaba desesperado: su socio, en vez de ayudarlo, desacreditaba el negocio.

Ya varios antiguos parroquianos se habian retira-

do. Las ganancias habian minorado de una manera desesperante. Ademas de esto, Vincenzo extraia todo el dinero-que ingresaba al cajon. Dagiore hubiera querido impedirlo pero tenia miedo á su socio. Este no escaseaba las amenazas y andaba armado con un rewólver. Así es que Dagiore se limitaba á apuntar las sumas cuyo ingreso no podia ocultar á la vista ávida de Petrelli.

Habian llegado las cosas á un estado muy tirante, hasta que en uno de sus frecuentes altercados Dagiore se revistió de inusitada energía y habló con decision de separarse.

Como hacia dias que Petrelli se paseaba sin fondos y estaba apremiado por algunas deudas, aceptó en general la idea ante la perspectiva de conseguir una buena suma para derrocharla en sus vicios.

Nombraron de comun acuerdo á su antiguo patron para que diese balance á las existencias y las tasase, haciendo una iguala á repartir entre ambos socios.

Dagiore presentó como *haber* las cantidades retiradas por Vincenzo para sus francachelas. De aquí se originaron interminables disputas, pero como habian nombrado un juez, se atuvieron á lo que este sentenció.

Petrelli recibió veintitres mil pesos de Dagiore, el cual quedó desde este momento unico y esclusivo dueño del establecimiento — y á cargo del activo y pasivo de la casa.

Se publicaron los avisos de práctica en los diarios, y la Fonda poco á poco fué recobrando su antigua prosperidad debido al celo y economías de su flamante y esclusivo propietario.

Al terminar el año, Dagiore se encontró con mucho trabajo, y, desconfiado de por sí, como por la leccion

que habia recibido, no queria volver á asociarse con nadie.

Fué entónces que decidió casarse. Así, segun sus propias palabras, tendria una sierva.

Solo al interés le es dado detener la vanidad del hombre.

Dagiore no hubiera titubeado en casarse con un monstruo, si este enlace hubiera de aportarle una fortuna crecida; pero siempre habria dado preferencia á una mujer bonita en las mismas condiciones.

Una vez determinado á dar este paso, empezó á fijarse en todas las mujeres solteras que conocia, y que por sus condiciones sociales podia solicitarlas en matrimonio.

Puso en esto el mismo celo y perspicacia con que escogia un trozo de carne en el mercado para las provisiones de su fonda.

Las examinaba, les calculaba la edad que podian tener, su vigor para el trabajo y el estado de fortuna de los padres.

Despues de muchas fluctuaciones se decidió por una jóven de diez y seis años, hija de un paisano cuyo que tenia un almacen regularmente surtido.

Formada firmemente su resolucion vió varias veces al padre de la jóven. La niña nada sabia de las pretenciones que á su respecto abrigaba Dagiore. Lo veia entrar y salir, pero estaba muy distante de su imaginacion, que aquel hombre tosco y sin maneras habia de reservarle la suerte como esposo. Un dia, su padre le dijo, que Dagiore la habia pedido, que él lo conocia hacia mucho tiempo, — hizo en fin su mas acabado elogio y terminó diciendo que él estaba muy contento y que se habia comprometido á darle su hija. La madre de la jóven encontró la

union muy ventajosa y en cuanto á Dorotea, que así se llamaba esta novia improvisada y sin amor, sufrió al principio una sorpresa indefinible, — primera sensacion de un alma en reposo que arrojan violentamente á una realidad que nunca habia soñado en sus ardientes visiones de mujer sana y bien mantenida.

No era Dagiore el esposo que ella habia colmado de besos en sus sueños. Sin embargo, ni le pasó por la mente idea alguna de protesta. Ella dejaba hacer . . . dejaba que corriera el tiempo, careciendo de perfecta conciencia de lo que iba á sucederle. A veces, cuando miraba á Dagiore apurando un vaso de vino francés y ensuciándose con las gotas moradas del campeche su largo y cerdoso bigote, se espantaba; pero mas tarde, reflexionando á solas, se decia que ella habia de acostumbrarse y que Dios haria que lo quisiese mucho, porque ella no habia hecho mal á nadie para ser desgraciada y que sus padres habian de saber lo que le aconsejaban. Así calmaba su repugnancia instintiva esta alma novicia. La boda estaba ya concertada. Dagiore parecia apurado y las cosas marchaban á vapor. La semana anterior al casamiento Dorotea se creyó feliz. La mujer se habia revelado en ella al sentirse colmada en esa pasion, general al sexo, de vanidosa publicidad. Todo el barrio hablaba de ella, del vestido, de algunos otros regalos insignificantes á los cuales daban mucho valor. Estaba aturdida y no podia darse clara cuenta de su situacion.

Un bello domingo, en que la sociedad y la naturaleza estaban de fiesta, concurrieron de mañana á la parroquia de San Nicolás, donde deberia celebrarse la nupcial ceremonia. Dagiore habia echado la casa

por la ventana, siguiendo en esto la práctica invariable de sus paisanos acomodados, que tratándose de un himeneo ó de una inhumacion olvidan sus inveteradas ideas de economía para ser gloriosamente fastuosos.

De la parroquia se trasladaron á la Boca con varios amigos: pasearon en bote y tomaron vino de Asti en el estrambótico negocio titulado *El Recreo*.

Muchos italianos al contraer matrimonio llevan sus relaciones á este punto, donde los invitan con una succulenta comida, en que los tallarines hacen el primer papel. — Dagiore habia eludido esta costumbre, porque les preparaba la sorpresa en su propia casa. No habria tanto aire, pero le costaria mas barato.

Al caer la noche se trasladaron á la Fonda. Todos alegres y bulliciosos se acomodaron en una gran mesa especialmente preparada.

El ejercicio del paseo habiales abierto grandemente el apetito: un momento despues, y cumpliéndose la órden que habia dado Dagiore, humeaban en la mesa los rabioles, esparciendo en la atmósfera su peculiar olor á queso y aceite.

El vino empezó por manchar el mantel y concluyó por desconcertar enteramente los cerebros. Parecia que el campeche ayudado por el alcohol desbordaba por las mejillas moradas y ardientes de los tertulianos.

Todos estaban imbéciles, y empezaron á cruzarse palabras intencionadas y groseras dirigidas á la novia.

La pobre Dorotea habia querido varias veces sustraerse á esta orgía, pero su marido la retenia con imperio á su lado. Uno propuso que se cantara. Otro una partida á la morra, y un viejito proponia con

risa idiota, que jugaran una partida á las bochas en la misma pieza.

— Ahora; hay tiempo, gritaba Dagiore: voy á traer cognac.

Quiso levantarse y trastabilló, volviendo á caer en su asiento.

Entonces, con una gran prudencia, su suegro levantó la voz y ahogando las risotadas generales, dijo que ya era la una, que todos los presentes eran gente de trabajo, y proponía que todos se fueran á dormir.

Muchos apoyaron la idea y se prepararon para retirarse; mientras que otros, mas rehacios, querían esperar el cognac.

El suegro consiguió disuadirlos, y uno á uno fueron desfilando por la puerta, sin despedirse, la mayor parte.

Quedaban dos amigos de los novios, y los padres.

Estos últimos se pararon.

La madre abrazó á su hija y esta rompió á llorar.

— Eh! no hay motivo para gritar así, dijo el padre: nadie te asesina: has comido bien y te quedas con tu marido: ¿deseas que te caigan del cielo rabioles de oro? — Las mujeres nunca están contentas. Vamos, dijo á su mujer: mañana tengo que levantarme muy temprano, á ver qué han hecho esos...

Aludía á sus dependientes, que habían quedado á cargo del almacén.

Dagiore, entre tanto, había quedado aletargado por la bebida: alzó la vista de repente y se asustó de ver la sala casi desierta: no le quedaba conciencia de haberlos visto marchar.

— Hasta mañana, Dagiore, le dijo el suegro lacónicamente.

El novio miró á Dorotea ; vagamente se dió cuenta de la situacion, y contestó con voz bastante firme:

— Sí, vamos á dormir, ya es tiempo. Me he alegrado un poco, mas esto pasará. — Dorotea! siguió— dirigiéndose á esta, dispensa, Dorotea. . .

La jóven al oir estas palabras se estremeció ligeramente y trató de cobijarse mas en el seno de su madre.

Esta le pasó la mano por el talle y la condujo á una pieza inmediata, donde estaba el tálamo conyugal. La sentó en una silla, le dió un beso y le cuchicheó algunos consejos que la pobre Dorotea no oyó ; luego salió en puntillas como si abandonara el cuarto de un enfermo.

Los padres de la jóven se retiraron. No habia parroquianos á esa hora, y uno de los mozos puso los postigos en las vidrieras y cerró como de costumbre la puerta de la calle, dió las buenas noches á su patron y se retiró á dormir.

Dagiore quedó solo. Miró alelado á su alrededor y como queriendo reunir sus ideas. De pronto una sonrisa de bestia se dibujó bajo sus bigotes rubios y poblados. Sus ojos, de un color celeste percutido, relampaguearon con todos los ímpetus desbordados del deseo y su nariz rojiza emanaba vapores de fuego: tambaleando se dirigió al tálamo, pero á los cuantos pasos se volvió : buscó uno de los extremos del mantel y se restregó los labios : el fauno no queria repugnar y trataba de desinfestar su boca de los miasmas que contenia.

Satisfecho de su obra, fué á buscar á Dorotea.

La jóven estaba abatida, ocupando la misma silla en que la habia dejado la autora de sus dias.

Dagiore quiso contemplarla desde la puerta del

cuarto, pero solo pudo ver su cuerpo; la triste niña estaba algo inclinada sobre sus faldas y con la cara oculta entre sus manos.

Esto parece que disgustó á su esposo.

— ¿Por qué no se ha acostado? le dijo en un tono indefinible. — Ya es tarde: acuéstese, pues.

La jóven replicó con un sollozo.

El marido avanzó.

Su vista, chispeando de lujuria, se posó ávida en el seno escultural de la jóven que sobresalía entre sus brazos á causa de la postura en que estaba.

Dagiore colocó allí brutalmente una de sus manos.

La niña herida en su pudor y verdaderamente asustada dió un salto.

— Desnúdese, desnúdese; se lo pido por favor, hijita, — balbuceó temblando el fondero.

— Déjeme, déjeme, decia la infeliz.

— Mire que mañana tenemos que levantarnos temprano, desnúdese, — y al deseo unió la accion.

Dorotea, viendo que no habia resistencia posible con aquel hombre, murmuró precipitadamente:

— Bueno; ya voy á desnudarme.

Entonces Dagiore empezó á dar el ejemplo.

Escandalizada la jóven, le gritó:

— Apague la lámpara; pero arrepentida en el acto de su idea, agregó:

— Deje no mas, yo voy á hacerlo.

Se acercó al quinqué y le bajó la mecha, quedando la pieza alumbrada por una luz indecisa á cuyo vago resplandor semejava la figura de Dagiore un repelente fauno.

— Asi queda mejor, dijo Dorotea.

— Bueno, como Vd. quiera; pero desnúdese.

Dorotea, como si no hubiera oido estas palabras,

fué á sentarse acongojada en la silla que ántes habia ocupado.

Dagiore fué en busca de ella.

— ¿No se ha desnudado todavía?

— Sí, ya voy, dijo, — y como viera que ya no podia dilatarse mas esta escena, contestó:

— Pero retírese Vd.

— Bueno — replicó el fondero con aparente sumision, y en una figura carnavalesca, fué á esperar en una silla: al resplandor amortiguado de la lámpara parecia con su camisa burda y sus piernas peludas el fantasma de la lascivia.

Al cabo de un rato, dijo:

— ¿Ya está? — y como no obtuviera respuesta, se dirigió al lecho, á cuyo opuesto lado se habia refugiado Dorotea.

La infeliz se habia sacado solamente el vestido; estaba en enaguas y ni habia pensado en desabrocharse el corsé.

Entónces empezó un verdadero pugilato y la mas torpe lujuria se desbordó en besos é innobles tocamientos, profanando aquel turgente seno de nieve.

¿Qué sucedió? — Nada que pueda asombrar. Algo muy legítimo. Bah! Lo que podria llamarse un estupro legal.

Dagiore se durmió en breve y lo mismo sucedió á Dorotea: el cansancio del dia la habia postrado: sin embargo, su sueño fué una pesadilla: de pronto despertaba llena de sobresalto, miraba con ojos sonámbulos los objetos que en la vaga penumbra de la habitacion cobraban ante su espiritu conturbado fantásticas proporciones. Miraba entónces á su esposo y como ofendida y con miedo, se corria al borde de la cama para alejarse de él. Cerca de la madrugada no pudo ya

conciliar el sueño. Mirando al techo y en actitud inmóvil estuvo mucho tiempo. Se puso á reflexionar, y se encontró muy desgraciada.

Pensó en los jóvenes que la cortejaban ; luego no quiso seguir este orden de ideas y se refugió en dulces vaguedades imaginativas. No sabia qué podia pedirle á la Virgen María, de quien era muy devota, y sin embargo le hizo una promesa y se puso á rezar. Luego se deslizó del lecho sin hacer ruido y se vistió. Los ronquidos de Dagiore llamaron su atencion. Lo miró. El sátiro no podia estar mas deforme. El pelo revuelto y enmarañado le ocultaba su frente pequeña y deprimida. Los ojos supuraban unas lagañas glutinosas de color blanquizco, con vetas amarillas. De la boca le caia una baba espesa que descendia por la camisa desabrochada á su pecho ancho y exuberante de vegetacion cerdosa.

Dagiore estaba repugnante y Dorotea se arrepintió mil veces, al contemplarlo, de haber unido su suerte con este cerdo disfrazado de hombre. Toda la culpa de este cambio de estado que la hacia tan desgraciada lo arrojó sobre sí misma. Si mis padres me obligaban yo podia haberme envenenado, pensaba la infeliz.

Dagiore despertó. La llamó á sí, pero ella, horrorizada, abrió la puerta.

Los mozos de la fonda ya estaban en movimiento.

El fondero se vistió precipitadamente y fué á desempeñar sus tareas cotidianas. La belleza de Dorotea y sus formas macizas lo tenian afiebrado. Todas sus teorías sobre el matrimonio y los proyectos que pensó realizar, se evaporaron como las confusas imágenes de un sueño, ante la práctica de las cosas y esa lógica impensada que traen consigo todos los acontecimientos y todos los hechos. El habia acariciado la

idea de hacer trabajar á Dorotea en el mostrador desde el primer dia, pero la sola presencia de su mujer bastaba á desarmarlo. La exuberancia de vida de la jóven le hacia perder la cabeza por completo. Al mirarle sus ojos llenos de luz, el seno que desbordaba del corsé ó sus labios gruesos y fuertemente encarnados, olvidaba el negocio y sentia un ardor febril en la sangre.

Dorotea seguia aturdida : cada vez que le era posible se refugiaba en la soledad de su cuarto : allí iba á buscarla Dagiore, con sus abrazos y sus besos de fauno lascivo.

Pasaron unas cuantas semanas y sucedió entonces lo de siempre: Dorotea parecia resignada y, como en la mayoría de los casamientos, concluyó el hábito por dar formas regulares al matrimonio.

La costumbre es la adaptacion al medio: hé ahí todo : si se introduce cualquier sustancia de olor acre á una habitacion, todos los que en ella están lo notarán en la primera aspiracion, poco á poco las impresiones irán siendo menos fuertes, hasta que el olfato termina por connaturalizarse con la miasma, nó encontrando nada de particular en el ambiente : se cree entonces que el mal olor ha desaparecido, pero un recien llegado lo constata con un pronunciado gesto de repulsion.

De esta manera le sucedió á Dorotea. La intimidad con un hombre grosero — no teniendo ella un caudal propio de educacion para resistir y triunfar en su dignidad dió por término que se corrompieran sus sentimientos de pudor. . .

En el corazon de cada mujer dormita la abnegacion de la hermana de caridad. Algunas veces Dagiore sentia el cuerpo dolorido por las fatigas del trabajo

diario y entonces ella se enternecía, — una vislumbre de orgullo avivaba sus ojos al verlo tan pujante en el trabajo y se forjaba la ilusión de que realmente lo quería.

Bien pronto su perspicacia femenina adivinó el dominio que su carne fresca y juvenil ejercía en el ánimo de su esposo.

Se propuso entonces explotar esta sensualidad de sierpe.

Cuando deseaba algo lo acariciaba con lujuria de ramera, hasta que el otro, convulso y trastornado, le satisfacía su capricho.

Dorotea se acostaba mas temprano y Dagiore las mas de las noches la despertaba. Solo la vivacidad del deseo podia darle fuerza para resistir sus excesos, porque recién se retiraba al cuarto á eso de las doce de la noche, despues de diez y ocho ó diez y nueve horas de trabajo consecutivo, — ese trabajo rudo é incesante, en que su avaricia lo obligaba á multiplicarse, haciendo á la vez el papel de patron, de mozo, de sirviente, y por decirlo todo en menos palabras, de fac-totum, porque tan pronto recogía unos platos, cobraba una cuenta ó iba á descargar una pipa de vino.

Así cansado se retiraba al tálamo...

Mas tarde tendremos ocasion de observar la trascendencia que estas causas, al parecer insignificantes, tuvieron en su prole, porque Dorotea ya estaba en cinta.

Hacia tres meses que era casada y los signos mas característicos del embarazo le revelaban que ese sublime y natural misterio de un ser que empieza á palpar en las entrañas de otro ser, se producía en su organismo.

II

Dorotea, en su nuevo estado, se sintió avasallada por estrañas y desconocidas influencias.

Una causa fisiológica perturbaba en ella la trabazon lógica de sus anteriores gustos é inclinaciones.

Por demas conocida es la accion especial que ejerce el embarazo en el espíritu de la mujer, y como se observa en la mayoria de las aberraciones morales,—resultado lógico del medio, combinado con el poder del organismo y el momento funcional porque este pasa,—la jóven madre no se daba cuenta de esos cambios y creia en todo proceder con suma discrecion.

Los frecuentes vómitos, los dolores al vientre, á las caderas—y la enojosa pesadez á la cabeza que la aquejaba, poníanla de un humor insoportable.

La mujer en este estado es una pobre enferma, tal vez una loca, que debe ser considerada en todo sentido.

Pero todos los hombres no son filósofos, y los que pueden reputarse como tales, dejan de serlo en su respectivo hogar.

En medio de sus dolores volvió muchas veces á arrepentirse de su matrimonio: ella, que habia pensado que al casarse se abriria para su espíritu una era de felicidad y de dulces sensaciones, renovadas á cada paso por nuevas emociones de placer,—se veia con

el pelo despeinado, sepultando su cabeza en la almohada del lecho y con los ojos hinchados de llorar.

Aquello le parecía horrible: no era lo que había imaginado en las medias tintas de su candorosa imaginación.

Pensaba en su vida de soltera: ella, que había desesperado en el almacén, abrigaba ahora la íntima convicción de que allí le había sonreído la felicidad.

De pronto se creía tan desgraciada que la siniestra idea del suicidio iba á afiebrar su alba y pequeña frente.

La idea de matar al inocente ser que alimentaba en sus entrañas no le traía ningún pensamiento doloroso. .

Estas anomalías eternas en las corrientes del pensamiento y que forman en sus remansos lo que llamamos conciencia, se observan en cada « documento humano » y confunden al analista que no acierta en tanto caos á determinar un « punto matemático » para la moral, aunque encuentre como causas, estados morbosos, impulsiones fatales del organismo, dolorosos efectos de la educación recibida ó productos de las preocupaciones reinantes, — que en todo caso, y ante cualquier juez serian por lo ménos causas poderosas para atenuar el peso abrumador de esa mole de la conciencia que designamos bajo la palabra « responsabilidad. »

¿ Cuántas mujeres hay que por temor de verse deshonradas en la opinión de sus parientes y conocidos provocan un aborto—y luego no sienten remordimientos en toda su existencia ?

¿ Aguijonea entónces la conciencia en ciertos individuos solamente por el temor de ser descubiertos en un crimen ó cuando este es conocido ? ¿ Es el he-

cho en sí ó su publicidad, la causa de que despierten los remordimientos?.....

Abandonemos esta cuestion que vaga como una nebulosa en el piélago casi insondable del universo moral, y volvamos á Dorotea.

En sus momentos de acerba irritacion se habria dado la muerte si la causa mas sutil hubiera venido á avivar su contrariedad, porque su pensamiento estaba preparado á la extrema resolucion de la muerte.

El eco de las fiestas, que en tibias ráfagas penetrara antes al almacen, irritando su sed de cosas desconocidas, los recuerdos de las novelas que habia leído, se le presentaban ahora á la imaginacion, la torturaban y la hacian entrar en pleno delirio.

¿ Por qué la vió Dagiore ? se preguntaba. Hubiera deseado ser robada por un jóven bello y valiente. Ella seria feliz, así.

Luego pensaba en un domingo que habia ido á misa. Recordaba haber visto á una hermana de la caridad y que olla deseó ingresar en esa hermandad.

Su espíritu se concentraba entonces en dulces arrobamientos religiosos. Cuando se recogia á la noche, pedia á la Virgen María, no despertar en la tierra y que en su sueño la llevase entre los ángeles: dulcísimos transportes la enajenaban en esos momentos: todas las sensualidades de la religion católica hacian arder sus deseos inflamando su sangre jóven: veia esplendorosos los alcázares del cielo: altares en que chispeaba el oro y las pedrerías, á Dios sentado en un trono deslumbrador y á los ángeles que revoloteaban en torno suyo cantando alabanzas.

Cuando el sol de la mañana con su sonrisa de oro venia al través de los cristales de la puerta á besar

sus cabellos en desorden, abria con sobresalto y sorpresa los ojos somnolientos.

La virgen no habia querido oirla.

Miraba en torno, no bien convencida aun del sitio en que se hallaba. Su retina estaba dispuesta á ver la realidad de la copia de un cuadro de Murillo que siempre la deleitaba en la iglesia. Pero en vez de la virgen con el coro de treinta ángeles abarcaba los odiosos muebles de la habitacion en el mismo lugar del dia anterior. Esto la confirmaba por completo en su desengaño. Se desalentaba mucho y perdia toda su energia.

Este sentimentalismo enfermizo, concluia en verdaderas crisis nerviosas, que se deshacian luego en prolongados sollozos.

¡ Ay ! ella que creia despertar en luminosas esferas, abria los ojos en un cuarto que odiaba, sintiendo las sábanas húmedas del sudor de Dagiore.

Pero luego venia la reaccion.

Pensaba en su hijo, y se enternecia.

Quiso ella sola hacerle el ajuar : pidió moldes, compró género de hilo y blondas y se puso al trabajo en medio de una dulce alegría.

Pronto llenó la cómoda de pañales, camisitas y graciosas gorras circundadas de encajes. A veces cuando trabajaba una nueva pieza, dejaba la aguja y se quedaba ensimismada. Si le hubieran preguntado lo que pensaba seguramente que no habria acertado á dar una respuesta satisfactoria.

Siempre su imaginacion enfermiza soñando lo imposible y fatigando su pobre espíritu en deliquios ilusorios que solo podrian realizarse en la fantasía de un cerebro afiebrado.

Hubo un tiempo en que se le antojó salir ; fué una

fiebre de pasear, de mostrarse, de verlo todo, — que desbordaba en ella y la arrastraba maquinalmente fuera de las cuatro paredes de su cuarto.

Mientras duraron los transportes de la luna de miel Dagiore no le habia negado nunca dinero.

Los primeros refunfuños ella los desvaneció con algunos besos, — pero el fondero no solo se habia asustado de la suma que le costaban los vestidos de su esposa, sino que este lujo los separaba cada vez mas.

Cuando estaba vestida no podia tocarla sin despertar una tempestad de rabia en su esposa que llegaba al delirio lo que veia arrugado su vestido al profanarlo Dagiore dándola un abrazo.

Una vez, en momentos que Dorotea iba á salir, la dió un beso á traicion, que de otra manera no lo habria conseguido : el hocico húmedo del fondero estrajo de la mejilla derecha toda la velutina. Dorotea se indignó extremadamente, y en el esfuerzo que hizo para rechazarlo se descompuso el peinado.

Aquí creció la irritacion : de un tiron se sacó la gorra y en la brusquedad de su enojo, dijo á su marido :

— Eres muy bruto : me tienes muy cansada con tus besos !

Fueron dichas estas palabras con tal desprecio, que Dagiore sintiéndose humillado olvidó toda la prudencia que le aconsejaba su lujuria ; la dió un récio empujon y gritó con voz destemplada :

— Está bueno : yo no puedo besar á mi mujer, pero yo te mando y tú no saldrás mas de casa : ya me figuro á qué has de salir : no he de ser zonzo yo : haragana y pedazo de porqueria ! . . .

Dorotea prorumpió en ahogados sollozos.

El torpe fondero habia descubierto en sus palabras la avaricia y los tremendos celos que tumultuaban su alma pequeña.

Su esposa continuaba en el llanto con un hipo isócrono y su pecho agitado aménazaba desbordar del corsé que lo oprimia : estando ya predispuesta por su estado, los esfuerzos que habia hecho determinaron fácilmente una descomposicion del estómago.

Empezó con fuertes arcadas y continuó con un vómito espeso y sostenido.

En medio de sus angustias no olvidó su vestido : se lo alzaba como podia, y así recogido, lo amparaba sosteniéndolo entre sus piernas : ya era tiempo, porque las medias aparecieron salpicadas.

Entonces Dagiore, que podia con aquel espectáculo haberse calmado en sus rencorosos sentimientos, siguió alzando la voz con palabras torpes : de pronto y como cediendo á una ánsia atroz de ofender y vengarse, exclamó :

— Yo podria tenerte asco, ya que eres tan puerca : podias no ser tan haragana y sacar la escupidera : mira cómo ha quedado el cuarto : si, tú lo ensucias, pero no lo has de barrer.

Dorotea, entre tanto, estaba morada por los esfuerzos que habia hecho y su frente aparecia empapada de sudor.

Se levantó á buscar la toalla para enjugarse la boca y luego se dirigió al lecho, donde se arrojó suspirando.

Dagiore, renegando aun, salió hácia el despacho de la fonda.

Tambien él empezó á arrepentirse de su enlace.

Toda su ilusion se habia desvanecido ante la prác-

tica, como una ligera nube herida por un rayo de sol.

El habia soñado una mujer modesta, que alentase en su atmósfera y que lo ayudase en los trabajos de su negocio; algo, en fin, como una socia, pero se habia encontrado con una señorita llena de aspiraciones y que tenia demasiadas alas para que pudiera desplegarlas sin enlodarse en el recinto de una fonda.

Al principio las maneras y la desenvoltura de su jóven esposa lo habian halagado y su orgullo de reptil habia encontrado, como el escuerzo, motivo para hincharse. Entonces habia hecho un esfuerzo para llegar á ella. Desconcertado por los perfumes de su esposa, el color de las cintas de sus vestidos y el hechizo que veia surgir de toda su persona en los espejismos que creaban sus deseos—se habia acercado á un sastre, y despues de muchos recateos, se hizo confeccionar una levita. Habia quedado ridiculo con este verdadero disfraz: un domingo que la estrenó sus amigos rieron de él y su esposa con este fiasco que la humillaba se resistió á acompañarle á un paseo proyectado.

En los alcances limitados de su inteligencia sin cultivo, culpaba á todos de su desgracia. A los padres de Dorotea, porque le habian dado una mala educacion, á los tenderos que ponian mii tentaciones en los escaparates, á las novelas que ponderaban el lujo de las mujeres.....

No comprendia que esto era el acicate que ponen los pueblos nuevos en todos los corazones, sin que nadie especialmente lo enseñe: todos estimulan á todos: es una especie de contagio, una rabia de celebridad que vaga en la atmósfera irritando todos los orgullos.

Como es natural, á un pueblo de ayer le faltan antecedentes y en este tumulto típicamente plebeyo todos se afanan por crearlos para distinguirse.

No estando bien asentadas las bases sociales y habiendo la necesidad, y la posesion, por decirlo así, discernido la riqueza y los puestos á personas que no los merecian, las generaciones siguientes, batallando con mas regularidad y con mas elementos de instruccion, hacen esfuerzos por desalojar á los primeros ocupantes. Agréguese á esto todas esas vicisitudes de un país en formacion, la alza en los precios de las tierras, los empleos públicos altamente rentados, la triplicacion de las fortunas por mil motivos complejos, los golpes de azar en las loterias y en las herencias imprevistas,—todo esto aviva la fiebre por el lujo y la ostentacion, porque nadie quiere ser menos que otro, sobre todo, cuando la desigualdad la origina una caricia de la suerte y el camarada de ayer en la pobreza es hoy el que salpica al transeunte con el lodo que arrojan, al girar veloces, las ruedas de su carruaje.

El cerebro atrofiado de Dagiore no alcanzaba á darse cuenta de este estado social que á él mismo lo envolvía haciéndole comprar levita y soñar con inmensos caudales que le permitieran comprar castillos en su pueblo ó en tierras donde nadie conociera el origen de su fortuna.

Estas escenas, con sus naturales variantes, se repitieron con bastante frecuencia.

Pero los ávidos ardores que sentía Dagiore al verla, no podían contenerlo de solicitar las paces, á lo que accedía Dorotea siempre que necesitaba dinero.

Así,—con estos disgustos que le producía la esca-

la social en que estaba colocada, con sus sueños quiméricos para el porvenir y el alejamiento de la intimidad con Dagiore, cada vez mas pronunciado,—trascurrieron los dias, monótonos é iguales, hasta llegar la época próxima al desembarazo.

Una partera, cuyo domicilio estaba cercano, habia sido llamada para que la examinara y le diese algunas instrucciones.

Esta habia dicho que libraria antes de quince dias y prometiendo volver, pidió que la llamaran á cualquier hora en caso que ocurriera alguna novedad.

La partera no anduvo atinada en su pronóstico, pues cuando dijo que libraria á los quince dias era un miércoles y al siguiente domingo, á eso de las cuatro de la tarde, Dorotea se encontró mal. Cierta fatiga, punzadas en el bajo vientre y un gran dolor de cabeza,—proveniente de la fiebre natural de su estado y del temor que la embargaba, desde dias antes, siempre que pensaba en el rudo momento porque iba á pasar.

Mandó llamar á su madre. Cuando esta llegó ya el vientre lo tenia muy bajo.

Hubo una especie de revolucion en la fonda.

Dorotea empezó á quejarse.

Su madre le prodigó palabras de consuelo, diciéndole que se mostrara fuerte en este trance, que pronto pasaria— y entonces tendria la dicha de acariciar á su hijo.

En este momento penetró Dagiore al cuarto precedido de la partera.

Saludó á D^a Margarita, se quitó el tapado — y con palabras de una insinuacion vulgar se acercó la comadrona al lecho de la enferma. Despues de tomarle

el pulso, entró su mano, que empapó en aceite, por debajo de las cobijas.

Los gritos de Dorotea se hicieron mas recios.

— No es nada, tenga valor, la dijo la partera.

D^a Margarita la interrogó entonces con una mirada.

— Es parto, contestó la comadrona, pero va á ir despacio. Es preciso que se levante y se pasee un poco.

La madre le puso los botines á Dorotea y cuando estuvo en pié la partera empezó á sobarle las caderas.

La pobre jóven andaba de un lado á otro como una loba herida. No encontraba sitio que le acomodase. Se sentaba en una silla y un vivo dolor la hacia levantar, iba á otra y así seguía en una inquietud creciente. Se agarraba de vez en cuando la cabeza, se estrujaba las ropas del vestido y entre suspiros repetía á cada instante :

— No puedo mas, no puedo mas, Dios mio !

A eso de las siete de la noche se le rompió la fuente de las aguas: la mitad del cuarto se ensució y desde este momento ya siguió espulsando sangre y cierta materia viscosa.

Las contracciones empezaron y la partera la hizo acostar.

Maniobró por espacio de una hora, hasta que al cabo de este tiempo llamó aparte á D^a Margarita, que este era el nombre de la madre de Dorotea, y le dijo que el parto se presentaba muy difícil y que mandara llamar á un médico, porque ella no quería cargar con la responsabilidad si algo sucedía.

Se formó en el patio un conciliábulo de familia y

Dagiore salió en busca de un médico que conocia D^a Margarita, especialista en partos.

Media hora larga tardó en volver, pero felizmente, acompañado del facultativo.

Eran las nueve de la noche. Dorotea sufría dolores atroces : ya no gritaba : eran aullidos los que lanzaba : el trabajo de espulsion habia empezado pero con mucha lentitud.

El médico examinó á la parturiente. Aunque encontró el caso bastante grave, no lo demostró en aquel momento. Pidió papel. Escribió algunas recetas y sacando aparte á Dagiore y á D^a Margarita, les dijo que el parto se presentaba muy laborioso, que necesitaba un colega y que ellos podrian mandarlo buscar.

D^a Margarita, que habia visto lo que su yerno se habia tardado procurando al primero y en la prevision de ganar tiempo rogó al Dr. que designara él al que debia de acompañarle.

Escribió este unas líneas para un compañero de profesion y Dagiore volvió á salir.

Mandó á su casa con un mozo de la fonda á buscar unos instrumentos y una vecina comedia fué con las recetas á la Botica.

A las diez menos cuarto, cuando entró el nuevo médico, Dorotea estaba clcroformada y su compañero arreglaba los fierros del forceps.

Reconocieron á la enferma y empezaron á manio-
brar. Al sentir Dorotea el aparato despertó.

Sus aullidos volvieron á escucharse mas lastimeros que antes.

Todos estaban consternados.

D^a Margarita tenia los ojos morados y Dagiore ha-

bia ido varias veces al mostrador á tomar unos tragos para cobrar coraje.

Hubo un momento crítico para los médicos y quisieron tentar un nuevo esfuerzo antes de pensar en precipitarse y ver si lograban sacar viva la criatura.

Quisieron poner á la enferma en una nueva postura y pidieron una mesa.

Dagiore trajo una pequeña de la fonda.

Los médicos la pusieron cerca de la cama y colocaron en ella una pierna de Dorotea.

Antes de volver á poner el forceps, tentaron una audaz manipulacion para ver si lograban precipitar el parto. La enferma dió unos gritos tan tremendos que D^a Margarita se precipitó al brazo del médico y le dijo con un tono indefinible:

—Doctor, doctor!

La enferma, con los labios secos y la garganta enronquecida, gritaba en periodos entrecortados.

—Mi Dios, doctor, saque...saque...me mata... no puedo mas! ay! virgen María!—y su cabeza, levantada por un esfuerzo desesperado, volvió á caer pesadamente en la almohada.

Nuevamente colocaron el forceps y ya esta vez las cosas anduvieron perfectamente. La enferma gritaba, pero los médicos seguian la operacion con entera confianza, porque veian que tocaba á su término.

A la una menos cuarto Dorotea era madre de una robusta criatura.

Los médicos le arreglaron el ombligo, lo fajaron y uno de ellos le comunicó á la jóven madre que el recién nacido era varon.

Dorotea, en medio de su postracion, pidió que se lo mostraran.

La abuela se lo llevó. El niño era muy rosado. La

enferma le dió un beso en la carita y lo miró con curiosidad y ternura.

Esa noche la puerta de la fonda permaneció abierta. D^a Margarita, D. Juan su esposo, que habia venido despues de cerrar el almacén, y Dagiore rodeaban el lecho de la enferma.

A las dos de la mañana, habiéndose dormido Dorothea, la abuela colocó al nene en una cunita de mimbre que desde dias antes esperaba á su dueño.

Doña Margarita, con su sentido práctico de madre de familia, insinuó á su esposo que se retirara á dormir, porque allí ya no hacia falta y que en caso llegase á necesitarlo lo mandaria llamar.

Don Juan se retiró, acompañándole su yerno hasta la puerta.

La calle estaba solitaria. Un silencio glacial dominaba en ella. Los vapores de la noche habian humedecido las veredas. Se estrecharon la mano y Dagiore volvió á entrar, entornando la puerta.

D^a Margarita le aconsejó se acostara siquiera para descansar un poco, pero el fondero se resistió yendo á sentarse en una silla. De pronto el sueño lo venia y al inclinarse maquinalmente en la laxitud del sopor daba una cabezada que lo impelia á abrir los ojos con sobresalto.

—No sea terco, le decia su suegra,—debía Vd. recostarse un poco.

Entonces Dagiore, para vencer su sueño, se dirigia á la puerta de calle.

Una vislumbre blanquecina empezaba á empalidecer la luz del gas. Eran los primeros albores del nuevo dia.—Sonó el pito del vigilante en la esquina y poco despues, los pasos de este que anunciaban su proximidad.

El guardian habia ya visto abierta la puerta de la fonda y sabia el motivo de tanto movimiento. Era ademas bastante conocido del fondero, el cual siempre lo convidaba con la copa para estar bien con la autoridad.

Pronto estuvieron reunidos y conversaron de Dorothea.

Poco á poco empezaron á oirse nuevos ruidos, ya los gallos cantaban en toda la vecindad. Hacia el lado del Mercado se veian muchas luces y un sordo rumor que anunciaba gran movimiento.

Alli la proximidad del dia los esperaba. Los carniceros aserraban las reses y los puesteros se daban prisa por descargar las últimas carretas atestadas de frutas y legumbres. Todos se afanaban por dejar arreglado su respectivo departamento, y ya muchos, despues de haber repasado el mármol del mostrador, se colocaban un blanco y limpio delantal.

Pronto quedó el Mercado arreglado para la venta. El alimento que habia de saciar el hambre de una parte de la gran ciudad emanaba un olor acre cuyo tibio hálito saturaba la atmósfera de un modo especial.

Los ruidos se hacian cada vez mas perceptibles en los alrededores.

En la fonda estaba ya todo arreglado y barrido.

Nada anunciaba el drama de la noche que pasaba, á no ser la cara desencajada de su propietario que todavía estaba en la puerta.

De cuando en cuando pasaban grupos de jóvenes calaveras que se retiraban á hacer del dia noche. Salian sin duda de una cena bulliciosa ó del fango de alguna orgia. Todos esos buhos de la noche se deslizaban con paso ligero entre la penumbra temiendo

ser sorprendidos por la claridad del día. Tahures, ladrones de profesion,—toda la mala yerba que protegen las tinieblas, se apresuraban á esconder sus bultos.

Los trabajadores ya se dirigian á sus obras; los changadores corrian al Mercado, unos con el cordel en la mano y la bolsa vacia terciada al hombro, y otros provistos de un gran canasto. Los vehículos rodaban con estrépito por las piedras de la calle, especialmente las jardineras que usan los espendedores de pan. A ratos, la silueta del lechero con su rostro plácido y su traje pintoresco, animaba el cuadro, pasando al trote inglés de su caballo. Los diferentes negocios abrian las puertas para esperar los compradores. Varias mucamas se dirigian con su cesta al Mercado y no faltaban á esa temprana hora labios que les modularan atrevidos galanteos. El comercio ambulante anunciaba sus efectos con gritos incomprendibles—y en medio de esta verdadera babel, sobresalía la voz chillona de los vendedores de diarios.

La gran ciudad despertaba con sus clamores peculiares, aprestándose, una vez mas, á la diaria lucha por la existencia.

Las aceras se llenaban por momentos.....

Todos estos murmullos del exterior penetraban en ráfagas apagadas al dormitorio de Dorotea.

El niño despertó llorando.

En su inconciencia nada sabia del medio en que se iba á desarrollar su vida; pero esa atmósfera, á la cual estaba completamente ajeno, empezaba á incomodarlo y á tender la red de acero de su influencia para dirigirlo maniatado en el tumulto de la vorágine social.

Todo estaba prestablecido. Todo lo habian orde-

nado voluntades y cerebros anteriores. Su bulto informe, sumergido en las ropas de la cuna, podía compararse con un wagon de carga, construido para repuesto en una vieja línea férrea, porque como el wagon, su camino estaba fatalmente trazado. Vagaban en el ambiente las preocupaciones que habían de nutrir su espíritu: los libros estaban escritos y designados, hasta su misma planta tendría que vagar forzosamente por la ruta que formaron las hormigas de anteriores generaciones. Está á merced de las influencias exteriores y de las necesidades que fatales desbordan del organismo. Víctima de la casualidad ó de la conjunción de dos sustancias desconocidas en su esencia, pobre prisionero de la vida, cautivo del momento histórico, no ha escogido el tiempo de su venida al mundo, su idioma ni su nacionalidad. La lógica de la herencia, casualidad para él, le ha dado sexo, color y temperamento.

¿Es esta una voluntad libre que se inicia ?

Así lo afirman los espiritualistas.

¿Es por el contrario un autómeta que hará diversas muecas según la influencia que lo hiera ?

Esto aseguran los materialistas.

Sigámosle, entre tanto, en la evolución de su vida y sus propios actos se encargarán de dar respuesta á esas preguntas formidables.

III

El sentimiento maternal absorbió la febril actividad de Dorotea en los primeros meses siguientes á su desembarazo.

Sin embargo, sus sueños de orgullo en que veía satisfecha la vanidad que llenaba su cabeza sin ideas, venían de vez en cuando á perturbar sus tranquilos goces maternos.

Varias veces **había** salido dejando el chico al cuidado de la abuela, pero como esta siempre estaba ocupada, no tardó en buscar una muchacha para que lo cargara.

Cuando la sirvienta fué tomada Dorotea sintió un gran alivio. El círculo de sus relaciones se había ensanchado y su mas vivo deseo era tratarse con las personas decentes del barrio.

Casi con todas las de su sexo se saludaba y con varias hablaba,—ya al acaso, sobre temas del día, de los enfermos cercanos ó de chismes corrientes en la vecindad; bien parándose en las puertas de calle ó juntándose mañosamente á un grupo á la salida de la Iglesia:

Todo esto la entonaba llenándola de una loca alegría.

Pero cuando recaía la conversacion sobre la fonda ó los artículos del almacén de su padre, se entriste-

cia sin quererlo: sentíase humillada al hablar de estos asuntos tan enojosos para su vanidad.

Poco á poco fué produciéndose un cambio de servicios. Dorotea prestaba á sus vecinas los diarios que se recibían en la fonda, algunas novelas de Perez Escrich ó Fernandez y Gonzalez, á las que se habia suscrito por entregas; — les enviaba postres, muy bien hechos y todo aquello que, estando á su alcance, suponía que las halagaría. Estos obsequios tuvieron su correspondencia. Dorotea recibió unas camisas bordadas y algunos pañuelos de mano marcados con sus iniciales. Esto empezó á generar cierta intimidad.

Un domingo, de regreso de la iglesia, una de las vecinas, parándose en el umbral de su casa, invitó á sus amigas á pasar adelante, haciendo extensivo este ofrecimiento á Dorotea.

La jóven se sintió sobrecogida, se escusó con sus quehaceres y con su hijo que habia quedado solo y se dispuso á retirarse.

La dueña de casa insistió aun, pero luego con delicada política, ofreció la casa y la pidió que no dejara de visitarla.

Dorotea llegó á su cuarto radiante. Se veía ya haciendo papel en la alta sociedad. Esa mañana no almorzó. Todo le parecía en la fonda vulgar y asqueroso. Soñaba con bailes, paseos en el campo, y que su nombre saldría despues en las revistas que hacían los diarios de estos torneos de la vanidad elegante y la fortuna orgullosa.

D^a Margarita entró en este momento.

Dorotea hizo un gesto de desagrado que reprimió prontamente: ya hacia tiempo que todo lo que se relacionaba con su familia la ponía violenta.

Pero disimulaba. Desde que era casada habia cosechado mucha experiencia de la vida: habia visto y oido tantas cosas! Estaba casi preparada para ser una mujer de mundo: su inteligencia bastante atolondrada habíase saturado de malicia. Sus concepciones eran rápidas y del modo como las relacionaba con el porvenir, mas parecian producto de un cerebro aleccionado y varonil.

Un egoismo cruel la alentaba. Hasta pensaba en sus momentos de fiebre en la muerte de sus padres y de Dagiore. ¿Para qué vivian? se preguntaba: ¿sabian acaso gozar de la vida? El delirio de su imaginacion le perturbaba el sentido moral.

D^a Margarita habló con su hija de cosas insignificantes, pero esta la habia notado bastante triste desde el principio. Entró en cuidado, no sabiendo cuál podria ser la causa, y así se lo dijo, prodigándole algunos mimos y diciéndole en tono de cariñoso reproche que ya no tenia confianza en ella.

La madre cayó en el lazo y algunas lágrimas brotaron de sus ojos.

Dorotea trató de consolarla y la instó á que hablase.

D^a Margarita la dijo en su expansion, que los negocios del almacen iban mal, y que por esta razon estaban muy afligidos.

Esto era cierto: D. Juan antes de establecerse en el comercio de almacen al por menor, se ocupaba de mercachifle, negocio que entendia ventajosamente y en el cual le habia ido muy bien.

Cierto dia, se vió con un paisano que era el dueño del almacen que ahora le pertenecia. No podia atenderlo por impedirselo otros negocios y al dependiente que dejaba lo habia pillado varias veces en flagrante delito de hurto. Desalentado, quiso deshacerse de él

á toda costa y lo cedió á D. Juan en magníficas condiciones. Este, mas se decidió por lo barato que por otra cosa. El aprendizaje le costó algunas pérdidas y en los primeros repuestos de surtido pagó la chapetonada comprando infinidad de *clavos*. Ya cuando se prometia entrar en vida normal y cosechar algunos frutos, se inauguró un lujoso almacén en la esquina que hacia cruz con el suyo y en ambas restantes habia dos mas : con mayor capital tenian por consiguiénte mas recursos para atraerse los compradores.

Tambien los locales que ocupaban sus colegas eran mas espaciosos y por esta causa hasta los borrachos habian cesado de hacerle gasto á D. Juan. Preferian ir á tomar la copa en cualesquiera de los otros, porque, segun la espresion de muchos de estos, se encontraban mas á sus anchas.

— ¿ Y qué piensan hacer ? insinuó de pronto Doro-tea, viendo que su madre se habia quedado callada y cabizbaja.

— Juan no sabe qué hacer, contestó algo indecisa D^a Margarita.

— ¿ Pero algo habrán imaginado ?

— Sí, es verdad ; pero no es mas que un proyecto : yo creo que no se podrá realizar : ay ! la fortuna se ve que no ha sido hecha para nosotros.

— Pero no desespere, mama, así : Vd. misma ha dicho muchas veces, que para todo hay remedio menos para la muerte y que lo último que se pierde es la esperanza.

— Así es, hija, pero . . .

— Hable Vd., dígamelo todo ; tal vez á mí se me ocurra algo.

— Pues lo que ha pensado Juan es deshacerse del almacén y poner una tienda : tiene esperanzas de que

le vaya mejor en este negocio porque ya lo conoce.

— ¿Y por qué no lo hace?

— Ahora hay muchas tiendas y no le alcanzaba para surtirla como él quería. Despues, esto ha sido anteayer, ha sabido que D. Francisco, ¿sabes? el de la tienda de la calle Tucuman; — quiere venderla... aquí es cuando se ha entusiasmado tu padre: habló con D. Francisco, pero no quiere saber nada de plazos...

Dorotea callaba.

D^a Margarita, tragando saliva, continuó:

— Anoche quiso hablar de esto con Dagiore; vino aquí, pero despues no se atrevió á decirle nada.

— Pero Dagiore no tiene dinero, interrumpió bruscamente Dorotea.

La jóven se habia inmutado. Una seriedad invencible la inundó poniéndole rígidos los músculos de la cara. Se habia desilusionado. Creia que sus padres trabajaban muy bien y ahora, en su egoismo, suponía que querian robarla.

Su madre quedó fria. Siempre habia pensado que su hija, en un momento crítico, la daría hasta la camisa. En su cerebro obtuso hacia una suposición. Trocaba los papeles respectivos y levantaba ella de la miseria á su hija. Sucede siempre lo mismo en las cuestiones de interes y miseria. El que pide se hace generoso para el porvenir, y esta prodigalidad no es mas que el reflejo presente de su apremiante necesidad. Luego que pasa el momento crítico se aprecia la dádiva con un criterio distinto, porque es diferente la situación personal. La montaña á una cuadra de distancia nos parece enorme, á diez leguas la confundimos con una pequeña eminencia, porque en lo moral como en lo físico, la perspectiva determi-

na los juicios respecto de las cosas y de los hechos.

Haciendo lo posible por disimular su despecho, D^a Margarita dijo, en tono triste:

—Juan queria asociar en la tienda á tu marido, si has creído otra cosa te equivocas.

—Pero, mama, si yo no le digo nada: si yo pudiera, ya sabe Vd. que lo haria con el mayor gusto; mire, lo que le he dicho es cierto: al menos que yo sepa, José no tiene plata, sin embargo, yo le voy á hablar hoy de la cosa.

—No le digas nada, es mejor: allá nos arreglaremos como se pueda, que con la ayuda de Dios no nos ha de faltar un pedazo de pan.

—Vea, mama, vaya tranquila, que luego yo misma les voy á llevar la contestacion.

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo no te pido nada....

Bastante resentida se alejó D^a Margarita, pero su hija parecia que habia cambiado completamente de opinion, tal era su deseo de hacerla ir contenta.

Dorotea acompañó á su madre hasta el patio de la fonda y volvió á su cuarto.

Se puso á tararear un vals: parecia trasportada de gozo. Estaba radiante, sus mejillas se habian coloreado é iba y venia en movimientos descompasados por la habitacion.

El negocio de la tienda era lo que tanto la excitaba. Le parecia una idea soberbia. No era el deseo de servir á sus padres ni un golpe nervioso lo que la hacia cambiar de opinion en el asunto. Habia encontrado una puerta para dar escape á la vanidad que la ahogaba y solo el cálculo la impelia á obrar. De pronto se irritaba consigo misma de no haber visto desde el

principio las ventajas que traeria para ella el negocio de la tienda, entrando Dagiore.

Seguia paseándose por la habitacion; de pronto se paró delante del espejo del lavatorio y mirando con sensualidad su boca fresca y rosada, empezó este monólogo:

—Bien: tata vende el almacen, José vende la fonda, compran en sociedad la tienda de D. Francisco: ah! Dios mio, esto siquiera es mas decente: la tienda creo que no tiene mas que dos piezas interiores; claro está que no hemos de vivir todos allí: entonces alquilamos una casita.....Dios mio! Dios mio! cuánta felicidad.

Estas ideas la hicieron desfallecer: fué hasta la cama y se recostó un poco. La jóven pasaba por un ensueño delicioso. La esperanza,—ese espejismo de la imaginacion que nos muestra realizados nuestros deseos del presente,—batia su ala fresca y sonrosada, acariciando los pensamientos que bullian sin orden sobre su frente.

Con febril ansiedad, empezó desde ese instante á asechar á su marido: queria sorprenderlo en un buen momento para dejar terminado el asunto.

A eso de mediodía se oyó en el patio la voz de Dagiore. Estaba dando algunas órdenes para que bajaran al sótano algunos artículos recién descargados.

El cocinero, con su gorro y su delantal blancos, sus imponderables bigotes, y un cucharon en la mano, se acercó al círculo, terciando en la conversacion. Dorotea salió á la puerta de su dormitorio. Mañosamente fué acercándose á la rueda. Cuando estuvo cerca de su marido se afianzó en su hombro con encantadora naturalidad. El cocinero la miró de reojo. No estaba esa escena en sus libros. Da-

giore era despótico con los que dependian de él, y estos, como la mayoría de los subalternos, le deseaban todo el mal posible y daban salida al rencor que los animaba, mordiendo atrocemente su reputacion. En la cocina el cocinero lo parodiaba colocándose en cada sien una tenaza. Espiaban á Dorotea, y cada vez que salia compadecian caritativamente al patron. Cuando regresaba la observaban minuciosamente: si la jóven llegaba acalorada ya por efecto del cansancio de haber andado mucho á pié ó bien á causa del calor, siempre el areópago pensaba con malignidad lo peor. Habian llegado las cosas al extremo de forjar una novela de fantasia: empezaron por suponer que acudia á citas; imaginaban luego los parajes donde tendrian efecto las entrevistas, para terminar, corriendo el tiempo, que estos hechos eran reales y positivos. La jóven estaba bien estraña de estas calumnias y ni siquiera conocia de nombre los parajes en que la suponian entregada en brazos de un amante: uno de los motivos que habia dado pábulo á estas habladorías era que jamás se les habia visto en verdadera intimidad ó prodigándose naturales caricias entre esposos. Dorotea siempre habia evitado las expansiones amorosas de su marido delante de los mozos. Era el orgullo de su pudor que no podia consentir en avergonzarse de esa manera.

Dagiore mismo se sintió sorprendido con la muestra de íntimo cariño que le prodigaba su esposa. Ese simple acto comprendia que lo rehabilitaba ante el pequeño mundo de su fonda, que para él representaba al universo entero. Ni le importaba ni podia pensar siquiera fuese en la opinion de otro barrio. Las paredes de su negocio demarcaban al mismo

tiempo el límite de su orgullo. No conocía otros horizontes ni podía comprender que hubiera otras esferas para la actividad humana. Allí hasta su cerebro había echado raíces. Estaban tan afirmadas sus ideas á este respecto, que solo el manicomio ó el cementerio lo sacarían de esa atmósfera peculiar y hasta nauseabunda que genera el vapor de los cocidos, los fritos en aceite, los guisos con especias y las aguas servidas que se arrojaban á la letrina, la cual emanaba, á tiempos, fétidas bocanadas.

Dorotea seguía recostada con abandono en el hombro de su marido.

Se trataba de bajar dos pipas. Como eran muy pesadas, hacían los mozos grandes esfuerzos para conducir las.

Siempre las habían bajado con sogas. Como el sótano era bajo y tenía escalera, Dorotea emitió la opinión de que cruzando las pipas se bajarían más pronto y fácilmente.

No fué bien acogida esta idea, porque así tendrían que hacer más fuerza.

Empero á Dagiore le agradó. Una de las pipas estaba en la boca del sótano. El fondero bajó, trepando sobre la pipa, hizo que le sacaran las sogas y ayudándole dos del medio y empujando de arriba el cocinero, bien pronto estuvo en su lugar. Igual cosa se hizo con la segunda. Terminado este trabajo Dagiore volvió á subir. Estaba sudando. Dorotea le tendió su pañuelo para que se enjugara la frente é impregnando su voz con una inflexión pesarosa le dijo :

— ¡Te has cansado mucho!

— ¡Bah! esto no es nada, contestó él encogiéndose de hombros.

La rueda se habia dispersado: cada cual habia ido á seguir sus respectivos quehaceres: entre tanto, Dagiore seguia maquinalmente á su mujer al dormitorio conyugal.

Una vez en este, se sentaron uno junto al otro.

Viéndose tan mimado, comprendió el fondero que su mujer tenia algo que pedirle, pero estas ideas pronto se confundieron en su cerebro: lo enajenaba tanto la consideracion de que era objeto, que pensó concederle todó lo que le exigiera con tal de verla satisfecha.

Dorotea, poco á poco, espuso los hechos: refirió el mal estado del negocio de sus padres y el proyecto que acariciaban de comprar la tienda de D. Francisco.

Dagiore asintió en general, pero dijo que necesitaba saber con cuánto tendria que concurrir para tener una parte en el negocio.

— ¿Que no tienes dinero?—preguntó Dorotea haciéndose la atolondrada.

— Eh, alguna cosa, mas en fin, quiero saber.

— Es que yo tengo un proyecto, agregó con viveza la jóven y como si nada hubiera pedido.

— ¿Qué proyecto?

— A ti, á todos, nos convendria.

— Vamos á ver.

— La fonda te hace trabajar mucho y á mí no me gusta eso; ya ves, hacer fuerza con las pipas y tener que lidiar con tanto pensionista que no paga. Despues, aqui vienen borrachos y compadritos, que un dia pueden armarte una pelea.

— Eh, yo no les tengo miedo.

— Pero una tienda; piensa todo lo que se puede ganar.....

Dagiore callaba indiferente como si le hablaran de un negocio en el Japon, y Dorotea titubeaba ya algo desalentada.

Cobró nueva energía pensando en sus sueños de oro y se decidió á decirlo todo de una vez planteando clara la cuestion :

— A mí me parece que te convendria vender la fonda y entrar tú mismo en la tienda.

— ¡ Qué barbaridad ! replicó riendo el fondero.

— ¿ Por qué ha de ser barbaridad ? preguntó Dorotea toda inmutada.

— Eh, porque yo no entiendo de trapos y aquí estoy muy bien.

— ¿ Pero tú no piensas que una tienda es mil veces mas decente que una fonda ?

Aquí fué Dagiore el que se indignó. Habia sido herido en el corazon de sus preocupaciones : su orgullo de gremio se levantaba feroz en su pecho y hasta lo ligaba con sus envidias y sus celos. Recordaba lo bien que vestian los tenderos y pensaba que mas de una vez le habrian prodigado piropos á su mujer. Creia, como artículo de fe, que la corrupcion de las mujeres la engendraba el lujo de las tiendas.

— Mas decente, mas decente, empezó diciendo con rabia : yo soy decente, porque no trampeo á nadie y trabajo. Sí, mejor es cargar pipas como burro que estar limpiándose las uñas como esos manfloras de las tiendas, que son unos perros, unos haraganes.

Dorotea quedó consternada. Es tremendo para una mujer el momento en que se cree desamparada de todos y que no es comprendida.

Se arrepentia de haber tratado mal á su madre por la mañana. Si no hubiera sucedido tal cosa se habria refugiado en casa de sus padres. Allí se ahoga-

ba y torturaba su pobre cabeza pensando dónde ir. Su agitación hizo crisis en un mar de llanto.

Dagiore tuvo tentaciones de dejarla que llorase á su gusto, pero pronto se arrepintió de esta idea creyendo que Dorotea estaba verdaderamente muy afligida.

— No hay por qué llorar por esto, le dijo, — yo también tengo una idea.

La curiosidad y la esperanza devolvieron á la jóven su entereza.

Con los ojos preñados de lágrimas interrogó á su marido.

— Es cosa muy sencilla, siguió este, con mucho entusiasmo y animación: pienso hacer lo que hizo el dueño de esta fonda.

— ¿Cómo?

— Eh, qué diablo, también quiero comprar un hotel: me parece que es cosa mejor que tu tienda.

A Dorotea no le disgustó el proyecto, pero con sus ansias de cambiar pronto de posición, preguntó:

— ¿Y cuándo será eso?

— Oh! oh! . . . no hay que apurarse, falta tiempo todavía, será de aquí á cinco años.

La jóven volvió á caer en su anterior desaliento. Cinco años para ella era lo mismo que morir.

— ¿Te parece mucho tiempo? ojalá haya plata para entonces: ¿sabes cuánto paga de alquiler el otro? Pues es poco: veinte mil pesos al mes, y su hotel no es de los mejores.

En medio de todo, estas confidencias fueron una revelación para la ambiciosa jóven: si dentro de cinco años piensa comprar un hotel tan caro, se dijo, debe tener ahora mismo una regular cantidad.

No bien cruzó por su mente esta sospecha, se propuso sacar partido de ella.

— Eso me gustaria mucho, le dijo para halagarlo. Dagiore empezó á mirarla trasportado.

— Yo entonces te ayudaria; veria los cuartos de las señoras y correria con las lavanderas y las planchadoras, marcaria la ropa y la zurciria.

El fondero estaba enajenado. El veia, tocaba ya el hotel, ese querido sueño, ese arrullo que lo acariciaba todas las noches.

Poco á poco su entusiasmo fué creciendo, el pobre hombre era completamente feliz, veia atracar los coches y descender á los pasajeros buscando alojamiento, los mozos, él mismo cargaba con el baul ó los objetos á la mano y precedia al cliente hasta el cuarto destinado: cuando pensaba que Dorotea atendia á las señoras sentia calambres en las piernas y desmayaba de contento;—no pudo mas con su emocion, se levantó de su asiento y se precipitó en los brazos de su esposa.

—No, la decia, no tendrias que marcar la ropa: comprariamos un sello de goma para eso; son muy baratos, queda muy bien la marca y asi he visto que se usa en los hoteles.

—Bueno, dijo Dorotea, todo eso me gusta mucho, pero quiero hacerte una pregunta: ¿tú crees que ganarias mucha plata con el hotel?

—Ya lo creo! replicó prontamente Dagiore con un tono de íntima conviccion, y mientras decia esto, sus ojos despedian resplandores siniestros.

—¿Y para qué quieres tanta plata? volvió á decir Dorotea con su aire tímido de gata que esconde las uñas.

Dagiore quedó perplejo, sin saber qué contestar.

Esta escena habria traído á la mente de una persona discreta é ilustrada el recuerdo de los divagadores del arte por el arte. Dagiore, en efecto, pertenecía á esa raza cretina de la avaricia por la avaricia. Quería montones de oro y no sabia para qué. Es lo que sucede con las almas vulgares. Sueñan con riquezas, creyendo que la posesion de estas les traerá una perfecta felicidad, cuando en la mayoría de los casos la fortuna imprevista lo que hace es tender rieles de oro para llegar con mas celeridad al abismo de la corrupcion, en cambio que los corazones templados al calor de la honradez y de una verdadera virtud, conciben una idea noble y generosa y buscan luego el dinero como un medio de realizarla.

Dorotea renovó la pregunta á su marido, y este en vano buscaba una respuesta.

Pensaba en su hijo, en su esposa, en él mismo y se asustaba de que pudieran gastarle su dinero.

Entonces ella quiso ayudarlo para llegar mas pronto al desenlace que mañosamente urdia.

—Tú comprendes, le dijo, que los que trabajan deben darse algunas comodidades.

—¿Y no estamos bien? yo tengo mucho apetito, ronco mejor y estoy sano: ¿qué mas quiero?

—Si, pero cuando un marido anda mal en sus negocios y está pobre, la mujer debe sacrificarse con él y alentarle, pero cuando gana mucho debe rodear á su familia de comodidades.

—Eh, eh, replicó el fondero con sorna: eso te lo han enseñado esas señoras de enfrente: díles que se metan en su casa, porque yo tambien podría enseñarles á sus maridos que no trampeasen al carbo-

nero, al panadero y á muchos pobres para gastar en carruaje.

—A mí nadie me ha enseñado nada, si crees que tu mujer es una bruta que no puede decir una palabra me callaré, dijo Dorotea despechada.

—Pero acaso, no te doy todo lo que me pides: me parece que andas vestida como la mujer de Ancho-rena.

—Qué disparate: mira este vestido que tengo puesto es de percal; y en fin, todo lo que tengo en alhajas no alcanza á cinco mil pesos. Vaya una comparacion ridícula. Ni siquiera ando como la mujer del boticario, y sin embargo tú te reias de su marido cuando el otro dia decia el dependiente de la Botica mientras comia, que era su patron tan miserable que no hacia consumo de huevos por no tirar las cáscaras.

Dagiore le tenia rencor al boticario. Era muy metido en todo, hablaba de política y cuando salia á la calle ostentaba su orgullo con una levita cruzada, sombrero alto y baston. Sin temor al Consejo de Higiene, el bribon se permitia recetar á algunos enfermos. Esto, que habia llegado á oidos de su vecino el fondero, es lo que mas lo sulfuraba. Un dia que oyó que un infeliz lo designaba en la fonda con el titulo de doctor, se espresó en términos poco honrosos para el boticario. No faltó quien llevara este chisme de barrio y desde entonces el boticario se encargaba todas las noches de ridiculizar al fondero ante el círculo de los amigos que tertuliaban con él todas las noches.

—Y qué se te importa de ese brigante: él es un ladron y un mentiroso: así yo tambien tendria plata para tirar á la calle: cómo no, si vende porquerias y

cosas que no sirven : los zonzos que le compran tienen la culpa, habiendo buenas boticas en el centro, en que dan los remedios mas baratos.

Como lo predicaba lo hacia. Dagiore, en efecto, no compraba en la botica del barrio ni arsénico para los ratones de la fonda. Algunas veces cuando Dorotea rompía la consigna de hostilidades, decretada por su rencor—y mandaba en un apuro á comprar benjuí para sahumar sus vestidos se irritaba tremendamente.

Por todo esto, sintió herida su vanidad cuando Dorotea se comparó con la mujer del odioso farmacéutico.

—¿Qué se te importa, la dijo, que pueda tener alhajas, que han de ser falsas, si tú eres bonita y ella es tan fea y mas flaca que un bacalao ?

—Pero en el barrio hablan de sus trajes y de la buena vida que pasa.

Aquí se ofuscó en su orgullo el fondero.

—Eh, dijo, tú no tienes que ser menos en nada. Pideme lo que quieras y te lo daré.

—¿De veras? saltó diciendo la jóven. ¿Me darás lo que te pida ?

—Vamos á ver: ¿qué necesitas?

—No, no, no, gritó vivamente Dorotea. Ese no ha sido el trato, y se sentó en las faldas de Dagiore rodeando con el brazo su pescuezo largo y colorado.

—Pero para comprarte lo que quieres necesito saber lo que es.

—¿ Y si no fuera cosa de comprar?

El fondero quedó intrigado.

—No sé qué puede ser, dijo: yo no tengo ninguna alhaja guardada.

— Bueno; — yo te lo voy á decir, pero tú estás ya comprometido: ¿no es cierto?

— Vamos á ver.

— No quiero así, insistió la taimada, y le dió un sonoro beso en la mejilla.

— ¿Pero si no me dices?...

— Es... quiero... pero ¿me vas á hacer el gusto?

— Si, respondió Dagiore cansado.

— Acuérdate que has dicho sí, ¿oyes? quiero... que alquilemos una casita.

El fondero se sorprendió enormemente.

— ¡Alquilar casa! Pero ese seria un gasto inútil y muy grande.

— Ya sabia yo que ibas á decir eso, — exclamó Dorotea abandonándole: qué me importa á mí que ganes mucho dinero si no eres capaz de darte tú mismo algunas comodidades: de mí no hablo, porque ya veo que me tienes en cuenta de perro: ¿no ves que aquí me ahogo? — á la mejor se la doy; en una sola pieza — y con los olores de la letrina que me dan dolor de cabeza todos los dias: ¡bonita vida la mia! — podias aprender del boticario, que siendo la botica grande, alquila casa á la vuelta,

Dagiore se sintió insultado; pero el calor de las piernas de su esposa, que todavía sentia, lo inclinaba á ceder.

— Yo no tengo que aprender de nadie, replicó un si es no es enojado, pero si te contentas con una casita chica la compraré.

— ¡Mi negro, si eres el mas bueno de los maridos! — decia fuera de sí. Dorotea: ¿no es cierto que no me engañas?

— No, buscaré una casita barata...

Dagiore tenia esto pensado hacia bastante tiempo, pero con distinto objeto.

El dinero que poseia estaba en el Banco de la Provincia y le redituaba el cinco por ciento. Tenia, pues, decidido comprar un inmueble para conseguir un interés mayor.

Los dias que siguieron no se habló de otra cosa entre los esposos.

Dorotea revisaba todas las mañanas los avisos de los diarios y ella misma iba á ver las casas en venta.

Varias le agradaron, y al comunicárselo á su esposo este le respondia que era cara y que el dinero que tenia no alcanzaba para comprarla.

Al fin Dagiore se decidió por una. Era en la calle de Andes entre Temple y Tucuman. Regularmente construida, con cuatro piezas y un fondito. Pedian por ella cincuenta mil pesos; y al fondero le pareció ventajosa la compra.

Al darle á Dorotea parte de esta novedad, la joven se indignó al principio y despues tomó la cosa á broma:

—No, hijo, le decia, mejor es que se te ocurriera comprar en Moron ó en medio de la Pampa: no está mala tu idea; me pondré botas y compraré un rewólver, porque allí han de asesinar á las doce del dia.

Estas chuscadas, que Dorotea habia aprendido de los compadritos que frecuentaban la fonda, sentaban muy mal al rústico fondero.

De pronto pensaba sensatamente. Veia todos los sacrificios innecesarios que hacia por su esposa, pesaba de una manera lúcida las pretensiones é insensatez de esta y concluia discretamente por pensar que estaba loca. Veia con espanto un precipicio de deudas, su ruina, tal vez su deshonor, — queria ponerse

á la altura de las circunstancias para reprimir el mal desde su comienzo, pero la energía le faltaba, su lujuria, que con tanta facilidad se inflamaba, postraba sus fuerzas debilitando sus propósitos de orden.

Dorotea comprendía este ascendiente que tenía sobre su marido y estaba dispuesta á usar de él hasta el abuso. En su orgullo creía también, como artículo de fe, que un solo beso de ella valía bien todas las ganancias imaginadas de la Fonda.

En medio de su atolondramiento no dejaba de pensar en el costo que demandaría la instalación y los gastos diarios de la casa.

Pero esto solo le producía una ligera opresión de pecho.

Quería embarcarse á todo trance. Allá si venía un naufragio se vería lo que había de hacerse.

Su única aspiración era salir de la Fonda, marearse en otra vida, gozar de una nueva existencia en consonancia con sus gustos y sus sueños.

Dagiore mismo, en último caso, estaba bien dispuesto á alquilar una casita para no ver el espectáculo diario del malhumor de su esposa.

La casita de la calle de Andes le agradaba por lo barata y porque sentía cierta inefable fruición al sentirse propietario, pero no por esto había dejado de encontrarle inconvenientes mirando el asunto á través del vidrio de sus pasiones.

Le parecía muy lejos para que la mayor parte del día lo pasara allí Dorotea: ya en su imaginación celosa la veía en brazos de un amante, y aquí, notando que á Dorotea no le agradaba una tan lejos, se enternece creyendo encontrar en esto la prueba más palpable de su honradez.

Predispuesto de esta manera, preguntó:

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—¿Para qué voy á decir nada si tú no tienes voluntad de hacerme el gusto en ninguna cosa?

—¿Pero qué mas quieres que haga? No te gusta la casita de la calle de Andes, y para comprar mas cerca no tengo plata. ¿Si quisieras esperar? aventuró tímidamente el fondero.

—Esperar, esperar; déjame, ya no quiero nada: ya sé que he de morir en las cuatro paredes de este cuarto; ya no quiero nada de ti, ¿oyes?—y despues dice que me quiere, agregó la jóven, cambiando de tono y asumiendo una actitud despreciativa.

—Contigo no se puede hablar. De todo te enojas....

—Cómo no,—si prometes y luego no cumples.

—¿Pero qué quieres que haga ahora?

—Si fueras otro alquilarias una casita barata cerca de aqui.

—Pues se concluyó: búscala y no me embromes mas con tu casa.

—Aqui á la vuelta hay una desocupada, contestó al punto Dorotea, cogiéndole la palabra; inundada de un súbito júbilo.

—¿Cuál?

—Ahí, donde vivia esa familia inglesa.

—Me parece muy grande.

—Bueno, yo la voy á ver mas tarde: ¿hasta cuánto puedo pagar de alquiler?

—¿Y á ti qué te parece?

—Creo que se podria pagar 600 ó 700 pesos.

—¡Es mucho! con una casita de tres piezas es suficiente.

—¿Adónde vas á encontrar esa miniatura? Esas muy chicas son muy buscadas y rara vez se desocupan

¿y qué importa que tomemos una que sea un poco grande para nosotros? Si es así se podría alquilar una ó dos piezas á unos buenos inquilinos.

Todo el afan de Dorotea era consumir el hecho lo mas pronto que fuera posible: tenia recelos que el fondero se arrepintiese. Jamás habia pensado vivir con inquilinos, pero lo decia para quitarle hasta los últimos escrúpulos que pudiera abrigar.

— Diablo, diablo, dijo de pronto Dagiore: ¿y con qué la vas á amueblar? No habia pensado en eso.

— Me parece, replicó la jóven, que no habrás supuesto que íbamos á sentarnos en el suelo; no es tampoco el caso para asustarse: los muebles están muy baratos, y yo no te pido lujo: muchas casas de remate tienen venta particular de muebles y los dan por la mitad de su precio: yo haré una lista de lo mas necesario y tú mismo te encargarás de comprarlos: si algo te parece que no hace falta dejás de comprarlo, y asunto concluido.

Con estas esplicaciones se tranquilizó un poco el fondero.

Poco despues fué á ver la casa: tenia cuatro piezas, chicas y bajas: la sala, con el zaguan de entrada á la derecha, dos siguientes en el primer patio, — una pequeña pared con una puerta persiana pintada de verde lo dividia de un segundo patiecito; á este daba la puerta de la última habitacion y al frente, como si se hubieran propuesto ganar terreno, estaban la cocina y la letrina.

A Dorotea le pareció un paraíso. Era la primera que veia y no queria ni podia pensar en alquilar otra mas ventajosa.

Fué á tratar con el dueño, y le pidió ochocientos cincuenta pesos de alquiler.

No hizo ninguna objecion: suponía que era baratísima.

Con estas nuevas volvió á su hogar.

Dagiore dijo que el precio era exorbitante, pero su esposa lo disuadió despues de un gran altercado en que la escala cromática de sus nervios recorrió desde el arrullo mas zalamero hasta el insulto mas procaz.

—No seas infeliz, decíale á ratos; si llega el momento en que no ganes lo suficiente para estos gastos, dejamos la casa.

Ya estaba el asunto arreglado por este lado y Dagiore habia prometido ir al dia siguiente á dar la fianza y recoger las llaves, cuando de pronto Dorotea vino con una nueva exigencia:

—Mañana, dijo, mañana es otro dia y puede alguno madrugarnos: vamos ahora ¿quieres? ¿por qué vas á negarme esto? ¿qué te cuesta?

Entonces Dagiore dijo que seria mejor que fuera él solo.

Así lo hizo en efecto: una hora despues, poco mas ó menos, estaba de regreso con las llaves: no habia querido ir con Dorotea, para evitar la influencia de su entusiasmo y recatear con resultado y á sus anchas. Algo consiguió. Quedó estipulado el alquiler en ochocientos pesos y sin mas fianza que dos meses anticipados.

— Ahí tienes tus llaves, dijo Dagiore con visos de tristeza al entregarlas á su mujer.

—¿La has alquilado? dijo esta, enajenada y sin darse cuenta de lo que le sucedía: ¡qué bueno eres!

—Yo voy á verla: vamos, ¿quieres?

—Deja para mañana.

—Ah! no: yo voy....

El fondero la acompañó. En un instante salvaron la corta distancia que separaba la Fonda de la casita.

La noche había ya entoldado á la ciudad con su manto de tinieblas. El cielo estaba límpido y cubierto de estrellas. La luna, en cuarto creciente, arrojaba una claridad indecisa. El ambiente era suave y hacia consonancia con la tranquila majestad que se observaba en el claro azul del firmamento.

Pero ni Dorotea ni Dagiore notaron nada de esto: sus espíritus estaban harto preocupados con los afa-nes terrestres.

Con febril ansiedad abrió la puerta de calle. La casa estaba oscura; solo en el zaguán se proyectaba alguna claridad, reflejo pálido que enviaba un farol de gas desde la vereda opuesta.

Entonces recordó Dorotea que no tenían luz.

—Mira, le dijo, vuelve por una vela,—yo voy á esperarte,—y como Dagiore se disponía á partir, lo detuvo para pedirle una caja de fósforos.

Dorotea quedó sola.

Empezó á prender fósforos y á examinar la casa de esta manera.

Ya no era la visitante de horas antes.

Ahora la casa era la suya; allí iba á vivir, á mandar, á ser la patrona, á dignificarse en el concepto social, según sus ideas.

No se cansaba de mirarlo todo: varias veces se quemó los dedos en su ensimismamiento.

De pronto se sobrecogió de terror: había sentido un ruido á su espalda: dió un pequeño grito, pero se calmó al momento reconociendo á su marido, que estaba de vuelta.

Encendieron una vela y recorrieron toda la casa.

Dagiore la encontraba mil defectos; pero ella, con una verbosidad inagotable, defendía la casita: el barrio, decía que era excelente y que también había que pagar la localidad central en que se hallaba situada.

Todas las piezas estaban recuadradas con pintura de cola, excepto la sala, que había merecido los honores de ser empapelada con un papel punzó en fondo canela: esta y la pieza contigua tenían cielo-rasos de yeso, pero muy sencillos: en las otras habitaciones se veían descarnados los gruesos tirantes de pino.

Dorotea se quedaba perpleja observando las piezas vacías. Pensaba cómo había de amueblarlas; pero como no tenía nada comprado, se confundía en la disposición imaginaria que concertaba.

— José ¿mañana me comprarás los muebles?

— Bueno, puedes hacer la lista, y yo veré.

— ¿Tienes un lápiz?

El fondero tanteó sus bolsillos, pero las pesquisas que hizo resultaron inútiles. Buscaba, sin duda, un lápiz plano, parecido á los que usan los carpinteros, con punta mocha, que era el que le servía para hacer cruces y rayas en la libreta de los pensionistas de la Fonda.

Con la intención de hacer la lista allí, cerraron las piezas y salieron.

Dorotea, conforme llegó, se procuró papel y tinta y confeccionó el siguiente detalle de muebles:

Un sofá, dos butacas, cuatro sillitas doradas, seis sillas con asiento y respaldo de esterilla, imitación jacarandá, una mesa haciendo juego, con piedra mármol, las varas necesarias de alfombra para la sala y un espejo.

Para el cuarto siguiente tenia bastante con sus muebles.

Pasó al comedor: un aparador, escribió,—mesa, cuchillos,—y de los demas enseres por el estilo se prometia hacer una famosa acarreada de la Fonda.

—¿Qué mas? se dijo: ah! caramba, me olvidaba de lo mejor, y sonriendo escribió: un ropero con espejo.

Agregó aun otras chucherías y fué á entregarle la lista á su marido.

Empezó Dagiore á deletrearla, porque apenas habia aprendido á trazar algunas letras.

—Lee tú, dijo al fin. Así lo hizo Dorotea, y entonces Dagiore comenzó á hacer observaciones:

—Eh, la alfombra no es necesaria, sillitas doradas, ropero con espejo: todo esto va á costar mucho.

—Pero ya te he dicho que en los remâtes se compra eso tirado.

Todavía en los dias siguientes libró Dorotea algunas batallas para conseguir los muebles que deseaba.

Parcialmente, á medida que Dagiore los iba comprando, fué llenándose la casita.

Todos los muebles eran de ocasion; los elásticos del sofá y de las butacas estaban muy gastados, y al recibir el peso de la persona que se sentaba hundianse mas de lo conveniente; el reps mismo en que estaban forrados tenia sus averías. Dorotea les habia hecho fundas. Sin embargo, el arreglo de la salita daba golpe, como se dice vulgarmente.

La alfombra, de fondo verde, formaba á trechos cuadros simétricos dibujados con una guarda griega de color negro que venia á ser monótona á la vista, porque era lo que resaltaba en todas partes, luego en

medio de cada cuadro una dalia de un rosado percudido con gajos naranjos.

Este tapiz de un gusto desastroso la habia encantado á Dorotea: el placer de pisar alfombra y ver que le pertenecia, era suficiente venda para que no cayera en cuenta de que era fea.

Dagiore se habia decidido por ese gusto por ser la mas acomodada que encontró; le habia costado diez y siete pesos la vara.

La jóven no paró hasta comprar cortinas para las dos ventanas y la puerta que comunicaba con su dormitorio: ella misma las habia escogido en una tapiería: le mostraron unas galerías de madera, elegantes en su sencillez—y otras de lata dorada: éstas últimas eran de un precio inferior, y Dorotea se decidió por ellas, porque le parecieron las mejores: el oropel la enloquecia. Distaba mucho de tener el gusto educado: todo lo que relumbraba y los adornos de cargazon hacian llegar su entusiasmo al frenesi.

Los dias subsiguientes fueron de entera felicidad para la jóven.

Quedaba las horas parada delante de sus muebles: podria decirse que los adoraba: no se cansaba de acomodar las sillas y los floreros y chucherías que habia comprado para adornar la mesa de mármol: de pronto se le antojaba que estaban con polvo y venia con un plumero á sacudirlos: á veces un fragmento de pluma quedaba embutido en una de las molduras: se hincaba entonces á sacarlo y no contenta con esto se ponía á repasar las patas de la mesa con una toalla.

No descansaba en todo el dia: iba y venia; se sentaba á ratos con languidez en el sofá — y luego

caía en verdadera adoracion ante su imágen, que reflejaba la luna del ropero.

Soñaba entonces en una vida de lujo y eterno desvario.

A ratos le parecia que todo le faltaba. Eran ráfagas de recuerdo que venian á trastornarla. Ella habia visto desde las ventanas el lujo de las familias ricas, su boato, los trajes que vestian y los magnificos carruajes en que ostentaban la soberbia de su orgullo,— se bañaba en estas visiones, enloquecia, y se amarraba, como el náufrago á un deleznable pedazo de junco, á esas esperanzas en que se veia magnificada y triunfante de su humillacion de fondera, despertando envidias á su paso.

Rosada por la emocion, con su traje correctamente cortado, que no solo ponia de manifiesto sus bellas formas, sino que las realzaba, estaba Dorotea elegante y encantadora.

¿Quién le habia enseñado ese desenfado de buen tono al andar?

Pisando alfombras, entre espejos y vistiendo seda, ¿podria álguien suponer que fuese la mujer del fondero Dagiore? ¿Era esta la misma jóven que despachaba en el almacen de D. Juan? ¿La que cuando su padre era un pobre mercachifle que buscaba en los suburbios salida á sus artículos ordinarios, vagaba descalza y toda sucia en un conventillo?

Sí, era la misma: tocada por el soplo ardiente que vagaba en la atmósfera social, se habia nutrido con el ejemplo del boato y el oropel: habia crecido apurando humillaciones, y aprovechaba la primera oportunidad propicia para tomar la revancha y marearse en ese grato ambiente, porque tanto habian suspirado sus pulmones.

Tal vez se hubiera suicidado si no consigue tan pronto ese cambio de posición. Diariamente tenía acerbos incomodidades, despertamientos de envidias impotentes y desesperadas, porque á cada momento tenía conocimiento de lo bien recibidas que eran las hijas de muchos inmigrantes que ella conocía, y que, aunque habían levantado una regular fortuna, no por eso su primitiva educación había dado un paso.

Todo ejemplo es contagioso, pero cuando este emana de un igual, el afán y la turbación que se producen en el ánimo desquicia mucho más. Esto le sucedía á Dorotea—y de aquí su fiebre de aparecer y ser tenida en cuenta avivada á cada instante.

Este salto brusco del proletariado á las altas esferas de la sociedad, trae perturbaciones graves y todo lo desequilibra.

En ninguna parte se observan estas anomalías con mayor frecuencia que entre nosotros.

Puede decirse que no hay proletariado, propiamente dicho.

Existen efectivamente sus representantes: todos hablamos diariamente con el carnicero, el panadero, el almacenero, el albañil, etc.,—pero sus familias, especialmente sus hijas, visten, si no con las mismas telas, al menos con las mismas modas.

No hay pueblo en el mundo, relativamente á nuestra población, que haga más consumo de artículos femeninos de lujo, en géneros, sombreros, gorras, tapados y calzado.

Con la exhibición de las tiendas, con el ejemplo y con las costumbres y preocupaciones públicas, que imponen el lujo á la mujer so pena del ridículo y el desprecio, esta se siente excitada toda su vida, provocada, fuera de todo equilibrio,—se hace así mur-

muradora, enredista y envidiosa: sale y olvida el drama de su existencia, tal vez tranquila, para vivir en los acontecimientos dramáticos de la vecindad.

Así cada día las familias modestas descarrilan en su juicio, y se entregan á la voráGINE de las preocupaciones reinantes: agrandan el círculo de sus necesidades superfluas que luego se vuelven mas imperiosas que el hambre — y los cerebros empiezan en el ejercicio peligroso, que traen las emociones, las humillaciones y las deudas.

En esta tierra, así preparada, empezaba á germinar el hijo de Dorotea.

Lo habian cristianado en la parroquia de San Nicolás de Bari, poniéndole el mismo nombre de su padre.

Dorotea habia pensado darle unos padrinos acaudalados, pero tuvo que ceder á las instancias de Dagiore que ya lo tenia prometido como ahijado á D. Juan y D^a Margarita.

La pequeña fiesta que se originó en la familia con este motivo, los compuso, pues estaban algo desunidos, desde el negocio de la tienda, en que Dagiore no les ayudó ni con un peso.

Don Juan hizo sociedad con otro paisano suyo y los dos dirigian la tienda que hacia pocos dias la habian comprado.

Dagiore nada sabia de estos enredos. D^a Margarita, despues de la entrevista que habia tenido con su hija, se retiró harto disgustada y concertaron con su esposo no ocupar al fondero. Este les habia hablado del negocio, pero ellos cortaron todo trato respondiéndole que ya no necesitaban nada.

D^a Margarita no dejaba de guardarle rencor á su hija, y hablando con D. Juan, reprobaba la carrera

de lujo en que habia entrado, pronosticando un fin desastroso.

No por esto dejaba de admirarse del arreglo de la casa cuando visitaba á Dorotea. A veces se enternecia y sentia halagado su orgullo al pensar que todo eso era de Dorotea. Madre, al fin, concluyó por parecerle aquello lo mas natural del mundo. Se trataba de su hija, y suponía, muy convencida, que todo lo merecía.

El pequeño José ya estaba despechado. En esta faz de su edad no presentaba ningun rasgo particular. Como todos los chicos, era muy gloton, rabioso é incómodo por sus continuos llantos.

La madre no se preocupaba mucho de él.

En manos de la niñera andaba casi todo el dia, y cuando esta se cansaba lo sentaba en el umbral de la puerta de calle: allí se arrastraba y llevaba á su boca todo lo que encontraba al alcance de su mano, siempre húmeda á consecuencia de tenerla á menudo en los labios.

La curiosidad, que se despierta tan potente en los niños, le hacia abrir grandemente sus ojos celestes á cualquier ruido ó espectáculo que venia á herir sus tiernos sentidos.

La observacion está mucho mas desarrollada en la infancia, porque á esa edad el cerebro no guarda nada convencional, ni está poblado de novelas.

Empieza, recien, á hacer su almacenaje de quimeras, echando las bases, los futuros sistemas filosóficos que lo han de trastornar.

El ruido de los carros le infundia pavor; un ramillete de confitería que pasara por la calle con el tradicional angelito de alas desplegadas,—le hacia sonreír deliciosamente.

Cuando Dorotea recordaba que era madre, lo cargaba, paseándolo por toda la casa: jugaba con él acercándolo al espejo para retirarlo luego precipitadamente, gritándole en la oreja: ¡guáu!—Este juego encantaba al pequeño. Después en la sala lo acercaba á la mesa y le mostraba los objetos.

—¡Chiche, nene, mira, chiche! ¿te gusta? Ah, no, no se agarra, continuaba la madre, viendo las intenciones del niño. Este lloraba, y entonces Dorotea volvía ante el espejo otra vez con el «guáu».

Se cansaba al fin; le daba un beso y lo confiaba nuevamente á la niñera.

Le mostraban estampas, tenía bastantes juguetes de formas grotescas, cuando estos deberían hacerse representando objetos de la manera mas artística que fuese posible compatible con sus precios.

Tenía, además, una colección de figuras sacadas de las cajas de fósforos.

Todo esto empezaba á darle predisposiciones á su imaginación. Esta confusión de colores y objetos generaría en él, á no dudarlo, una ansiedad por cosas noveleras, que á no ser rectificada por una educación recta y sólida le haría en lo porvenir bastante mal á su criterio en la apreciación de los hechos y las cosas.

Su misma madre ya lo estaba inclinando al lujo: cuando los días de fiesta lo empaquetaba, terminaba siempre por prodigarle mas caricias de las acostumbradas y decirle, señalando la pollerita: chiche!

El niño, cuando veía pasar por la calle un nene bien vestido, llamaba hácia él la atención de su madre y decía en su encantadora media lengua:

—Mamá: chiche! y sonreía denotando la mayor alegría.

Ni una vez siquiera lo habían sacado al campo, no había visto ni un pedazo vivo de la naturaleza: todo lo que tenía ante sus ojos era falsificado: no se había embriagado en el perfume de las flores ni oído el clamoreo de las aves cantando dichosamente á la existencia en una mañana de primavera.

Su gusto por los perfumes estaba formándose con el pachouli, disfrazado con otros nombres, que usaba Dorotea en su pecho y pañuelo y la vista la tenía ya cansada con las flores artificiales, mal hechas y perdidas, que había en las macetas de adorno al lado de la ventana. La vida de invernáculo de la ciudad moderna tendía ya la traidora tela de su influencia, engañando sus sentidos con nociones falsas, que más tarde turbarían su criterio y lo harían vagar en un mundo de convención.

IV

Dorotea habia dado parte de su instalacion en el barrio, ofreciendo sus servicios, á varias familias de la vecindad.

Con este motivo recibió algunos desaires que la enojaron mucho al principio, pero su encono hizo crisis murmurando de esas vecinas, que ella llamaba mal educadas, y recogiendo todos los defectos que las ponian, para devolverlos á la circulacion con mayores comentarios.

La cuadra se dividió en dos bandos : el opuesto, en que estaba Dorotea, lo encabezaba misia Mercedes, señora que era del boticario que tan mal queria Dagiore.

Estas buenas gentes pasaban el santo dia menoscabando reciprocamente sus reputaciones.

A la vuelta vivia la señora del Dr. Ferreol : de una familia distinguida y pudiente habíase casado diez años antes : su esposo entonces acababa de graduarse : pobre y sin mas porvenir que su suerte y su audacia, previó que ligándose á una rama influyente y con fortuna tendria andado la mitad del camino que soñaba su ambicion.

Empezó á visitar en la casa de la que era actualmente su esposa : no fué muy bien recibido al principio, pero dotado de un pronunciado temperamento bilioso-nervioso, los obstáculos avivaban sus es-

fuerzos. Con su lábia de profesion, mareó por completo á la jóven en algunos bailes en que la encontró : fué aun mas lejos : la hizo cometer actos en público que la comprometian, al mismo tiempo que ponian de manifesto el afecto que le tenia.

El jóven abogado le pintaba un porvenir color de rosa y habia conseguido convencerla de que solo con él podria realizarlo.

En la sociedad empezó á murmurarse de la terquedad de los padres : se inventó toda una novela, hasta que al fin, consintieron en la boda, pero fijando un plazo algo largo. Ferreol, una vez recibido oficialmente en calidad de novio, hizo en la sala varios informes *in voce* para conquistar á los padres. Nunca pudo averiguarse bien, si por aburrimento de oír tanta redundancia de palabras ó porque efectivamente les hubiera agradado ; — pero el caso fué que el término se acortó y al año se casaron.

Josefa, que así era el nombre de la jóven, resultó una inmejorable esposa y buena madre de familia.

Misia Pepita, como la llamaron despues en el barrio, era la misma que habia invitado un dia á Dorotea de regreso de la iglesia, á descansar un rato en su casa.

Ella, como recordarán nuestros lectores, no aceptó en esa ocasion, pero prometió volver.

Así lo hizo efectivamente. Dorotea tenia muchas pretensiones y como siempre estaba sobre aviso creyendo que todos querian echarle en cara el oficio de su marido, era susceptible á lo sumo. Por nada se ofendia, enemistándose con sus amigas de la vispera.

Todas las veces que habia ido de visita á esta casa, misia Pepita invariablemente la recibió en el comedor. Por una parte veia que aquello era una prueba de

confianza y que de cualquier manera habia de nacer con este trato franco cierta intimidad, pero por otra, su orgullo se sublevaba, porque veia siempre una distancia entre ella y su opulenta amiga que la acobardaba y la hacia perder toda su altanería.

En una palabra, no se sentia bien allí. Mil veces habia decidido no volver, pero todo la empujaba nuevamente, porque la relacion de esta señora era buscada con empeño en toda la vecindad. Su riqueza, su distincion y la política de que hacia gala con sus relaciones la habian puesto de moda. Ella no participaba de las pequeñas miserias del barrio y cuando sucedia que en su casa se encontraban personas de los dos bandos, sabia dirigir la conversacion de una manera admirable para que no recayese en un tema que pudiese originar alguna reyerta.

No por esto dejaba de informarse de los chismes corrientes, tratando con cautela de saber en qué concepto la tenia cada una de las vecinas.

A un observador le habria llamado la atencion tan sano juicio en una mujer, como misia Pepita, baja, bastante gorda y de limitada inteligencia.

Sin embargo, nada mas natural: todos sus procedimientos respondian á instigaciones de su marido.

El afecto entusiasta que le habia profesado de soltera no disminuyó un ápice en diez años que llevaban de matrimonio.

Por el contrario, parecia que el tiempo trascurrido lo habia avivado.

Era una pasion de hábito y deseo, que en los últimos tiempos habia despertado con nuevo ardor al tener conocimiento de varias aventuras galantes de su marido.

La última que le colgaban era con una jóven que

llamaba la atención general por su belleza, casada con uno de los primeros empleados de un ministerio.

La cosa había corrido bastante, hasta que no faltó una alma caritativa que se lo soplase á la esposa del marido infiel.

Se siguió de aquí una violenta escena de celos y llantos y el doctor tuvo que ceder esos días á mil exigencias que estorbaban sus negocios: al salir después de almorzar, tenía que dar una infinidad de besos, prometer hora fija para volver á comer y después no salir ó acompañar al teatro á su esposa. Aun allí mismo le privaba que saliese en los entre-actos.

Lejanos resplandores de la luna de miel, no podían durar mucho, hasta que una nueva picardía viniese á crear una situación igual: cansado de esta vida carcelaria, llegaban días en que se revestía de toda su energía y elocuencia, y se iba, aunque quedase su esposa anegada en un raudal de lágrimas.

Le tenía verdadero y sano cariño: era una adhesión ciega: todo lo que decía el doctor debía hacerse sin réplica: en lo único que no le creía era en sus ocupaciones de la noche.

Ferreol se había lanzado, desde que se recibió de abogado, en ese mar revuelto de nuestra política militante.

Había empezado por arrimarse á personas influyentes y á hacer una escala del bombo mútuo.

Pertenecía á su círculo, que no tenía más estatuto que la alianza ofensiva y defensiva.

Redactó un diario, ocupó distintos puestos, — hasta que consiguió efectuar su entrada á la Cámara de Diputados.

Desde este momento sus antecedentes crecieron

iluminados por la pasión y el interés de sus amigos.

Se hizo un hombre influyente, de la noche á la mañana.

El mas ilustre de los argentinos — Rivadavia — decia que la prensa entre nosotros no quita reputaciones, aludiendo sin duda á la injusta turpitud con que á veces ataca; pero puede agregarse, para completar el pensamiento, que dá famas, que la maña, luego, de los favorecidos y los hechos consumados, las hacen reposar en pedestal de granito: esto, felizmente, es transitorio y efímero: glorias de aldea, se disipan con la muerte — y encuentran su ocaso en el sepulcro, porque no queda en pos una obra duradera ni una semilla en el dominio fecundo de las ideas.

Sin ser un pensador ni un erudito el Dr. Ferreol, salió siempre airoso de las mas críticas circunstancias con su cháchara de barbero, que sus amigos comparaban con la elocuencia apasionada de Gambetta ó con la palabra fácil é ilustrada de lord Beaconsfield.

Siguió así la corriente de su vida dormido en los laureles conquistados tan fácilmente.

Bastante haragan, pocas veces concurría á la Comisión de negocios constitucionales, de que era miembro. Tampoco estudiaba, y esperaba el porvenir tranquilamente, confiando en que las argucias de su genio práctico lo sacarían con honor de cualquier conflicto: sus colegas, tan ignorantes como él, pero de todo punto menos audaces, tenían de su talento la mas favorable opinion. Cuando habia algun asunto escabroso lo nombraban miembro informante — y se preparaba para hablar, como antes lo hiciera para escribir su artículo de todos los dias: recurría á sus enciclopedias, tomaba apuntes de leyes, y asunto

concluido. Su fuerte eran las comparaciones de la «República Modelo». En esto nadie le ponía el pié adelante. Antes en la prensa y ahora en el parlamento, no se cansaba de citar á Hamilton, Jefferson, Madison, Kent y Story, la divisa de Monroe, etc. Infinidad de veces habia dicho hablando del *Federalista* «el libro de oro de las democracias», «la biblia de los pueblos libres de la tierra».

Su ambicion miraba lejos, y mas de una noche soñó que dirigia como Presidente electo el acuerdo de ministros.

Para todas estas eventualidades, que pensaba iban á producirse tarde ó temprano, habia aleccionado á su esposa, sin manifestarle del todo su pensamiento.

— Mira, Pepa, la repetia incesantemente, es preciso tratar á todos bien, sin pensar en su condicion social: en nuestro país nada es estable y todo se renueva de la manera mas impensada: el que te pide hoy limosna puede mañana sacarse la lotería y alcanzar á tu nivel social, porque el dinero todo lo iguala. Además, nosotros estamos bien y debemos tratar de hacernos amables y captarnos simpatías para desbaratar odios y envidias en gérmen. Debes hacer con las mujeres lo que me ves hacer á mí con los hombres: á todos trato afablemente y me toco el sombrero hasta cuando me saluda un negro: no sabes lo que halagan estas cosas á los pobres: de esta manera uno cobra para siempre su consideracion y simpatías.

Era toda su táctica republicana: queria subir sin enemigos personales, que podrian mas tarde con su encono, indigestarle mas de una comida.

Cuidaba de su caudal como un perro hambriento el hueso que roe, pero era pródigo á manos abiertas con

los dineros públicos. Siempre se le encontraba en la mejor disposición para prestar su influencia á los cesantes que buscaban empleo. En esto era consecuente con la línea de conducta que se habia trazado. Buscaba popularidad, y ningun medio mejor podíasele ocurrir para conseguir entusiastas adhesiones. Cuando lo veia un pretendiente, en el cual descubria inteligentes disposiciones, lo acompañaba personalmente y lo presentaba al ministro: siempre, se decia, que un hombre de talento habia de levantar tarde ó temprano la cabeza, y por esto él queria captársele con un servicio desde sus primeros pasos.

No han tocado otros resortes mil mediocridades en nuestra política. Halagando ó consintiendo el vicio, cuando no participaban de su resultado, y dando alas á todas las aspiraciones ilegítimas, se han creado infinidad de talentos nulos y triviales una posición incontrastable. Toda una madeja de enredos, de esperanzas hambrientas y de negocios iniciados, forma al fin un verdadero pueblo de partidarios, en el que abundan adulones, personas de todos los pelajes que arrastra el interés, la necesidad ó la gratitud: de aquí resulta un encadenamiento de circunstancias que hacen necesario á un hombre y que lo mantienen siempre á flote: colocado por la suerte y la injusticia brutal de los sucesos en esta posición, si es algo vivo escala prontamente las alturas, donde, segun la atinada espresion de un autor, solo llegan los reptiles ó las águilas. Los bancos, el crédito en todas partes y la prensa asalariada salen á su encuentro para decirle cómo se empobrece á los pueblos y se corrompé su sentido moral.

Los ratos que la política y sus sueños de ambicion dejaban libres al Dr. Ferreol, los dedicaba enteros al

amor, ó por mejor decir, á un grosero libertinaje.

Ese diputado que en la Cámara hablaba con voz entera de moral republicana, habia noches que penetraba como una sombra en las casas de tolerancia, buscando emociones en el seno prostituido de una torpe cortesana.

No buscaba la correspondencia del afecto ni sentimientos educados en la mujer: su animalidad olfateaba solamente al sexo.

Tenia para estas cosas una vista de lince. No escapaba á su observacion un nuevo palmito que apareciera en el barrio. Desde que Dorotea principi6 á vestir con elegancia y á mostrarse frecuentemente en público el doctor empezó á pensar en hacer su conquista. Despues, cuando supo que visitaba en su propia casa, desistió por el momento, previendo una desazon doméstica. Su prudencia le aconsejaba abandonar la empresa, como ya antes lo habia hecho con mucamas fáciles de embaucar, pero que tenian la desventaja de vivir cerca de su domicilio.

Una tarde, el doctor llegó á su casa antes de la hora de costumbre.

Como casi siempre venia al anochecer, no era esperado.

En el comedor estaba misia Pepita, misia Francisca, madre de él, y Dorotea.

Cuando la primera sintió por el patio aquellos pasos, que tan conocidos le eran, dijo:

—Es Manuel: qué temprano viene hoy, y entrando luego en cuidado, agregó: ¿si vendrá enfermo?

Dorotea quiso escurrirse, pero la dueña de casa la instó á que volviera á sentarse.

—Por acá, señor pícaro, gritó la vieja, que si su madre no viene á verlo el ingrato no es capaz de

pasar á saludarla : para eso cria uno hijos : ¿ cómo estás? siguió, cuando ya el doctor pisaba el umbral del comedor.

—¿Cómo está, mama?

—¿Qué es esto? preguntó la esposa : tan temprano.

—No hubo número en la Cánara.

Reparando entonces en Dorotea, se sorprendió un tanto y se sacó el sombrero.

—La señora de Dagiore, dijo misia Pepita presentándola,—una vecina nuestra.

—Tanto gusto de conocer á V., díjole el doctor estrechando su mano.

Dorotea balbuceó algunas palabras y se puso encarnada.

El apretón de manos habia sido demasiado fuerte.

Siguió bastante animada la conversacion.

La madre, sobre todo, quedaba pendiente de lo que decia el doctor : tenia verdadero orgullo de su hijo, y lo creia un genio.

Ferreol llamó á un criado y le pidió cerveza.

Cuandó la botella estuvo destapada él mismo sirvió á las tres damas.

De pronto, dijo que deseaba comer temprano, porque tenia que acudir á una reunion del comité y estaba citado para las ocho.

— Mejor es que no hubieras venido para irte tan pronto, díjole su esposa : qué hombre, continuó, dirigiéndose á su suegra, no pára en su casa un momento.

— Qué quieres, hija, respondió la vieja, que siempre le encontraba razon á su hijo : un hombre de importancia no es como un jornalero que acabando el dia no tiene mas quehacer que descansar : ya ves como es buscado éste, el pobre no tiene descanso, el

ministro le consulta la menor cosa y en la Cámara si él no habla no está contenta la barra : otra mujer en tu caso estaria muy satisfecha de que su marido estuviese en mentas de todo el mundo : debes ser mas avenida ya que te has casado con un hombre público.

Mientras la madre ensalzaba de esta manera á su hijo, misia Pepita lo contempló con una mirada maliciosa que aquel comprendió perfectamente ; en el lenguaje mudo de una mirada le habia vuelto á repetir una vieja cantinela : ella se resignaba á todas las salidas mientras estas no se aprovechasen para hacerle infidelidades.

Cuando su madre terminó, el doctor con viveza se adelantó á su mujer que iba á responder :

— Oh, por eso no tenemos disgustos : mi mujer es la esposa mas prudente del mundo y siempre sabe ponerse en razon : á su bondadoso genio en el hogar debo yo todos mis triunfos.

Aquí habia cierta ironía, porque cuando redactaba el diario, hubo dias en que afebrado con las camorras que le buscaba su esposa, rompió las carillas empezadas por la mañana, saliendo sin almorzar para regresar recién á media noche.

Ella no lo comprendió, y le dijo que estaba muy galante.

Un sirviente entró á anunciar que estaba la comida.

Dorotea se puso de pié.

— Qué, dijo el doctor : ¿ nos abandona Vd. ? no puede ser : Pepa, á tí te corresponde invitarla á que se quede con nosotros.

— Si, sí, quédese Vd. . . . aunque hará penitencia.

— No, señora, agradezco mucho será otra vez pero he dejado mi casa sola.

— No le sucederá nada á la casa, supongo, dijo el doctor, por no estar callado.

Dorotea no pudo defenderse mas. Poco al corriente de las forzadas fórmulas que usa la buena sociedad, ella debia haber rehusado nuevamente, pero no lo hizo.

— A la mesa, pues, gritó el doctor.

— Que saquen, dijo al mucamo la dueña de casa.

El doctor ocupó la cabecera, á su derecha primero su esposa y despues Dorotea y á la izquierda misia Fráncisca.

El jefe de la familia monopolizó por completo la conversacion.

Con una cautela de zorro corrido miraba, á hurtadillas de su mujer, á Dorotea.

Esta comprendió muy pronto que no era indiferente para el doctor.

Esta conquista la aturdió al principio.

No habia pensado ni pensaba tener un amante, pero esta corriente de simpatía que empezaba á iniciarse entre ella y un hombre de tan alta posicion halagaba su orgullo — y algo como un sentimiento de gratitud sentia desbordar de su pecho.

Sus ideas, sus lecturas, todo se aunaba para despertar sus sentimientos hácia un afecto de esta naturaleza.

El doble calor de la comida y de los pensamientos que bullian en su frente habíanle coloreado vivamente las mejillas.

Así, encendida, estaba realmente hermosa : se podia notar que de todos los poros de su piel blanca y

satinada surgia radiante la juventud con sus fatales incitaciones.

A los postres se levantó un momento la esposa del doctor.

Este aprovechó la ocasion y corrió su pié buscando el de Dorotea. Al sentir el contacto la jóven retiró el suyo inmediatamente.

— Un poco chúcara, pensó el libertino, y sin desconcertarse volvió audazmente á tentar un nuevo amago á la plaza.

Dorotea no sabia qué pensar: estaba aturdida: de pronto atribuia el encuentro de los piés á una mera casualidad, pero volvia á confundirse cuando recordaba las miradas elocuentes con que el doctor la habia ya envuelto varias veces.

En la segunda tentativa, le alcanzó una pantorrilla; Dorotea se puso muy pálida y en medio de su estupor y cediendo maquinalmente á un movimiento de indignacion, retiró la silla.

No esperaba este resultado el fogoso diputado. Se turbó algo y entró en cuidado. ¿Será tan tonta que se lo cuente á Pepa? se decia; y queriendo enmendar la plana se puso á dirigir simultáneamente la palabra á la jóven y á su señora madre, que comia á la sazón, con voraz apetito, dulce con queso y pan.

En esto volvió la dueña de casa; habia ido personalmente á su jardin para traer unas flores á su suegra: le dió un lindo ramito llamando su atencion sobre una tumbergia, que era la primera que daba la planta.

A Dorotea la obsequió con dos fragantes pimpollos de rosa Enrique IV y á su esposo le arregló en el ojal de la levita un pequeño gajo de verde dicsma.

La vieja empezó á hacer ponderaciones de las flores.

—Qué ricas están, hija, qué bien tienes el jardín, y la suerte que has tenido con tu gardenia, si vieras la mia; tiene mas de dos varas, es un árbol, y hasta ahora no ha dado una sola flor.

En seguida se tomó el café; el doctor pasó al dormitorio y como al cuarto de hora volvió á entrar al comedor.

Venia correctamente vestido y muy perfumado: sin duda se habia echado en el pelo un frasco de agua de rosa, pues el olfato así lo denunciaba.

—Y á V., mama, dijo, ¿quién la va á acompañar?

—Yo, hijo, yo sola me voy á ir.

—Si no lleváramos distinto camino y no tuviera tanto apuro le ofreceria mi brazo.

—Quita allá, pícaro: ¿qué has de querer salir tú con viejas?

—No: es que le hablaba seriamente.

—Ni lo pienses: tú tienes quehaceres que no se pueden desatender: conmigo siempre estás disculpado.

—Muy pronto he de ir á hacerle una visita.

—Eso sí: hoy somos juéves: te espero el domingo con los muchachos.

—Si se han portado bien, irán.

El Dr. Ferreol tenia tres hijos, todos varones; Víctor, Cárlos y Estéban: convencido que su esposa no tenia carácter para educarlos y que él por falta de tiempo no podia ocuparse de llenar esa tarea, los habia puesto en un colegio á pupilo: los tres cachafaces salian solo los domingos, y esto, cuando resultaba buena su conducta y habian aprendido bien las lecciones.

Al principio misia Pepita lloró mucho con esta determinacion, que llamaba cruel, pero despues se fué acostumbrando y se consoló del todo cierta vez que yendo á visitarlos habia visto infinidad de niños mucho menores que Estéban, que recién contaba siete años.

El doctor encendió un habano, se despidió de su madre y su esposa y al llegar á Dorotea, le dijo:

—Señora: cuente V. con un servidor, tocándole apenas la mano y casi sin mirarla—y siguió sin hacer pausa alguna dirigiéndole palabras á su esposa que se referian á asuntos que habian estado tratando anteriormente.

Sin duda queria hacer gala ante Dorotea que sabia despedirse con elegante desenfado, ó tal vez, dejar un antecedente de manifiesta indiferencia, que todos habian presenciado, para defenderse si la jóven contaba el suceso de la mesa.

Erguido y muy satisfecho de sí mismo, se dirigió á la calle calzándose los guantes.

Eran las siete y media de la noche: las veredas se encontraban bastante concurridas, y como por allí estaban afocados distintos negocios, la luz que de ellos salia combinándose con la pública de los faroles de gas llenaba la calle de vivos y claros reflejos.

Desde que el doctor se puso en marcha por la vereda empezó ceremoniosamente á repartir saludos: su inocente sombrero de copa alta debia sin duda resentirse de tanta cortesía.

Hacia el final de la cuadra estaba la Botica: aquí convergia parte de la concurrencia callejera y se oian desde la calle murmullos de risas y palabras.

A simple vista y por la constante renovacion de

clientes, se comprendia que el establecimiento prosperaba.

La conversacion era general entre el boticario, varios vecinos amigos de este y el Dr. Catay, médico que concurría á la botica para encontrar enfermos de ocasion.

A la sazon, decia este último al primero :

— D. Isidro, acerquémonos un momento á la puerta para ver pasar las buenas mozas.

En momentos que se asomaban pasaba el doctor Ferreol.

Médico y boticario le hicieron una gran reverencia, que fué contestada por Ferreol con su proverbial galantería.

Este tenia á ambos en gran consideracion ; pertenecian á su parroquia y empezaban á tener alguna influencia : como no tenian ambicion personal y solamente entusiasmo teórico, pensaba atraérselos para que creyendo servir á la patria respondiesen á sus miras políticas.

Ellos tambien deseaban la relacion del diputado, porque les satisfacía tal amistad y pensaban que nunca está demás tener una cuña en las altas regiones de la política.

Cuando Ferreol hubo pasado, murmuró Catay :

— Hombre vivo !

— Ya lo creo, replicó el boticario, y lo mejor del cuento es que no se duerme en las pajas.

— Pero en cambio, se acuesta en la cama de muchas mujeres casadas, respondió Catay cínicamente.

Esta salida no fué del agrado del boticario : creyó ver en ella el retintin de una burla, porque misia Mercedes, su esposa, tenia mil consideraciones para

el médico, y lo que al respecto se murmuraba habia llegado varias veces hasta él encendiéndole el rostro la indignacion : estaba hacia mucho tiempo hastiado de su mujer ; el acto en sí no le importaba dos pitos : tenia muy poca elevacion moral ; pero lo sulfuraba la idea del ridículo ; de que en el barrio cudiese la cosa y llegasen á llamarle cornudo.

—Entremos, dijo despues de un rato de silencio, corre algun aire y podemos resfriarnos.

Así lo hicieron.—Como habia bastantes personas al lado del mostrador y otras esperando su turno sentadas en el confidente y varias sillas que para este objeto estaban, el boticario fué á colocarse al lado del dependiente y empezó á interrogar á los clientes :

—¿V., señor? Ah! decia, recogiendo una receta, tardará media hora, puede V. esperar ó volver; y así seguia, juntando papeles,—se puso despues á medir las drogas, empezando por el frasco, para preparar la primera receta.

Mientras trabajaba, no dejaba de hablar.

Iba, venia, ponia la escalerita para alcanzar algun frasco colocado en un estante alto, pero como de costumbre, sin desatender la conversacion.

De cuando en cuando dejaba de revolver en el almirez, para atender á un nuevo llamado del mostrador.

No se daba tiempo á despachar sus clientes con la prontitud que cada uno de estos pretendia.

—Volveré, D. Isidro, decian muchos.

Y los frascos, las purgas, los tarros de pomadas y las cajitas de pildoras, iban alineándose en el mostrador encima de su respectiva receta.

De rato en rato entraban muchachos del barrio á comprar remedios sencillos:

—D. Isidro: un peso de mostaza y un peso de llanten.

—Un peso de harina de lino.

—D. Isidro: dice mi tata que le preste *La Nacion* de hoy, que es para ver un aviso, que despues se la va á mandar.

—Un peso de tilo.

—D. Isidro, despácheme pronto.

—A mi la llapa de caramelos de goma.

Y el heroico farmacéutico, sin salir de su gravedad habitual, hacia callar á los muchachos y seguia, en compañía de su dependiente, despachando á todos segun su turno.

A eso de las nueve cesó el movimiento en el despacho.

D. Isidro, Catay y dos vecinos, pasaron á la habitacion en que dormia el dependiente, única tambien que habia en aquel reducido local. Tenia ésta, salida á un pequeño patiecito en que estaba la letrina, una cocina de la cual no se hacia uso y un pozo de que tampoco se servian desde que colocaron la cañería de las aguas corrientes. Debajo del grifo estaba colocada una tina en la que un chico, al servicio de la botica, lavaba frascos y botellas.

En el centro de la habitacion habia una mesa redonda cubierta con una carpeta color canela, varias sillas en rededor arrimadas á la pared, una cama en uno de los ángulos, al lado una mesita de luz, mas allá un baul viejo y en la pared opuesta una percha improvisada, velada con una cortina de còco oscuro.

El gas estaba á media luz, D. Isidro lo arregló,

sacó un juego de naipes del cajon de la mesita de noche y, dirigiéndose á sus contertulios, exclamó :

—Acerquen ustedes las sillas, señores.

La partida de mus de todas las noches iba á empezar.

—Andrés, gritó D. Isidro, llamando al muchacho que limpiaba los frascos, trae unos porotos.

Vino el chico con lo que se le pedia, y agregó el boticario:

—Pónlos ahí: mira; prende el aguardiente y seba un mate.

—Se ha concluido la yerba, señor.

—Toma, respondió, metiendo la mano en el bolsillo del pantalon para sacar dinero.

—Yo no tengo ganas de hacer la partida esta noche, exclamó bostezando Catay.

—¿Por qué? — preguntó D. Isidro, alargándole cinco pesos al muchacho.

—Seria mejor que saliéramos á dar una vuelta.

Desde que D. Isidro habia hecho relacion con Catay sus costumbres habian cambiado por completo.

El médico le imponia su voluntad y lo arrastraba á pasos que él solo jamás habria dado.

Sentia que lo sacaban de sus casillas con menosca-bo de su salud y su bolsillo, pero se encontraba sin fuerzas para resistir.

Era cosa de todas las noches que despues de la partida saliesen á correr un poco la tuna.

Se prometian ser juiciosos, pero entraban á jugar al billar en un Café, se enardecian poco á poco y luego empezaban á beber. Ya cuando salian de allí, tenian olvidado los propósitos de enmienda, y como atraidos por una voluntad que no era la suya, se

abandonaban á sus instintos y concluían por penetrar á una casa de tolerancia.

— No, hombre, respondió el boticario ; es muy temprano : juguemos un poco y despues veremos, aunque yo estoy con un dolorcito á la espalda que no me hace mucha gracia : deberia acostarme temprano.

— Ta, ta, ta : mejor : iré yo solo, — y eso que he hecho hoy un descubrimiento ! . . .

Los ojos de los tres que escuchaban se avivaron como por encanto.

-- Desembuche, doctor.

— ¿ Es bonita?

— ¿ Dónde vive ? exclamaron casi simultáneamente.

— Vamos por partes, dijo, y haciendo una pausa cogió el naipe, que estaba ya barajado, y poniéndolo cerca de sí lo tapó con una récia palmada, agregando :

— Esta noche no juega nadie !

— Doctor : no se enoje asi, que no le hemos hecho nada, exclamó en tono de amable burla uno de los vecinos.

Catay sonrió y siguió diciendo :

— Puedo decirles que es preciosa, y para Vds. que están ya cansados de las rubias, un verdadero bocado de Cardenal : es de «no te muevas» : trigueña, ojos grandes y negros y con un pelo que le pasa el talle : no puedo decirles mas : ahora, si quieren saber dónde vive, tienen que acompañarme.

— Yo voy.

— Yo tambien.

— ¿ Nos abandona Vd. ? dijo Catay al boticario.

— ¿ Quién resiste á tantas ponderaciones ? Iré, pero todavía es muy temprano : juguemos un poco y despues saldremos.

— Ya veo que en esto voy vencido : pero no daré mi brazo á torcer : jueguen Vds. y yo los miraré.

Don Isidro talló y su vecino empezó á repartir las cartas.

Entre tanto, Catay fué á revisar el libro copiador de recetas. Como la Botica estaba situada en un punto bastante céntrico despachaba todos los dias recetas de diversos facultativos, entre las cuales solian aparecer algunas, firmadas por médicos distinguidos que gozaban de alta reputacion en el concepto público. Este era el único estudio que hacia Catay. Por las recetas venia en cuenta del modo como curaban sus mas afamados colegas de profesion las enfermedades reinantes. Tomaba apuntes, y al siguiente dia propinaba á sus enfermos iguales drogas.

Cuando terminó de ver el libro, se acercó á la mesa.

Concluia en ese momento la partida y estaban repartiéndose los porotos.

— Ya basta.

— Falta otro chico.

— Suspendan para mañana.

— Y dígame, doctor, dijo de pronto uno de los contertulios : ¿ su hallazgo es mejor que la mujer del fondero ?

— Cada cosa en su lugar, respondió este.

— ¿ Siempre la sigue Vd. ?

— Oh ! en cuanto á eso no pierdo la esperanza de que caiga en mis manos.

— ¿ Pero han visto Vds., dijo terciando don Isidro, el lujo que gasta ? Qué bruto es ese animal de Dagiore : permitirle esos gastos cuando debia aplicarle una paliza para cortarle con tiempo las alas. Yo no sé lo que piensan algunos hombres.

Aquí sucedía lo de siempre: el pobre boticario predicaba sensatez para la casa del prójimo y no veía que en la suya eran bien necesarias esas medidas.

—Debe haberse vuelto loca, dijo uno de los vecinos.

—Yo sé quién se la va á comer, si es que ya no lo ha hecho, agregó el otro.

—¿Quién? preguntó el boticario.

—¿Quién ha de ser sino el doctor Ferreol, que se pinta solo para estas cosas?

—¡Cuánto me alegraría!—replicó D. Isidro, dando salida al encono de barrio que profesaba á Dagiore, avivado en él por los chismes exagerados con que le llenaba la cabeza el espíritu intrigante de su mujer.

—¿Que sabe usted algo? preguntó Catay con vivo interés.

—De fondo nada; pero la veo á Dorotea visitar mucho á misia Pepita.

—Bah! si no es nada mas que eso....

—Es que el doctor es muy vivo, y allí, en un momento, puede concertar una cita. De todas maneras, está mas adelantado que usted, porque la trata, la habla y mantiene con ella muy buena relacion.

Picado Catay en su amor propio, respondió:

—Yo tambien la trato y siempre me contesta el saludo con los mejores modos del mundo.

—Pero usted no la visita.

—Tal vez por esto estoy en mejor camino; y en fin, conmigo no puede tener ningun género de vergüenza, porque me he cansado de tocarle las piernas: si vieran ustedes qué hermosas las tiene: no la merece ese animal de fondero....

—No diga usted esas barbaridades, interrumpió D. Isidro.

—Con que estábamos tan adelantados, dijo uno de los otros: adelante, doctor, cuéntenoslo usted todo: le garantimos que no nos hemos de ruborizar.

—Sí, pues, continuó Catay,—cuando salió de cuidado fui yo uno de los que la asistieron.

—Ja, ja, ja,—rieron los tres, algo despechados por el desenlace del cuento, pero reanimándose poco á poco, volvieron á las preguntas:

—¿Con que buenas piernas, eh?

—No hay dos opiniones al respecto: son magníficas: carnes duras, muy blancas y suaves como el terciopelo.

—¿Cómo estaría usted?

—No lo crea: en esos casos uno no piensa en tales cosas, pero despues se recuerdan.

—¿Fué Dagiore quien lo llamó?

—Qué va á llamar ese animal: hoy los médicos especialistas en partos se mueren de hambre, porque las malditas parteras italianas han echado á perder el oficio....

Los circunstantes se echaron á reir.

—Sí, es la verdad: ¿querrán ustedes creer una cosa? La lavandera de casa es partera recibida.

—Esa la inventó usted!

—Mi palabra de honor: así son las barbaridades que hacen: bien, pues, el fondero llamó á una de estas y al rato no mas echó á perder el asunto: se asustaron en la Fonda y llamaron entonces dos médicos: por esto es que le vi y toqué las piernas: ¡qué diablos! los médicos tambien tienen sus boladas. ¿Les parece que salgamos? agregó, ya es tiempo.

Se pusieron en marcha. Habrian andado media cuadra, cuando dijo D. Isidro:

—¿Para dónde vamos?

Como siempre, salían sin rumbo, fastidiados, y sin saber qué hacer con el malestar que les procuraba su aburrimiento.

— Primero al Café, contestó Catay.

— Dejémonos de Café, replicó el boticario.

— Vamos á ver á la princesa de ojos negros, dijo otro de los compañeros.

En la conversacion habian llegado maquinalmente hasta la calle de Suipacha.

— Nos vamos á aburrir en el Café, agregó el boticario: á esta hora han de estar ocupados todos los billares.

— Sí, sí, — doblemos.

El hábito del vicio los atrajo hácia uno de sus centros. Doblaron por Suipacha y siguieron por Corrientes hácia el oeste.

Al pasar por Cerrito se detuvieron en la bocacalle.

— No, hombre, yo nos los acompaño, dijo don Isidro: pasa mucha gente: miren cómo viene ese tramway.

— Yo les decia, replicó el doctor, que fuéramos al Café: allí habríamos hecho tiempo: á mí tambien me parece que es muy temprano: si quieren vamos á ver la polla de que les he hablado: los presentaré, pero con la condicion de que han de pagar la cerveza.

— ¿Dónde vive?

— En la calle de Santiago del Estero.

— Un poco lejos.

— Podemos tomar el tramway.

— Mejor es ir á pié.

— Aprobado — y en marcha, dijo el doctor cerrando el debate.

Empezaron á ascender la calle de Cerrito.

Catay iba adelante jugando con su baston y hablando fuerte.

Cuando encontraba un perro le daba á traicion un gran palo, con la intencion, decia, de que mordiera á alguno de los camaradas que iban detras de él.

— No embrome así, hábale dicho mas de una vez el boticario: parece usted un muchacho de escuela; sea mas juicioso.

A las mujeres que encontraba solas en el tránsito les arrojaba vulgares piropos y su audacia llegaba muchas veces hasta manosearlas groseramente.

Sin recordarlo, iban á pasar en ese momento por la casa de Dorotea.

La jóven estaba en la puerta. Minutos antes habia enviado á la niñera hasta el almacen, y como tardara, fué á ver si venia.

Miraba precisamente en sentido inverso al que traian los cuatro calaveras.

Catay no la reconoció. Vió en la penumbra un busto incitante de mujer y le puso la mano en el seno, murmurando algunas palabras torpes y estúpidas.

La jóven se revolvió de indignacion y sorpresa.

— Atrevido! dijo, — y le dió una bofetada en la cara.

Catay, furioso, le envió una andanada de denuestos, y cobardemente enarboló el baston.

Mas sereno el boticario, lo contuvo á tiempo, mientras que Dorotea se refugiaba en el interior de su casa.

Los otros dos acompañantes habian disparado desde un principio y esperaban el desenlace en la próxima esquina.

El boticario arrastró á Catay.

— ¡Qué barbaridad la que ha hecho usted!

—¿Quién es?

—¿No la ha conocido usted?...la fondera.

—¡Aunque sea la hija de un rey me la ha de pagar!

Se reunieron.

—¿Qué hay? ¿qué hay? preguntaban los dos vecinos.

Cuando se informaron, también tuvieron reproches para el doctor.

—Yo no la había conocido, dijo éste.

—Mala había sido, dijo D. Isidro, con un asomo de burla, y como viera que Catay volvía á enfurecerse, agregó:

—Pero, qué diablos: si ella me permitiera una libertad como la que usted se ha tomado yo de buena gana sufriría veinte coscorrones que me diera: pero sigamos: ¿qué estamos haciendo aquí como unos zonzos?—felizmente la cosa no ha tenido ulteriores: es preciso que vayamos con juicio: vea, usted nos compromete: recién recuerdo que he pasado por frente de mi casa: qué barbaridad: ¿si nos habrán visto?

A Catay le pareció salir de un sueño.

—Es cierto, contestó: ¿pero en qué hemos venido pensando?

Entonces dieron vuelta la cara y como observaran en quietud y silencio la cuadra que dejaban á la espalda, concluyeron por tranquilizarse.

Entonces siguieron los comentarios. D. Isidro volvía á los detalles y sus palabras eran festejadas con continuas risas.

Una noche mas de orgía veló casi por completo el recuerdo de este bochornoso episodio.

Cuando volvió la niñera, Dorotea estaba encerra-

da. Le abrió con cautela y le preguntó si no había visto unos hombres en la vereda.

Esta contestó negativamente, y entonces le mandó cerrar la puerta de calle. Dagiore aun no había vuelto, tenía llave y jamás se le esperaba.

El pequeño José dormía con seráfica tranquilidad en su camita.

Dorotea hizo acostar á la sirvienta y ella misma empezó á desvestirse.

Estaba aturdida y frenética por los sucesos de ese día.

Había reconocido á Catay y pensaba en el doctor Ferreol.

—Vaya unas cosas lindas las que me suceden, se decía. Ah! y esto á mí solamente me pasa. Si José fuera otro hombre, yo le diría; pero qué va á ser capaz de vengar un ultraje hecho á su mujer. Y ese canalla de Catay: ah! ser tan sola, si debía haber llamado al vigilante;—y el otro, seguía, refiriéndose á Ferreol: esos son los decentes: creen que con una, porque no es hija de un príncipe, pueden hacer lo que quieran: ya verán, ya verán, estos cochinos.

Y continuando su pensamiento en esta ruta, se excitaba mas cada vez, hasta que su dolor terminó por hacer crisis en un llanto enfermizo.

Como todos sus razonamientos iban envueltos en la densa niebla de su vanidad, pensaba que todo eso le sucedía porque la tenían en menos y que su conducta y su seriedad no bastaban para atraerse el respeto de los hombres.

En parte, no se equivocaba, porque á Ferreol y á Catay les pareció siempre que sería una conquista que no daría mucho trabajo.

Ella jamás había imaginado el amor de una manera tan brutal.

En su corazón, el médico y el abogado estaban de todo punto desahuciados. Suponia cómo serían después, si al iniciar sus pretensiones ya mostraban una vulgaridad tan chocante.

Todo en ella concurría para soñar con un amor puro, mantenido en las esferas de un afecto noble y delicado. Anhelaba la encarnación de los sentimientos que desbordaban de su pecho, pero sin que se contaminaran en el lodo de la tierra. Quería ser protagonista de un amor ideal, tal como lo había encontrado en las novelas.

Estas lecturas, que eran el pasto diario de su imaginación, su posición equívoca en la sociedad, que la impelia á buscar un consuelo para resarcirse de los desaires que recibía, y hasta su mismo estado, pues estaba nuevamente embarazada, contribuían poderosamente á afirmar semejantes ideas.

Todo su enojo lo refundía luego en Dagioré,— el cual, cediendo á los impulsos de su carne, satisfacía con todo rigor el débito conyugal,—y, sin saberlo uno y otra, era esta una de las causas que reprimía el temperamento nervioso de la joven.

¿Dónde estaría,—si á su edad no hubiese sentido ya dos veces estremecidas sus entrañas, por la misteriosa influencia de la maternidad, que modera,—salvo casos excepcionales,—ciertas incitaciones fatales, que por sus ideas y el medio en que actuaba no le habría sido posible reprimir? . . .

Los dias fueron sucediéndose unos á los otros, — iguales y monótonos para la generalidad de los personajes que hemos presentado.

Fuera de los episodios vulgares y de escaso interés que cada sol presencia en los hogares, — nada que importe un cambio radical de posiciones llegó á suceder, hasta que un suceso imprevisto vino á colocar á Dorotea en brazos de un amante.

Entre tanto, el pequeño José, cumpliendo la ley de su desarrollo, crecía rápidamente.

Las relaciones de Dagiore con su mujer habian seguido siempre tirantes, como que el interés era el único agente que las mantenía á flote. No obstante, en los últimos tiempos estos miseros vínculos se habian aflojado casi por completo.

Este resultado era inevitable, y mas temprano ó mas tarde, tenia fatalmente que producirse.

Es la terminación lógica de todas las uniones desproporcionadas.

Los inconvenientes que trae la vida íntima, esas tristes reyertas que vuelven la casa un verdadero infierno y que encuentran pábulo para producirse en la cosa mas mínima eran función casi diaria en la casa de Dorotea.

Si las aspiraciones de los dos esposos, ya que no su educación, hubieran guardado algun equilibrio,

podrían haber esperado un porvenir mas tranquilo, cuando la edad y la esperiencia, calmando sus desatinados rencores del presente, los hubiese vuelto mas suaves y tolerantes. Pero ellos no se hacian ilusiones al respecto.

Miraban hácia polos opuestos.

La familia se habia aumentado en este intervalo con dos nuevas niñas.

Los gastos de la casa, por consiguiente, habian crecido.

Dorotea habia exigido una mucama, y no se cansaba de repetir que la casa era pequeña para tanta familia.

Muchas veces hacia compras sin consultar á su marido. Cuando los acreedores iban á cobrarle á este, la escena que se seguia entre los esposos no podia ser mas chocante y asquerosa.

Ahora Dagiore la reñia por todo. Era que se iba cansando de ella. La posesion por un lado y por otro que Dorotea no usaba con él ninguna coquetería, habian traído este desenlace. La jóven tenia la conciencia de que valia mas que su esposo, y suponía, por esto, que seria eterno su ascendiente. Jamás se cuidaba de su persona delante de él.

En los momentos que este, por la mañana, tenia necesariamente que pasar á su lado, no se preocupaba de arreglarse: andaba sin corsé, con una enagua de color, la cara sucia y el pelo alborotado. Cuando salia, perfectamente peinada y con la cintura bien ceñida, Dagiore no la reconocia. No era esa su mujer, — la que él conocia y habia tocado tantas veces. El polvo de arroz, las pequeñas botitas de taco alto, el traje tan lleno de modas y su sombrero repleto de plumas y flores, — no eran, á la distancia, suficiente

estímulo para reavivar la llama del deseo, que ya casi se extinguía en el corazón del fondero.

Sin embargo, á veces solía decirle en alguna de sus disputas:

—Tú eres una mujer fea para tu marido, que te da todo—y te haces bonita y te compones para mostrarte á los de la calle.

En medio del insulto, se veía no obstante cruzar como un relámpago los antiguos celos de Dagiore. Después, repetía por milésima vez sus maldiciones sobre el lujo,—y ese odio profundo que tenía á las tiendas.

Su amor no estaba extinguido del todo: muchas veces quiso poner en orden los asuntos de su casa y dijo á Dorotea que si consentía en volver por poco tiempo á la Fonda, serían después felices, porque podría ahorrar para comprar el Hotel—esa idea que jamás abandonaba, que era su manía y su sueño dorado.

Dorotea le preguntó, con mucho descaro, si se había vuelto loco para hacerle semejante proposición; hasta rió de la ocurrencia, pero como poco después la discusión se agrió, ella dijo terminantemente que solo muerta la podría llevar á la Fonda.

Todo su orgullo se sublevó; evocaba los recuerdos de lo que había sufrido allí su amor propio y en el ridículo que caería ante el barrio tornando á su antiguo género de vida.

Fué entonces que el fondero se convenció que le sería imposible ahorrar un solo medio si las cosas continuaban de ese modo.

No sabía qué hacer. Jamás como entonces se había arrepentido más de su casamiento.

Se resolvió á ahorrar á todo trance. La avaricia

concluyó por predominar en su alma vulgar arriba de todo otro afecto.

Pensó que los hijos costaban mucho y que al nacimiento de cada uno de ellos, Dorotea habia ido aumentando considerablemente los gastos. Quiso cortar por lo sano, y resolvió no tener mas hijos.

A veces, pasaba semanas sin ir á su casa, quedándose á dormir en la Fonda.

Habia ordenado terminantemente á su mujer que no hiciera el menor gasto, amenazándola con no reconocer ninguna deuda que contrajera.

Decia que era bastante con pagar la casa y enviarle la comida, como de costumbre, dos veces al dia en una vianda.

Respecto á las demas provisiones necesarias en el hogar, detérminó que siempre que faltaran se las mandasen pedir. No queria que su mujer hiciese ninguna compra ni que manejase un centésimo de su peculio.

Dorotea, bastante orgullosa de por sí, aceptó con valor la nueva situacion: sacó costuras de la tienda de sus padres y con esto tuvo para hacer frente á los pequeños gastos en los primeros tiempos.

La idea de no tener mas hijos, aunque parezca mentira, halagó bastante á Dorotea.

Sus continuos embarazos, y despues, el cuidado que demandaban las criaturas, la privaban de pasear con la frecuencia que ella deseaba.

Una noche vino Dagiore con un pretesto y se quedó: él traia su idea: su mujer le habló como si nada hubiera pasado entre ellos: necesitaba recursos para cambiar su traje por uno á la moda que inauguraba la nueva estacion de invierno.

A la hora de recogerse, Dagiore le hizo algunas

caricias. Ella lo rechazó con un ademán suave y dijo:

—¿Para qué? ¿No hemos convenido ya no tener más hijos?

El entonces con torpe franqueza, le dijo que había medios para no tenerlos sin abstenerse de los goces que procuraba el matrimonio.

Sacó un papel de su faltriquera, lo desdobló y empezó á hacer las más cínicas indicaciones respecto de un medio, por desgracia, bastante generalizado, y que reprueban á la par la naturaleza y la moral.

Así este cretino familiarizaba con el vicio y la impudencia á su esposa, dándole torpemente instrucciones para que se entregara al libertinaje sin temor ni desconfianzas.

A medida que iba hablando de este asunto, prorumpía en tremendas carcajadas.

— De este modo, agregaba, se la componen los franceses para no pasar de tres hijos. Un francés me decía el otro día que en su tierra, de cien matrimonios, diez apenas cuentan más de tres niños. Eh, nosotros los imitaremos y nos pararemos en los tres que tenemos: ¿no te parece?

Dorotea fué débil y aceptó; pero cada día se sentía más hastiada de su marido: nunca le había encontrado tan mal olor, y algunas noches el tufo del ajeno y de la caña la obligó á desviar con asco el rostro.

Cuando Dagiore venía en ese estado, era precisamente cuando se mostraba más exigente.

Una noche que la esposa no cedía, hubo una reyerta tremenda: Dagiore empezó á pegar bárbaramente á su mujer; esta, sin desconcertarse mucho, buscaba una salida para escapar, y entre tanto, iba arrojándole los muebles y objetos que encontraba al

paso, sin dejar por esto de dar grandes voces de socorro.

Las gentes del barrio habian salido á las puertas y los transeuntes se detenian con gran curiosidad.

Infinitos y diversos comentarios se hacian en cada grupo.

Por la esquina se decia que un loco habia entrado armado de un puñal, y en otra parte que era el marido que habia encontrado juntos á los amantes y que los estaba asesinando.

Dos vigilantes habian acudido al ver el tumulto de gente: llegaron hasta la puerta de calle, pero no se atrevian á entrar: esperaban para esto un refuerzo ó que se presentara el oficial de servicio en la seccion: sus pitos estridentes daban mayor magnitud al escándalo. Asi las cosas, cuando acertó á pasar un Mayor del ejército: no titubeó un momento, sacó un rewólver y entró, ordenando á los vigilantes que le siguieran. En el tercer cuarto encontró á Dorotea, que puesta de espaldas sobre unos muebles caidos le oprimia Dagiore la garganta con una mano, pegándole brutalmente con la otra.

— Así se pega á las mujeres, miserable! — dijo el Mayor, entrando, y sin dar tiempo á que lo viera le pegó con el rewólver por la cabeza.

Dagiore, furioso, quiso darse vuelta para defenderse, pero al Mayor se le habia ido la mano: trastabilló un poco y cayó al suelo desmayado. Entonces la casa se llenó. Todos querian ver lo que habia sucedido. Llegó el 2º Comisario, y lo primero que ordenó á los vigilantes fué que hicieran despejar la casa.

Mientras estos se ocupaban de atender á Dagiore, el Mayor habia cargado á Dorotea y sentádola en una silla.

Estaba muy pálida y temblaba. •

El Mayor no tenía ningun antecedente de ella, pero al verla tan bonita se alegró de su aventura y de haberla socorrido en momento tan oportuno.

— ¿ Por qué la pegaba á Vd. ? preguntó con tierna solicitud.

— Es muy malo, contestó Dorotea todavía algo alelada.

— ¿ Pero quién es él ?

— Mi marido.

— Ese . . . su marido ! exclamó con sorpresa el Mayor.

— Dorotea, entonces, alzó la vista y lo miró por primera vez.

Era el Mayor un lindo hombre: alto, delgado y de una fisonomía alegre y despierta: su tez estaba tan cuidada que á un chusco se le hubiera ocurrido preguntar en qué campañas habia ganado sus grados: su pelo castaño ensortijado estaba muy bien peinado, y de vez en cuando se lo enjopaba introduciéndose la mano con los dedos abiertos: usaba bigote y pera, que acariciaba á cada momento y especialmente cuando hablaba.

Con sus ojos oscuros, que siempre se mostraban audaces, envolvió á Dorotea en una mirada tierna y sensual.

Ella bajó la vista confundida.

— ¿ Está Vd. mal ? ¿ y yo que no me he comedido á ofrecerle un poco de agua . . . pero es que no sé dónde puede haber? — voy á buscar . . .

Al levantarse tropezó con la niñera, que asomaba la cabeza por debajo de una cama, donde intimidada se habia refugiado al comenzar el escándalo.

— ¿ Qué haces tú ahí ? preguntó el Mayor. Vén

para acá . . . ¿ No sales ? vén, porque de lo contrario te voy á sacar mas que prontito : ya no hay nada : no tengas miedo, zonga.

La chica se decidió á salir de su escondrijo y se allegó al Mayor toda revolcada y haciendo mohines de desconfianza.

El militar al verla se echó á reir.

— Vaya con tu figura: hasta telarañas tienes en la cara. Dime: ¿ tú eres de la casa?

— Sí, señor.

— ¿ Qué pitos tocas aquí?

— ¿ Cómo?

— ¿ Qué haces aquí? ¿ Eres parienta de los dueños de casa?

— No, señor: soy niñera de los niños.

— Si eres niñera, claro es que ha de ser de niños: y bien ¿ cómo te llamas?

— Clara, señor.

— Bueno; vaya Vd., doña Clara, á traerme un vaso de agua.

Salió la chica y entonces se acercaron, hácia donde estaba Dorotea, el Mayor y el 2º Comisario de la seccion.

Tomó algunas declaraciones el funcionario y dijo que iba á ser preciso que los dos pasaran al siguiente dia por la Comisaría.

— No hay necesidad de tanto, dijo el Mayor; la señora ha sufrido bastante é injustamente, para que le den mas dolores de cabeza. Si Vd. va á la Comisaría yo lo acompaño.

Dorotea le envió una mirada de gratitud.

— Pierda Vd. cuidado, señora, que todo se ha de arreglar, contestó este: le hemos de ahorrar á Vd. todos estos trabajos: en caso necesario prometo á

Vd. que veré al Jefe de Policía, con quien tengo mucha relacion.

— ¿Y mi esposo? aventuró á decir Dorotea.

— Lo he remitido preso á la Comisaría.

Recien, puede decirse, que volvía el equilibrio á los sentidos de la jóven. Era como el despertar de un sueño doloroso. Pronto se dió cuenta acabada de todo y una obsesion de pecho la acometió al ver la repercusion que habia tenido el escándalo.

Miró hacia el lado en que habia caido Dagiore, y vió algo que la hizo estremecer: se levantó, y como movida por un resorte fué hasta allí: se inclinó, y al ver que no se engañaba, y que grandes manchas de sangre enlodaban el pavimento, dió un grito de horror y se puso á llorar.

Quiso ir á la Comisaría, pero el Mayor se opuso.

Entonces ella le recomendó mucho á Dagiore, agregando en su inocencia que lo perdonaba, y que si era posible, le dejasen volver á su casa, que ella lo curaria.

— Pero Vd. se espone, no pudo menos de objetar el Mayor.

— No: mi marido es bueno, pero es que habia tomado un poco el pobre, y como no acostumbra....

— En fin, veremos: yo volveré mas tarde á informarla de lo que haya hecho.

Se despidieron y el Mayor salió con el 2º Comisario. En la puerta estaban dos vigilantes, que no dejaban entrar á nadie.

Su jefe los relevó de esa guardia, y entonces la casa se llenó de amigas de Dorotea, que ardian en deseos de verla y hablar del suceso, el cual ya habia revolucionado al barrio, dando tema á las vecinas ociosas para murmurar una semana entera.

Libre así por un momento, Dorotea, encontró un vacío grandísimo en medio de todas las emociones que había recibido: pensó en sus hijos y entró en gran cuidado: después recordó que las dos pequeñas habían ido con la mucama á visitar á doña Margarita.

Fué á buscar á Clara para preguntarle si había visto á José.

Tomó la vela y salió al patiecito por la última pieza. En la cocina encontró á los dos.

— ¡Mi hijo! gritó la madre, inundándolo de lágrimas y caricias.

— ¿Qué hacías aquí? preguntó sin dejar de besarlo.

— Estaba ahí escondido entre el carbon, contestó por él la niñera.

— ¿Y qué hacías? volvió á interrogar Dorotea.

Entonces el niño contestó tartamudeando y visiblemente conmovido:

— Yo... tenía miedo... y rezaba para que tata no te matara....

Aquí hizo esplosion el cariño de la madre: cargó á su hijo y fué así á la sala, donde ya estaban muchas vecinas hablando entre ellas como si estuvieran en su propia casa.

Todas se sorprendieron de que Dorotea no tuviese un solo rasguño en el rostro: por suerte todos los golpes habíalos recibido en el cuerpo, no siendo ninguno de ellos de consideracion: solo una pierna empezaba á dolerle algo, sin duda efecto de algun choque sobre un mueble, porque ella no recordaba nada.

En medio de la conversacion, y haciendo esfuerzos por dar respuesta á preguntas imprudentes y enojosas, la imágen del Mayor no la abandonaba.

Era un recuerdo que la hacia gozar y sufrir al mismo tiempo.

Cuando recordaba las manchas de sangre sentia una espontánea aversion hácia el Mayor; pero luego su pensamiento reaccionaba al oír los elogios que de él hacian sus amigas.

La opinion entre las mujeres era unánime para fulminar la conducta de Dagiore, y cuando recordaban la comportacion del Mayor no tenian palabras para encarecerla, diciendo á Dorotea que le debia una gratitud eterna, porque tal vez le era deudora de la vida.

— Ah ! decia una vieja del barrio, ya lo creo, si los hombres cuando se enfurecen no saben lo que hacen : ese jóven, que dicen es el Mayor Paz, yo no lo conozco, así he oido decir en la calle, se ha portado como un caballero : él no sabia á quién iba á defender ni el peligro que corria : se conoce que es un hombre valiente y de muy buenos sentimientos.

Todo empezaba á concertarse para que la galantería del Mayor encontrase el terreno preparado.

Así, creándosele una atmósfera de héroe, Dorotea se interesaba cada vez mas por él : una dulzura infinita corria por todo su ser, cuando en la conversacion oia que la decian :

— Ha sido su salvador.

Este «su salvador» la hacia transportar el pensamiento á las novelas, de que estaba saturada su inteligencia en desquicio. Al fin veia realizado en parte uno de sus sueños.

No pensaba adónde la arrastraria esta aventura. Se abandonaba solamente en la suave caricia de su ilusion presente.

Una hora despues volvió el Mayor.

— ¿Qué han hecho de Dagiore ? ¿Cómo sigue ? preguntó Dorotea.

— Oh ! todo se ha arreglado perfectamente. Hasta de la multa lo ha relevado el Comisario. En cuanto á su herida no es nada. Se ha curado en una botica y no siente dolor alguno. Despues que estuvo allí lanzó, y esto le hizo mucho bien. Está muy arrepentido—y hasta conmigo se disculpó, dándome la mano cuando el Comisario le dijo que estaba en libertad. Allí se le amonestó muy seriamente al salir, y entonces dijo, que tenia tanta vergüenza de lo que habia hecho, que iba á ir derecho á dormir en la Fonda.

— Es mucho mejor, dijo la vieja que antes habia hablado.

— Pobre ! agregó compasivamente Dorotea.

— Pues no faltaba mas, replicó indignada la primera : con arrepentirse no la va á sanar á Vd. del susto y de los moretones que le habrá dejado.

Dorotea, en la efusion de su gratitud, dió repetidas veces las gracias al Mayor, por su conducta para con ella, y al despedirse le regaló un ramito de flores, no atreviéndose, como era su deseo, á ofrecerle la casa.

El Mayor, no dándose por entendido de esta omision, dijo que no seria esa la última vez que habian de verse.

Al darle la mano se la oprimió fuertemente, y Dorotea, olvidando las conveniencias, le devolvió el apretón, sin saber lo que hacia — y entregándose fatalmente á un sentimiento poderoso é incontrastable que sentia nacer en ella.

Al recogerse esa noche quiso pensar algo juicioso, pero su pensamiento, irritado por tan contrarias emociones, no podia seguir con método el encadenamiento de una idea. Estaba aturdida. Empezaba un monólogo y terminaba por hacer castillos en el aire. Y siempre el Mayor allí. Su retina lo habia copiado

una vez y para siempre. Lo sentia adherido á su alma. Se embriagaba en el recuerdo de su voz simpática. Recordaba sus posturas, su aliento cálido que le habia abrasado el cuello cuando la cargó; y mas que todo, ese uniforme, que tan adorable lo hacia en su concepto.

Es en efecto, el traje, una de las cosas que mas seduce á las mujeres en el hombre.

Cada mujer tiene sus ideas al respecto, fruto de la educacion y la costumbre, la mas de las veces.

Hay unas que se mueren por los hombres que visten trajes claros, á otras les agradan los que van con pantalon y levita negros. Una dama que mantenía relaciones con un amigo nuestro le pedia en sus entrevistas que se pusiera un frac del esposo burlado. Averiguando este la causa de semejante pretension, su bella amante le hizo la confidencia de que así lo amaba mas, porque le recordaba los deseos y los abrazos que habia sentido toda su juventud en los bailes. Una accion de placer ó dolor arrastra consigo el recuerdo de mil pormenores independientes del drama que desempeña la pasion, pero luego se eslabonan y forman un todo homogéneo. Así por ejemplo, el jazmin nada tiene que ver con el amor, pero si un amante al reclinar su frente en el seno de su amada percibe la fragancia de esa flor delicada, y luego á solas y preocupado con otras ideas la misma esencia llega á herir su olfato, sentirá reavivados sus deseos—y el recuerdo de su gentil compañera vendrá á refrescar su frente con un nuevo soplo de ternura.

Lo mismo le habia sucedido á Dorotea con el vistoso uniforme del Mayor. No teniendo el gusto educado se ofuscaba de alegría ante la vista de los objetos de relumbron. Los cordones y el oro del kepí,

habian conseguido despertar del fondo de sus ensueños, episodios casi olvidados de mil novelas ... de costumbres solo inventadas por la fantasia de sus autores.

— Ah! no, se decia de pronto, espantada de ver las concesiones que hacia su pensamiento al amor que empezaba á dominarla; Dios mio, Dios mio; pero él dijo que iba á volver: ¿me llegará á amar? quién sabe si su corazon no está ocupado: ah! pero yo lo atraeré y se convencerá que nadie podrá amarlo como yo: no, es una locura, yo debo olvidarlo.

Y en estas transiciones se dormia, para despertar al poco rato sudorosa y agitada.

La pasion la habia sacado de quicio.

Despues de la una de la madrugada ya no pudo conciliar el sueño. Un insomnio lleno de zozobra la puso febriciente.

— Pero si yo no lo conozco, pensaba: y luego desfilaban por su recuerdo sus antiguos pretendientes: el doctor Ferreol, á quien habia desairado, y Catay, que aun la incomodaba con sus desvergonzadas incitaciones: hasta evocaba la memoria de los pipos que conquistaba en sus andanzas callejeras, que aunque siempre rechazaba con orgullo, le creaban un ambiente de lisonja que aspiraba con indecible fruicion, á cuya influencia concebía mas alta idea de su personalidad y su belleza.

Volvia á saturar su imaginacion con los calores tibios que los deseos de los hombres emanaban siempre á su paso.

Pensaba que nadie habia sentido ni imaginado el amor como ella.

No pudiendo resistir el lecho, lo abandonó muy temprano. Se vistió coquetamente y fué á ver el es-

pectáculo que ofrecia la calle, mirando al traves de las persianas de la sala.

El movimiento bullicioso de la mañana, que no estaba acostumbrada á ver, la sorprendió mucho: no podia comprender cómo habia gente que madrugara tanto. Le parecia una cosa absurda. Entre tanto, los ruidos de la calle seguian su estrépito desconcertado.

El eco de estos murmullos penetraba en ráfagas por la ventana de Dorotea y ella se sentia aturdida en medio de esta vocingleria que no acababa. Seguia á una mucama hasta donde se lo permitian los obstáculos de la reja, la dejaba allí y volvia á pasear su vista con otra que regresaba. Veia que muchas se paraban á conversar; varias lo hacian en la vereda de su misma casa. La curiosidad entonces la obligaba á prestar atencion, pero pronto se fastidiaba al ver que no se comunicaban mas que cosas de ningun interés. Vivian en otro mundo; no habia nada de comun entre ella y los viandantes: por esto le parecia que sus palabras no tenian calor ni sentido: en la actividad universal, seguian sus pasiones é instintos, corrientes opuestas: tambien ella, sin caer en cuenta, era indiferente para todo ese mundo que desfilaba ante su ventana. En medio de esta constante renovacion de gente, pudo observar algunos cuchicheos de amor. Sirvientas que encontraban sus amantes y que concertaban, tal vez, un punto de reunion para la noche. Se identificó en estos cuadros, los anhelaba, los descubria y terminaba por envidiarlos.

—Ellos salen, hablan y se aman, decia: si pudiera yo tener esa felicidad!

Y su vanidoso egoismo la hacia pensar que las

demas eran libres, que no tenian conocidos ni por qué temer asechanzas ó habladurias, en cambio que ella estaba espuesta al deshonor y á la calumnia, si daba el menor paso que hiciese despertar sospechas.

La opinion en que pudieran tenerla sus pocos vecinos, la atmósfera de los cuantos ladrillos que formaban su barrio, gravitaba sobre ella con el peso de toda la humanidad.

A ratos se cansaba de estar en la ventana y se iba á las piezas interiores.

Todo estaba allí sucio y en desórden. Con sus sempiternos sueños de ternura y delicadeza vivia bien, sin embargo, en la suciedad y descuidaba el aseo de sus hijos.

Aparte de uno que otro mueble, que todavía estaba haciendo juego de equilibrio á consecuencia de la reyerta de la noche anterior, era normal en la casa que todo anduviese trastrocado. La única habitacion que tenia aspecto decente era la sala. No podia ser por menos, porque siempre permanecia cerrada y no entraban á ella mas que las visitas que la dueña de casa consideraba.

Los niños dormian apaciblemente. La mucama arreglaba algo en el comedor y Clara hacia fuego en la cocina.

— Ya va á estar el agua, señora, dijo la chica al divisarla: ¿sabe Vd. dónde está el mate?

— Deja no mas, no quiero ahora.

Se recataba, queria estar sola: cuando iba á la sala cerraba la puerta de comunicacion con la pieza siguiente.

Dorotea, si hubiera tenido algunas tendencias al órden, podria haber visto siempre su casita perfectamente arreglada.

Pero si bien no se cansaba de quejarse y renegar, nunca ordenaba nada práctico y juicioso.

La mucama y Clara no se ocupaban mas que de entretener á los chicos y de cuidar la casa, porque su dueña, cuando no estaba ausente, se lo pasaba en la sala ó probándose trapos delante del espejo.

A cada rato volvía á la ventana.

En los hombres que pasaban creía encontrar las facciones del Mayor Paz.

Hacia grandes esfuerzos por reconstruir en su memoria el rostro entero del militar.

Pero sus esfuerzos fueron vanos. Pensó un momento, con desesperacion, que si lo viera entre varios militares no le seria fácil reconocerlo.

Como sucede en la mayoría de los casos, se habia enamorado de una idea por mucho tiempo acariciada, de una necesidad,—de un perfume, que sin ningun dato, suponía que guardaba en la intimidad de su ser moral la envoltura humana del Mayor.

Estaba perdidamente enamorada del militar y no le conocía.

Prueban en fisiología que cuando un miembro está atrofiado ó no funciona, los otros adquieren mayor desenvoltura y precision.

Lo propio sucede en la sociedad moderna con las facultades morales.

Mientras el juicio duerme, la imaginacion, siempre en juego, alcanza proporciones colosales.

• Ella obra sin contrapeso y mantiene á la inteligencia en un eterno espejismo.

Dorotea se engañaba al creer que amaba al Mayor: todo el entusiasmo de su alma se lo prodigaba entero, sin saberlo, á Rocambole, á Romeo, y á toda la caterva de héroes que habia conocido en las novelas

románticas; esos sempiternos buenos mozos, siempre arriesgados y que con la misma serenidad se baten contra treinta hombres ó ascienden una escala, colocada al pié del abismo, para platicar con la reina de sus pensamientos á la pálida luz de la mensajera de la noche.

A eso de las nueve pasó el Mayor.

Práctico en materia de galanteos, reconoció inmediatamente á Dorotea, que estaba en acecho detrás de la persiana. Como habia venido por la misma acera, ésta recién lo vió cuando lo tuvo delante.

Dió un grito ahogado de sorpresa y se retiró de la ventana.

— Adios! — le habia dicho el militar medio queriéndose parar: — vaya, agregó para sí, siguiendo su camino; decididamente quiere hacerse desear.

Dorotea quedó enojada de sí misma. . .

Al principio se habia iluminado su razon con un relámpago de buen sentido: un amago de tristeza, una estraña sensacion de dolor, — algo como un desencanto, experimentó al ver nuevamente al que habia ocupado su pensamiento toda la noche anterior.

Lo habia desconocido. Pero estas ideas ligeramente bocetadas en su mente fueron reprimidas en el acto por esa sed de emociones que la devoraba.

Se arrepintió de lo que habia hecho. Volvió á la ventana y no vió al Mayor. Se desesperó, creyendo que ya no le veria mas. Tuvo celos, un mundo de ideas locas, en el espacio de un minuto. Fué ante el espejo, se arregló el pelo, ensayó una sonrisa y una mirada de ternura, se empolvó la cara con el cisné y corrió desalada hácia la puerta de calle.

Estaba realmente hermosa: su saco de mañana la sentaba muy bien; bastante ámplio, sus formas apenas

se dibujaban, y así entre el misterio incitaban y cobraban mayor prestigio: la fiebre que había sufrido por la noche estaba impresa con profundas huellas en su rostro.

Pálida y con unas ojeras azules que realizaban el brillo de sus ojos, la vió el Mayor aparecer en el umbral en circunstancias que volvía al ataque, cansado de haber estado esperando algún tiempo en la esquina.

El militar la encontró mas bella y gentil que la primera vez.

— Señora, tanto gusto de ver á Vd. ¿ha pasado Vd. bien la noche? dijo saludándola.

— Así; regular . . .

— Es natural, debe Vd. haber sufrido mucho: ¿pero qué quiere? hay que olvidar y pensar en otras cosas, de lo contrario no se conseguiría un solo momento tranquilo.

Así siguieron conversando un breve rato.

A Dorotea se le oprimía el pecho: momentos antes su entusiasmo desbordaba y suponía á su alma identificada con la del Mayor, y se desalentaba al ver la distancia que ponía de manifiesto las pocas palabras cambiadas.

Es lo que sucede á las personas reconcentradas que viven en un mundo aéreo y en completo ensimismamiento.

También es cierto que nunca los actos de la vida práctica se suceden con tanta rapidez ni son en su expresión tan francos como el pensamiento—y Dorotea en alas de este había ido demasiado lejos.

Estaba tan apasionada que no se le importaba ya que pudieran hablar de las relaciones que empezaba á entablar con el militar. Sabido es que cuando las

mujeres se encaprichan, aunque su afecto sea bochorroso tienen orgullo de él, lo alardean muchas veces y cometen mil indiscreciones.

Sin embargo, le disgustaba la conversacion en la puerta de calle. Estaba algo violenta, pero el zorro del Mayor no se daba por entendido.

Al fin dijo Dorotea:

— ¿No gusta Vd. descansar un poco?

— Si no fuera imprudente la hora: he caminado mucho . . .

— Entre Vd. . . espere un poco: voy á abrirle la sala.

Se encontraron solos en la pieza desierta.

El Mayor era un libertino y en lides parecidas habia adquirido una audacia de buen tono para abordar á las mujeres.

Nunca habia sentido mas tranquilidad y confianza que ahora.

Nada lo inquietaba. Se reia de Dagiore y pensaba que si Dorotea se entregaba tendria una querida preciosa y que no le costaria un real.

¿Cómo entonces dejar escapar la presa?

Al principio la situacion de ambos fué violenta. Se dijeron cosas insignificantes.

Nubes pequeñas que velaban el fuego de sus deseos no tardaron en disiparse.

El Mayor se hizo el exaltado, se sentó á su lado y le tomó una mano.

De concesion en concesion se fué muy lejos.

De pronto asaltaron á Dorotea estraños temores.

Pidió al Mayor que se fuera porque podria comprometerla demorando mas tiempo.

Fué menester que le rogaran mucho para que se decidiera á evacuar la plaza.

Aprovechó de la ocasion y empezó con grandes exigencias.

Quería ganar la batalla en la primera escaramuza.

En su afán la tuteaba y pedía á Dorotea que hiciese lo mismo: mas tímida esta no podía adaptarse á una transición tan brusca.

Al despedirse se hicieron mútuos juramentos de amor eterno.

Toda encendida Dorotea y anudándosele la voz en la garganta por la emoción que la embargaba, dijo:

—Puede Vd. estar seguro de mi cariño... pero de aquí no pasaremos... no espere Vd. nada mas de mí.

El Mayor por toda respuesta la tomó con ambas manos de la cabeza é imprimió en su boca un beso largo y sensual.

Dorotea desmayaba, pero conteniendo los latidos de su corazón rechazó dulcemente los brazos que la oprimían y lo encaminó hácia la puerta.

—¿Hasta cuándo, mi alma? preguntó.

—Después sabremos, escribame, pero no vuelva hasta que yo le diga: váyase pronto: adiós!

El Mayor, muy excitado, se encontró en la calle sin saber lo que le pasaba.

Se acusaba de haber sido demasiado zozco; luego meditando todo lo que había pasado se llenaba de orgullo y quedaba satisfecho del camino andado.

—Es mía, es mía, murmuraba para sí: no tengo la menor duda: tal vez sea la primera vez que va á caer y por eso tiene miedo: diablo; ¿ó tendrá otro amante? De cualquier manera, lo desbanco.... y qué bonita es!

Así pensaba, y todo le salió á medida de sus deseos.

Fué el amante de Dorotea y la dominó como mejor quiso.

Tenia que suceder: el terreno estaba preparado y solo faltaba la ocasion.

El Mayor distaba mucho de ser un héroe ó una figura verdaderamente interesante: no pasaba de ser una de tantas vulgaridades que nacen porque nacen y viven porque viven.

No fueron sus insignificantes dotes de seduccion las que perdieron á Dorotea: hay microbios tambien en la atmósfera moral, y el espiritu de Dorotea estaba impregnado de ellos.

VI

José ya tenía ocho años y sus hermanitas Victoria y María siete y cinco respectivamente.

Nunca habían necesitado de más solícitos cuidados, y sin embargo, jamás se vieron más abandonados de sus padres.

A Dorotea le faltaba tiempo para dedicarlo á su amor—y Dagiore parece que había cobrado verdadera aversión á su hogar.

En poder de manos extrañas la mayor parte del día, siempre que podían escapaban á la calle y en pandilla con otros muchachos del barrio se entregaban á juegos naturales de la infancia.

En esta época de la vida, en que la curiosidad y la observación se expanden de una manera tan franca, es cuando más vigilancia necesitan los niños.

Pero la generalidad de los padres, sin ningún tino ni previsión, los abandonan á todos los espectáculos y hablan delante de ellos sobre tópicos escabrosos, creyendo de buena fe, la más de las veces, que los niños, por la poca edad que cuentan, están exentos de las dolorosas ulterioridades que traen en pos de sí los ejemplos perniciosos.

Blanda cera, sus cerebros copian y reflejan, como la máquina fotográfica, las escenas de la vida que se desarrollan ante su vista.

Los hijos de Dorotea, en sus juegos de la calle,

aprendieron, como es natural, infinidad de picardías que los iniciaba en los misterios de vicios repugnantes.

Desgraciadamente, la mayoría de la población es proletaria ó poco más: vive en casas pequeñas, en sus negocios ó en cuartos reducidos: de aquí que las criaturas salgan á la calle, que vivan y se eduquen en ella: la disciplina de la familia, que se observa en sociedades constituidas, no existe—y los niños crecen huérfanos de las ideas del hogar; irrespetuosos y sin freno que alcance á dominarlos. Mas tarde estos elementos se incorporan á la sociedad para perturbarla y pesar desastrosamente en las cuestiones políticas . . .

José iba ya á la escuela.

Aprendió bien pronto á leer y escribir, pero luego los progresos de su instrucción anduvieron con bastante lentitud.

Su inteligencia presentaba grandes disposiciones para la síntesis: rozaba apenas los detalles é iba de pronto al fin.

Especialmente en aquellas cuestiones que requieren preparación y experiencia él se adelantaba tratando de resolverlas como un nuevo Alejandro.

El medio social en que crecía lo había envuelto por completo.

No era él: distaba mucho, por lo tanto, de ser una personalidad original que se desarrolla: — era nada más que un reflejo de su época, trasunto fiel de las preocupaciones reinantes; fielmente vaciado en el molde de usos y costumbres que tenían corriente propia y poderosa, y cuya influencia solo podría contrarrestar un verdadero carácter.

La madre, apurada á causa de sus travesuras, y

habiendo tenido noticias por el maestro, de que era un faltador insigne á la escuela, resolvió ponerlo en la tienda de sus padres.

Pero ya solo podria salvarlo una inteligencia previsorá y enérgica, que se encargara con paciente y solícito cuidado de dirigirle, tratando de rectificar el temprano extravío de sus aspiraciones sociales.

Así, á su edad, sirvió solo de estorbo en el negocio de sus abuelos.

Aquella atmósfera de rutina lo enloquecía. Quería aire, luz, escenas imprevistas. Lo decía á gritos en su locuacidad enfermiza. El no habia nacido para tendero y no quería estar detras de un mostrador.

Los abuelos dijeron que era incorregible y que no les era posible tenerlo por mas tiempo.

Les faltaba al respeto á menudo y nunca obedecía las órdenes que le daban.

Hacia y deshacia á su antojo. Si á veces por casualidad quedaba solo un momento, se ponía á cambiar los efectos de los estantes, arguyendo luego con un acopio enojoso de razones que la innovacion que hacia era necesaria, porque saltaba á la vista de la manera estúpida que estaban todas las cosas en la tienda.

Cualquier idea que se le ocurria, buena ó mala, le parecia la concepcion mas oportuna y sábia, y cuando se la motejaban por disparatada, decía que sus abuelos eran unos testarudos y que no la practicaban por no dar su brazo á torcer y confesar que un niño sabia mas que ellos.

Todos estos episodios de muchacho voluntarioso y mal criado hicieron creer á Dorotea que su hijo estaba llamado á grandes destinos.

Volvió á llevarlo á su casa y lo puso en la Univer-

sidad, donde se matriculó en primer año de estudios preparatorios.

Desde este momento José inauguró una vida bastante independiente.

Sus estudios le servían de pretexto para todas sus picardías.

Cuando precisaba dinero iba á la madre con el cuento de que necesitaba comprar tal ó cual texto de enseñanza.

Si quería pasear alguna noche, decía que tenía que concurrir á una lección nocturna.

Sin embargo, su instrucción no hacía casi ningun progreso: á los tres ó cuatro años de vida estudiantil no tenía asimilado ningun conocimiento sólido ni había conseguido dominar ninguna materia: llegó hasta el cuarto año, habiendo sido reprobado en algunos cursos.

Entre las asignaturas en que fué aprobado se contaban las matemáticas y la filosofía. Sin embargo, antes y después del exámen no sabía resolver el problema mas sencillo de aritmética. En cuanto á filosofía era otra cosa. Le tocó la bolilla que respondía en el programa á las pruebas de la existencia de un Dios. Repitió bien alguno de los argumentos acumulados por Balmes y otros metafísicos y consiguió salir distinguido en el exámen: estos resultados ponían en evidencia la fuerza de los profesores y el celo de los que lo habían examinado.

Todos aquellos estudios que se prestaban á juegos de palabras y de cuya discusión jamás se sacaba nada claro ni provechoso, eran de su especial predilección.

No sabía nada, y se creía un sabio.

Tenía una opinion tan exagerada de su talento,

que se irritaba hasta la demencia cuando le contradecían alguna de las ideas que vertía.

Insultaba á su contrario, y mas de una vez la discusion terminó en las vias de hecho.

Los prematuros elogios de Dorotea, el falso sentido que le habian inculcado respecto á sus destinos, obraban de consuno para malear su juicio.

Cuánta vez no habia sentido afluir presurosa la sangre al corazon oyendo vocear, con voz gangosa, á su maestro para la época de los exámenes en la sucia escuela del barrio: — « Vosotros, jóvenes educandos, estais llamados á regir los destinos de la Patria . . . »

Todo ese brillo falso de las democracias lo habia ofuscado desde muy niño.

Algo parecido habia oido leer en los diarios y conocia con las exageraciones de los biógrafos, la historia de los hombres que de humilde cuna se habian luego elevado á los primeros puestos de la sociedad.

Pagado de sí mismo, colérico con aquellos que le censuraban algo, implacable para los defectos ajenos, su ensimismamiento y propia adoracion arrojaban tupida venda sobre sus ojos, impidiéndole conocer su pequeñez é ignorancia.

Por lo demas, tenia excelentes condiciones: valiente y generoso, su pecho se inflamaba de indignacion al conocer la mas leve injusticia.

Su desinterés por el dinero no tenia límites. Ignoraba aun lo que costaba ganarlo y no habia sentido todavía ninguna verdadera necesidad. Por esto, no imaginaba que el dinero tuviese otro objeto que derrocharlo en francachelas y placeres.

Envuelto por nubes rosadas de ilusion y lleno de fantásticas esperanzas para el porvenir, traspuso José con planta segura, los dinteles encantados de la pri-

mera juventud, que para él no fué mas que la continuacion de una adolescencia maliciosa.

Era hombre por la talla y por algunas ideas, pero los que están familiarizados con el análisis y constatan en sus observaciones de todos los momentos que hay abismos en cada detalle, solo podrian tenerle en tal carácter como se reputan plantas esas creaciones artificiales de invernáculo que se elevan á gran altura creciendo viciosamente, pero que sacándolas del calorifero, no tienen eficacia propia para la lucha y languidecen y mueren al primer embate crudo de la atmósfera.

Estas fuerzas negativas que fermentaban la volubilidad de su carácter futuro, cobraron un nuevo vigor al sentir su naturaleza esa transicion fisiológica de la edad en que la inocente crisálida del niño se desgarrá por completo para dar al hombre esas alas de Icaro que se derriten al fuego que encienden los deseos y que nada alcanza á colmar en su ansiedad tiránica é inextinguible: cuando no sucede que se ignora lo que se anhela, quedando siempre ansiosos é irritados los nervios, debido á que una falsa educacion divorcia al cerebro de las tendencias naturales de la vida, produciendo en la economía el mas deplorable desequilibrio.

Entonces sus estudios incompletos reflejaron en su imaginacion los mas disparatados sistemas.

De esta manera se presentaba á la sociedad, reclamando un puesto, sin ningun bagaje de conocimientos sólidos, pensando en idilios, sin esperiencia y desprovisto por completo de antecedentes respecto de la vida real moderna en que iba á militar.

Pero los sensibles huecos que traian el desequilibrio á su cerebro haciéndole formar un concepto falso

de los hombres y de las cosas, él los llenaba con esperanzas y quiméricos ensueños.

Como la generalidad de nuestra juventud, como la mayoría casi absoluta de toda ella, se lanzaba á la lucha de la vida confiado solo en su buena estrella y esperándolo todo de la suerte y la casualidad.

No reclamado por ninguna necesidad apremiante, siguió aun por algun tiempo esta vida artificial en que la imaginacion hace sonámbulos de los hombres y llena de desgracias á personas que no tienen motivo de estar pesarosas.

Soñando amores imposibles y vagando su espíritu por las nubes, no nacia en su mente un propósito deliberado al cual pudiera hacer concurrir los esfuerzos de su actividad.

Todas sus esperanzas eran sueños. Esperaba algo sin poder determinar lo que fuera. Pensaba que habia de acontecer en su vida algun suceso imprevisto que cambiase en un instante su situacion.

Pero los dias se sucedian unos á los otros, iguales y monótonos, y el famoso suceso no venia.

Cayó entonces el pobre jóven en una negra melancolia.

Culpó al mundo de sus desdichas.

Sin embargo, en medio de sus tristezas, como un tibio rayo de consuelo venia á mitigar un tanto su pena la idea de que todos los grandes hombres habian sufrido en vida la indiferencia de sus semejantes.

Como los extremos se dan la mano, si la vanidad punza horriblemente, tambien suele traer sus compensaciones por ridículas que séan.

El amor ocupaba á todas horas su pensamiento, pero un amor pueril y de pura fantasía, fiel reflejo de la falsa nocion que respecto á esta tiránica pasion

habíanle inculcado ciertos novelones en consorcio con los ardores que empezaban á despertarse en su carne ardiente y juvenil.

Se enamoraba de cualquier jóven que veía.

Entonces hacia una novela : soñaba una cita, una escala y luego una entrevista á lo Romeo y Julieta en la que sellaban su pasión con un juramento de amor eterno.

Contaba ya diez y seis años y no se había atrevido á decir nada, hasta entonces, á ninguna mujer.

Se contentaba solamente con mirarlas abriendo mucho los ojos, y desde lejos.

También es cierto que carecía de relaciones : Dorotea no lo había presentado á ninguna familia.

Con el trato de las mujeres, los jóvenes adquieren maneras y una noble confianza que alcanza á cambiarles el carácter y á evitarles muchos dolores y malos pasos.

Se refugió en sí mismo buscando siempre la soledad.

La madre comprendió que algun pesar afligía á su hijo.

Lo interrogó, pero este no pudo satisfacer sus preguntas.

Era esto imposible : él mismo ignoraba lo que tenía.

Como siguiera el tedio de José y cada día iba enflaqueciendo mas, Dorotea entró en verdadero cuidado ; pidió consejo á varias personas y consultó el caso con el mismo Dagiore, al cual, hablaba de tarde en tarde.

El esposo de Dorotea había cambiado por completo en los últimos años.

Bebía mucho, y estaba medio idiota.

Ya no tenia la Fonda y del antiguo fondero no quedaba mas que su sórdida avaricia y sus reniegos de cada dia; pero para con su familia era un manso corderillo: ahora Dorotea y sus dos hijas lo dominaban por completo, y no con mimos, sino tratándole como á un perro.

Dagiore dijo brutalmente que era muy natural que estuviese así y que se aburriera de todo si no trabajaba en nada; que lo que necesitaba eran unos palos.

Tenia verdadero encono para su hijo. Este se le habia separado desde muy niño y siempre habia demostrado mas predileccion por la madre.

Despues, cuando fué creciendo y Dorotea lo vestia con bellos trajes se avergonzaba de su padre y lloraba si este queria llevarlo á pasear.

Este abismo que habian abierto los suyos para con él era una humillacion que lo postraba, se sentia sin valor para reaccionar y entonces bebia odiando en silencio á toda la familia.

Ya todo sentia que se acababa para él: su ilusion de poder realizar algun dia el proyecto de comprar un hotel, se habia desvanecido casi por completo.

Trabajaba ahora maquinalmente y sin verdadero estímulo.

Su hijo, á quien le hubiera dejado con tanto gusto la sucesion del negocio, era un cajetilla que venia á corregirle palabras y á darle lecciones de cosas estúpidas y que él no entendia.

Por esto casi no iba á su hogar: se sentia mal allí porque encontraba todo diferente de su modo de ser.

¡Y todavía si lo dejaran tranquilo!

Pero de todas maneras lo fastidiaban y todo concluia por un amago á la bolsa, á esos billetes que tan-

to amaba y que solo dejaba confiadamente en poder del Banco de la Provincia.

Todos aprobaron esta vez la idea dada por Dagiore de hacer trabajar á José.

Dorotea interesó á sus relaciones en los trabajos preliminares para buscarle empleo y cuando creia que ya sus esfuerzos eran vanos, supo por una amiga que en una casa introductora de artículos de tienda precisaban un dependiente.

La amiga conocia á uno de los socios y prometió hablar en favor de José.

El comerciante quiso ver al candidato y Dorotea que tenia aun algun ascendiente sobre su hijo, le hizo una infinidad de reflexiones, diciéndole que ya era un hombre y debia ganarse el pan con su trabajo y que tal vez allí encontraria un honroso porvenir.

José comprendia muy bien esto, pero al aplicárselo á él sintió un escalofrio en todo su cuerpo.

Le costaba trabajo convencerse que era una vulgar medianía como la generalidad de los muchachos con que se codeaba diariamente en la calle.

Quién le hubiera dicho que cada uno de esos jóvenes camaradas á los que despreciaba y tenia en la opinion de cretinos ó poco menos pensaban de sí mismos de manera estremadamente ventajosa, no cayendo en cuenta, siquiera, que José tuviese cerebro, tal era la indiferencia con que apreciaban las cosas que eran ajenas á sus personalidades respectivas.

Fué una transicion violenta para el pobre muchacho.

Sintió que su orgullo se desgarraba en dolorosos girones.

Precisamente proyectaba en esos dias una excursion á la estancia de un compañero de estudios y

habia preparado para el objeto un buen contingente de novelas y libros de poesías.

Ir á soterrarse entre paredes de géneros cuando se prometia unos dias deliciosos leyendo á Espronceda á la sombra apacible de los árboles y en el silencio imponente de la Pampa! . . .

La vida real con sus deberes prácticos se le hizo horrible.

Sin embargo, callado y como una víctima que llevan al sacrificio, acompañado de Dorotea, fué á hablar con uno de los propietarios del Registro.

Hombre práctico, pagado de detalles y que en todo miraba por sus intereses, empezó á hacer á José un interrogatorio humillante.

Mas de una vez el jóven estuvo á punto de contestar una insolencia, pero se contuvo, pensando que en su casa quedaria en una situacion violenta y que sus padres y relaciones ratificarian la opinion de que no servia para nada.

El comerciante le puso unas cuentas y José tardó mucho en sacarlas. O nunca la habia sabido ó tenia olvidada la tabla de multiplicar.

Jamás se sintió mas humillado que entonces.

Estaba abrumado. Parecia que una montaña iba á desplomarse sobre su cabeza.

Su madre arregló las cosas por él.

Convino las horas y el sueldo.

Ganaria cuatrocientos pesos al mes y tendria que ir á las diez para salir á las cinco.

Dorotea aun le consiguió una ventaja.

Dijo que José estudiaba y que no bien pasara el tiempo de las vacaciones necesitaria una hora para salir á dar una leccion.

El comerciante convino en hacer esta concesion y

todo quedó arreglado para que José empezase á concurrir á su empleo desde el siguiente dia.

El muchacho estaba aturdido y un encono sordo hacia hervir su sangre.

No podia comprender cómo su familia permitia que sufriese tanto — cinco horas cada dia — por una compensacion tan mísera al mes.

Sin embargo, cuando recibió la primera vez los cuatrocientos pesos, sintió una alegría loca. Dorotea, á quien le habia parecido que esa cantidad era del todo suficiente para las necesidades del jóven, pero pequeña para que la ayudase en los gastos de la casa, no le exigió absolutamente nada, contentándose con decirle:

—En adelante no te daré un real: aquí en casa tendrás todo lo que necesites, pero con tu sueldo te vestirás y atenderás á tus estudios.

El mismo dia que cobraba gastaba entéro su sueldo.

Ese dia era de fiebre para él: todo lo inútil que veia en los escaparates deseaba comprarlo.

Se arregló con un sastre conviniendo en darle una mensualidad de 150 pesos para que lo vistiera—y pocos meses despues era uno de tantos jóvenes á la *dernier*, cortados por idéntico patron y que al verlos pasear por la calle de Florida parece que pertenecen todos á la misma familia, por ese aire de uniformidad que comunica el uso de iguales modas. Su saquito cuerpeado, su sombrero de anchas alas, la boquilla de ambar—y mas que todo, su charla, su mirada audaz y la manera automática y pedante de saludar, demostraban ampliamente que se habia asimilado los usos de la juventud casquivana de su tiempo.

Una cosa le faltaba y era un reloj. Habia empeza-

do á suspirar por él, hasta que cobrando creces esta aspiracion se trocó bien pronto en una necesidad imperiosa. Era punto de honor. A ninguno de sus compañeros le faltaba, y siempre que les veia sacarlo para mirar la hora, se sentia humillado y una ráfaga candente inundaba su rostro.

A la salida del registro pasaba por una infinidad de relojerías. Examinaba los relojes y se informaba de los precios. Habia visto en lo de Fabre un remontoir de oro que costaba 2,800 pesos.

Se decia á solas, en el despecho de su falta de recursos, que seria bien feliz si pudiera comprarlo — y entonces su pensamiento ascendia todas las esferas de la vanidad. Pensaba la sorpresa con que lo mirarian sus amigos y la satisfaccion con que examinaria la hora.

Su cerebro estaba habituado ya al encadenamiento de estas ideas locas que partian de un hecho imposible.

Era su refugio y su consuelo, en medio de las irritaciones que le procuraba su posicion precaria y monótona.

No pudiendo hacer otra cosa se decidió por un reloj algo viejo pero de plata dorada, que habia exhumado entre un grupo de joyas de ocasion que ostentaba un escaparate en la calle de las Artes.

Al recibir su paga ese mes, olvidó al sastre y otros compromisos y cerró trato por el reloj en trescientos cincuenta pesos. Compró una cadena de cobre, muy relumbrosa y llena de colgajos, pensando que otro mes podria reemplazarlos con un relicario fino.

Debió el reloj tener un resorte bastante bueno para no descomponerse hasta llegar él á su casa, pues en

tan corto trayecto lo había abierto un número infinito de veces.

Les mostró á Dorotea, á sus hermanitas y á Clara, la esfera, la máquina y la cadena: cuando una de estas le dijo que parecia la prenda muy vieja, le acometió un acceso de indignacion.

Estaba á tal punto encantado de la pieza, que creia imposible la existencia de otra tan bella.

Risibles misterios de la propiedad que ciegan el juicio con la posesion de las cosas.

Era de ver cómo lo defendia José de los defectos que le atribuian, doblemente singular en él que no encontraba cosa de buen gusto en los objetos de pertenencia ajena.

Sus gastos fueron aumentando con las necesidades que surgian naturalmente de su nueva vida, y el sueldo no le alcanzaba para nada, segun su propia expresion.

Se habia relacionado con muchos jóvenes de su edad, unido á los cuales, frecuentaba por la noche los Cafés y echaba su partida de billar.

Una noche, uno opinó que fueran á ver la Compañía de opereta francesa.

Todos aceptaron, y José fué á pedir licencia á Dorotea, la cual se le concedió dándole por esa noche la llave de la puerta de calle.

Los mas íntimos de José eran Andrés, el muchacho de la Botica, que estaba ya muy crecido y seguia estudios de farmacia, Guillermo, hijo de uno de sus patrones del Registro — y Juan Diego, insigne cachafaz de muy buena familia, estudiante de segundo año de medicina y que entendia mas de parrandas qué de fisiologia.

El grupo de los cuatro se dirigió al teatro.

Esa noche subia á la escena *Le petit Faust*.

Cuando entraron nuestros jóvenes, la funcion habia empezado.

El coliseo estaba repleto de gente, y en uno que otro palco, se exhibian, muy cargadas de joyas, algunas cortesanas á la moda.

Aquella composicion ambigua de público, los libres ademanes de los artistas, y la atmósfera demasiado pesada, turbaron grandemente á José.

Juan Diego los dejó un momento y se dirigió al extremo opuesto de la platea. Allí tocó en el hombro á un joven, que parecia una damita por su composura y poca edad.

—Victor, dijo el estudiante.

—Ah! ¿eres tú?

—Sí, he venido con algunos amigos: ¿vamos para allá?

—No puedo; apenas se concluya este acto voy á irme.

—¿Por qué?

—Está el viejo con unos diputados en un palco cerrado de aqui arriba: si voy al otro lado me veria.

—Quédate: seria mas que casualidad que te viera.

—No; despues no habias de recibir tú la raspa.

Hablaron un rato mas, y al concluir el acto, Victor se fué y Juan Diego volvió al lado de sus compañeros.

José estaba absorto: no veia ni podia pensar que las mujeres de la escena eran vulgares hermosuras bien recargadas de afeites, porque estaba demasiado sobreexcitado y sentia ya en su sistema nervioso el efecto de la impresion que le habian producido con

las lascivas miradas que enviaban á la platea y la desvergonzada mímica de sus movimientos.

Despues vino el can-can, y todos los espectadores batieron frenéticos las manos; muchos golpeaban con los piés, con los bastones. . . . aquello ya era indigno.

José, haciendo coro á los demas, gritaba con desahogada voz:

— Bis, bis!

Y las piernas de aquellas mujeres en union con los saltos de los gandules volvieron á excitar á la concurrencia.

José á cada momento pedia á Juan Diego, le repitiera los cantos que escuchaba, porque deseaba aprenderlos de memoria.

Así, aquel espectáculo de lubricidad desenvolvió en él un erotismo torpemente provocado, desarrollando precozmente sus pasiones amorosas.

No era José una escepcion: toda la juventud allí congregada estaba encaprichada con alguna de las actrices ó coristas.

Cuando terminó la funcion nuestros jóvenes, con algunos otros, quedaron aun en el teatro.

La mayor parte de las luces fueron apagadas por un comparsa — y la sala, tan bulliciosa momentos antes, quedó tranquila y solitaria.

Al poco rato el pequeño mundo de entretelones empezó á desfilar por delante de los jóvenes.

Las cancaneras, ahora muy tapadas, salian ya acompañadas ó tomaban en la puerta el brazo de su amante respectivo.

Al pasar la *soi-disant* prima dona, José no pudo contenerse, y recordando el trio de Vaterland, dijo:

— Trou la ou! la ou trou la ou la ou!

Ella sonrió y los otros jóvenes festejaron la ocurrencia.

A su vez, José con sus compañeros, emprendieron la retirada.

Esa noche el joven soñó con el can-can y las piernas de las bailarinas, que sobre sus párpados las sentía danzar, simulando las tenues gasas de sus polleritas, en los giros veloces, la agitada espuma de un salto de agua.—Las veía con sus ademanes, pararse en la punta de los pies, correr luego fugitivas y hacer remolinos, para volver sonrientes á estender voluptuosamente los brazos hácia el público, enviándole besos, que se escurrían por entre las yemas sonrosadas de sus dedos.

También Margarita iba á visitarle en su agitado sueño. La oía cantar:

«Fleur—decendeur—je suis—la petite—Marguerite;—mon cœur—ne sait rien—ni le mal—ni le bien».

Luego desfilaban Valentin y los coros:

En avant ran-tan-plan
Le joyeux régiment!

Después volvía la danza, al compás de una música bastarda - y las macizas piernas de las cancaneras iluminadas macilentamente, á intervalos, por las luces de Bengala.

Venia nuevamente Margarita y le decía:

Voyez-vous là,
Là, c'est tout noir,
Et puis ici.....
là, c'est tout bleu.

Y José volvía á ver ese brazo, ese seno y esa

pierna. Estendió las manos y despertó enardecido, abrazando la almohada inerte de su lecho.

Desde esta noche leyó muchos libros, pero ninguno de ellos era texto de sus estudios.

Al siguiente día fué al Registro cabizbajo, bajo la impresion de todas estas emociones y con unas ojeras que hasta entonces no habia tenido.

VII

Hemos avanzado algunos años siguiendo en su desarrollo la vida de José. Para la mejor comprensión de ciertos hechos posteriores tenemos ahora que retroceder al momento en que empezó á alborear la pasión de Dorotea por el Mayor Paz. Era este, como queda dicho en capítulos anteriores, un hombre audaz, y mas que todo, un vividor insigne.

Antes de entregarse Dorotea, que sentia estraños temores y remordimientos, estaba llena de escrúpulos y habia impuesto un sinnúmero de condiciones con las cuales se aturdió y trataba de engañarse ella misma.

El Mayor hacia todas las concesiones que se le pedian, pero remitiendo su cumplimiento al porvenir pretestando siempre alguna disculpa hábilmente forjada.

Tenia la seguridad que la tierna paloma habia de caer en sus redes, pero antes de comprometerse con las exigencias de Dorotea no habria titubeado en abandonar de todo punto los trabajos tan felizmente iniciados, aunque se fuera con la irritación de un deseo no satisfecho.

No habia duda que estaba vivamente excitado por la hermosura de Dorotea.

Pero sus intereses pesaban en él mucho mas que las incitaciones de la carne.

Pertenecía á esa clase de hombres que habiendo toda su vida gozado solo en brazos de mujeres vulgares se hallaba ya hastiado de compr6misos, de las deudas contraidas con este motivo y de las desazones que traen de suyo la intimidad y la confianza.

Habia observado que siempre que iniciaba un amorio, su amante se mostraba en las primeras entrevistas sumisa, humilde, pudorosa y apasionada sin recurrir á extremos fastidiosos.

Después, cuando habian hecho vida comun, cambiaba como por encanto,—estaba él preso, y constantemente amenazado con una música de llanto si regresaba un poco tarde.

Todas estas escenas, que tanto consiguieron irritarlo antes, lo habian vuelto cauto, llenándolo de una prudencia cínica y prematura.

En una de las primeras entrevistas, y en momentos que el Mayor gemia en tiernos arrullos, ella contuvo vivamente un avance audaz de aquel.

— Bueno, dijo él fingiéndose incomodado, me irritas con tus caricias, me vuelves loco cuando me concedes un beso y de pronto huyes de mis brazos: está bien, ya veo que no me quieres: me voy, pero aunque sufra todos los tormentos del infierno no volveré á verte. . .

E hizo ademán de retirarse.

Jadeante y atemorizada, se abalanzó con los brazos abiertos, conteniendo la partida del Mayor.

El taimado esperaba este desenlace.

— Ah! no te irás, exclamó, asomándole una lágrima: soy tuya, tuya, ¿entiendes? Haz de mí lo que quieras.

Entonces él quiso comprometerla en una cita para esa misma noche.

— No, por favor, no me propongas eso: dime: ¿me amas?

— Me ofendes, mi alma, con esa pregunta: ¿dudas de mí?

— Dios me libre! pero te preguntaba, para decirte, que ya que tanto me amas, nos vamos lejos, juntos, solitos.

— Tú sabes que dependo de mis jefes y no puedo alejarme sin que me lo ordenen.

— Aquí en la ciudad, si no hay otro medio: buscaremos un barrio distante y viviremos tan felices!

— Mi vida, es hacer escándalo sin necesidad; luego tus hijos.

— Los llevaríamos, qué cosa mas natural.

El Mayor sintió un escalofrío.

Esta escena ya se habia repetido varias veces y el experimentado militar no sabia ya de qué argumentos valerse para hacerle abandonar semejantes ideas.

No queria, ahora, comprometer al respecto una batalla decisiva porque no tenia completa seguridad en el éxito.

Así es que decidió halagar su deseo prometiéndose para mas tarde, cuando las cosas le permitieran hablar con imperio, convencerla á buenas ó malas, haciéndola razonable.

Ejercitado en estas veleidades de mujer caprichosa, habia conseguido, merced á una esperiencia propia, un tacto delicado, y sin quererlo llegó á practicar un principio vulgar, por desgracia demasiado generalizado y que en las esferas de la política sobre todo, acciona con una eficacia digna de la mas pura máxima evangélica. Consistia esta táctica en no negar nada jamás y ofrecer siempre, prestando aquiescencia y hasta aplauso á toda idea ó pedido.

Este sistema de halagar las pasiones ajenas es un medio que da excelentes resultados en los primeros tiempos, pero que despues envuelve al que lo pone en práctica en una red de odios, dándole el prestigio de un profeta falso é impotente, porque si bien es fácil forjar un castillo de naipes es luego imposible impedir que lo derrumbe el primer embate del viento : parecido proceder observan los comerciantes cuyos negocios andan mal: renuevan sus pagarés sin amortizar un centavo hasta que llega un momento en que los intereses ultrapasan el mismo capital, quedando entonces de manifiesto su insolvencia. ¿No es una promesa, acaso, en cierto modo, lo mismo que una letra á tal ó cual plazo? No cumplirla, es robar al que se ha hecho, tiempo, confianza y ese aliento con que fortifica la esperanza.

Estas tristes teorías las aplicaba el Mayor Paz para satisfacer todas sus necesidades.

Así es que le era fácil contraer deudas y engañar á las mujeres.

Viendo que no habia otro camino para triunfar, contestó á Dorotea :

— Bien, mi vida, no me opongo: quiero que seas tú la que mandes.

— Viviremos juntos, ¿no es verdad?

— ¿Y no tienes miedo?

— ¿De qué? preguntó la culpable tratando de ocultar una emocion que á despecho suyo empezaba á dominarla.

— Vaya, — de tu marido.

— Por tan bien que se porta conmigo.

— Sin embargo, tal vez habria algun medio para hacerlo entrar en razon.

— Ah! no lo conoces.

— En fin; sea como tú quieras, pero te prevengo que no será posible hoy ni mañana: tengo que buscar casa y arreglarla.

— Aunque sea una semana, esperaré con gusto.

— Entre tanto, ya que estás decidida, ¿qué te costaría venir esta noche adonde te he dicho?

— No... despues: ¿para qué quieres hacerme dar este paso cuando sabes que te pertenezco y que dentro de poco seremos ya para siempre uno del otro?

El Mayor no podia comprender cómo Dorotea rechazaba la idea de la cita, que podia quedar envuelta en el misterio, y se decidia tan francamente por una huida, que se haria pública á los pocos momentos de abandonar su hogar.

Se desesperaba al ver que se le escapaba la presa.

Si no conseguia la cita, perdia la batalla.

Insistió como pudo, siempre sobre aviso para no ser sospechoso ante Dorotea, que podia apercibirse del gran interés que tenia en hacerla salir esa noche.

No consiguiendo ningun resultado habló de otra cosa.

Ella, en su fiebre, volvía á hablarle de la felicidad que les esperaba cuando viviesen juntos.

El Mayor, con un pensamiento preconcebido, se retiró, despidiéndose hasta dos dias despues como habian convenido.

Sin temer nada inmediato, Dorotea, ahogando su pasion, fué la que propuso la idea de no verse al siguiente dia, porque su conciencia intranquila empezaba á ver visiones.

Estaba lo mas nerviosa. El menor ruido la espantaba. Hacia esfuerzos por alejar de sí el recuerdo de Dagiore, de sus padres y de los vecinos. ¿Qué dirian

de ella? Ah! se convencía de que no tendría fuerza para verlos mas en la vida.

Habia momentos en que se arrepentía del paso que iba á dar. Se enternecía y hasta pensaba que Dagiore nunca habia sido malo. Entonces se paseaba desesperada por la solitaria habitacion.

Era una ráfaga de buen sentido que soplabá sin fuerza en su cerebro débil y enfermizo.

Luego venía la reaccion, fuerte, avasalladora, irresistible—y se enojaba de su cobardía anterior.

Su memoria evocaba hasta el recuerdo de los mas mínimos detalles para condenar á Dagiore.

Sus humillaciones de seis años, su vida estúpida deslizada entre cuatro paredes húmedas y feas, mientras que otras paseaban, vestían lujosos trajes y gozaban de la vida al lado de hombres elegantes y educados.

Entonces su furor crecía y tenía ganas de golpear-se por haber titubeado.

Era el huracan de la calle, que barria hácia su hogar, en grandes bocanadas, los microbios que envenenan la salud moral, trayéndole el contagio de infinitas miserias y falsedades, al desbordár de esas almas tristes, que el orgullo disfrazá con un rostro alegre, — murmullos de vergonzante vanidad que se ostenta ó espectáculo de blancas hilas que ocultan la escrecencia de la llaga.

En su situacion presente no veía ni pesaba mas que los inconvenientes — y en el delirio de su imaginacion, solo inventaba ventajas para la vida ilícita que proyectaba.

No habria habido en el mundo razon convincente para detenerla.

Obraba á impulso de los secretos resortes que po-

nian en acción el temperamento físico-moral que había desenvuelto en ella una vida sedentaria y ociosa, irritada á cada instante, por el espectáculo del lujo ajeno y la sed de bulla y aventuras que despertaban en su corazón las lecturas á que se entregaba.

Tenia inflamada la imaginación, por decirlo de esta manera, y en su delirio, en su típica alucinación, se reflejaban los disparates que forjaba, como si tuviesen formas plásticas — y todo ese mundo de quimeras se enredaba con los hechos familiares de cada día desquiciando sus ideas y su juicio.

Siempre había creído que el destino le depararía una vida de estrépito y la llevaría á jugar un papel principal en ruidosas aventuras.

Era su deseo, que al sentirse impotente, se refugiaba en esperanzas fantasmagóricas.

Ansiaba tanto un hecho cualquiera que diese animación á su vida y la lanzara al movimiento para librarse del tedio que la abrumaba, que cuando empezó á interesarse por el Mayor creyó que el momento que esperaba había al fin llegado.

Tenia una verdadera superstición al respecto y creía en su fatalismo inconsciente que estaba escrito su encuentro en el mundo con el Mayor.

Por esto es que lo hallaba tan hermoso.

Le sucedía lo mismo que al que tiene mucha sed, que una agua turbia le parece deliciosa.

También el modo como se habían producido las cosas contribuía á aturdirlo.

La noche en que oyendo gritos el Mayor en casa de Dagiore penetró en ella tan resueltamente no había hecho más que ceder á los impulsos de su carácter impetuoso.

Contaba en su vida muchos casos parecidos.

Un mes antes los diarios le habian elogiado por la conducta que observó en un incendio salvando con riesgo de su existencia la vida de una anciana.

Pero Dorotea apreciaba el suceso de distinta manera, deformándolo al juzgarlo bajo el criterio enfermizo de sus preocupaciones.

Era su sueño que empezaba á realizarse; el turno que le llegaba para entrar activamente en esa existencia dramática en que hasta entonces habia vivido tan solo con el pensamiento.

En esas fiebres de envidia, en que no sabia por qué le faltaba alguna chuchería á su traje, las novelas traian el consuelo á su corazon agitado y adormecian sus impacencias dilatando el dorado prisma de su ilusion en infinitos eslabones de esperanza.

Si la sirvienta la pedia algo que necesitaba ó sucedia algo que viniese á interrumpirla en el éxtasis de la lectura, se irritaba y prorumpia en gritos desabridos.

En estas ocasiones era injusta á lo sumo : retaba sin razon á la sirvienta y aplicaba dolorosos pellizcos á sus hijos por via de correctivo.

La sirvienta replicaba y los chicos formaban una algarabía infernal con sus llantos lastimeros.

Entonces se creia bien desgraciada: no podia descender sin dolor de las esferas fantásticas que pintaban sus libros á las necesidades prácticas de su hogar, y en vez de tratar de poner orden en los negocios de la casa, se refugiaba despechada en el silencio de la sala.

No tenia ojos para los suyos, los cuales, viendo que no se les vigilaba, tomaban la calle; adonde salian á engrosar otras pandillas y á hacer travesuras.

La ánsia loca que la devoraba por competir en

lujo con sus vecinas hacia que abandonase el cuidado de sus hijos, que andaban sucios y con los vestidos rotos.

Cuánto ódio sentía nacer á ratos en su pecho al encontrarse encerrada en su casa. Ella que deseaba aventuras y vastos horizontes !

Se sentía eternamente humillada y su despecho degeneraba en rabia al comparar su vida monótona con la existencia tumultuosa de esas mujeres predilectas de la belleza y la fortuna que todos conocian y que en su tránsito por la calle iban dejando el perfume de sus ropas y despertando la admiracion de los hombres.

Para ellas se habian hecho las lisonjas, los encajes, las sedas, el terciopelo, los carruajes y hasta las crónicas de los diarios que perpetuaban los triunfos conseguidos en la esposicion de los paseos públicos, en los teatros y los bailes.

Al pensar en todo esto le latia con fuerza el corazon y se le enardecia el rostro, coloreándose sus mejillas con el mas vivo matiz de la amapola.

Luego entraba Dagiore. El carácter maleado de Dorotea, no tardaba en hacerlo salir de quicio al infeliz.

Y siempre lo mismo, siempre creyéndose desgraciada y víctima de un destino implacable.

Ah! si ella hubiera sabido que muchas infelices vecinas la envidiaban, cansadas de su lucha de trabajo diario, al verla en medio de las comodidades y sin que turbara su sueño ese doloroso fantasma de los pobres, que en la hambre no saciada de hoy recuerda el pan que mitigará la necesidad del siguiente dia!

Así fué que cuando ella se dió cuenta perfecta de la actitud asumida por Dagiore y de la oportuna presencia del Mayor, que la libró de un peligro cuyo

grave desenlace era difícil prever, creyó que era llegada su hora y que al fin el destino se apiadaba de sus desgracias.

Se imaginaba que entraba á accionar recién en la verdadera ruta de la existencia, porque no podía resolverse á llamar vida á los años trascurridos, confinada en un medio siempre monótono é igual, sin emociones agradables ni delirantes alegrías como deseaba en su implacable sed de mundanas satisfacciones.

El Mayor, como hemos dicho, encontró el terreno perfectamente preparado.

Ella había leído en las novelas, que después de mucha trama y sufrimientos, se alcanzaba al fin la felicidad.

Estaba segura de esto y lo creía como un artículo de fe.

Se mareaba por completo, se confundía y creía con cándida sinceridad que ella misma era una de las heroínas de las novelas que había leído.

El Mayor, empezando por arriesgar su vida para salvarla, había concluido por enamorarse perdidamente de ella. De esta base partía su fantasía, seguía con la fuga, hasta perderse luego en idilios, desafíos y nuevas huidas en carruaje ó en brioso corcel, á la grupa de su amante, salvando precipicios á la luz momentánea del relámpago.

Arrullada por estos fantásticos ensueños, se había quedado como en éxtasis, sentada en una butaca de la sala, cuando un golpe dado en el llamador de la puerta de calle la hizo saltar sobresaltada.

Estaba nerviosa y asustada. Se encontraba tan mal que no veía el momento de la partida. Parecía

un criminal que espera en su sobresalto de ca la instante que aparezca un gendarme á prenderlo.

No creia que fuera cosa que le importara mucho el golpe que habia oido, pero no se atrevió á abrir la puerta de la sala, y como recatándose, corrió hácia las piezas interiores.

En ese momento Clara venia con una carta.

—Para usted, señora, dijo.

—¿Quién la ha traído? preguntó Dorotea tomándola.

—Un muchacho.

—¿Está ahí?

—No, señora, se fué.

Dorotea abrió la carta y vió que era del Mayor.

Un ligero temblor recorrió su cuerpo, volvió á mirar el papel y no comprendió nada; se le turbaba la vista y el juicio.

Fué entonces á la sala y se encerró.

El experimentado Mayor, viendo que no podia hacerla su amante sin llevarla consigo, lo que de ninguna manera estaba dispuesto á hacer, se habia decidido á jugar el todo por el todo.

Le pintaba su amor con colores de brocha gorda, insistiendo hasta el cansancio que estaba dispuesto á vivir con ella, pero que habia tenido la desgracia al volver á su casa de encontrar una nota del Ministerio en que se le llamaba á recibir órdenes al dia siguiente, y que por una conversacion que habia tenido con un compañero de armas presumia que lo iban á mandar en comision á Martin Garcia.

Terminaba diciendo, que si partia no podia precisar el momento del regreso y que su amor era tan grande que hasta estaba decidido á mandar su baja, y que para hablar de todo esto, la esperaba á las ocho

de la noche en la esquina de Rivadavia y Cerrito, que él no iba por temor de encontrarla con visitas.

La carta estaba escrita con viveza y preveía todos los casos. Tampoco había olvidado de alentarla inspirándola ánimo y diciendo que no existía sacrificio que no debiera hacerse por el amor.

Lo único censurable que tenía la misiva eran unos nutridos errores de ortografía, pero Dorotea, que era poco fuerte en la materia, no estaba en condiciones de notarlos.

Todo lo que la carta decía lo creyó desde el principio al fin.

Ella hubiera querido que la entrevista tuviese lugar en su propia casa, pero ignoraba el domicilio del Mayor para avisarle—y este había sido tan listo, que lo primero que recomendó al mensajero fué que dejase la carta y se retirara en el acto.

Dorotea no desconfiaba del Mayor, pero la sobrecojian á ratos estraños recelos.

Aunque era aun muy temprano empezó á arreglarse.

Quería aturdirse y no pensar sino en estar hermosa.

Sin embargo, estaba muy preocupada y el desasosiego de su persona que iba de un lado á otro sin objeto determinado, demostraba bien claramente su intranquilidad.

Una infinidad de noches había salido sola sin dejar dicho una palabra y ahora torturaba su cerebro buscando sin necesidad un pretexto.

De pronto pensaba que podía decir que iba á lo de alguna amiga, pero luego se le ocurría que esta por una desgraciada coincidencia podría esa noche visitarla.

En su atolondramiento había dicho á Clara impen-

sadamente y sin que se lo preguntara, que iba á ir á lo del dueño de la casa para pedirle hiciera en ella algunas composturas y la blanqueara.

Media hora despues, atenaceada por la misma idea y olvidándose de la casa, del dueño y del blanqueo, dijo que iba á ir á una novena que se estaba rezando en San Miguel.

— Lléveme, señora, ¿quiere? le pidió Clara.

— Nó, replicó Dorotea asustada, tengo despues que ir á algunas tiendas, y ademas tú te quedarás para cuidar á los niños.

Muy compuesta y perfumada salió de su casa poco antes de las ocho.

Caminaba ligero y miraba con recelo á los transeuntes; y cosa estraña, á todos creia encontrarles parecido con Dagiore. Si este por una casualidad hubiera pasado por su lado la habria petrificado. Una voz de hombre que oia la hacia retroceder intimidada. Sentia la garganta seca y las piernas se le doblaban temblorosas. Creia á ratos, que no le seria posible llegar. Para desconcertar á imaginarios perseguidores, porque en su obsesion suponía que todos sabian que el Mayor la esperaba en la esquina de Rivadavia, dobló por Cangallo hácia el centro y siguió por Artes hasta Piedad: al entrar en esta calle ya no sabia qué hacer, estaba frenética, loca; de pronto se le ocurrió volverse, despues cayó en una gran atonía por la propia fuerza de su desesperacion — y siguió su camino rezando un padre-nuestro; al entrar en Cerrito, caminó aun mas ligero, — como esos enfermos que toman precipitadamente una droga amarga, parecia que ella tambien queria pasar de una vez el mal trago. Siguió, recatándose en la sombra y arrimándose de tal modo á la pared que parecia que deseaba incrustarse

en ella; ya varias veces se habia pegado en el hombro chocando en molduras salientes.

No bien entró en esta calle, el ojo de lince del Mayor la descubrió.

Tenia de que vanagloriarse.

Su treta habia dado resultados que no esperaba.

Corrió á su encuentro y la tomó del brazo.

Dorotea se sentia tan débil por la emocion, que estaba á punto de desvanecerse.

Entre tanto el Mayor murmuraba á su oido ternuras de amante agradecido. Dorotea no le escuchaba.

— Vamos, mi vida; aquí nos ven todos.

— ¿Adónde? dijo ella como resistiéndose.

— Aquí no mas: ¿acaso no tienes confianza en mi?

Iba á contestar, pero la sobrecogió el pito de un vigilante que tocaba á diez varas de ellos la alerta periódica que les prescribe el reglamento policial.

Se le ocurrió que pedia auxilio para prenderlos, y sin decir una palabra, siguió al Mayor.

Este, que le daba el brazo, notó que el de Dorotea temblaba.

— Tranquilízate, mi alma, la dijo: ¿qué puedes temer á mi lado?

Y abrasándola con su aliento, empezó á distraerla con un diluvio de palabras.

Asi anduvieron hasta la boca-calle de la Plaza de Lorea, por donde doblaron, internándose en la vetusta recova que mira al Oeste (1).

Hasta hace poco, existia allí un negocio de regular aspecto, que tenia encima de la puerta principal un letrero que decia en grandes letras pintadas: CAFÉ Y POSADA.

(1) Hoy «Mercado Modelo».

Al lado de la gran puerta que daba acceso al Café, existía otra mas pequeña que internaba á un pasadizo ó zaguán continuado; luego se entraba á un pequeño patio, muy húmedo, donde caían las puertas de varias habitaciones.

El Mayor empujó la primera de esas puertas é hizo entrar á Dorotea.

Era una de tantas casas en que se alquilan estercoleros para que se revuelque la podredumbre que fatalmente guardan en su seno las grandes ciudades.

El vicio hipócrita, contenido en la calle por temor á la represión de la ley y á la opinión pública, acude allí á satisfacer sus innobles apetitos.

Los libertinos conocen estas pocilgas inmundas y saben el precio que se cobra en cada una de ellas.

Penetran con desenfado, pero prontamente, y luego llaman golpeando las manos. Entonces acude un hombre ó una mujer, con mas generalidad una de estas,—tratan el cuarto, le pagan adelantado, y ya despues á la salida, nadie los incomoda ni ve.

El alquiler varia segun el arreglo del cuarto. El primero comunmente cuesta de treinta á cincuenta pesos—y los siguientes en escala descendente hasta diez pesos: los de esta última tasa apenas si tienen un catre de tijera, una mohosa palangana de lata encima de una deslustrada silla de palo; y sin embargo, son los que mas ganancia dan: siempre se ven disputados por una clientela asidua de tahures de baja estofa, vagos de toda especie, cocheros y changadores que han conquistado alguna parda beata ó porteros que van á refocilarse con la cocinera de alguna casa vecina. Es un vaiven continuo en que se repite siempre la misma escena con solo el cambio de actores.

El Mayor, que era conocido en la casa, habia estado una hora antes á tomar el primer cuarto para que no le molestaran al entrar, y mas que todo, para que Dorotea no se apercibiese del sitio en que la hacia penetrar.

Una vez dentro de la habitacion, el militar cerró la puerta.

La luz de una lámpara, encendida de antemano, iluminaba la escena con reflejos opacos.

Dorotea estaba consternada.

Paseó su vista absorta por el cuarto.

Vió la cama, una cama grande de fierro, y un estremecimiento de terror agitó todo su cuerpo.

Siguió, despues, recorriendo con mirada vaga los demas objetos que allí habia.

Tenia el lecho un cortinado de muselina floreada; al lado, la mesa de noche; en otro ángulo un lavatorio chico con sus respectivos utensilios; en frente de este, una cómoda, con sus cajones vacios; y en medio de la habitacion, la mesa,—en que estaba colocada la lámpara,—de forma redonda y cubierta con una carpeta color café.

Un viejo confidente y cuatro sillas completaban el mueblaje de la habitacion.

La pieza estaba recuadrada con pintura de cola y tenia cielo-raso de arpillera; el piso era de baldosa: se sentia allí frio y se aspiraba un olor malsano de humedad.

Una pequeña alfombrita estaba estendida entre los piés exteriores de la cama.

Concurrían á hacer mas ridículo este conato de engañoso buen tono, con que se habia pretendido alhajar la pieza, unos cuantos grabados, en marco negro, que pendían de las paredes: uno representaba á Ga-

ribaldi;—esa pobre víctima del amor de sus conacionales, cuya memoria ofenden colocando su retrato en parajes inadecuados, — y los otros, diversos buques de la armada real italiana.

En otros cuartos, los mamarrachos guardaban mas armonía con el objeto á que eran destinadas las habitaciones: cuadros de mujeres desnudas y de escenas crudas ó simplemente ridiculas, en general escogidas de la profusa edicion francesa popularmente conocida bajo el titulo de *Galerie pour rire*.

El Mayor, en su efusion sensual, la tomó del talle, pero Dorotea se desprendió de sus brazos con inusitada energía.

—Ah! no, no: ¿dónde me ha traído? exclamó toda consternada—y olvidando que ese mismo dia se habia tuteado con el Mayor: no puedo consentir esto, ábrame Vd. esa puerta ó grito: quiero irme!

El Mayor, aturdido con tal salida, no atinaba á darse cuenta de esta resistencia que no esperaba.

Quedó un momento indeciso, pero en seguida se repuso.

—Mi vida, dijo, estás en casa de un amigo mio que me ha facilitado esta pieza; si no es de tu agrado perdóname; me han sucedido hoy tantas cosas que me ha faltado el tiempo para buscar otra parte mejor; sin embargo, aquí estamos seguros y nadie sabrá que has estado conmigo, te lo juro!

—Ah! pero yo quiero irme; no abuse Vd. de mi confianza, no sé cómo me encuentro aquí, yo no esperaba esto: quiero irme, volvió á repetir, é hizo ademán de retirarse caminando hácia la puerta.

El Mayor la adelantó y se puso de espaldas contra la misma.

Así se encontraron uno enfrente de otro, trémulos y perplejos.

—Mi alma, continuó el Mayor tomándola del talle y comunicando á su voz una inflexion de sollozante ternura; no eres razonable.

Hizo una corta pausa. Torturaba su cerebro para buscar un medio que hiciese ceder á Dorotea. Pensó en sacar su rewólver y hacer la farsa de prometer que se mataria si ella persistia en retirarse.

Si pone en práctica esta idea es casi seguro que le hubiera dado los resultados que deseaba, pero la desechó pareciéndole demasiado exagerada.

Entonces dijo, cambiando de tono:

—Está bien: no pienso abusar de Vd., antes de todo soy un caballero y la amo á Vd. demasiado; si Vd. quiere irse, puede hacerlo; pero me queda el derecho de pensar que Vd. me ha engañado y que jamás me ha amado: mañana me iré muy lejos y Vd. no me verá mas en la vida.

Hizo su papel de víctima tan bien que Dorotea se enterneció un poco.

Su temor tambien desapareció un tanto al oír al Mayor que tenia que partir al siguiente dia: al menos así lo entendió ella.

En ese momento no pensaba en la fuga: todo su afán era salir del atolladero en que tan imprudentemente se habia metido: estas escenas las habia soñado Dorotea de muy distinto modo: vagando siempre su espíritu en regiones ideales creía que alguna vez palparia las visiones de un encanto y dulzura celestes que habia tantas veces entrevisto, á través del prisma falso de la imaginacion.

Y se encontraba en aquel cuarto horrible y frio: hubiera querido morir.

¿Dónde estaba esa atmósfera tibia y cargada de perfumes enervantes, en que desfallecen los enamorados uno en brazos del otro?

Una lámpara que con sus reflejos débiles daba un aspecto lúgubre á la habitacion, por toda luz.

No habia allí un rayo melancólico de luna que penetrara al través de una tupida madreSelva y fuera á platear unos rostros pálidos de amor.

No se oían murmullos de arroyuelos ni bullicioso canto de avecillas.

Y él, estaba segura, no la amaba: sabia bien á qué iba y qué queria de ella.

En un mundo de pensamientos que le ocurrían en un segundo, pensaba cosas que le hacían mal.

¿El amor al manifestarse en el hombre era siempre brutal?

¿Entonces todos eran como Dagiore?

No pudo contenerse un momento mas y rompió á llorar desconsoladamente.

—Mi cielo, cállate, no llores, mira que me partes el alma: ¿qué tienes?—la decía el militar fingiendo la mayor angustia.

Sin embargo, conservaba en esos momentos toda su sangre fria.

Estaba radiante y no queria demostrarlo. Pensaba, á impulso de su esperiencia propia en casos análogos, que una mujer que solo se defiende con sus lágrimas, está irremisiblemente perdida.

La condujo hácia el sofá y allí le prodigó infinidad de consuelos y caricias, y le hizo protestas y juramentos de amor eterno.

—¿Me amas? le decía.

Apremiada ella, fué cediendo en su llanto y al fin contestó débilmente:

—Si.

Desde este momento fué creciendo la audacia del Mayor.

En medio de un diálogo poco sostenido y que se hacia algo embarazoso, volviendo ella á sus sueños y como queriendo rectificar el desencanto que habia sufrido, dijo con lánguida voz:

—¿No traes espada?

El Mayor interpretó mal esta pregunta: creyó que tenia miedo y para tranquilizarla sacó el rewólver de su cintura y replicó:

—No, pero en cambio traigo este, y mostraba el arma.

Dorotea quedó intimidada: tenia ahora miedo del Mayor.

Era el mismo rewólver con que habia ensangrentado á Dagiore.

El militar se inclinó un poco y alargando la mano lo depositó sobre la mesa en que estaba la lámpara.

Dorotea, postrada por tantas emociones, quedó desde que vió el arma completamente dominada por el Mayor.

Este empezó á desabrocharle la bata, y Dorotea resistia tan débilmente, como un gato herido, que al ultimarle sus perseguidores, todavia pretende defenderse alzando sus manecitas lácias y casi inertes.

Volvió á sollozar.

Entonces la audacia sin límites del Mayor dió su golpe definitivo.

Con un movimiento rápido la cargó trasportándola del confidente á la cama.

Ella cesó poco á poco de llorar, y sus mejillas, que ardian, consumieron las lágrimas que no habia enjugado con el pañuelo.

Se sentia abochornada para contestar las palabras del militar, pero con to-fo, conversaron bastante.

El prometió pedir su baja si al dia siguiente le ordenaban que partiese a alguna parte, pero ella no se entusiasmó: hubiera preferido que se fuese muy lejos, para no volver jamás.

Media hora despues, estaba Dorotea delante del lavatorio componiéndose el pelo ante el espejo.

Se le hacia tarde y queria marchar en seguida.

Cuando estuvo pronta, el Mayor apagó la luz de la lámpara y abrió la puerta. Así en la oscuridad se dieron un prolongado beso y salieron. Un murmullo de voces que se oia en el pasadizo los hizo retroceder instintivamente.

Era la patrona, gorda y desvergonzada italiana, que impedia la entrada á un compradito, porque tanto él como su compañera venian algo malos de la cabeza. La práctica de la casa en estos casos era no permitir que entraran, á objeto de evitar escándalos y enredos con la policia: la patrona era inexorable para hacer cumplir esta consigna, porque sabia por esperiencia propia que el Comisario de la seccion no discutia mucho al imponer multas de quinientos pesos.

—Retírese, le digo, exclamaba: no hay cuartos desocupados

—Por las chinches; pero oiga, madama, yo no les tengo miedo: alquíleme, ¿quiere? sea buena, madama.

—Le digo que se retire.

—Eso será lo que tase un sastre, contestó el chulo en su pesada terquedad de beodo, y recostándose en la pared del zaguan, continuó: á ver, patrona, si me deja entrar: le doy cien pesos por el cuarto.

—Guárdese su plata de porquería y mándese mudar, porque lo voy á hacer llevar con el vigilante.

—Vamos, le decia entre tanto su compañera; no le hagas caso á esa gringa sarnosa, que cuando uno paga no debe pedir nada por favor.

—Cállate tú, que no sabes lo que dices: yo te mando ¿oyes? No hay por qué insultar á la patrona, yo la defiendo porque ella es muy buena: le doy doscientos pesos, vaya, ¿está contenta?

Cansada la italiana de esta escena resolvió llamar á su marido.

—Bautista, Bautista! gritó.

Al beodo parece que le agradó el nombre y empezó tambien á decir:

—Bautista, Bautista, hermano Bautista, venga pronto: el nombre no mas me ha asustado: debe ser escopeta ese Bautista.

Aquello degeneraba en sainete.

A la patrona no le agradó la broma y tentaciones tuvo de acercársele y arrojarlo á empellones como ya lo habia hecho con muchos otros anteriormente, pero recelaba de los compadritos, á quienes tenia un miedo cerval.

Decidió ir personalmente á llamar á su marido.

Tenia para esto que pasar al Café. Siempre que sucedian cosas por el estilo, Bautista en vez de acudir, iba por la puerta pública del negocio á buscar al vigilante.

El Mayor estaba irritado con esta escena que lo colocaba en una posicion falsa, porque Dorotea se habia enterado de la disputa y ya no podia creer que estuviera en la pieza de un amigo suyo. Tambien este temia que se produjese un escándalo y se reuniese

gente. En este caso tendrian que estar encerrados una hora mas por lo menos.

En cuanto á Dorotea, no hablaba de indignacion y vergüenza.

Mas de una vez el Mayor quiso salir y obligar al compadrito á que se retirara, pero Dorotea lo contuvo: tenia miedo de quedar sola ó que el Mayor fuese á comprometerse quedando ella en una situacion crítica, que tal vez llegase al punto de ser descubierta en aquel paraje.

El Mayor pesaba tambien todas estas circunstancias, pero sabiendo que los borrachos cuando tienen un capricho son cargosos á lo sumo, estaba demasiado decidido á darle un susto, y salió con este objeto del cuarto, no bien sintió extinguido el rumor de los pasos de la patrona.

El militar ardia de coraje. A no ser la presencia del compadre, Dorotea no habria conocido el sitio á donde la habia llevado.

Con el rewólver en la mano se acercó al compadre y le intimó que en el acto se retirara.

Este se intimidó un poco, pero contestó sin embargo:

—Yo no hago mal á nadie, ahora si me quieren aporrear porque soy pobre, es otro cantar.

En diferente ocasion el Mayor le hubiera dado una paliza, pero las circunstancias especiales en que se encontraba lo obligaban á ser prudente.

—Mira, le dijo con toda energia, pero muy despacio: si no te vas en este mismo instante te hago llevar á la Policia, y tomándolo del brazo lo empujó hácia la calle.

En la puerta lo recibió su compañera y él se dejó conducir buenamente.

En medio de su perturbacion mental no dejó de asustarse, pero cuando estuvo en la vereda de enfrente, volvió á cobrar brios y demostraba deseos de volver. Su querida lo siguió arrastrando del brazo, pensando que de otra manera habian de concluir por hacerle una visita al Comisario.

Cuando el Mayor vió que subian la vereda opuesta, corrió al cuarto donde estaba Dorotea y buscándola en la oscuridad, la llamó diciéndole:

—Vamos, mi vida, salgamos pronto.

Sin decir una palabra Dorotea, tomó el brazo del Mayor, y como dos sombras, cruzaron rápidamente una parte del patio y todo el pasadizo. Antes de llegar á la puerta de escape se detuvieron un instante. El Mayor se asomó. La calle estaba solitaria y por la vereda de la Posada no caminaba ningun transeunte. Salieron entonces, no sin ocultarse Dorotea el rostro todo lo que pudo.

Al dar vuelta la cuadra reconocieron en la voz al compadre y su compañera.

Iban muy despacio por la acera opuesta y el beodo gritaba á la sazón:

—Doscientos pesos . . . yo se los ofrecí, porque hasta ahí no mas llegan las bromas: gringa de porra; doscientos pesos; ja, ja, ja—los ha de oler si se mama y bala como carnero.

Dorotea y el Mayor aceleraron el paso.

En la próxima boca-calle Dorotea le pidió que la dejara.

El Mayor queria acompañarla hasta cerca de su casa.

Tenia urdidias una infinidad de mentiras y ansiaba por decirselas.

Quería, en una palabra, que no se fuese resentida con él.

Pero todo fué en vano: ella exigió que la dejara, y media cuadra mas adelante se despidieron.

—¿Me amas siempre? dijo él.

—Si, contestó, Dorotea brevemente.

—¿Nos veremos mañana?

—No.

—¿Y cuándo, entonces?

—Yo te lo diré: te ruego no vayas á cometer ninguna imprudencia: adios, y uniendo la accion á la palabra, atravesó la calle, separándose del militar.

Varias veces en el tránsito tuvo que pasar á la vereda opuesta, acosada por libertinos que al verla sola la reputaban fácil presa para saciar sus instintos lujuriosos. Era la primera vez que se encontraba sin compañía por las calles á tan altas horas de la noche. En otras ocasiones y siendo de dia habia oido lisonjas á su belleza que halagaban su amor propio, pero qué diferencia de esos galanteos cultos á las proposiciones groseras que ahora le hacian!

Tenia tentaciones de correr hasta llegar á su casa.

A muchos los habia desconcertado llamándolos atrevidos ó insolentes con voz entera; pero uno, sobre todo, no se daba por vencido y la seguia obstinadamente poniéndosele al lado de rato en rato.

La calle estaba solitaria y Dorotea no encontraba siquiera un vigilante que la alentase.

Por fin llegó. Su perseguidor al verla entrar apresuró el paso, pero cuando llegó á la puerta ya estaba con los pasadores corridos.

Entró y un súbito terror la hizo temblar.

Todas las piezas estaban cerradas.

¿Qué podía significar aquello sino que Dagiore habia venido?

Esto fué precisamente lo que se le ocurrió á Dorotea.

En su perplejidad oyó la voz de Clara, que decia con voz un tanto insegura:

—¿Es Vd., señora?

—Sí: ¿qué hay? replicó intranquila y dispuesta á correr hácia el zaguan.

—Voy á abrirle: venga: por aquí, señora: teníamos miedo.

Clara salió á su encuentro y Dorotea, reprimiendo la emocion que habia pasado, y ya mas tranquila, contestó:

—¿Y de qué tenias miedo, tonta?

—Ah! es que los niños se me durmieron, y yo sola

—¿Quién te iba á comer?

—Nadie, pero cerré las puertas para estar mas segura.

Dorotea entró.

Le causó estupor encontrar todo en el mismo orden que lo habia dejado.

Es lo que sucede cuando se opera una revolucion en el modo de ser moral de una persona. Se cree entonces que las cosas van á asociar su suerte con uno y hacer causa comun imprimiendo carácter general al trastorno localizado en nuestros nervios sensitivos; pero ellas siguen su curso que seria indiferente é irónico si no fuese fatal, aislando siempre al dolor en sus crisis supremas.

Victoria y María dormian apaciblemente en una misma camita.

José, de genio mas voluntarioso, no habia querido

obedecer á la niñera: se propuso esperar despierto á su mamá, pero el sueño lo venció y se quedó dormido en el suelo, casi debajo de la mesa.

La madre, sin contestar á las preguntas indiscretas de Clara, la ordenó que se acostara—y levantando á José se puso á desnudarlo.

Este se despertó á medias y empezó á llorar.

La madre, ansiosa de cosas nobles, lo besó repetidas veces en su boquita sucia y lo acostó en su misma cama.

Entonces empezó ella misma á desnudarse.

Al sacarse la pollera de seda, la escena de la Posada, que habia olvidado por un instante, se presentó de súbito á su mente. La miró con terror. Estaba muy ajada. Cada arruga que notaba era para ella un testigo que la recordaba lo que en vano queria relegar al olvido. La colocó en una silla, suspirando, y pasó á sacarse las enaguas: al agitarlas para que cayeran, notó que no hacian el mismo ruido que por la tarde cuando se las puso: al tenerlas despues en la mano vió que el ruedo estaba enlodado: con verdadera rabia las arrojó á un rincon.

Despues le pareció que tenia olor á cigarro: así en camisa corrió al lavatorio, pero antes de lavarse se miró al espejo.

Estaba aun encendida.

Varios años antes los mozos de la Fonda, cuando la veian volver así, la calumniaban con juicios deshonrosos—y ahora que regresaba á su casa culpable y quemándole las sienes las caricias del adulterio, ni un rumor oia ni despertaba la sospecha mas leve.

Aun podia deshacerse de la pollera y de esa enagua que la acusaba con su ruedo sucio....tal vez consiguiera mantener en el secreto sus culpables

amores y no dejar rastro ostensible de su delito; ya habia empezado á lavarse creyendo que los besos del Mayor le habian dejado olor á tabaco en las mejillas, pero vano afan: su corazon la traicionaba y en su golpe isócrono y precipitado, creia oir la tremenda palabra....

Un leve movimiento de la cortina del lecho, el natural crujido del colchon al doblgarse por el peso del cuerpo, ó el rumor incierto de pasos en la calle, modulaban en su oido el epíteto deshonroso que esperaba por momentos ver salir vibrante de una garganta formidable.

Un vestido que se plegaba confusamente en un rincon, un mueble distendiéndose al proyectarse en las sombras, algunos papeles colocados encima del ropero,—cobraban en su ánimo medroso las formas del fondero.

Era Dagiore; lo veia; se deslizaba por el suelo como una serpiente, sin hacer ruido y llevando entre los dientes un puñal que en su límpido brillo reverberaba de una manera siniestra los reflejos opacos de la lámpara.

Se habia quedado ensimismada, y al soñar despierta esta escena desagradable, dió un salto brusco creyendo que la herian por la espalda.

Registró todo el cuarto, debajo de la cama, adentro del ropero, y no satisfecha aun, puso una silla para ver si encima estaban solo los papeles.

Esa noche no durmió media hora seguida.

Tenia sueños enloquecedores. De pronto soñaba que Dagiore la habia sorprendido en la Posada, y otras veces, que estaba en la cárcel y en un mismo cuarto con el compadre, la compañera de este y el Mayor.

Luego despertaba en un sobresalto espantoso y con tal confusion en las ideas que le era difícil darse cuenta de lo que realmente le habia acontecido.

Estaba tan excitada que el menor movimiento que hacia José en la cama le producía un estremecimiento en todo el cuerpo.

Así llegó la mañana.

Se levantó como una convaleciente, alhelada y con una gran debilidad en la cabeza. Una sensación de estupor la embargaba y miraba con estrañeza los objetos que le eran familiares.

Habia vivido esa noche diez años por lo menos y cosechado un lote inmenso de experiencia.

Sentía vergüenza del paso que habia dado y aun culpaba á la suerte de su desventura: pensaba que ella no habia sido dueña de sus actos, que todo habia pasado contra su voluntad, y que habia sido forzada traidoramente preparándosele una emboscada infame.

Pero sus mitos, el desorden de su imaginacion, sus aspiraciones novelescas,—todo esto, cayó con estrépito, desde el pedestal de humo que habia creado su loca fantasía.

Habia visto hasta entonces la comedia de la vida como cándida espectadora guardando todas las leyes de la perspectiva—y ahora veía rodar las tablas de la escena y se cercioraba de que los risueños paisajes eran horribles suciedades de pincel y que los dorados de efecto que encantan la vista, no son por dentro, mas que tosca y grasienta arpillera.

Creía que sabia ya á qué atenerse en los sueños de la vida, porque su desencanto habia sido cruel.

Tenia amante, y no lo amaba.

Pensó en sus hijos, en el buen ejemplo que debía

inspirarles con su conducta y decidió ser juiciosa y romper completamente las relaciones iniciadas con el Mayor.

Embebida en estas ideas y ya bastante calmada, pasó la mañana.

A eso de las diez y estando en el comedor oyó ruido de voces en el zaguan.

Se asomó para ver quién entraba, y en el acto retrocedió, pintándose en su rostro el mas grande espanto.

Habia visto juntos á Dagiore y á su amante.

Su marido fué á buscarla, diciéndole al Mayor que esperara un momento que iba á abrir la sala.

Dorotea no sabia lo que le pasaba ni se daba cuenta de cómo podrian estar los dos juntos.

En su dolorosa obsesion, resolvió esperar que se cambiasen las primeras palabras para saber lo que ocurría.

Como ella esperara, Dagiore la dijo:

—¿Estás enojada conmigo todavía?

—Yo no, contestó Dorotea, muy turbada.

—Eh! bueno: se acabó todo: yo me he hecho muy amigo del señor Mayor: vén á saludarlo.

Y al decir esto, Dagiore reía tontamente.

Dorotea lo miró consternada: el infeliz estaba casi borracho.

Veamos, entre tanto, lo que habia sucedido.

La noche anterior, al separarse el Mayor de Dorotea, comprendió que habia dado un paso en falso llevándola á la Posada y que esta falta no le seria fácilmente perdonada. Resuelto como estaba á no sacarla para vivir unidos, creyó que su causa estaba perdida si no procuraba algun medio para verla con

frecuencia y hacer presión en su ánimo con el antecedente que mediaba ya entre ellos.

Estaba seguro que Dorotea no aceptaría bajo ningún principio una nueva cita á la Posada y como seguía recelando de él le sería sumamente difícil volver á engañarla.

Fué entonces que se le ocurrió la idea cínica y audaz de valerse de Dagiore para continuar gozando de su conquista.

No bien concibió el proyecto, quiso ponerlo en práctica.

Muy de mañana se presentó en la Fonda.

Había pocos parroquianos, que á la sazón tomaban café solo ó bien con leche. Dagiore limpiaba algunos vasos: los sumergía en el agua de una tinita y luego los colocaba boca abajo en un aparato de latón pintado que tenía un falso fondo de rejilla para que enjugaran las copas y los vasos, el cual estaba en uno de los extremos del mostrador.

Reconoció á su heridor inmediatamente y le puso cara hosca; pero este con su carácter insinuante se le acercó y empezó á pedirle las mayores disculpas por lo que había sucedido.

Puso en juego una táctica admirable.

Le dió al fondero toda la razón, diciendo que si hubiese sabido que era su mujer legítima jamás habría intervenido.

—Las mujeres, agregó dándola de chusco, necesitan de cuando en cuando que se les asiente la mano.

Esto encantó á Dagiore. Al fin encontraba uno que aprobaba su conducta.

Siguieron charlando y el fondero le preguntó qué tomaría. El militar optó por el cognac Hennessy, del cual solo había una botella.

Dagiore bebió con él y entonces le propuso hacer una visita á Dorotea. Estaba seguro de su triunfo. Desde que lo vió tan afecto á la bebida pensó que conseguiria de él todo lo que quisiera.

El Mayor no podia estar mas contento. Habia creido que la realizacion de su proyecto le costaria algunos dias, grandes esfuerzos de dialéctica, y lo que mas le disgustaba, tener que codearse con los parroquianos de la Fonda, y sin embargo, habia quedado concluido en menos de dos horas.

Desde este dia siguió frecuentando la Fonda, — y la casa de Dorotea como si fuese la suya propia.

Poco á poco fué cobrando un gran ascendiente sobre Dagiore.

Podria decirse que lo tenia dominado.

Dorotea aceptó la situacion; la noche fatal de la Posada la ataba por completo á la voluntad del Mayor.

Entonces ella tambien se valió para satisfacer sus deseos de la influencia que ejercia su amante en el espíritu caduco de su marido.

Quiso un piano para que aprendieran sus hijas, y Dagiore por primera vez en su vida entregó sin protestar, diez mil pesos con ese objeto.

Tambien es cierto que le habló de los deberes que tenia de dar una buena educacion á sus hijos, y que en caso de alguna necesidad imprevista el mueble siempre se podria vender casi por el mismo precio que habia costado.

El Mayor visitaba á Dagiore con mucha frecuencia. Bebia allí de balde y muchas veces se quedó á comer en el cuarto que ocupaba antes Dorotea y en que nació José.

Sin embargo, cada vez que entraba allí se encon-

traba mal, aquella atmósfera nauseabunda le chocaba. Tuvo entonces una idea. El frecuentaba con varios amigos un Café donde iban á jugar al billar. ¿Por qué, pues, Dagiore no vendia la Fonda y ponía un negocio de esa índole? Se llamó bruto por no haberlo pensado mucho mas antes. Le habló al respecto á Dagiore y éste se resistió, pero muy débilmente. Habló de su hotel, idea que nunca abandonaba. El Mayor le dijo, que un Café daba mas que una Fonda y que si se decidía, esto no importaba que abandonase el proyecto de fundar una gran casa de huéspedes.

Dagiore no queria salir de su Fonda, pero el Mayor se iba de nuevo á la carga todos los dias, repetía los mismos argumentos y le prometía traerle todos sus amigos. Hábiale cobrado verdadero odio á la Fonda; de buena gana la habria derribado ladrillo por ladrillo.

Al fin venció las resistencias de Dagiore.

Pero aun tuvo que esperar algunos meses para ver su idea realizada, porque el fondero no convenia con el precio que le ofrecían.

El negocio daba bastante, es verdad, pero no tenía existencias: el verdadero capital allí era la práctica de su dueño: la misma clientela desaparecería al día siguiente si no era servida del mismo modo.

Llegó el día del arreglo y á la vuelta, en paraje mucho mas ventajoso, alquiló Dagiore un local, donde estableció un Café y billar de aspecto muy decente.

VIII

José, con sus amigos, frecuentaba por la noche el **Café Tortoni**, que estaba entonces en una de las esquinas de **Esmeralda** y **Rivadavia**.

No habian escogido deliberadamente este **Café** para sus reuniones. Entraron á él una noche por casualidad, y ya despues siguieron dándose cita allí.

La gran parte del público que concurría á este centro era extranjero, notándose mayoría de franceses.

Esta nacionalidad, que se distingue por sus rasgos expansivos, llenaba las amplias salas del **Café** con su charla ruidosa y su franca hilaridad.

Se oía un clamor incesante, formado por los cuchicheos de los parroquianos, el rodar de las fichas del dominó sobre el mármol de las mesas, el juego del chaquete; ruidos confusos del cliente que pide algun servicio y el mozo que grita para satisfacerlo,—formando al combinarse, ese murmullo especial de los **Cafés** que va en ráfagas recorriendo los ámbitos de la sala para volver mas lánguido luego renovado por el eco, y perderse finalmente en la bulliciosa algazara que surge de nuevo por todas partes.

Era uno de los primeros dias de **Junio**, y sin embargo, la atmósfera era allí pesada y tibia por la aglomeracion de hombres y el humo que despedían los cigarros.

El grupo que formaban nuestros jóvenes, sentados

en torno de una mesa, era de los mas bullangueros.

Sonoras carcajadas con que á menudo matizaban su conversacion, atraia hácia ellos las miradas de los parroquianos que ocupaban las mesas vecinas.

Todo denotaba en ellos contento y alegría. Los pesares de la vida no habian aun impreso su sello de dolor sobre áquellas frentes tersas ni apagado la brillante claridad de sus ojos curiosos y atrevidos. Pisaban el dintel de la risueña juventud y rebosantes de salud y mágicas esperanzas caminaban hácia el porvenir tejiendo ilusiones para orientar su planta en el sendero de la vida. Ninguna necesidad imperiosa los ataba al presente y no tenian aun conciencia de los grandes dolores que reserva la existencia, en pequeños ó grandes lotes, al pobre ser humano en su tránsito por la tierra. Sin embargo, se quejaban; pero sus lamentos eran efecto de dolores reflejos que sus imaginaciones asimilaban haciéndolos propios. El llanto estaba de moda y la literatura en boga concurría á dirigir los espíritus por esas pendientes enfermizas. Cuando hablaban de libros recordaban siempre, con especial agrado, á la *Duma de las Camelias*, á la *Marta* de Isaacs y al *Werther* de Goethe.

Estos libros, que pugnan en todo sentido con la lógica á que responden las necesidades del organismo humano, no son mas que puñales envenenados con que hombres de indisputable talento hieren á mansalva el corazon inocente de la juventud.

Ah! ellos buscaron con insomne afan en los aque-larres del vicio la figura esbelta de Margarita Gau-tier.

¡Vano anhelo!

Las pasiones humanas obedecen en su desenvolvi-

miento á leyes tan fijas, como las que regulan la marcha de los astros en el infinito de los cielos.

Los sentimientos nobles languidecen y se atrofian, como los vegetales, cuando el elemento no les es propicio y se ven forzados á pugnar en tierra estéril.

Es la batalla por la vida ó la lucha por la idea, en que predomina la especie mas fuerte ó la pasion mas estimulada.

Es tambien la accion refleja, porque un miembro enfermo desconcierta con su nociva influencia al organismo entero.

Mas de una vez creyeron estrecharla entre sus brazos, engañados por la ansiedad de un ideal que se reflejaba en los contornos de cualquier forma femenina; pero el tiempo y los hechos hacian que la abnegada Margarita desapareciese como azulada espiral de humo que desvanece ligera ráfaga de viento, y entonces habiendo caido la venda de los ojos, por desgracia siempre tarde, los jóvenes se encontraban con la hipócrita ramera que habia secado sus ilusiones y acabado con su salud y su dinero.

¡A buena parte iban á buscar sentimientos elevados! Tristes mujeres que han roto los vinculos nobles que ligan en la tierra, sin un ideal que ilumine su sendero, agobiadas por la ignominia y habiendo quemado las naves en la isla fangosa del vicio, ¿á qué pueden tender sino á explotar con besos y caricias mentidas?

Tambien creian que Efraim era el mismo Isaacs, ignorando que este era un honrado padre de familia, que lo pasaba muy bien al lado de su esposa y rodeado de sus hijos.

Compadecian á la sentimental María, y no contentos con esto, pretendian resucitarla al amoldar á sus

ideas la imagen de cualquier jovencita que les halagaba la vista.

Ignoraban que la ausencia de un amante no es causa suficiente para hacer morir á una jóven.

Ciertas necesidades del organismo cuando no son satisfechas por sus medios naturales, producen perturbaciones mas ó ménos graves. Segun el temperamento respectivo y los estimulantes que encuentra, se ha observado que la abstinencia en las solteras produce clorosis, anemias, tisis y muchas otras enfermedades que seria inútil consignar aquí.

Esto es evidentemente muy triste y acusa imperfeccion é injusticia en el sistema social, pero al fin es un hecho: es así que por comparacion deductiva podemos suponer que no fueron causas morales sino puramente fisicas,—horribles protestas de la naturaleza humana contra las leyes que la sofocan—las que llevaron á la tumba á la amorosa y gentil María.

Con este ideal en la cabeza se creian perdidamente enamorados de cualquier sirvientita—y si la observaban hablando con otro, sentian un desencanto sin nombre.

La sociabilidad argentina, formada de medios tan complejos y tan antagónicos, retarda esa fusion de aspiraciones nacionales que es la nota que predomina en sociedades verdaderamente constituidas. El espíritu de asociacion no ha anudado todavía los elementos humanos que caminan segregados y sin una ruta determinada. Es por esto que la vida es tan subjetiva, lo cual se observa en nuestra juventud, que peca por sus dotes negativas de expansion.

José y sus compañeros, aunque conversaban á menudo de asuntos íntimos, llevaban en sus cerebros un mundo de anhelos secretos que recíprocamente se

ocultaban. Muchas veces sucedia que los cuatro estaban interesados en una misma jóven, y como no lo decian ni venia tampoco un hecho práctico á poner de manifiesto la gestacion de estas ternuras, caian de continuo en melancólicos ensimismamientos—y cuando reaccionaban, la humillacion de un deseo no satisfecho los llevaba á murmurar de las mujeres en general. Hablaban entonces á impulso de un rencor secreto y como si continuaran en el diálogo la conversacion íntima que cada uno de ellos habia mantenido consigo mismo.

Llamaban perjuras á todas las mujeres y pensaban que tenian un ideal,—lo cual no obstaba para que ellos fueran infieles á cada paso con ese fantasma seductor que crea el primer despertar de los deseos.

Cuando sus espíritus se encontraban en ese estado, leian con supremo deleite las páginas de *Werther*,—la apología mas grande que se haya hecho jamás del suicidio.

Así, esas tiernas almas empezaron á debilitarse aprendiendo que hay una puerta falsa para escapar en la vida de cualquier contrariedad.

El trasporte del primer momento no les permitia razonar.

Goethe era para ellos el autor predilecto, y sin embargo, nunca les pasó por la mente que tan elocuente abogado del homicidio de sí mismo muriera de senectud y amando aun la vida! . . .

—Pero, ¿qué estamos haciendo aquí? dijo de pronto Guillermo, que era siempre el mas impaciente de todos.

—Esperemos un momento, á ver si se desocupa una mesa, contestó José.

—¡Bah! estamos frescos.

—Ya la he pedido.

—Juguemos entre tanto un dominó.

—Ese es juego de viejos.

—A las damas, entonces: el que pierde sale.

—Me aburre mucho. Mejor es que vamos á otra parte. De todas maneras si queremos jugar al billar tendremos que esperar á que amanezca.

—No tanto. ¡Mozo! gritó José.

Cuando apareció éste le preguntaron si todavía tardaría mucho en llegar el turno que les correspondía.

—Son los terceros, contestó el interrogado.

—¿No ven?—continuó Guillermo,—y los que están jugando parece que recién empiezan.

—Bueno, dijo Juan Diego, vamos á otro Café.

—Sucederá lo mismo, replicó Guillermo.

—¿Qué quieres que hagamos, pues?

—Vamos á recorrer la *costa*.

—Ya está!

—Habló el crápula, dijo Andres, rompiendo el silencio en que se había mantenido.

—¿Y por casa cómo andamos? le contestó Guillermo.

—Pues como quieran, dijo Juan Diego.

José estaba anhelante y hacia esfuerzos supremos para ocultar su emoción.

Hasta entonces no había pisado una sola vez la morada ostentosa del vicio y el libertinaje.

No obstante, estaba al corriente de todo.

Las conversaciones de sus amigos lo habían iniciado en estos secretos impúdicos y sentía cierta humillación de que fueran á descubrir que jamás había estado en una casa de tolerancia. Por esta causa se encontraba intranquilo. Tan cierto es que la virtud se avergüenza allí donde dominan ideas impuras. La

vanidad en la juventud es la que produce estos lamentables contrasentidos. La moda está en ser vicioso y el ascendiente que se cobra siguiéndola en este funesto sentido precipita á todos en la fatal pendiente. Adolescentes hay que afirman haber padecido una enfermedad venérea sin que jamás la hayan sentido. El predominio de influencias malsanas genera estas aberraciones morales. Parece que faltara valor para sostener las ideas de virtud.

¡Cuántos jóvenes no son héroes del libertinaje á la fuerza!. . . .

José, ya mas de una vez, habia negado la verdad, que tanto honor le habria hecho, asegurando que conocia esas horribles casas que sirven de refugio á las impúdicas rameras.

Sin embargo no habia hecho mas que pasar por el dintel de ellas y observar con mirada recelosa la tétrica puerta de fierro.

En otras ocasiones habia pasado por las pocilgas en que se asila la prostitucion clandestina, y al sentirse chistado, su cuerpo entero habíase estremecido de una manera estraña.

Despues habia seguido perplejo algunas cuabras, pero era solo su persona la que se alejaba: su pensamiento mantenía fresco el eco lúbrico de las voces insinuantes de las prostitutas. Trasponia calles, cruzaba plazas y seguia atormentando á su oido el acostumbrado «adios, mi hijito» ó «adios, buen mozo».

Esto le producía estupor tan grande que degeneraba luego en un desasosiego continuo.

Su curiosidad estaba, por consiguiente, intensamente avivada.

Tenia fiebre por conocer un lupanar.

Hizo entonces un esfuerzo, y para evitar que lo

supusiesen un jóven afeminado ó pusilánime, que es lo que mas temia, dijo con voz que se esforzó por hacer tranquila:

— Tanta discusion por una zoncera: aquí no hay ningun marica: vamos todos.

— Eso no, replicó Juan Diego, alguno puede tener miedo.

Los cuatro rieron y salieron del Café.

Fueron á dar una vuelta por la calle de Florida, y despues de vagar casi sin rumbo, se dirigieron hácia la calle de Temple, por indicacion de Guillermo.

Al pasar la calle de Suipacha empezaron sus tentativas por penetrar á una de las tantas casas de tolerancia que existen en ese radio; pero estas fueron infructuosas porque como eran cuatro no les permitian la entrada.

En vano Guillermo se afanaba por despertar confianza recordando sus visitas anteriores.

— No se puede; hay mucha gente, contestaba secamente el rufian, mostrando su innoble figura al traves de los hierros de la puerta.

El jóven en su capricho llegó hasta la súplica. Al cabo, convencido de que perdia su latin, cambió de tono, dió con el taco unos formidables golpes á la puerta, que repercutieron en el interior lúgubrementes — y retirándose, llenó de injurias al rufian. Este ni siquiera replicó. Estaba acostumbrado á recibir esa lluvia de flores de labios de la juventud.

— ¿Qué hacemos ahora? dijeron á un tiempo José y Andres.

— Seguir, replicó vivamente Guillermo: en alguna parte nos han de dejar entrar.

— Mi opinion, dijo Juan Diego, el estudiante de

medicina, — sería ir á comprar cohetes y arrojarlos al zaguán.

— No, dijo Andres, — es esponernos tontamente á que nos lleven á la Comisaría.

— Pero es preciso hacer algo, gritó incomodado Guillermo.

— Pues vamos á lo de Luisa.

-- Caramba, queda muy lejos.

— Tiene razon Juan Diego, contestó Andrés: allí nos conocen y nos dejarán entrar.

— En marcha, pues.

Siguieron por la calle del Temple y doblaron por Artes, conversando á grandes voces.

— Nos han de creer muy *flanelas*, dijo á la sazón Guillermo, cuando en ninguna parte nos dejan entrar.

— No es eso, replicó Andres, es que nós encontramos á primeros del mes y todos los empleados andan con dinero.

— Tiene razon, agregó Juan Diego; los primeros del mes, y los sábados, en que cobran los cajistas y una gran infinidad de gremios, no es posible andar por estos pagos.

José, entre tanto, callaba, ignorando ciertamente al punto donde se dirigian.

Conversando así, llegaron á la calle de Corrientes y bajaron por esta hasta Libertad.

— Alto! dijo Juan Diego, — y los cuatro se detuvieron en la esquina. Veán, siguió, lo mejor que podemos hacer es que vayamos dos primeros: iré yo con José, y luego de un rato, tú, señalando á Andres, con Guillermo.

— Vayan, entonces.

Se separaron, y al poco rato los dos entraban en uno de los tétricos zaguanes de esa calle.

El rufian dejó ver su cara de Iscariote al traves de los hierros de la reja.

—¿Se puede entrar? preguntó Juan Diego.

—Hay mucha gente.

—¿Que no me conoce? [agregó el jóven.

—¿No son mas que ustedes?—y al decir esto el rufian se empinaba sobre sus piés, como para ver si habia otros agachados en la parte inferior de la puerta, que era compacta.

Fastidiado por estas pesquisas, el estudiante se decidió por llamar á Luisa.

Entonces se les franqueó la entrada—y el cerrojo volvió á correrse. Podia decirse de aquella siniestra puerta que era la fauce hambrienta del vicio que tragaba sin misericordia á la incauta juventud.

Cayeron nuestros jóvenes á un patio estrecho y regularmente alumbrado. Para andar habia que tomar algunas precauciones, porque varias plantas interceptaban á trechos el camino.

A José lo sobrecogia estraño estupor! No se daba cuenta de lo que tenia, pero algo le pasaba. Se sentia mal.

Quedó algo alorado á unos cuantos pasos de la puerta de fierro.

—¿Qué haces? le dijo Juan Diego: por aquí; vén,— y se dirigió á la entrada de la pieza que cuadraba el patio. La puerta estaba abierta, y aunque se percibia alegre rumor de voces no se veia nada á causa de que interceptaba la vista un espléndido cortinado.

José siguió á su compañero.

Iban ya á entrar, cuando los dos se detuvieron al sentirse chistados. Dieron vuelta y se encontraron.

con una pareja que salía del brazo de uno de los cuartos de la casa.

—Ah! ¿eres tú, María? dijo riendo Juan Diego. ¿Cómo está? agregó, reparando en el compañero. No se conocían ni de nombre, pero se saludaban por haberse encontrado en varios burdeles.

María era una jóven húngara que chapurreaba muy mal el español. Guillermo la prefería, y como siempre lo veía con el estudiante, lo había llamado para preguntarle por qué no venían juntos.

Juan Diego apartó la cortina y entraron los cuatro.

La sala estaba llena de jóvenes *high-life*. En el centro de la habitación había una mesa ricamente tallada y con piedra mármol, atestada de copas y botellas, que por momentos se renovaban.

Era este uno de los filones de la casa. Tenían las rameritas su consigna: inducir á beber á su clientela para ganar con el espendio de los licores é incitar á la Vénus por medio de Baco.

Juan Diego se puso á conversar con varias mujeres y José se sentó algo apartado en una butaca.

En el extremo opuesto del salón estaba una flaca compatriota de Lord Byron; esa noche no había llegado, sin duda, ningún *gentleman* y estaba vacante: tan estirada y quieta aparecía en su asiento que semejaba un rígido cadáver. De pronto alzó su rostro demacrado y apercibió á José, al cual, sin duda, reputó fácil presa. Fué á buscarlo, y cuando estuvo delante de él le dijo:

—¿No pagas una cerveza?

El jóven la miró y no supo qué contestar.

—¿Qué dice el buen mozo? agregó la inglesa con tono que quiso hacer insinuante,—y como viera que José se dejaba cortejar sin protesta se le sentó en

las faldas, cruzó su brazo descarnado por el cuello del joven y le dió un beso.

José quedó consternado, pero su vanidad lo obligó á no rechazar á la impúdica mujerzuela: desde que entró se habia encontrado violento al sentirse aislado: por lo demas no hacia sino imitar á la mayoría de los otros, que tambien sostenian su carga sobre las rodillas.

Hizo un supremo esfuerzo por aparecer tranquilo, tragó saliva, se compuso la voz con una tocesita provocada y empezó á dialogar sobre tonteras y á averiguarle el nombre á su escuálida compañera.

En ese momento penetraron Andres y Guillermo.

— Muy bien! dijo el primero divisando á José. Te felicito, Ema.

Este se envalentonó con la presencia de sus amigos. Estaba fastidiado con la inglesa y ya aquel medio empezaba á enardecerle la sangre. No atendia á su compañera por mirar á una española trigueña que tenia al frente y que por lo bajita engañaba en su edad, al punto de parecer una niña.

Se le ocurrió un chiste y tuvo el valor de decirlo:

— ¿Sabes, le dijo á Andres, que he hecho un gran descubrimiento?

— Vamos á ver.

— Es muy sencillo: que Ema no pertenece al órden de los mamíferos.

Los que estaban cerca festejaron la chuscada con grandes risas y la pobre Ema preguntó azorada:

— ¿Qué dicen?

Al fin comprendió que reian de ella. Entonces despechada abandonó á José, diciéndole con voz desabrida:

— Bruto, muy bruto.

Los jóvenes, entonces, se acercaron adonde estaba Juan Diego.

A la sazón este mortificaba con pullas de mal gusto á una llamada Irene. Tenía esta su parte en la casa. Muy trigueña, tanto, que podía pasar por mulata. Era la única hija del país que había allí. Los libertinos de Buenos Aires la consideraban mucho, porque por su intermedio se ponían al habla con todo el gremio de las grisetas. Podía decirse de ella que era el teléfono del vicio. Su actividad no precisaba media hora para organizar los elementos necesarios á una orgía y pocas criadas y niñeras resistían á las seducciones de sus ofrecimientos. Como táctica para estar con todos bien hacia gala de una gran mansedumbre de carácter. Aun en ocasiones que se irritaba sabía velar su encono felino con una palabra moderada. Su experiencia de muchos años en el infame oficio que ejercía le había enseñado que á la juventud se la lleva á cualquier parte con halagos y zalamerías.

Por esto limitó su réplica á las cargantes expresiones de Guillermo, con estas simples palabras :

— ¿Cuándo dejarás de ser chichón ?

Irene estaba casi relegada á la pasiva. Los jóvenes no le hacían caso, pero ella arreglaba muchas cosas y en diferentes ocasiones hacia de patrona. Con todo, no dejaba de hacer su conato para que se la convidara con una copa de cerveza ó de oporto. Pero ella también tenía sus días buenos. Cuando caía, como gallina en corral ajeno, un estanciero ó algún comerciante medio tosco ó tímido, Irene lo abordaba.

Los mismos jóvenes ya sabían esto. No bien descubrían un ejemplar de esta familia lo clasificaban haciendo correr esta voz que los ponía de excelente buen humor :

—Un marchante de Irene.

La que dirigia la casa se llamaba Luisa, pero todos la designaban impropriamente con el nombre de *Madama*.

Luisa tenia un aspecto honesto, á tal punto engañan las apariencias en el mundo. Revelaba en sus actos mucha energía y los jóvenes hasta cierto punto la respetaban. Caminaba y daba órdenes con majestuoso desenfado. Su vestido de costumbre, en invierno, era de terciopelo negro, algo suelto y de gran cola y por todo adorno una golilla blanca al cuello. El peinado que usaba era bastante sencillo, sin embargo que no descuidaba los bucles de su cerquillo.

Iba y venia por el interior de la casa y luego que encontraba las cosas á su agrado entraba al salon, donde se sentaba y empezaba con su pesado latin á predicar á los jóvenes que fuesen razonables y buenos muchachos—ó en palabras mas claras, que dejasen allí la salud y el dinero.

Tenia bastante quehacer: llevaba en un libro cuenta aparte á cada asilada: ella las surtia de trajes y todo lo que les era necesario y cada tres meses les entregaba el saldo, si es que resultaba, lo que no siempre sucedia, porque las esplotaba sin misericordia: en el *haber* de cada prostituta, solo se acreditaba la mitad del dinero que ganaba: la otra parte ingresaba directamente á la caja de la madama por gastos de alojamiento y comida. Ella, tambien, inspeccionaba celosamente al cocinero y revisaba las cuentas del mercado y de otros consumos. De cuando en cuando hacia una visita á la *sala reservada*. Esta pieza era la primera de la casa y estaba lujosamente amueblada. Tenia su destino especial. En ella se recibian á las categorias y á los hombres casados que deseaban

correr la tuna sin ser notados. Ah! si esas tupidas cortinas y esos lujosos muebles pudieran hablar, qué historias tan chuscas y tan tristes, á la vez, nos podrian contar. Cuántos que en el carnaval social usan el disfraz de Caton, habian allí arrojado la careta, para presentarse con la sensualidad de Alcibiades!

Hacia rato que la madama faltaba de la sala general, en la cual estaban nuestros jóvenes. Por esto, sin duda, reinaba alguna confusion y algunos se estaban permitiendo sérias inconveniencias.

—Vamos, dijo Juan Diego, dirigiéndose á Guillermo, haz sonar el *dientudo*.

—Tienes razon, contestó este — y fué á sentarse al piano.

Empezó con una cuadrilla, que aprovecharon algunas parejas.

Las prostitutas, en general, son muy afectas á la danza, y para la época del carnaval no pierden baile de máscaras. Tambien es cierto que concurren á los teatros con el objeto de encontrar dueño por una noche. Sin embargo, no pierden ocasion de dar una vuelta y en las casas de tolerancia donde no hay piano hacen que el organista toque desde la calle.

La algazara subia de tono en la sala.

En ese momento se presentó Luisa.

—A ver, *franelas*, dijo, ¿á eso vienen acá?—y se dirigió friamente al piano, apartó á Juan Diego, el cual la rogaba los dejara bailar—y haciéndose sorda á todas las súplicas, cerró el instrumento y se guardó la llave, diciendo:

—Esta noche no hay música.

—Pero, madama!

—No, no puedo consentir que vengan á pasar el rato aquí sin hacer nada: ya saben que no quiero

franelas, y si no van al cuarto á pasar visita, no les voy á permitir que vuelvan á entrar.

—Eso no lo dirá Vd. por mí, replicó cínicamente el que habia acompañado á María, la húngara.

—No, lo digo por estos—y señalaba un grupo de jóvenes pálidos, en cuyas miradas lúbricas podia medirse toda la intensidad de la audacia que los animaba.

Parece que esta proclama surtió algun efecto, pues al poco rato se perdieron de la sala algunas parejas.

—Y Vds. ¿qué hacen que no siguen el ejemplo? preguntó Luisa á nuestros jóvenes.

Cada uno de ellos tenia una compañera al lado y José sostenia una animada conversacion con la pequeña española, que lo excitaba á cada momento con repetidos besos.

—A su tiempo maduran las uvas, replicó Guillermo.

—Tomemos algo, muchachos, propuso Juan Diego.

—Hombre, es cierto: á mí todavía no se me ha quitado el frio que nos chupamos en la boca-calle. Opto, pues, por un punch.

—Venga el punch, dijo Andres.

—¿Y tú, José? preguntó el estudiante.

—Tambien.

—¿Y Vds., princesas, qué van á tomar?

Se decidieron las cuatro por el punch, pero de oporto, y los jóvenes pidieron para ellos de cognag.

Despues que vaciaron las copas Guillermo se fué con la húngara. Juan Diego no tardó en seguirle. Entonces Andres llamó aparte á José y le dijo que llevase á su compañera y que si no tenia dinero él pagaria.

El pobre jóven estaba demasiado aturdido y demostró deseos de retirarse.

Su amigo lo disuadió y convinieron en seguir el ejemplo de Guillermo y Juan Diego.

— Galleguita! dijo Andres.

La jóven fué hasta el umbral de la puerta donde estaban ellos.

— Llévate á este, le dijo.

La diminuta española se cogió con la izquierda de un brazo de José y con la otra mano recogió la larga cola de su vestido.

Entre tanto, la madama veia estas desapariciones con una satisfaccion tan grande que se ponía de excelente buen humor. Y la sala quedaba por momentos casi vacía, hasta que volvía á animarse con la charla equívoca de las prostitutas que regresaban, para tornar en seguida, á poner en subasta, friamente, sus ajados encantos.

Al cabo de media hora estaban ya de vuelta en la sala nuestros jóvenes. Charlaron aturdidamente fraternizando con los demas que se hallaban allí presentes. Parecía que se encontraban bien en aquella atmósfera, y la tranquilidad que revelaban ponía de manifiesto la relativa ignorancia que tenían de las jornadas traspuestas en el sendero del vicio.

Ellos que tenían un concepto elevado de la patria y del amor y cuyos corazones eran bien inclinados, latiendo en sus pechos, con noble espontaneidad, al primer llamado de los grandes sentimientos, ¿cómo era posible que descendiesen tanto hasta ir á revolcarse en la inmundicia?

¿Qué aberracion era esta?

¡ Quién les hubiese dicho que estaban al borde de un horroroso abismo—y que cada una de esas noches

de equívoco placer, repercutirian tal vez,—formando eslabones el dolor,—hasta inocentes vástagos del futuro, degenerando al fin una familia entera! . . .

La madama dió el vuelto sobre el dinero que habian entregado los jóvenes y repartió una lata á cada una de las prostitutas.

— ¡Pongámonos en retirada? dijo Andrés.

— Es muy temprano, contestó Guillermo.

— Vamos á lo de Amalia, entonces, — propuso Juan Diego.

— Mejor seria cenar antes, replicó Guillermo.

— Arreglaremos eso en la calle.

— Pues, vamos. Se despidieron y la galleguita besando á José le dijo :

— ¿Cuándo volverás, mi hijito?

— Pronto.

— Bueno, adios.

Al llegar á la puerta de fierro tuvieron que esperar un poco á causa de que un tropel de jóvenes pretendia entrar, entre los cuales habia algunos barulleros á quienes Luisa negaba, hacia tiempo, la entrada.

Sucedio lo de siempre. Cansados de suplicar arremetieron la puerta á patadas. Uno de ellos que venia provisto de cohetes, arrojó una gruesa con la mecha encendida. Entonces dispararon temiendo á la policia. Los cohetes al explotar repercutieron lúgubremente en el interior de la casa y muchas rameras se asomaron en paños menores á la puerta de sus cuartos para imponerse de lo que sucedia.

El rufian, algo tarde, se decidió por abrir la puerta — y aunque su pié era enorme consiguió solo apagar muy pocos, reventando los mas debajo de sus piernas.

Nuestros jóvenes salieron.

La calle hormigueaba de libertinos. Era aquello

la procesion del vicio. Desfilaban por las aceras jóvenes de buenas familias, dependientes de casas de negocio, grupos de italianos cantando y jornaleros ya ébrios — y de trecho en trecho, hombres bien vestidos recatándose en la sombra, esquivando encuentros, con el pañuelo en la boca, hasta que se decidían y penetraban con paso ligero á uno de los antros.

Las prostitutas que tenían cuarto á la calle abordaban á los transeuntes con infinita audacia y otras los chistaban desde la ventana.

De cuando en cuando, se oían disputas, imprecaciones, palabras soeces ó esas eternas patadas en las puertas, que producía un ruido seco y destemplado.

Al llegar nuestros jóvenes á la boca-calle se encontraron con la pandilla que había prendido los cohetes. Todavía festejaban la acción, mientras disponían un nuevo avance á otra casa.

Desde allí se observaban los reflejos que salían de los focos de luz que alumbraban los zaguanes de las casas de tolerancia. Era una vis'umbre mortecina que se perdía en rayos opacos al fundirse en la sombra de la calle. Al resplandor de esta penumbra se veían deslizarse los bultos humanos — y aquellas casas malditas, con sus pinturas oscuras, se elevaban altaneras al proyectar sus siluetas en las tinieblas de la noche, como desafiando á la moral; vomitando á ratos, todas ellas, jóvenes que antes tenían algún pudor en el alma y seres que entraron con salud, — realizando así la espantable acción de contaminar á las masas con el terrible azote de la sífilis, que empieza por la degeneración del tipo humano y concluye aniquilando el temple moral de las sociedades, que ruedan entonces al abismo.

José se encontraba fuera de todo equilibrio. Eran pocos sus nervios para tantas emociones. No salía de su estupor y su moral trastabillaba. Recordaba á la galleguita, el piano, el tapiz rizado, las cortinas, los espejos, el arreglo de los asientos, el lujo de las meretrices—y mas se confundía y abismaba cuando pensaba que todas esas mujeres sin conocerle lo tuteaban, se le sentaban en las faldas y lo cubrían de besos.

Sentía una impresión parecida á la que le produjo el primer vaudeville que presencié en el teatro francés.

Al fin se decidieron por dejar la cena para mas tarde y se dirigieron á lo de Amalia. Era esta una mujer de la misma índole moral de Irene. Flaca, de color cobrizo y como de treinta y cinco años de edad. Su cinismo pasaba el límite de toda degradación. Desde muy joven se había arrastrado por el fango mas corrompido de la crápula, consiguiendo al último una torpe fama en los cuarteles.

Era la Mesalina de la tropa, y por la respectiva comisión se encargaba de proporcionar queridas á varios oficiales.

Había tenido sus alternativas de pasable bienestar y miseria suma.

Alma pequeña, su carácter estaba envenenado con la ponzoña de la acritud —y ya ningún acontecimiento en su vida, por venturoso que fuese, conseguiría que se refrescasen en las fuentes del bien sus marchitos y podridos sentimientos. Entre las mucamas que había sonsacado para explotarlas en el tráfico del libertinaje, se contaba una preciosa joven, hija de italianos.

Un tipo soberbio de hermosura. Morena rosada y

con unas copiosas trenzas castañas que le llegaban al talle.

Esta desdichada se llamaba Josefina y estaba de moda entre la juventud. Amalia la habia vendido infinidad de veces, y ya algo gastada, y no siéndole posible exigir los mismos precios, se habia decidido á abrir una casa clandestina de tolerancia, llevando á ella á la jóven y á varias otras.

Amalia podia estar rica, pero tenia un querido, al cual profesaba una adhesion de perro. Este era un compadrito, sin profesion y que tenia el vicio del juego.

Amalia no recibia mas que á sus conocidos ó á los que presentaban estos: vale decir, casi, la juventud entera de Buenos Aires.

Nuestros jóvenes llegaron á la casa. Estaba cerrada. Guillermo golpeó en los vidrios de la ventana.

—¿Quién es? dijo una voz, que el jóven reconoció.

—Abre, Josefina, dijo.

Esta les abrió y nuestros cuatro conocidos penetraron á la sala.

La casita estaba muy mal alhajada.

Los muebles eran escasos y viejos y las mismas mujeres que se encontraban allí vestian sencillamente. A primera vista parecia aquella la morada de una familia pobre y honrada;—tal es la condicion de la pobreza, que á estas equívocas interpretaciones se presta.

—¿Y dónde está Amalia? preguntó Juan Diego.

—Adentro, contestó Josefina.

El estudiante, como si estuviera en su casa, pasó al segundo patio.

En la cocina encontró á Amalia. Estaba preparando la cena. Encima del fogon humeaban dos cazue-

las; y sin duda, cediendo á ciertos resabios de cuartel, habia colocado en medio del piso de la cocina la parrilla, en la cual se asaba una gorda pierna de carnero. Puesta en cucullas Amalia, acomodaba las brasas revolviéndolas con un pequeño fierro. Con las yemas de los dedos pulgar é índice de la otra mano apretaba un cigarrillo de papel, alzando los dedos restantes como si los tuviese baldados. A ratos se encendia el asado y ella apagaba las llamas soplando con la boca.

—¿No me convida, amigaza?—gritó el estudiante haciéndose notar.

Amalia se restregó los ojos, escupió y dando manotadas al aire para ralear el denso humo que despedia el trozo de carnero, alzó la vista y dijo:

— Hijo de perra, ¿habias sido *vos?* *andá pa* la sala que ya voy (1). Levantó la parrilla y con una espumadera echó sobre el fuego bastante ceniza y luego volvió á colocarla.

— Ya está, dijo; así no se quemará y lo comerán caliente las muchachas.

Fué á la sala, donde ya estaba Juan Diego, y dijo:

(1) Al preparar los materiales para esta obra habia recogido con gran trabajo una infinidad de espresiones peculiares al modo de hablar de los personajes que en ella actúan; pero luego he desistido de ponerlas en boca de los mismos como fué mi primer propósito, porque despues de reflexionarlo he visto que no habia objeto en hacerlo así, comprendiendo que es uno de los deberes del escritor respetar el idioma en que escribe para instruir de esta manera á las masas incultas. Así, puedo decir, que he traducido el dialecto de Dagiore — y que no volverán á verse en labios de Amalia palabras que solo usan las clases exentas de instruccion. El novelista debe darse por satisfecho, sea cualquiera el estilo que use, si de él resulta el tipo moral que desea exhibir á sus lectores. Esto es lo fundamental; salvo ciertas ocasiones en que una sola palabra revela la latitud que ocupa una agrupacion ó un individuo en la esfera social.

— Muchachas, vamos á merendar; mientras, pueden Vds. esperarnos, agregó dirigiéndose á los jóvenes.

— Yo no tengo ganas, dijo Josefina; mas tarde tomaré algo: vayan Vds., — y siguió conversando con José, que la tenia al lado.

Este habia olvidado ya á la galleguita. Josefina le habia producido una vivísima impresion. Al principio fué una simpatía y mas tarde un imbécil apasionamiento.

La jóven estaba corrompida hasta el tuétano, pero rememoraba sus primeras protestas cuando era seducida de niña y representaba con bastante éxito su papel de víctima, tejiendo embustes y falsos candores.

Cuando la preguntaban su edad, afirmaba que tenia veintiun años y habia, sin embargo, cumplido treinta.

Tenia tambien su capricho: un jóven, oficial peluquero, que muy poco trabajaba y que le llevaba hasta el último centavo de sus ganancias. Este, poco aportaba por la casa y mas se veian fuera. Sin embargo, cuando se encontraba allí, Josefina no le prestaba atencion especial y lo dejaba para atender á sus amantes de un momento. El cínico peluquero no se incomodaba por esto. Dejaba hacer, y no sin gusto, á veces, ante la perspectiva del dinero.

Por espacio de muchos meses, José fué asiduo visitante de Josefina. Esta le habia tomado algun apego. Se sentia enferma y abatida. A solas tenia exacerbaciones crueles. El peso de su ignominia y su entero desamparo la agobiaban como si tuviera encima una lápida mortuoria. Entonces veia con dolorosa lucidez su situacion. Se la despreciaba, ¿por quién?— por unos miserables que ella despreciaba mas, que habian venido á solicitarla con sollozos de lujuria y

que luego de satisfechos sus brutales deseos, abreviaban los momentos para salir fuera é ir á escupir á la calle. Hacia comparaciones, y creia con toda conviccion que daba mas de lo que recibia. Ella siquiera, se mostraba siempre amable y tenia el cuidado de enjuagarse la boca, en cambio que sus brutales amantes le arrojaban su aliento fétido y la rozaban con sus carnes sucias sin consideracion de ninguna clase.

Tarde, muy tarde, se apercibia la infeliz de que el fango en que se habia ido hundiendo le llegaba al cuello.

Al principio todas fueron flores. Fué admirada, agasajada, llevada en palmas y en carruaje. Hubo dias en que los regalos que recibió representaban una fortuna. Sus amantes de la víspera, altamente colocados, no la conocian ahora. Otras jóvenes, bellas y frescas, la habian suplantado — y ella descendia hora por hora. El modesto empleado, habia venido á relevar al acaudalado señor, y en ciertos dias, en que el dinero escaseaba, tampoco habia titubeado en entregarse á un roñoso changador.

Andres, Guillermo y Juan Diego se habian empeñado en una fastidiosa discusion filosófica.

José, atraído por las dotes de seduccion que desplegaba Josefina, no tuvo valor para negarse á acompañarla cuando esta le propuso pasar á su pieza.

— Que te vaya bien, valiente, le dijo Andres.

Salieron, y los tres jóvenes, cambiando de conversacion, empezaron á hablar de Josefina.

— Si, es cierto que es muy bonita; pero ya está muy ajada: lo que la salva es que tiene mucho arte para componerse.

— Dicen que ha estado varias veces muy enferma, agregó Guillermo.

— Cómo no, replicó Juan Diego: hay días que tiene los ojos inflamados, y eso no es mas que una reliquia.

La conversacion tuvo que suspenderse, porque en ese momento volvian las prostitutas de la cena.

Una vez en el cuarto, José pudo mirar mejor á Josefina, porque habia mas luz. Notó al momento que los párpados de su nueva amiga estaban bastante irritados y que tenia la vista algo cansada.

Sin embargo, esto en parte servia de encanto á la jóven, pues la misma necesidad que tenia de acercarse para ver á la persona con quien hablaba le daba un aire comunicativo, lleno de confianza y que le hacia aparecer sumamente cariñosa. Por esto, sin duda, siempre salen bien en las lides de amor las mujeres sordas y las miopes.

—¿Qué tienes en la vista? no pudσ menos de preguntar José.

—Un aire que me dió hace algunos meses: no me atendí y me embroma algunos días, contestó Josefina con naturalidad.

No tardaron en volver á la sala. Allí prodigó muchos cariños á José: la entraña de su orgullo se sentia conmovida al ver que un jóven lleno de vida se ofuscaba por ella. En esos momentos que se desesperaba al ver su rápido descenso, una adhesion desinteresada como esta, era como un bálsamo que aquietaba la fiebre de sus temores. Se propuso sostener la conquista y lo consiguió. El incauto jóven se dejaba acariciar y creia en los embustes de la corrida mujerzuela. Un dia que entró José la vió abrazar al peluquero de un modo que nunca lo habia hecho con él. Era despues de una reyerta en que la jóven creyó que iba á ser olvidada y su estúpido afec-

to habia desbordado en explosiones de cariño. Cuando quedaron solos, José, lleno de celos, la reconvino diciéndola que amaba mas á otros.

Josefina lo compuso con muy pocas palabras:

— Mi hijito, á ti te quiero mas que á mi vida, pero es preciso ser politica con todos, y le prodigó sus mas ardientes caricias.

Otras veces le daba la buena á José por querer regenerarla, y en la efusion de su afecto la decia :

— ¿ Por qué no riñes con tu pasado ? Podias alquilar una pieza en una casa de respeto y sacar costuras ; yo te ayudaria al mes con quinientos pesos y haria el sacrificio de no verte.

— Mi hijito, yo no quiero esplotarte : deja no mas y no te aflijas : hay tiempo, agregaba forzando una sonrisa alegre : tengo veintiun años, — dentro de dos dejaré la vida y haré algo de lo que me dices porque estoy juntando algun dinero.

Como siempre mentia Josefina, porque en vez de ahorros tenia deudas.

En cuanto á que no queria esplotar á José era cierto : estaba tan encaprichado el jóven que habria hecho cualquier sacrificio por atender un pedido que le hubiese hecho Josefina. Sin embargo, esta le habia regalado varios retratos suyos y un relicario con unas hebras castañas de su pelo, prohibiendo á José que retribuyese estos recuerdos, porque segun decia les quitaria todo valor, y pareceria entonces que se los habia vendido.

No hacia lo mismo con Guillermo, al cual vendia caros sus favores : cierta ocasion por acompañarlo en un paseo al Tigre le habia cobrado mil pesos y siempre lo importunaba para que le regalase algo, y el jóven cedia por hacer alarde de vana generosidad : era un

misterio, de dónde sacaría dinero para tantas parandas y tantas cenas.

Los jóvenes se aprestaron para retirarse.

— Me duele la cintura, dijo Josefina, ya en el zaguán, porque iba á abrirles la puerta.

Amalia que la oyó, le contestó desde el rincón de la sala, donde estaba agazapada como lechuza :

— Ah! maulita, aprende de mí que no me quejo: si eso es ahora, ¿qué te sucederá dentro de diez años?

Los jóvenes salieron y la puerta volvió á cerrarse. Mas tarde concurrieron algunos militares y las prostitutas recién pudieron recogerse al alba. Josefina antes de apagar la luz se lavó los ojos con un cocimiento que sacó de la cómoda— y despues, recostándose en la cama, vació algunas gotas de un frasco en una cucharita de café y alzándose el párpado del ojo izquierdo las dejó caer. Igual operacion repitió con el otro ojo. Entonces, recién apagó la luz. A esa misma hora concluian de cenar nuestros cuatro conocidos. Por mucho tiempo no llevaron otra vida: de la ocupacion al Café, del Café al vaudeville y del vaudeville á la casa de tolerancia.

José, ese joven tímido que hemos visto penetrar por primera vez á lo de Luisa, llegó á ser el mas audaz y despierto de los libertinos.

Las malas compañías, la falta de relaciones íntimas con familias honorables, su educacion, sus pocas ocupaciones, la absoluta libertad para ausentarse de su casa, las bebidas y los alimentos excitantes, los espectáculos y las lecturas, lo habian improvisado hombre antes de tiempo — y como las plantas que crecen viciosas al calor artificial del invernáculo, sus sentimientos y actividad, que la imaginacion agigantaba llenando de fiebre su organismo, abrieron bre-

cha, como corcel desbocado, en el sendero que las circunstancias dejaron libre á su expansion.

El y sus compañeros no tardaron en ser salpicados por el lodo infecto de enfermedades degradantes con que la inflexible naturaleza castiga todos los torpes desenfrenos.

Juan Diego recetaba y Andres procuraba los remedios.

IX

Por causas bien complejas y que no es este lugar de esponer, habia venido la politica argentina á ser una esfinge mas que nebulosa. En repetidos periodos de nuestra historia habíamos tenido ya una situacion idéntica, marcada con acentuados matices. Así que la cosa, por lo menos, no tomaba de sorpresa.

Estas incertidumbres que sombreaban el horizonte vinieron á dar una fisonomía mas típica á nuestra política de costumbre, que tanto en el gobierno como en la oposicion, se alimenta de la mentira, y que forja hipócritamente un ambiente falso para pasear el fantasma que la demagogia, la candidez ó la autoridad interesada, llaman luego, bombásticamente, «sufragio popular».

Entre nosotros no puede haber eleccion libre ni eleccion consciente, porque la mayoría de la poblacion carece de instruccion — y la misma estension del territorio obsta á la independenciam necesaria que requieren actos de esta naturaleza. ¡Pobre del habitante de una region aislada que no siga á su Comandante! Año tras año estará sangrando multas y vejámenes.

Se comprende la república en Francia, que tiene de base una tradicion de régimen administrativo y donde sus Liceos y Facultades formaron mayoría de

plebeyos ilustrados con relacion á los representantes de la nobleza.

Pero entre nosotros la democracia es una verdadera farsa, y la libertad política, un mito, que solo aprovechan y proclaman los partidos cuando triunfan.

Es, pues, la política, entre nosotros, esencialmente romántica, y como D. Quijote, confunde pedantescamente un rebaño con vigorosos núcleos humanos. Este utopismo de las instituciones relaja las fuerzas sociales y entorpece su desarrollo, que no puede ser lógico ni proporcionado. Los gobiernos no estudian las necesidades reales del país y solo tratan de propiciarse amigos y de construir obras de aparato para esculpir en ellas su vanidad y hacer creer que es necesaria la permanencia de un determinado partido en el mando. Inscrustada así la supercheria, que nace de instituciones impracticables, se ha ido formando la costumbre de mentir en todo—y el gobierno ejecutivo, las cámaras, el pueblo y la prensa viven en un disfraz perdurable. Esto es bien natural, porque si la base es un continuo sofisma, claro está que los complementos del edificio social tienen que resentirse lastimosamente. Puede decirse que hay dos patrias. Una, que tenemos en la imaginacion, y otra, que existe realmente y que no se la conoce ó no se la quiere conocer.

El país, á la sazón, estaba infestado de politiqueros y todos esperaban como al Mesías, la aparicion de un candidato á la Presidencia que contase con la influencia del primer magistrado de la Nacion.

Habia tenido lugar una cuestion sin importancia en el gabinete, nada fundamental y que podria clasificarse de simple amor propio. Siempre sucede lo

mismo, porque para integrar los ministerios no se buscan hombres que representen verdaderos principios de gobierno del punto de vista económico ó social. Solo se piensa en reclutar ciegos partidarios.

Los círculos políticos se sentían agitados y en la prensa llovían los comentarios al respecto.

Esta crisis terminó con la renuncia de uno de los ministros y vino á sucederle el Dr. Ferreol. La prensa amiga lo elevó á las nubes y su ambición se encontró sobremanera halagada. Recibió telégramas, infinidad de adhesiones—y pudo leer en los diarios, con indecible alborozo, biografías de su persona tan complacientes y exageradas que hubieran hecho ruborizar á otro mas modesto.

Su nombramiento tuvo una particularidad que le sirvió de mucho.

Cansado el Presidente de la República con los comentarios de la prensa y el juego de intrigas que hacían valer los círculos para imponer determinados candidatos, se reunió con unos pocos amigos, y discutiendo el punto se resolvió ofrecerle la cartera á Ferreol.

Decidido esto, el Presidente se trasladó acompañado de dos personas á la casa del Diputado. Este se deshizo en protestas de adhesión y sahumó la frente pálida del Presidente con una frase galante de cortesano.

—Mas que el puesto, señor, le dijo, me obliga el honor de la visita.

Allí mismo se redactó el decreto y se mandaron copias del mismo á los diarios.

Desde entonces Ferreol fué el hombre de moda, y los infinitos camaleones de nuestra política empezaron á cortejarlo.

Habia alhajado su casa fastuosamente y daba recibos cada juéves. Allí la puerta era franca para todo el mundo, porque si bien invitaba por tarjetas habia dado la consigna á sus amigos de que llevasen la gente que quisiesen. Deseaba ensanchar el círculo de sus relaciones y asegurar el mayor número de adictos, porque su cerebro ahora se encontraba destrozado por la única preocupacion de suceder en el mando al primer magistrado de la República.

Dorotea habia sido tambien invitada. Ferreol sabia que Dagiore era dueño de un Café muy concurrido y que allí se podia hacer algo, aunque mas no fuera que colocar algunos ejemplares de su diario. Tambien queria halagar al Mayor, el cual era uno de sus buenos partidarios y hacia tiempo que sospechaba las relaciones que lo unian á Dorotea, por malicia ó quizás por espíritu de venganza, pues no habia ninguna prueba ostensible y la conjetura partia de ver á Paz concurrir asiduamente á lo de Dorotea. Esta no asistió á los primeros recibos, creyendo que la invitacion obedeciese solamente á una cortesía de misia Pepita; pero luego que supo que frecuentaba todo el mundo la casa de Ferreol, se decidió á asistir pensando en sus hijas y tambien en José que podia conseguir un buen empleo. Toda una semana se la pasó en los aprestos para presentarse dignamente en el recibo. Victoria y Maria estaban fuera de sí. Se prometian gozar como nunca lo habian hecho y en sus cerebros vagaban los novios mas apuestos y rendidos que se pueden concebir. Llegó, al fin, el suspirado juéves y por la noche aun les faltaba algo. Clara, que todavia las servia y que habia quedado como un miembro de la familia, tuvo que disparar varias veces á las tiendas del barrio por cintas y alfileres.

A las nueve y media se pusieron en marcha. José las acompañaba, disgustado, y las muchachas, felices dentro de sus trajes incómodos, se mofaban de él.

En el zaguan José entregó la tarjeta de invitación á un lacayo y este les franqueó la entrada. En el patio fueron recibidos por Víctor, el hijo mayor de Ferreol, y otros caballeros. José dejó en manos de una sirvienta los tapados de las tres. Se dirigieron entonces á la parte en que estaba misia Pepita, la cual las hizo sentar y las presentó á algunas amigas. Víctor se llevó á José. Victoria y María se encontraban algo embarazadas, pero con todo, pudo la primera vencer su timidez para decir á su hermana:

— ¿Repara en aquel loro ?

— ¿Dónde ?

— Allí, á tu izquierda.

— Si es misia Mercedes.

— ¡ Qué espantajo !

— Sin embargo, ese verde oscuro está de moda.

— Ah ! pero á ella no le sienta.

— Cállate, por favor, concluyó María, viendo que su hermana reía ocultándose la cara con el abanico.

La mujer del boticario, por su parte, al verlas entrar habia hecho á su vecina, tambien enemiga de Dorotea, la crítica de las tres.

— Miren la desvergonzada, presentarse con ese escote : está visto que ya no puede reunirse la gente decente, porque la chusma tiene entrada á todas partes. Y todas aquellas mujeres frívolas y tontas solo se ocupaban de zaherirse y reparar recíprocamente en los trapos que las servian de adorno.

Todas allí estaban desconocidas y como envaradas por el ajuste de los corsés. José mismo desconocia á sus hermanas. — Es que no hay vida para el hogar

y todo se hace en él con el pensamiento fuera de la casa: ¿quién podría reconocerlas, si todas esas mujeres, ahora tan paquetas, no hacia una hora que se encontraban con el cerquillo enrulado en papeles, sin corsé y con un vestido suelto y sucio?

En cuanto á Dorotea no salia de su estupor al mirar el arreglo de la casa. Ella que la conocia no encontraba un solo mueble de los antiguos. Todo habia sido renovado. Los dormitorios habian tenido que pasar al segundo patio. La sala y antesala tenian un mobiliario suntuoso y en las mesas, en el piano hasta en los rincones se veian valiosos objetos de arte. Las paredes estaban demasiado recargadas con las galerias, los cortinados, dos soberbios espejos y cuadros de gran mérito, algunos de ellos originales de Murillo. Bien mirado, aquello mas parecia bazar ó museo que sala de un ministro, pero esto era debido á que se le habia obsequiado con exceso y Ferreol, para no herir susceptibilidades, esponia todos los regalos. Un piano Kriegelstein, de majestuosas voces, estaba esquinado en la antesala. Despues de esta se pasaba al cuarto de trabajo de Ferreol. Pocos muebles, pero especiales. Un escritorio ricamente tallado, dos bibliotecas de un gusto muy elegante y con los estantes bien nutridos de tomos, un sofá, algunas sillas y una habanera tripode con incrustaciones de metal. En esta pieza los cuadros denotaban las predilecciones de su dueño. Washington, Danton, Marat, Robespierre, Thiers, Gambetta y Disraeli, estaban representados en muy buenos grabados.

En seguida el comedor. Un juego soberbio de roble. El aparador, la gran mesa del centro, la pequeña de trinchar y las dos docenas de butacas, le habian costado cuatro mil patacones. Una de las

confiterías mas en boga habia arreglado la mesa y tres correctos sirvientes servian los pedidos de los invitados.

Poco á poco, fué invadiendo la casa una concurrencia numerosa. Estaban allí representadas todas las clases sociales, no obstante de que la mayoría de los trajes eran uniformes.

Se formaron grupos. En la sala estaban las señoras y contados eran los galantes que las acompañaban. En los otros cuartos departían los hombres sobre asuntos generales, no faltando algunos Judas que denunciaban con sonrisas irónicas la ambición del anfitrión. Los menos relacionados ó mas tímidos salían á fumar al patio.

En medio de este amable tumulto se paseaba el doctor Ferreol prodigando almibaradas sonrisas. Hablaba con uno, lo dejaba, atendía á otro y así seguía, incansable y satisfecho, afirmando la base de su candidatura. El Mayor Paz le seguía á ratos y Ferreol, acariciando su sueño dorado, pensaba que podría ser alguna vez su Edecan.

Un corredor lo abordaba con una sonrisa elocuente. No le dejaba hablar.

—Su asunto está á la firma, le decía.

Entonces un cesante, venciendo su timidez, se le cruzaba.

—Señor, profería, y empezaba en su cortedad á tragar saliva.

— No lo olvido, mi amigo: véame mañana en el Ministerio.

Cárlos y Estéban disparaban de un lado á otro como unos guarangos, riendo y poniendo motes á los invitados pero los visitantes se dejaban pisar y ajar

sus trajes encontrándolos adorables y los hacian jugar: luego corrian á las faldas de la abuela.

— Niños! decia esta: vayan para allá; esténse quietos — y seguia la conversacion.

Misia Francisca, desde que su hijo habia sido nombrado ministro no sabia lo que le pasaba. Era de gozarla al ver las ponderaciones que hacia de Ferreol.

Tenia su circulo, y no sin razon, porque ya mas de un asunto se habia despachado favorablemente por haber ella intercedido ante Ferreol.

Al lado de la madre del dueño de casa estaba sentada misia Carlota, viuda de un primo hermano de Ferreol, y que al morir su marido habia quedado poco menos que en la indigencia con una hijita á la cual idolatraba. Cosiendo ponchos para el Estado se habia sostenido hasta ver crecida á su querida niña, que la ayudó luego en el trabajo con una abnegacion ejemplar. Las virtudes de esta señora habian llamado la atencion de sus parientes, los cuales mas de una vez quisieron socorrerla, pero ella, agradeciendo, supo rehusar dignamente el dinero, que se la ofrecia. Entonces se pensó otro modo de protegerla, buscándole costuras que fuesen bien pagadas. Misia Pepita no tenia otra costurera y la recomendaba á sus amigas. Dorotea se habia mandado hacer mas de un vestido con misia Carlota y era siempre la que cortaba los trajes á María y Victoria, que luego cosian estas en su casa.

Esta excelente señora se mantenía retirada del mundo, pero pensando en el porvenir de su adorada pequeña, habia reñido con sus hábitos y acudido á la invitacion de su encumbrado pariente.

En aquel hervidero de pasiones, muchos habian husmeado que la modesta jóven era sobrina del Mi-

nistro; la creían buen partido, y por esto no le faltaban cortejantes. La inocente niña estaba bien ajena á estas maquinaciones y en cuanto á la madre, cegada en su cariño, lo atribuía todo á las dotes personales de su Carlotita, pues la niña llevaba su mismo nombre.

La jóven, por otra parte, tenía ya concebida su novela sentimental y todas sus simpatías las había enviado en la luz de una mirada al alma de José. Este siempre la había distinguido y recordaba maravillosamente todas las veces que se habían visto. Como en la mayoría de estos casos, era bien difícil decir cuál de los dos había primero interesado el corazón. José, confundido en un grupo, á la distancia, no la perdía de vista y el hilo invisible de sus miradas se fundía de vez en cuando entretejiendo en esos cerebros juveniles la eterna guirnalda que forma siempre el amor de esperanzas y quimeras.

—¿Qué hay? dijo de pronto misia Francisca, cortando el hilo de la conversacion que sostenia con Catay, al ver cierto movimiento en la antesala.

—Es que va á cantar el tenor B.

—¿Quiere preguntar qué es lo que va á cantar?

—Con el mayor gusto, señora.

Ferreol, en cada recibo preparaba bellas sorpresas á sus invitados. Los mejores artistas de Colon frecuentaban su casa y los concurrentes ya sabían de antemano que se cantaría y haría música.

—Va á cantar un trozo de *Romeo y Julieta*, dijo Catay ya de vuelta.

El tenor tenía una fresca y bella voz.

A poco de empezar lo interrumpieron los aplausos. Se conocía que la mayoría del auditorio no era muy

diletante, razon sin duda de su inmediata impresionabilidad.

Muchos pidieron silencio y entonces el tenor siguió cantando el popular solo de la escena segunda del tercer acto:

Stagnate, o lagrime,
Al core intorno ...
Non vale il piangere,
Convien morir.

José habia adelantado algunos pasos y no estaba muy distante de Carlota. Ese piano quejumbroso y esa melancólica espresion que daba el cantor de oficio á la cantata hacia un mal horrible á los jóvenes, que se miraban, á la sazón, intensamente. — Eran almas predispuestas, porque habian crecido en la especial atmósfera de una ciudad populosa del siglo XIX. El dolor de ocasion les traia confusos recuerdos de infinitas necesidades, que no pueden ser satisfechas, porque nacen de un extravio de criterio — y estas verdaderas asfixias del alma hacian crisis en vaguedades de sonámbulo y en opresiones de pecho como si faltara aire á sus pulmones.

Y el tenor seguia cantando como si se le desgarrara el corazon :

Via piú mi splendano
Y rai del giorno :
Sia questo l'ultimo
De'miei sospir.

Por fin, aquel fullero del sentimiento terminó. Los aplausos y luego los comentarios que se hicieron calmaron á los jóvenes de su hesitacion.

De pronto se formó un bullicio, cuyo eco fué recorriendo las salas. Al avanzar la ola de esta alegre

algazara cerca de misia Francisca, preguntó á su vecino mas próximo qué motivaba este alboroto.

— Es que quieren bailar, se le contestó.

— ¿Y por qué no? replicó ella: no falta nada.

El piano pobló el salon con los alegres aires de una mazurka y la danza se improvisó.

Carlota se acercó á su madre y le dijo:

— Mamá: si me vienen á sacar, ¿qué hago?

— Segun el que sea, hija: sí le conoces ó te le han presentado, acepta no mas: ahora si no te gusta ó crees que no es de tu rango, dále cualquier excusa: ya sabes que hay gente aquí muy cualquier cosa.

La niña, con este permiso, apenas podía reprimir su contento.

— Mira, continuó la precavida señora, no olvides todo lo que te tengo enseñado y las respuestas que has de dar, y si por casualidad te encuentras con un atrevido, le dices que te haga sentar.

— Si, mamá; pierda cuidado.

En esto se allegó un jóven Burgos, escribiente del Ministerio, y la rogó quisiera acompañarlo á bailar la mazurka.

Accedió ella — y bien pronto se confundieron entre el tumulto de parejas que ondulaban en rítmico vaiven por el espacio libre de la sala.

José que vió esto quedó desesperado. Ah! él conocia á ese tuno. Le buscaria cañorra y se la pagaria.

Sus celos no le aconsejaban nada mas juicioso, por el momento. Carlota al pasar por su lado le enviaba unas miradas que hubieran aplacado á cualquier amante menos feroz; pero José se creia ya con derechos imprescriptibles. En su despecho, y como buscando un refugio se acercó á Andres que habia ido acompañando á don Isidro.

Allí todavía fué á iluminarlo la mirada enamorada de Carlota.

Un extraño que lo notó, y á quien no conocia José, le dijo, queriendo echarla de gracioso:

— Anda Vd. en la buena. Si juega esta noche de seguro que pierde.

José se puso todo colorado.

— La verdad es que tienes mucha suerte, le dijo despacio Andres: ¿yo no sé qué encuentran en tí las mujeres.

— Eso no quita que se eche en brazos de otro, respondió el jóven brutalmente y dando salida á su rencor.

— No seas pavo: ¿qué quieres que haga la pobre en un baile? Bastante hace por demostrarte preferencia. La culpa es tuya que no te apuraste por sacarla.

— Si, ¿pero no ves cómo vengo? Todos andan de frac y yo me he venido de levita.

— ¿Pero estás ciego? Además que este es un baile improvisado, — ya ves el traje de las mujeres, — andan muchos con levita y otros se han lanzado con yaquet.

En esto apareció Víctor, y José sufrió la angustia de ver cómo Andres le imponia de lo que pasaba.

— ¿No es mas que eso? yo lo palanquearé, mi amigo. Voy á comprometerla para la segunda pieza, me acerco luego á conversar con Vd. un momento y Vd. lo aprovecha para pedirle la siguiente.

Así quedó convenido y no tardó mucho el delicioso instante en que José se paseaba muy ufano con ella, dándola el brazo.

Los papeles se habian trocado esta vez. Ahora era el escribiente Burgos que miraba á la feliz pareja con

ojos de idiota. Estiraba el puño de su camisa, se peinaba con los dedos la onda de su pelo y buscaba una espresion lánguida para interesar á Carlota.

Los jóvenes mantenian una conversacion al parecer muy animada.

¿De qué hablaban? Vaguedades que á ellos solamente les interesaba y comprendian.

Sin embargo, hubo un momento en que José venciendo su emocion quiso irse á fondo,

—Señorita, dijo; desde la primera vez que tuve la dicha de ver á Vd. . . puede creer Vd. en mi sinceridad. . . desde esa vez la recuerdo siempre, todos los dias.

Estas palabras le salieron entrecortadas, balbucientes. Lo peor del caso era que el infeliz comprendia que se habia espresado de una manera vulgar. Pero no habia podido concertar otras palabras. Quedó confundido y esperando como un criminal la respuesta de Carlota. Esta se habia inmutado. Su corazon palpité fuertemente — y sintió una oleada de sangre que desde sus entrañas vírgenes subia hasta incendiarle el rostro.

Los dos temblaban de pasion y los estremecimientos que sentian sus cuerpos se los trasmitian en el contacto de sus brazos.

Ella hizo un esfuerzo por reprimirse y dijo con dulce seriedad:

— Caballero, yo no puedo escuchar á Vd. esas palabras. Le ruego que me hable de otras cosas.

José habia empezado y era imposible contenerle en la pasion que ya lo dominaba. Interpretó mal las palabras de Carlota, ignorando que la infeliz no le habia dado ni la tercera parte de la respuesta que le enseñara su buena madre.

— Señorita, dijo con una tristeza que á su despecho lo invadía: por obedecerla sacrificaría mi vida, pero Vd. será tan buena para decirme una sola cosa y le juro no la molestaré mas en la vida.

La jóven calló sin saber qué responder, pero no podía ocultar que había entrado en cuidado. Entonces José continuó:

— Señorita: por lo que quiera Vd. mas en el mundo, le suplico me diga si tiene algun compromiso. Y José al decir esto miraba torvamente hácia la parte en que se encontraba Burgos.

Esto decidió á la jóven.

— ¿Yo? — ninguno, contestó.

La pieza terminaba.

Asustada de su respuesta Carlota pidió á su compañero la sentara.

— ¿Por qué? dijo este: ¿no me acaba Vd. de decir que no tiene ningun compromiso? agregó con picaresco desenfado.

La jóven sonriendo replicó candorosamente:

— Mamá puede retarme.

— Bueno, para la subsiguiente.

— Está bien.

José la sentó y salió al patio á respirar, porque la dicha lo ahogaba. Víctor y Andres lo felicitaron.

— Yo tambien, aunque no sé de lo que se trata, dijo á sus espaldas Juan Diego, que entraba en ese momento.

— Tú! exclamaron los jóvenes.

— A qué hora, observó Víctor: pareces un príncipe.

— Dime ¿dónde dejo el sobretodo y el sombrero?— Qué bueno está el baile. Caramba, esto promete.

Víctor llamó un lacayo y le hizo tomar el sombrero

y el sobretodo del travieso estudiante, entregando en cambio el sirviente una tarjetita numerada.

—A la accion, muchachos, dijo Juan Diego: ¿ninguno de Vds. me acompaña? me voy á bolear si entro solo.

—Vamos, dijo Andres.

Por amistad con José decidieron sacar á Victoria y María, que estaban planchando.

Las jóvenes excitadas por la atmósfera cargada del salon presentaban en sus mejillas unas placas moradas, signo característico del temperamento linfático y de la pobreza fisiológica de sus constituciones.

Ferreol seguia atendiendo á sus contertulios y aunque parecia muy satisfecho estaba bastante contrariado: dos caudillos electorales que esperaba esa noche no habian venido y en sus sueños de ambicion daba al hecho mas importancia de la que realmente tenia.

Catay y D. Isidro se le acercaron: el primero ya habia aprovechado la influencia de Ferreol consiguiendo ser nombrado cirujano del ejército, con residencia en Buenos Aires; y ahora médico y boticario trataban de que el Ministro interpusiese sus buenos oficios para que fuesen aceptadas varias propuestas de medicamentos que habia ofrecido D. Isidro.

Ferreol notaba el negocio sucio, pero se veia obligado á ayudar para que lo ayudasen. Se defendió débilmente.

—Pero eso es asunto de licitacion, dijo.

—La licitacion solo es obligatoria cuando se trata de una compra que exceda de mil fuertes, y ninguna de mis propuestas, respondió D. Isidro, pasa de esa cantidad. Por otra parte, los medicamentos son re-

clamados con urgencia y los pedidos han sido bien informados.

—Es que la mayoría de ellos, según tengo entendido, no corresponden á mi despacho.

—Pero usted, doctor!...

Esta frase que, halagó á Ferreol, concluyó con sus escrúpulos y dió la respuesta consagrada:

—Llévese un apuntecito y véame mañana en el Ministerio; trataremos de arreglar esto.

Don Isidro tartamudeó unas cuantas frases de reconocimiento y se apartó con Catay.

—Qué hombre fino y servicial; merece ser Presidente; no hay otro como él, decía don Isidro al médico, entusiasmado ante la perspectiva de redondear un buen negocio.

Don Guillermo, dueño del Registro donde estaba empleado José, y padre de nuestro jóven conocido del mismo nombre, aprovechó el momento que hacia tiempo esperaba de ver solo á Ferreol y lo abordó.

Iba también á defender el pleito de su interés: quería que el Gobierno le comprase una gran partida de cobijas y mantas con destino á varios establecimientos públicos y que se suprimiese una cláusula en una licitación por vestuario que sabía iba á publicarse de un momento á otro, por habérsela enseñado el oficial mayor del ministerio respectivo. Ferreol prometió. Se sentía cansado con tantas exigencias. Ya no creía, como antes, en la existencia de personas que tuviesen patriotismo teórico. Rodeado de sanguijuelas, su sentido moral empezaba á zozobrar y su carácter se estaba amoldando al modo de ser de un *clown* de Circo que las circunstancias hacían accionar en un teatro más vasto. Carecía por completo de esa buena vista y ese tacto especial que distingue á los hombres

de verdaderas disposiciones para el mando y que de una simple ojeada aquilatan el valor de las personas. Ferreol confundia á todos. Para él no habia mas que pillos. Unos brutos y otros inteligentes, pero que encontraban su punto de conjuncion en las pretensiones que manifestaban. El grupo de intrigantes que lo rodeaba le impedia ver á los hombres probos,— que nunca faltan en cualquier sociedad,—bien inspirados y de errores sinceros.

El por su parte, tampoco perdía su tiempo —y el ruido de sus fiestas le atraía algunas valiosas testamentarias y otros asuntos importantes que mandaba luego al estudio de su socio.

— Mi querido amigo, le dijo una voz á la espalda.

Dió vuelta Ferreol y se encontró con un antiguo colega de la cámara, un diputado por una provincia del norte, fátuo y majadero como ninguno. Como alardeaba tener gran influencia en su provincia, los políticos le tenían regular consideracion.

— Creia que ya Vd. me haria la rabona por esta noche.

— Qué esperanza ! Le habia dado mi palabra y nunca faltó á ella: así, aunque hubiera sido al alba me habria tenido Vd. por aquí. El diputado miró á sus lados y en medio de acciones de mal gusto, continuó con énfasis:

—Hubo sus inconvenientes. Fui á comer con el Presidente y despues me instó para que le acompañara al teatro y he corrido con él la tuna.

Era la manía del Diputado: citar el nombre del Presidente en sus conversaciones. En el resto de la noche lo nombró cien veces mas y siempre refiriéndose á episodios íntimos, como para demostrar que los unia una relacion casi fraternal. Por lo que res-

pecta á su instruccion este arrogante representante del pueblo era de todo punto inofensivo.

Don Guillermo, despues de dejar á Ferreol, se dirigió con su aire siempre grave adonde estaba Dorotea.

La saludó y le dijo:

—Señora, si Vd. consiente pasearemos esta pieza— y le ofreció el brazo.

—Con mucho gusto, señor.

Empezaron á andar con dificultad á causa de que bailaban muchas parejas y á cada momento tenian que esquivar algun choque.

—Tengo que hablarla de un asunto algo sério, señora.

Dorotea entró en cuidado y replicó vivamente:

—Hable Vd., señor.

—Aquí no se puede andar: ¿quiere Vd. que pasemos al comedor? Allí estaremos algo mas libres.

—Como Vd. disponga.

En el comedor, don Guillermo quiso servir algo á Dorotea, pero esta, que esperaba una desazon, rehusó tomar nada.

Don Guillermo insistió — y pidieron dos tazas de té.

Entre tanto se habian sentado.

—¿Qué tiene Vd. que decirme? preguntó Dorotea.

— Señora, tengo que darle muchas quejas de su hijo. Se comporta muy mal, va tarde al registro y hace las cosas allí como si no se le pagara.

— Ah! pobre muchacho : tiene mala cabeza, pero considere Vd. que es jóven : él se ha de componer porque tiene buen fondo, se lo aseguro.

— Dificilmente, señora, y perdone que le hable con esta franqueza. Se reune con jóvenes muy desorde-

nados. Vd. sabe que allí lo hemos tratado siempre con todo género de consideraciones : se le ha aumentado varias veces el sueldo y no por esto se muestra mas asiduo en sus tareas. Se lo digo á Vd. para que lo reconvenga y si él no se corrige, aunque me sea sensible, porque estimo á Vd. y veo que José nos ha acompañado algunos años, tendré que verme en la necesidad de despedirlo.

— Ah! señor, yo agradezco á Vd. todo lo que hace por José y le juro que haré todo lo que esté de mi parte para que se porte con Vd. como es debido.

— Si él hubiera sido otro á la fecha tendria una habilitacion.

— Bien lo veo, señor.

— Otra cosa, señora ; porque es preciso que Vd. lo sepa todo : he tenido el gran disgusto de saber que mi hijo con el suyo concurren á parajes que no me es posible nombrar. Yo he castigado severamente á Guillermo y le he prohibido se junte con José. Ruego á Vd. quiera tener la bondad de hacer igual prevencion á su hijo. Bajo este concepto y si su comportacion es otra quedará en el empleo que tiene en mi casa.

Dorotea, como todas las madres, veia la inocencia de parte de su hijo y creia que Guillermo era el que habia inducido á José á dar malos pasos. Iba á hacer esta salvedad, pero se contuvo.

— Está bien, señor, dijo : lo hare así.

La conferencia habia terminado y D. Guillermo condujo á Dorotea nuevamente á la sala.

El baile tocaba á su término. Varias familias se estaban despidiendo y otras habian pasado al tocador de misia Pepita para colocarse sus abrigos y arreglarse.

Dorotea, muy contrariada con lo que le habia di-

che D. Guillermo, se alegró de poderse retirar también ella, sin despertar atención ya que tantas señoras salían.

Las niñas llamaron á su hermano para que las acompañase á buscar los tapados.

—No, mamá, espérame un poco; ¿qué objeto hay en irse tan pronto?

—Si no quieres acompañarme, nos iremos solas, replicó con acritud Dorotea. Estoy descompuesta ¿sabes?

José notó algo en su madre: pocas veces le había hablado con tal sequedad. Aunque deseaba ver hasta el último momento á Carlota, se resignó y dijo:

—Si es así, vamos.

Se despidieron de misia Pepita, de misia Francisca, de misia Carlota, de su hija y de varias otras personas que estaban cercanas. Un apretón de manos, dos besos maquinales y unas cuantas palabras de convención, que se cruzaban sin sentido, las más de las veces, tal era el hábito de repetir siempre las mismas cosas, sin escuchar ni hacer las debidas pausas.

José oprimió fuertemente la mano á Carlota y esta devolvió suavemente la presión como significándole que entendía la clave de ese lenguaje.

Salieron. En la puerta las saludó Ferreol, que había ido despidiendo al nuncio apostólico. Aunque extranjero, lo creía una influencia electoral por sus conexiones con el clero. Víctor, que también se encontraba allí, deslizó estas palabras al oído de José:

—Vuelva cuando deje su familia: lo esperamos en mi cuarto.

Caminaron ligero, porque hacía frío. José y Dorotea iban callados, ensimismados en sus impresiones,

mientras que Victoria y María recordaban alegremente los episodios de la reunion.

Al abrir José la puerta de su casa, le dijo Dorotea:

— Tengo que hablarte.

— Mas tarde; mama, me espera Víctor.

— ¿Qué se me importa á mí de Víctor? Entra, te digo.

— Pero, mama!

— ¿Quiere decir que ya te crees independiente y no me haces caso?

— No es que no te haga caso, sino que estoy comprometido. Voy á volver muy pronto, — y sin esperar contestacion se puso en marcha.

Dorotea quedó muy seria, y sus hijas, temerosas de que volviese el enojo contra ellas, penetraron calladas á su habitacion.

Muy crueles fueron los pensamientos de Dorotea: su hijo no la hacia caso, era un perdido y ella se sentia impotente para gobernarlo, porque José no solo era un hombre, sino que desde varios años antes usaba de entera libertad para entrar á su casa á la hora que se le antojaba y aun algunas noches, faltar por completo del hogar: veia que le faltaba una mano de fierro para cortar estos hábitos. En vano se devanaba los sesos: no se le ocurrió medio de hacerlo entrar en vereda, y en su aficcion concluia por echarse la culpa de lo que sucedia y su conciencia de mala madre despertaba al fin con acerbos recuerdos. Ella no lo cuidó como era debido en su infancia, dejándolo en compañía de muchachos vagabundos—y mas tarde le habia concedido la llave de la puerta de calle. La punzaban estraños recelos y se figuraba á ratos que se lo traian muerto por haber peleado en alguna casa mala.

Quiso esperarlo, pero cuando pasaron dos horas largas, sus hijas, ya recogidas, la decidieron á que se acostara.

José con acelerado paso regresó á lo de Ferreol. La fiesta no habia concluido aun. Muchos hombres quedaban todavia—y algunas pocas familias que se preparaban para retirarse.

Misia Francisca, que no perdía oportunidad para hablar de su hijo, se complacia escuchando á don Isidro, que no encontraba palabras suficientes para encomiarlo. El suspicaz farmacéutico pensaba que todo lo que dijera á la excelente señora lo sabria bien pronto Ferreol.

—El doctor, decia á la sazon, es el hombre mas bien preparado que tiene el país para la vida pública y tengo la conviccion de que nos mandará á todos desde el puesto mas alto.

—Quién sabe, replicaba la madre, se ven tantas cosas....y no siempre suben los que saben mas.

—No tenga duda, señora: es el candidato mas simpático al pueblo.

—Pero si todavia falta tanto tiempo: de aquí allá pueden suceder tantas cosas....y como no creia en estas conjeturas, reia satisfecha la buena señora, muy complacida de poder enseñar sus dientes positivos.

—Sin embargo, señora, en todas partes no se oye hablar sino de política.

—Hay que tener en cuenta que Manuel es sumamente modesto y no es como otros que trabajan para sí: ya ve usted cuando lo nombraron Ministro: aceptó por patriotismo y porque el mismo Presidente de la República vino á esta casa á ofrecerle la cartera.

—Mi tia, dijo Carlota interrumpiéndolos, nos vamos.

—Qué apuro: nadie nos corre.

D. Isidro aprovechó el momento para despedirse: hacia media hora que no deseaba otra cosa, pero la vieja con su conversacion sostenida no le habia presentado la oportunidad.

—Voy á buscar á mi mujer, que me espera, exclamó al último.

—Dígale á Merceditas que me visite, respondió misia Francisca, encantada del boticario.

Cuando este se hubo alejado le dijo á Carlota:

—Qué hombre tan de buen sentido; da gusto conversar con él,—y como estaban cercanas varias personas se dieron vuelta para mirar al feliz boticario.

—Mamá está apurada, porque ya es muy tarde, dijo Carlota, y vengo á despedirme.

—No, mi hijita, vamos á ir juntas: es casi la misma direccion.

—No se incomode, mi tia, mire que nosotras podemos ir muy bien; Víctor nos va á acompañar.

—Miren el mequetrefe: valiente compañía: si van con él y les sucede algo tú ó tu madre tendrian que defenderlo.

La jóven rió del excelente humor de la señora.

—Cómo se pondria si la oyera, no pudo menos que decir.

—Déjate de eso: anda y di á Carlota que se tape, que vamos á ir en el carruaje.

—Mamá no va á querer, contestó en voz algo baja Carlota, porque se apercibia que muchos se imponian de la conversacion, pues misia Francisca hablaba como si la escucharan sordos.

En el mismo tono continuó la señora :

— Pues no faltaba mas: ¿no ves que Manuel tiene tres carruajes y es preciso ocuparlos para que los troncos no se olviden de trotar?— hoy me vine en el cupé y ahora ha puesto á mi disposicion el landó, y al decir esto paladeaba como si estuviese gustando un caramelo.

— Voy á decirle á mamá, entonces.

— Espera; dame el brazo, voy á despedirme de Pepa.

Se dirigieron al tocador — y cuando pasaron por el comedor, José, que estaba con Víctor, Andrés y Juan Diego, pudo bañarse una vez mas en la luz que esparcía la mirada enamorada de Carlota. Esa noche seria inolvidable para ambos. Habian bailado muchas piezas y hecho comunión de ideas y sentimientos.

Carlota era realmente bella. Estatura mediana, un talle primoroso, ojos de azabache y pelo castaño. Las demas facciones delicadas y bien proporcionadas hacian un conjunto admirable; pero lo que le daba verdadero encanto y una seduccion irresistible era su modo de ser, la vivacidad de sus espresiones y su voz de un timbre fresco y sonoro. Podia decirse de sus palabras que eran armonías que exhalaban dos filas de perlas reflejando sus cambiantes nacarados al traves de una granada abierta.

Los jóvenes pasaron al cuarto de Víctor y al poco rato sintió José el ruido del carruaje que llevaba á la prenda de su amor.

— Ahora, que estoy en antecedentes, dijo Juan Diego, puedo, mi querido José, darte mi mayor enhorabuena.

— Déjate de embromar.

—Cuando se quiere bien, uno no debe ocultarlo, observó Andres.

—Está bien, contestó José, haciendo gran esfuerzo para mantenerse sereno, pero que yo la quiera no significa nada: ella puede preferir á otro; y hay ademas, agregó desalentado, que ver la opinion de la madre.

—Eso es lo de menos, exclamó Víctor: yo me encargo de presentarlo en la casa.

—Ya lo ves, dijo Juan Diego, se te abre el camino: «gracias, mi querido primo», dile.

Victor y José se miraron y rieron de la ocurrencia.

El hijo de Ferreol simpatizaba en extremo con José: conocia sus calaveradas y su audacia y estaba perfectamente dispuesto á intimar con él y á ayudarlo en todo lo que pudiese.

Así como lo pensaron se hizo — y nuestro jóven empezó á visitar en casa de misia Carlota, donde fué bastante bien recibido.

José esa noche parecia que tenia azogue en el cuerpo.

Sus nervios estaban exci ados y sentia una necesidad de accion que lo martirizaba.

El soplo confortante de un amor digno y puro habia estremecido todo su ser y á su contacto mágico vibraban las cuerdas de su alma modulando plegarias y resurgiendo en él frescos y lozanos los capullos de nobles sentimientos que guarda siempre el corazon humano como una herencia bendita é imprescriptible.

—Vamos al duerme, dijo Andres, que era el mas juicioso de todos ellos.

—Yo tengo que estudiar la conferencia de mañana, agregó el estudiante: creo tambien que es hora.

—¿Cuántos años te faltan? preguntó Víctor.

—¿Cuántos? Uno no mas. En Marzo del que viene presento la tésis.

—Yo no tengo sueño, exclamó José.

Al pobre jóven lo conturbaba una ansiedad creciente. Sentia estimulada su actividad por la pasion que le devoraba el pecho y le ponía brillante la mirada. Soñaba con causas generosas, deseaba esponerse á mil peligros y distinguirse para demostrar grandeza de alma.

Pero á esa hora no habia para él mas que dos caminos: el de su hogar o el de la casa de tolerancia; y optó por la última.

—Vamos un momento á lo de Amalia, dijo Juan Diego.

—Lo que es yo no los acompaño, contestó Andres.

—Qué diablos, vamos á cualquier parte, pero vamos todos, propuso José.

—Yo siento no poderlos acompañar, dijo Víctor en tono bajo, porque pienso irmele al cuarto á la sirvienta.

—Diablo: eso es mas cómodo, contestó Juan Diego. Entonces los jóvenes se despidieron.

—Hasta el juéves que viene, dijo Victor.

—Bueno.

—Lo que es usted Dagiore, ya sabemos que no vendrá por nosotros.

—¡Cómo no!

—Adios.

—Adios.

—Que les vaya muy bien.

—Y á ti con la....

—Chist!—y riendo se separaron.

Victor fué á su cuarto á esperar que todos se reco-

gieran en la casa, mientras su padre, cansado y atur-
dido con la fiesta, trataba en vano de conciliar el sue-
ño, que ahuyentaba su ambicion al forjar alianzas,
combinaciones y prestigios de caudillos catequizados.

José y Juan Diego arrastraron á Andres, y los tres
se dirigieron á lo de Amalia. Allí, como de costum-
bre, les abrió la puerta Josefina, que sorprendió á los
jóvenes á causa de tener puestos unos grandes ante-
ojos oscuros. La infeliz seguia cada vez peor de la
vista.

José, tanto en el trayecto como en lo de Amalia, ha-
blaba pronto de Carlota y de sentimientos dignos y
elevados, y casi sin transicion, al mismo tiempo, des-
cendia á temas licenciosos. ¿Cómo explicar estas aber-
raciones? ¿Seria que la educacion y el medio, lo ar-
rastraban, como las olas de un mar embravecido á
una débil nave que hubiera perdido el timon?

A la madrugada penetró á su casa y cuidando de no
hacer ruido entro á su cuarto.

Cuando Dorotea se levantó se asomó á la habita-
cion de su hijo y vió que dormia profundamente.

A las nueve se decidió á recordarlo.

— ¿No piensas ir hoy al empleo? le dijo.

— ¿Qué hora es? preguntó José, restregándose los
ojos, — y levantando la almohada consultó su reloj.

— Es temprano, dijo.

Dorotea aprovechó la ocasion para decirle el sermon
que le tenia preparado.

Ella creia que José quedaria confundido, pero su-
cedió todo lo contrario. El jóven habia hecho progres-
sos de dialéctica.

— Mira, mama, te ha mentido miserablemente.
Guillermo es el que no tiene ya compostura: debe á
todo el mundo y es un sinvergüenza: en cuanto á que

no me junte con él, perfectamente—y tambien encuentro razonable que se me pida vaya mas temprano; pero eso de meterse don Guillermo en mi vida privada y calumniarme como lo ha hecho, no lo permitiré y hoy mismo le tiraré su empleo por la cara y me ha de dar una satisfaccion: ¡si creerá ese viejo zonzo que me va á asustar!....

Dorotea se desarmó con estas palabras y empezó á rogar: trató de aminorar el alcance de lo dicho por don Guillermo y le pidió continuara en su empleo hasta encontrar otro.

José, que comprendia que en sus circunstancias no le convenia perderlo, se dejó convencer y habló un rato amigablemente con su madre.

Cuando esta hubo salido se empezó á vestir; tomó una bebida preparada con mercurio, y pasó á lavarse los dientes, porque el remedio se los ponía negros.

A las diez probó un bocado—y correctamente vestido salió para el Registro, no sin antes hacer un rodeo con el objeto único de hacer un pasa-calle á Carlota.

X

Pasaron varios meses. José seguía visitando á Carlota y sus amores marchaban en una inteligencia perfecta. Como la señora y su hija estaban siempre ocupadas se había convenido recibirle los domingos. Allí José averiguaba si irían el juéves á lo de Ferreol, y en caso negativo, él también se abstenía. Cuando quedaban un momento solos, Carlota le informaba la hora en que iría á misa el día festivo más próximo, para hacer en la Iglesia comercio de miradas. Nuestro jóven, pues, era feliz y avanzaba confiado hácia el porvenir entreviendo celajes sonrosados.

Pensaba pedir en breve la mano de la niña para formalizar un compromiso, que á la vez de alentarle lo dejase tranquilo á este respecto. Esperaba solamente la terminacion del año, para ver si don Guillermo le aumentaba el sueldo. Entre tanto se curaba, y segun la opinion del médico, iba en vias de un restablecimiento completo. Si su sueldo no mejoraba tenia su proyecto: librar una batalla en su casa para que sus padres lo habilitasen y poder abrir un Registro de tienda y mercería.

Así seguía, igual y monótona su existencia, hasta que un día, en el momento de llegar á su acomodo, fué llamado por don Guillermo.

Como no tenia ningun trabajo entre manos se sorprendió.

—Bah! se dijo, he venido un poco tarde y el viejo me va á echar una raspa.

Miró á sus compañeros y los encontró tan místios y silenciosos que comprendió al instante que algo grave sucedia.

José era muy precavido y sintió no haber traído su rewólver.

Así fué que cuando entró al escritorio de D. Guillermo lo primero que hizo fué reconocer los objetos para tener presentes aquellos que pudiesen servir de arma en caso necesario.

—Buenos dias, señor, dijo al ver á su patron.

Don Guillermo lo miró sin contestarle. Estaba tétrico y sombrío. Se conocia que una tormenta moral rugia en su alma. En un rincon se encontraba Guillermo recostado contra el muro y con una mano cubriéndose la frente y parte de los ojos, que estaban rojos, lo que decia que habia llorado mucho. Su aspecto revelaba tanta desesperacion que movia á lástima.

José comenzó á comprender algo.

—¿Sabe Vd., dijo al fin D. Guillermo con voz bronca, de que éste—señalando á su hijo—haya gastado dinero en este tiempo pasado?

—No, señor.

—¡Diga Vd. la verdad, porque es muy posible que salga Vd. de aquí para la Policía!

José perdió su paciencia, y su temperamento nervioso prevaleció á despecho de todos sus deseos de mantenerse prudente.

—¿Yo? ¿yo á la cárcel? Mídase, señor, en lo que dice, porque de lo contrario....

—Me amenaza Vd.! vociferó el comerciante;—peró ya contenido algun tanto.

—No, señor; no lo amenazo; pero respeto á condicion de que se me respete á mi turno.

—¿Pero cómo me quiere Vd. hacer tan tonto para que le crea que no sabe nada del dinero que ha derrochado su amigo de parrandas?

—El no ha tenido ninguna parte, sollozó noblemente Guillermo desde el rincon.

—¡Cállate tú, sinvergüenza! gritó el padre.

—En fin, puede ser, continuó secamente el dueño del Registro; pero si no ha sido Vd. cómplice directo, lo ha arrastrado llevándolo á casas de perdicion. Ah! Vd. ha sido fatal para mi casa y nadie me quitará que su mala compañía es la que ha corrompido á mi hijo: hemos concluido: puede Vd. retirarse para siempre de esta casa!

José veia en desgracia á Guillermo y queria ser noble; por esto no habia interrumpido á su padre; pero cuando vió que se le arrojaba como á un leproso estalló:

—Usted es un viejo crápula y ladron. Sépase, roñoso hipócrita, que su hijo ha sido el que me ha enseñado el camino de los burdeles y que cuando yo entré á esta casa apenas si sabia que existieran.

— Retírese Vd., insolente!

—¿Vd. cree que le tengo miedo? no quiero retirarme: si Vd. está en su casa, yo tengo el derecho de exigir los dias que se me deben y un papel que atestigüe mi honradez, porque no soy un perro para que se me arroje de esta manera á la calle.

El comerciante, furioso, avanzó para tomarlo de un brazo, pero listo como el rayo José alzó una silla por el respaldo y lo ensartó del pecho.

— Modérese, señor, que por la fuerza no va á con-

seguir nada, dijo el jóven en medio de la consiguiente agitacion, pero con admirable sangre fria.

Los demas empleados habian oido el altercado y cuando comprendieron por el ruido de los muebles en que tropezaban José y su patron, que algo mas grave sucedia, ocurrieron aceleradamente.

Era tiempo, porque Guillermo viendo mal parado á su padre habia querido separarlo á José, pero este que no conoció bien sus intenciones lo rechazó con una patada. El hijo iba á embestir nuevamente, cuando entraron en tropel los empleados.

El dependiente principal se interpuso entre los combatientes abrazando la silla.

— Deje, señor, le dijo á su patron, y Vd. tambien, Dagiore: esto no conduce á nada—y mientras ellos seguian gritando los otros dependientes los separaron.

— Venga Vd. conmigo: se lo pido como un servicio de amistad, dijo el principal a José. Este lo siguió y fué á su sitio habitual, que estaba en los escritorios que daban á la calle.

— ¿No ve que no solo me arroja injustamente de su casa, sino que pretendia darme de empujones? decia José al principal mientras caminaban por angostos senderos que limitaban hasta el techo las piezas de género superpuestas.

— Está hoy intolerable, y creo que vamos á salir todos.

— ¿Pero qué es lo que ha sucedido?

— Ha encontrado un pagaré de dos mil fuertes falsificado por Guillermo: se ha averiguado que hacia mucho de esto, pero renovaba los pagarés. Yo lo habia dicho que el dia menos pensado iba á hacer una trastada. Se metia en todo, daba órdenes contrarias á las mias y hacia asientos en los libros; pero don

Guillermo, que lo consentia, tiene la culpa de lo que pasa.

— ¿Y será eso no mas?

— Ahí está lo que no se sabe.

— ¿Pero yo no lo he visto hacer lo que pudiera llamarse grandes gastos?

— Es que debia en muchas partes y se conoce que ha querido pagar sus trampas, porque muchos de los que le habian prestado dinero, ya cansados, lo amenazaban con cobrarle al viejo.

José entonces recordó los regalos que habia hecho Guillermo á Josefina.

— Vaya una cosa linda; pero yo soy el que paga el pato, dijo.

— Quédese aquí un momento que voy á verlo.

Don Guillermo la habia emprendido nuevamente con su hijo y tuvieron que quitárselo, porque en su furor volvia á golpearlo.

Hombre vulgar, no comprendia que podia haber probado, en esta ocasion, con una conducta elevada, la regeneracion de su hijo. Ese mismo dia llamó urgentemente al mayordomo de la estancia que poseia en Arrecifes, y cuando á los dos dias bajó este, le entregó á Guillermo dándole toda clase de poderes para que lo hiciera marchar derecho.

— Señor, le dijo el principal, es conveniente que arreglemos esto: por Vd. y por todos: es preciso que evitemos incidentes enojosos.

—Dagiore mereceria un correctivo: es un insolente.

El principal necesitaba de su puesto, pero apreciaba mucho á José: así es que dijo:

— Es jóven, señor—y en este asunto no tiene ninguna culpa.

— ¡ Lo defiende Vd. !

— Señor, digo lo que hay.

D. Guillermo, que recién había conocido la fibra enérgica de José, deseaba también terminar el asunto, porque no dejaba de pensar con recelo que un joven tan decidido podría vengarse asestándole un mal golpe.

— Arregle Vd. esto entonces: páguele todo el mes y escriba un simple certificado que yo firmaré; pero que no vuelva á presentarse en esta casa.

El principal fué á cumplir esta orden y se la comunicó á José.

— Ponga Vd. bien la palabra honradez, porque mi salida coincide con un robo que ha hecho Guillermo.

— Pierda Vd. cuidado.

Cuando fueron á entregarle el sueldo íntegro, aunque por el Código le correspondía mas, no quiso recibir sino los días que iban corridos.

Se despidió cariñosamente de sus compañeros y recién supieron estos la estension del aprecio que le profesaban.

Seria la una del día cuando salió á la calle. Se encontró perplejo sin saber dónde ir. Con todo se sentía alegre. Al fin decidió ir al Café Tortoni á pasar el tiempo hasta que llegara la hora de costumbre para retirarse á su casa. No encontró ningun amigo entre los pocos parroquianos que estaban en el Café. Pidió un oporto y se puso á hojear las revistas ilustradas que se encontraban sobre la mesa. Luego meditó sobre su situacion. Su idea anterior de abrir un registro volvió á ocurrírsele, tomando mayor cuerpo en su mente. Hasta pensó en una competencia con don Guillermo, situando su negocio cercano al de su ex-patron—y como su imaginacion corria y se había emocionado por la afectuosa des-

pedida que le hicieron sus compañeros, veía llegado el momento, en que ofreciéndoles mayor sueldo, lo dejaban á don Guillermo para venirse con él.

Luego bajaba con bastante recelo á la realidad de las cosas y se preguntaba si su padre le facilitaría el dinero necesario.

Así anduvo alimentándose de proyectos é ilusiones dos semanas, hasta que cansado de aburrirse las horas del día en que vagaba sin rumbo ni objeto y mermándosele los pocos pesos que tenía, resolvió participar á su madre lo que pasaba.

Dorotea se puso muy seria, pero cuando José espuso bien los hechos y le mostró el certificado, sintió un gran alivio: al menos su hijo no era ladrón, y convino con él en que don Guillermo era un mal hombre.

Pasando luego á la idea acariciada por José de instalar un registro, volvió la madre á ponerse seria y con acento triste dijo:

—Yo no la desapruebo, porque creo que serías juicioso, pero estoy plenamente segura de que tu padre te negará su ayuda. Tú no sabes cómo está. Sería preciso que permanecieses aquí todo el tiempo que lo pasa entre nosotros. ¡Ay! tu padre concluirá mal, y me parece que nos amenaza una desgracia.

—Dios mío! ¿y cómo yo no he sabido nada?

—Te hemos ocultado, porque creíamos que pasaría. Anda muy mal de la cabeza.

José quedó profundamente sorprendido, y el noble sentimiento del amor filial se despertó en su pecho brusco y enternecido, colmando por primera vez de secretas simpatías á su desgraciado padre, y un acerbó remordimiento empezó á punzarle las entrañas

por su conducta pasada, al recordar que solían transcurrir meses sin verle.

— ¡Quién sabe todavía! dijo,— él tiene rarezas y un genio brusco; puede ser que viendo un médico la cosa pase pronto.

Dorotea se echó á llorar.

— Tú me ocultas algo, mama, gritó perplejo José, abrazándose á Dorotea.

— No hijo: hace varios dias que estaba por contarte lo que pasaba; de todos modos habias de saberlo y solo por una casualidad no te has encontrado en alguna de las escenas que han tenido lugar. Dagiore hacia tiempo que andaba muy fastidioso y lleno de ideas raras, yo lo sufría sin contrariarlo, hasta que ahora cinco dias se presentó un oficial de Policía al cual él acompañaba. Habia ido á llamarlo para que tomara preso al Mayor, diciendo que lo queria asesinar.

José empezó á comprender la gravedad del caso, y se le nublaron los ojos.

— El oficial conocia á Paz, continuó la madre, y empezó recién á dudar del hecho, porque Dagiore habia espuesto muy bien toda una historia en la Comisaría, pero sin dar el nombre del que decia premeditaba un crimen contra su persona. Entonces el de la policía le hizo varias preguntas, tu padre se confundió y al fin concluyó por decir que habia mas de cien que lo querian matar. Comprenderás cómo quedé. El oficial le dió toda la razon y le dijo que le mandara el nombre de los cien para ponerlos presos y salió con Paz. Yo le escribi entonces al Mayor, que se abstuviera de venir, y él me contestó, — allí está su carta, dijo Dorotea señalando una cómoda, — que ya en el Café habia Dagiore provocado incidentes parecidos — y

concluía aconsejándome lo hiciese ver con un médico. Ya había pensado yo esto mismo, y viendo que salía lo hice seguir de lejos con Clara. Vió esta que entró al Café, y me trajo la noticia. Entonces me tapé y fui á ver al doctor R. . . . Quiso la suerte que lo encontrara y consintió en ir á ver á Dagiore al Café sin demostrarle que era médico. Me hizo infinidad de preguntas sobre su vida pasada, si bebía, si había mantenido proyectos y si le iba mal en el negocio ó había perdido dinero de cualquier manera. A todo le respondí con los informes que podía darle y nos separamos quedando él en venir á casa á comunicarme el resultado de su reconocimiento. — Volvió á la hora y me dijo que sería su cura muy difícil, porque la enfermedad había hecho muchos progresos, pero que con todo, era preciso probar. Recetó una bebida para que tomara por cucharadas y me dijo que hiciera lo posible por impedir que se embriagara y que si ocurría alguna novedad lo mandase llamar.

—¿Y ha tomado tata esa bebida?

—Eso ha sido lo peor. Por la tarde vino muy apesadumbrado, yo lo acaricié, le tomé de las manos y le dije que estaba enfermo y que era preciso curarse y tomar remedios. Traté de infundirle confianza, pero cuando vió la botella y la cuchara se deshizo en gritos é imprecaciones, diciendo que yo trataba de envenenarlo: cogió un palo y yo tuve que abandonarle la botella, la que guardó cuidadosamente en un baul que cierra con llave y donde mete una porción de porquerías.

—¿Y has vuelto á ver al médico?

—Ayer,—le conté lo que había sucedido y me dijo entonces, meneando la cabeza, que no había mas

que aislarlo en un establecimiento médico para que se sujetase á un régimen.

—¡Dios mio, qué fatalidad! y tan sano y fuerte que ha sido siempre.

—Me dijo, además, el doctor que si no nos decidamos á dar este paso, estuviésemos prevenidos, porque podría en un momento de exasperacion cometer algun acto violento.

—Qué desgracia, señor, que desgracia! murmuraba, paseándose por la habitacion, José.

Una idea generosa cruzó por su imaginacion: se figuró que hablando él á su padre le volveria la razon: pensaba llenarlo de consuelos y hablarle de la fundacion del Registro, haciéndole ver que ya estaba viejo y que necesitaba descanso. En su noble entusiasmo no dudaba convencerle de que debia dejar el Café y que era á su hijo al que le habia llegado el turno de trabajar para toda la familia.

Le participó su propósito á Dorotea.

Esta hizo un movimiento de duda con la cabeza.

—Sin embargo, dijo, es bueno probar todos los medios: es tu padre y debes procurar de llevarle algun consuelo.

José tomó su sombrero y se dirigió al Café.

Entró y se acercó al pequeño mostrador que estaba situado á la derecha de la entrada.

Cárlos, el dependiente principal, estaba allí.

El jóven preguntó por su padre.

— Está en mi cuarto, contestó Cárlos: allí se lo pasa todo el dia: no hace mas que pasearse y no quiere que lo hablen.

— Tengo que verle.

— Ah! no le aconsejo.

No obstante esta prevencion, José se dirigió adon-

de se le habia indicado que estaba su padre, — una habitacion que conocia bien, situada en el fondo de la casa.

Dagiore, fumando un cigarro de la paja y con la vista clavada en el suelo, se paseaba de un extremo á otro. La espresion de su cara era torva y su mirada vaga é indecisa.

No sintió las pisadas de José y recien reparó en él cuando este llegó á los dinteles del cuarto.

Sin embargo, no lo reconoció en el primer instante y al ver á un hombre todo su cuerpo se estremeció.

— Tata... soy yo.

— Ah! ah! Buenos dias.

— ¿Cómo le va, tata? Me habian dicho que estaba un poco enfermo, y venia á verlo.

— Sí, estoy enfermo.

— ¿Qué siente?

— Yo no sé: todos me quieren hacer mal.

— No tenga cuidado, tata, aquí estoy yo para defenderlo.

— Ah! tú no puedes hacer nada, nada....no sabes....son unos ladrones: ¿no habia nadie en el patio cuando entraste?

— Nadie, tata.

— Ah, se esconden, la policia está formada de bandidos: á ellos los ayuda la policia.

Y así siguió en su delirio el pobre Dagiore.

José, con mucho trabajo, consiguió llevarlo á su casa.

Dagiore, tan pronto como entró, se dirigió á la pieza en que estaba el baul y se sentó en el mismo: en esa postura se entregaba á la meditacion, y su cerebro—como reloj descompuesto que marca pleno dia cuando nuestro pedazo de tierra esquivaba las cari-

cias del sol—empezaba á forjar fantasmas reflejando las impresiones que le enviaban sus sentidos, quebradas ó en gibas deformes y amplísimas.

El médico fué llamado varias veces; recetó cloral, porque Dagiore dormía muy poco, y prescribió que se continuase con la anterior bebida.

Dorotea hizo los posibles esfuerzos para que tomara ambas cosas, pero el enfermo se resistía obstinadamente.

Entonces empezaron á vaciarle los remedios en la comida. Esto dió mal resultado, porque Dagiore parece que se apercibió y la idea de que pretendían envenenarlo se robusteció mas en él.

La casa, con este motivo, estaba desquiciada y se vivía en un sobresalto continuo, esperando por momentos una catástrofe. Muchas personas aconsejaban á Dorotea que se decidiese á mandarlo al Hospicio, pero ella aceptando la idea, iba dejando pasar los días no resolviéndose á tomar una medida tan extrema, ilusionada con los intervalos de calma que solía presentar el enfermo.

En una de estas circunstancias Dorotea dió un buen consejo á José.

—No puedes estar así, le dijo, es preciso que trates de acomodarte.

—Yo lo quisiera, respondió el jóven; ¿pero, dónde?

—Hay que hacer la diligencia: ¿por qué no ves al doctor Ferreol?

Todo ese día maduró la idea y se convenció de que no tenía otro camino. Estaba muy abatido por la enfermedad de su padre y su propia situación. La impotencia que lo engrillaba, no pudiendo satisfacer sus necesidades y deseos, hizole ver, por vez primera, pálidas y descarnadas las realidades tristes que en

ciertas fases presenta la existencia—y los girones de su orgullo sentíalos caer, como deleznable escoria, al golpe de los desaires que avivaban su despecho. Se sentía humillado y su ánimo desfallecía cada vez mas. Desde que salió del Registro no se había animado á volver á casa de su novia. Iba descendiendo por grados, esquivaba á sus antiguos camaradas y experimentaba una vergüenza punzadora al darse cuenta de su falsa posicion y de su haraganería, hasta cierto punto obligada, porque habiendo su familia avanzado en rango, los empleos humildes le estaban vedados por la religion de las preocupaciones.

Varias veces salió con la decision de ver á Ferreol, pero presa de un desaliento melancólico, que le debilitaba las piernas y la cabeza, vagaba como una sombra alrededor de los muros de la casa de gobierno, y se volvía á su casa, sin haber hecho la mas leve tentativa por hablarlo. Pensó en interesar á Victor, pero desechó luego esta idea al recordarle su vanidad ulcerada, que Carlota podría saber que andaba buscando acomodo.

En una de estas veces, se decidió al fin: lo habló y le pidió un empleo.

El pobre José quedó lleno de ilusiones con las promesas que le hizo el Ministro: ignoraba que ese mismo dia había repetido idéntica cosa á tres ó cuatro pretendientes.

—Con el mayor gusto, le dijo, lo tendré presente en la primera vacante; pero hágame un recuerdito: vuelva de cuando en cuando.

—Si Vd. se digna decirme el dia, señor.

—Pásese el lunes que viene.

Fué el lunes y el Ministro le dijo que volviera el

miércoles, volvió el miércoles y le dijo que lo viera el sábado—y así lo tuvo por mas de un mes.

Muchas veces, no bien lo divisaba, le decia con tono muy amable:

—¿Cómo está, mi amigo? No hay nada todavía para Vd., pero no lo olvido; tenga paciencia y dése una vueltita.

Aquello era una farsa que se le jugaba. En su candidez, José se preguntaba por qué no le diria con franqueza si pensaba ó no emplearlo.

Cansado de estas dolorosas tentativas que hacia para conseguir un sueldo, resolvió no volver—y desde entonces pasaba los dias, con un humor negro, en el Café de su padre. Contribuia á afligirlo mas su traje y sus botines, que exigian inmediato relevo. Ah! cuando se veia así crujia de exasperacion y maldecia de la vida. Recordaba á sus amigos y los encontraba infames. El infeliz con su criterio desquiciado no pensaba que él era quien se aislaba no concurriendo á los sitios de costumbre: en cuanto á Juan Diego y Andres se encontraban absorbidos en sus estudios, pues los exámenes se acercaban.

Dagiore seguia de mal en peor. En uno de sus dias buenos, Dorotea, por consejo del médico, le instó á que fuese al Café, pues hacia varias semanas que no salia de casa. Cárlos estaba prevenido para que lo estimulase á entrar en vida normal, ocupándose de los trabajos que hacia anteriormente. Todo fué inútil: primero quiso arrojar del Café á un parroquiano al cual insultó sin motivo — y si no es Cárlos que intercede lo habria pasado mal indudablemente, y despues volvió como en tiempos anteriores á buscar la soledad aislándose en el cuarto del dependiente. De allí tenia que sacarlo José para llevarlo á su casa,

caminando á su lado en el trayecto, lleno de vergüenza. Cárlos le guardaba siempre respeto y obedecía su autoridad. Cada vez que Dagiore le exigía rendimiento de cuentas le entregaba hasta el último peso del cajon.

Poco despues ya casi no salia. Con la idea de que lo querian envenenar él mismo se preparaba la comida. La aberracion del gusto se habia producido y abismaba ver cómo echaba en una cacerola velas de sebo, desperdicios y cáscaras de legumbres que sacaba del cajon de la basura, á lo cual unia pedazos de carne, con la particularidad de que no echaba sal al estraño potaje.

Cuando le parecia que estaba bien cocinado, en vez de comerlo, lo guardaba en el baul y al cabo de tres ó cuatro dias lo sacaba y en pocos momentos devoraba la preparacion ya podrida.

Dorotea no podia impedir que su marido comiese estas porquerias, porque cuando estaba preparándolas defendia su cacerola con la bravura de un perro á quien se trata de arrehatar el hueso que roe.

A Victoria y María les causaba hilaridad; Clara las acompañaba y aun la misma Dorotea solia participar de estos crueles festejos; que venian á atestiguar la existencia en la naturaleza humana de cosas doblemente dolorosas, porque á su natural tristeza, hay que agregar la tristeza de la risa que inspiran.

Era tambien digno de notar en Dagiore, cómo sus alucinaciones del oido y de la vista guardaban relacion con sus ideas pasadas.

Es sabido que las masas italianas, en su generalidad, han seguido las opiniones anticlericales que triunfaron con el hecho político de la ocupacion de Roma y la propaganda ardorosa de sus tribunos,

cumplíendose así, una vez mas, la ley histórica de la turnidad en las fases con que se ostenta el espíritu humano al sucederse las generaciones en el dominio de las sociedades.

Dagiore, pues, como la mayoría de sus paisanos, era mason.

De noche se lo pasaba en vela, paseando por el patio y el comedor, cuidando de que la casa permaneciese alumbrada, porque la oscuridad le inspiraba grandísimo terror. La familia se encerraba en sus piezas para poder dormir con alguna tranquilidad— y á la mañana cuando Dorotea y Clara se levantaban, Dagiore, con las facciones alteradas, débil y rendido se dirigia al lado de su baul y allí se acostaba como un perro receloso. Hacia, por lo menos, tres meses que no se mudaba camisa ni ropa interior y cuando Dorotea le instaba mucho, lo mas que concedia el enfermo era colocar la camisa limpia encima de la otra inmundada.

Al preguntarle su esposa ó José por qué no dormia de noche, contestaba invariablemente:

—Me persiguen una punta de jesuitas puercos y canallas: no me dejan dormir; abren agujeros en la azotea y me empiezan á hacer burla.

—Pero, tata, le contestaba José, esos agujeros quedarian.

—Los tapan: son unos brigantes: yo los he visto, pero tienen comprada á la policia.

Cárlos iba de cuando en cuando y como no veia las cosas de cerca, creia que la familia exageraba el estado de su patron, y con la esperanza de que pudiese sanar, en cuyo caso lo premiaria, y tambien porque le temia, continuaba haciéndole honrada entrega de las ganancias del Café.

Dagiore no daba un solo real para los gastos de la familia y Dorotea solia encontrarse en grandes estrecheces. Habia pedido dinero á Cárlos, pero este solo le entregó cantidades insignificantes, contestando á todas las razones que le esponian:

—Pero si yo no quiero la plata para mí. Que me diga él que les dé y yo les entrego todo.

Una mañana, Dorotea lo abordó, con este mismo motivo y por centésima vez:

—Es preciso que me des dinero para el gasto.

—No tengo.

—¡Cómo no vas á tener! ¿Quieres que vea el baul?

Dagiore rió estúpida y falsamente, como si cediera, á la fuerza de un secreto resorte; una mirada estraviada y de brillo siniestro alumbró su rostro enjuto, y muy despacio, con mucha calma, dijo á su mujer:

—Yo te voy á degollar, no te descuides.

No era esta la primera vez que la habia amenazado, por esto Dorotea continuó:

—Bueno, puedes matarme, pero á tus hijos tienes que darles de comer.

—¿Y por qué no trabajan? ¿Por qué no vendes esos muebles de la sala? ¿Acaso sirven para nada?

Así contestaba todas las objeciones, pero sin desembolsar un solo peso.

Dorotea se encontraba por esta causa con nuevos disgustos, pues las cuentas de los gastos de consumo crecian y á cada momento la importunaban exigiéndole el cobro, porque ella, pensando que Dagiore le suministraria fondos, habia ido demorando dia por dia á sus acreedores con formales promesas de pago.

Al reunirse para almorzar un mal puchero, la madre se quejó desoladamente.

—Esto no es vida, dijo, y si no quiere darnos dinero no habrá mas remedio que hacer lo que él dice— y se venderán el piano y los otros muebles.

Los ojos de José se humedecieron. Contuvo sus lágrimas y se levantó de la mesa. En su cuarto la desesperacion que le ahogaba hizo crisis, tirando las sillas y accionando presa de un furor convulsivo.

—Si, se decia, en un monólogo entrecortado: esto no es vida: aquí no se come, no se duerme, ni se puede tener la menor tranquilidad: y pensar que estamos sufriendo horriblemente cuando tata ha de tener ese baul lleno de dinero! . . .

Las angustias porque pasaba la familia Dagiore habrian terminado haciendo llevar el enfermo al Hospicio; pero Dorotea pesaba muchas razones para dilatar este hecho: su sagaz espíritu femenino la hacia adivinar los comentarios del barrio y se figuraba oír que en un círculo de conocidas exclamaba misia Mercedes:

—¿Cómo no va á volverse loco ese pobre hombre con el trato que le dan en su casa? Debe haber sufrido mucho al ver que se derrochaba su dinero y que era siempre pospuesto en las alegrías de la familia. Mas parecia un sirviente que el dueño de casa, como que siempre ha andado con el fundillo descosido y no hay ejemplo de que nadie lo haya visto una sola vez en la sala.

José tambien tenia sus escrúpulos para aconsejar se tomase esa medida: era su padre, y ademas, podria suponerse que lo inducia lo difícil de su situacion.

El dia antes, estando en la puerta del Café, habia visto pasar por la boca-calle á Carlota, acompañada de la madre y con una china sirvienta que las seguia cargando un gran bulto envuelto en diarios viejos.

Iban á llevar costuras de ropa blanca, que cosian para una tienda del centro y que las pagaban muy bien. Su primer propósito fué seguir las para tener la dicha de contemplar á Carlota; pero se contuvo, pensando acerbamente, que la jóven podria verlo en la mala facha que le comunicaba su traje usado. Por estas vergüenzas que le inspiraba su vanidad, hacia mas de tres meses que no visitaba á Carlota y ni siquiera pasaba por cerca de su casa. José no estaba impresentable, pero por no andar como antes, se figuraba que iba peor que un pordiosero. En el Registro sacaba á precio de factura géneros finisimos y se mandaba hacer trajes con sastres que eran clientes de don Guillerno, y que por lo mismo le cobraban barato. Viéndolo, bien, pues, su posicion no era estrema; pero se habia desalentado de tal modo, que no habria encontrado palabras para solicitar crédito en una sastreria: de pensarlo solamente sentia anudársele la voz en la garganta y como le debia á uno algunos pesos, se sentia violento á cada golpe que toia en la puerta de su casa.

Cuando vió á Carlota y á la madre, pensó que si hubiese seguido visitando y con franqueza las hubiese impuesto de su falta de trabajo, las dos se habrian interesado en su suerte y por sus empeños tendria ya conseguido un empleo dado por Ferreol. Sus ideas iban amoldándose á las dificiles circunstancias que se habia creado; pero sus juiciosos proyectos no pasaban de ahí: en esa cabeza de *dilettanti* no entraba la concepcion de la vida práctica, llena de dificultades y con los tenaces esfuerzos que impone, y en la cual hay que seguir . . . seguir haciendo estaciones, hasta llegar á la tumba — y hollando las marchitas flores de la ilusion que caen de la frente del pobre via-

jero de la vida junto con los girones de su orgullo.

El recuerdo fresco que tenia de Carlota y la escena del comedor le inspiraron la idea de ver nuevamente á Ferreol.

Se arregló lo mejor que pudo, y muy triste, pensando que se humillaba mucho, se dirigió á la casa del Ministro. Al llegar, su decision le abandonó y siguió de largo hasta la boca-calle. Despues volvió, algo mas tranquilo, y haciendo un gran esfuerzo penetró al zaguan. Agitó, sin resultado, varias veces la campanilla. Nadie acudia al llamado. Sin embargo, José veia pasar por el segundo patio á la mucama y á varios sirvientes. Al fin, uno de estos se decidió á venir, con un paso lerdo y revelando mal modo en su aspecto de bruto taimado.

—¿Qué se le ofrecia?

—¿Está el doctor? preguntó José.

—No recibe.

—¿Tendria la bondad de entregarle esta tarjeta?

—Es inútil; vuelva mas tarde; ha dicho que no recibe.

—Llévesela, sin embargo; nada se pierde.

Al rato volvió la mucama, la misma pretendida de Víctor:

—Dice el señor que lo vea en el Ministerio.

José, decidido á verlo y exasperado con su mala suerte, olvidó sus comezones de vanidad y preguntó á la mucama:

—¿Víctor está?

—Si.

—Hágame el gusto de llamarlo un momento.

El pobre jóven quedó en el zaguan, violento, mortificado—y sin saber qué postura adoptar ni qué le diria á su amigo.

Salió Víctor y dándole la mano lo saludó.

—Me va á hacer Vd. un servicio, dijo José: tengo necesidad de ver al doctor y si Vd. pudiese pedirle que me recibiese, le agradecería infinito.

—Estamos almorzando: si Vd. quiere esperar que concluya, crec que no habrá inconveniente.

—Esperaré; sí.

—Venga; le voy á abrir la puerta de su escritorio para que se siente.

—No; puedo quedar aquí.

—De ningun modo, — y al caminar juntos Víctor agregó:

— Pero, qué perdido anda Vd. ¿ha estado enfermo? lo noto mas flaco.

— Sí; es verdad: no solo yo he estado mal, sino que he tenido enfermos de gravedad en mi familia.

Víctor lo dejó en el escritorio y nuestro jóven quedó intimidado: á cualquier ruido que sentia hácia la puerta de comunicacion su corazon se sobresaltaba: cuarenta minutos mortales estuvo allí esperando — y apenas si su impaciencia se calmó entreviendo esperanzas que su deseo excitado le hacia soñar.

Al principio, un olor delicado de comida llegó como una ráfaga confortante á herir su olfato. Su estómago jóven se sintió estimulado y como no habia almorzado ese dia, se puso muy triste. Miró el lujoso mueblaje de la habitacion y recordó que muchas veces habia pasado por allí llevando del brazo á Carlota. Su pensamiento se volvía lúcido por momentos. ¿Por qué serian unos desgraciados y otros tan felices? Su espíritu rechazaba esas injusticias absurdas del éxito y no se las esplicaba: la lógica fatal del pensamiento se desenvolvía en su cerebro, paralelamente, á impulso de la accion refleja de su traje pobre y sus bol-

sillos vacios : en otra situacion las ideas que le asaltaran habrian sido bien distintas. — Entonces todo lo esperaba del Ministro : si le daba un buen empleo, se casaria con Carlota y lo nombrarian padrino á Ferreol. Insiguiendo la corriente dulce de estas esperanzas, se enternecia por grados, veia en el Ministro un generoso protector y pensaba — dominado por las preocupaciones del momento — agradecerle toda la vida.

Luego la idea de su pequeñez lo asaltaba : ¿qué sabia ? nada simplemente ; pero el orgullo no tardaba de nuevo en apoderarse de su cabeza de chorlito y resurgia en él la audacia y la altanería : ¿por qué no podia él llegar á Ministro alguna vez ? Se comparaba con Ferreol y le tenia lastima : ¿qué sabia el doctor ? ¿qué habia hecho ? Bah ! un rutinero á quien solo valia el título. Pensó en seguir sus estudios y hubo un momento en que se creyó ya Ministro y que su casa era tan lujosa como la de Ferreol y que un buen cocinero le preparaba platos exquisitos.

La puerta se abrió y apareció el Ministro ; plácido, rejuvenecido por el éxito y las adulaciones : correctamente vestido y restregándose las manos cuidadas avanzó con su pedante paso de costumbre.

Las ideas de José emigraron muy lejos : se paró y el corazon empezó á latirle con fuerza :

— ¿Cómo está, mi amigo ?

— Mal, señor ; empezó el jóven tragando saliva — y como viera que el Ministro lo escuchaba callado, se decidió á decirlo todo de una vez.

— Señor, — continuó con voz emocionada, — tengo á mi padre demente, mi madre está desesperada, y yo me encuentro en una posicion insostenible ; ven-

go, señor, á suplicarle me dé la mano ; debería á Vd. mi porvenir. . .

Creyó con esto enternecer al Ministro, pero Ferreol quedó impasible; á fuerza de oír cosas semejantes todos los dias, se le habian endurecido las entrañas y creia que todos exageraban sus males.

—Haré lo posible, mi amigo, no hay vacantes ahora, y las que ocurren las provee el señor Presidente, pero yo veré á este por Vd.

—Gracias, señor, contestó José desalentado. Todas sus esperanzas se habian disuelto como un copo de nieve espuesto á los rayos del sol.

—No crea que lo olvido. Hay que tener paciencia. Hágame un recuerdito y véame uno de estos dias en el Ministerio.

Las mismas palabras de antes. El jóven todavia balbuceó algunos saludos y Ferreol lo despidió con una sonrisa sin darle la mano.

Ya en la calle, una desesperacion sollozante avasalló todo su ser. Pensaba en su mala suerte y se le humedecian los ojos. De pronto sus nervios se crispaban al ver lo inútil que habia sido humillarse ante el Ministro. Todo el esfuerzo hecho, el desgarramiento de su pudor imponiéndolo de cosas íntimas y dolorosas hacia mas grande su desencanto, porque habia supuesto que Ferreol le infundiria fuerzas conolido de su desgracia y lo llevaria ese mismo dia al Ministerio.

Creyó que todas las puertas se le cerraban y que no habia asiento para él en el banquete de la vida. Este razonamiento acabó por completar su evolucion y sobre su frente mústia vino á posarse la negra idea del suicidio.

Lo tenia resuelto y bastaria un disgusto, la menor

contrariedad que irritase sus nervios para decidir la oportunidad ó acelerar la hora de la catástrofe.

Una cosa le hacia esperar, sin embargo, consiguiendo que se mantuviese alentado y con esperanzas: era esto el juego de la loteria. Seguia la corriente, el ejemplo general de la sociedad, que se habia acostumbrado á la loteria con un apasionamiento digno de mejor causa. Por otra parte, no era este mas que un signo de la perversion moral reinante, porque el juego, con cualquier barniz que se le disfrace, es y será siempre un gran robo y una práctica inmoral, que relaja las buenas costumbres—y á cuya atraccion el artesano seducido empieza por olvidar la práctica del ahorro, que significa el capital futuro: la loteria, si es cierto que enriquece á unos pocos—aunque la mas de las veces favorece á los que no necesitan—arruina á muchos en cambio y lleva el desaliento al ánimo del trabajador cuando brinda sus favores al haragan.

José compraba billetes que guardaba sigilosamente en sus bolsillos. De vez en cuando llevaba allí la mano para cerciorarse de que no los habia perdido. En otras ocasiones los estrujaba de la manera mas tierna y enamorada—y cuando tenia seguridad de que nadie le veía consultaba las suertes con estraña voluptuosidad.

Entonces forjaba verdaderos castillos en el aire.

Era de todo punto feliz en el intervalo que paladeaba estas dulcísimas ilusiones.

Con febril impaciencia esperaba la hora de ver el extracto. Su vista se enturbiaba entonces y el corazon le latia fuertemente. Emocionado, consultaba las suertes y como no le tocara ninguna quedaba el infeliz mústio y cariacontecido, postrado y deshecho por

el darroche de esperanza que habia malgastado junto con su dinero.

Pero la esperanza, que es como una ténia que se rehace de un pequeño fragmento, volvía á seducirlo. En todo el tiempo que jugó la lotería, apenas sacó tres ó cuatro suertes de diez patacones.

No era él solo el iluso mal aconsejado: toda una poblacion le acompañaba contagiada por el mal ejemplo de las alturas—y sin fuerzas en su instruccion para resistir la estraña avalancha que llevaba el descontento á todas partes; —de ahí esa pugna cruel por mejorar de posicion, esperando que un golpe de azar improvise recursos para poder pasear la vanidad vergonzante con atavíos de lujo, y ostentar triunfantes, predilecciones ociosas.

Como no tenia dinero le habia pedido prestado á Carlos; despues su reloj fué al Montepio por una bagatela y finalmente se decidió á vender sus libros.

No tenia de quien valerse y tuvo que ir personalmente. Esperó la noche, y con su carga debajo del brazo paseó como una sombra en las cercanias de la librería de viejo, esperando el momento que no hubiese gente. Entró, al cabo, con paso ligero, hizo su negocio y salió indignado estrujando unos pocos pesos sucios. Recien entonces comprendió cómo era posible comprar buenos libros por un precio ínfimo: él, que en otras ocasiones habia imaginado que continuamente se equivocaban los revendedores de libros y que no conocian el precio ó la importancia de las obras.

Dejaba allí su pequeña biblioteca; pero como ciertas petrificaciones que guardan el remedo de su forma anterior, su cerebro llevaba en ondulaciones

confusas las especulaciones de sus autores predilectos.

Una decrepitud precoz carcomía la energía de sus ideas, y su cerebro se asemejaba á una máquina cuyos engranajes estuvieran gastados.

Era un autómeta sin fuerza moral y que solo alcanzaba á reconcentrar cierta vivacidad para derrocharla en vanas lamentaciones.

Todo esto era bien lógico y concordaba con sus antecedentes. Pertenece á una generacion, educada para la fortuna, y que el primer embate de la adversa suerte desencuaderna y aniquila.

La manera como se habia modelado su ser moral, concurría tambien á echar su palada de sepulturero en esta triste desaparicion de una energía moribunda.

Ya no tenia libros; pero la esencia de ellos mal asimilada confundía su cerebro.

La filosofía le habia mostrado una humanidad de convencion reglada por resortes estraños á la naturaleza—y la literatura habia avivado con estopa sus pasiones inculcándole una nocion falsa del amor.

Tambien le habian imbuido desde la niñez ideas de religion que se hermanaban con el fanatismo y la supersticion—y al llegar á la pubertad, no estando sus facultades bien desarrolladas, ya fué dueño de infinidad de libros que imprimieron direccion opuesta á sus pensamientos. Las ideas ultra-liberales se apoderaron luego de él y vinieron á desalojar las creencias de la infancia; Cristo dejaba de ser Dios, pero el cerebro se resentía con este salto brusco y peligroso, verdadero desgarramiento de creencias adheridas al corazon.

¡ Los extremos ! . . . ¿ Puede llegar á puerto de ver-

dad un cerebro atenaceado por todos los sistemas y todos los delirios?

Luego el estudio excesivo, una meditacion continua y la amalgama de materias dificiles. Basta esto para desequilibrar una cabeza ó volver idiota á un jóven; porque el cerebro es como una máquina á vapor: no puede llegar sino hasta cierto grado de presion: si se ultrapasa ese limite la esplosion se produce y se llama entonces, —divagacion, monomania ó demencia.

Así se esplican las aberraciones de la inteligencia y se concibe la creencia en el infierno y las ilusiones de los espiritistas, porque entonces el cerebro oscila como brújula que ha perdido el iman.

De aquí resultan las vocaciones falsas, llenando con plétora de fantaseos y esperanzas la inocente cabeza de los niños.

Habia algo mas aun, que contribuia á esplicar el desesperante estado de José, y era la herencia fisiologica recibida de sus padres.

Tanto Dorotea y Dagiore como sus respectivas familias no habian ejercitado sus cerebros en muchas generaciones, y por lo tanto, no podian transmitir ninguna buena predisposicion para el franco vuelo del pensamiento.

La naturaleza no da saltos. Es preciso repetirlo una vez mas. Todo se produce por eslabones graduales. La historia misma del hombre comprueba esta verdad. Por esto, un cretino nunca procreará un ser inteligente. Cuando se ha dicho que de las clases inferiores han surgido muchos grandes hombres, ha sucedido indubitablemente que los progenitores han trabajado sus cerebros aplicando su fuerza á investigaciones humildes, pero no por eso menos fecundas

para el progreso físico-moral de la especie humana.

En la familia de José no existía hábito del pensamiento, y para que nuestro jóven hubiera podido entrar sin peligro en ciertas especulaciones del saber humano era menester que varias generaciones de los Dagiore hubieran pensado, ejercitando sus facultades intelectuales.

También hay otra observación á hacer: si recordamos cuando se casó Dagiore, en que cada noche se retiraba al tálamo postrado por el trabajo que le demandaba la Fonda y su avaricia, tendremos mas luz para darnos cuenta de la apatía horrible que dominaba á José, analizando los antecedentes de su venida al mundo en el instante mismo que fué concebido.

Aceptamos con un filósofo que no produce el hombre manifestaciones puramente físicas ni puramente morales; pero en un ejercicio manual, — el de un lustra-botas, por ejemplo, — se puede cansar la cabeza, mas este ejercicio no deja ni puede dejar huellas benéficas en el cerebro, porque no cultiva la inteligencia; el cerebro se cansa por acción refleja y porque es parte integrante del organismo.

Dagiore, lo recordamos una vez mas, se retiraba al tálamo postrado de cansancio, y como hemos apuntado, no eran solamente sus miembros los fatigados, porque los centros nerviosos, irradiando al cerebro esa postración, hacían que el cansancio se comunicara á su alma, por decirlo así.

Ahora bien: ¿no está perfectamente comprobado que los hijos se resienten de la situación en que se encuentran sus padres en el momento de concebirlos? Si el temor domina á los progenitores en ese instante ó uno de ellos se encuentra borracho, resultará se-

guramente un ser débil y predispuesto á infinidad de enfermedades.

Dorotea asustada y Dagiore rendido por la fatiga, al darle la vida á José, le transmitieron esa debilidad que podríamos llamar del momento funcional, agregada á la debilidad congénita de sus cerebros toscos.

¿Qué extraño, pues, que José, mientras no sintió penas ni privaciones viviera como una planta de invernáculo? Su energía anterior era producida por el calor del medio ambiente y podría compararse con el primer efecto de la embriaguez, en que el beodo se siente alegre é inteligente á la primera copa y apurando otras—valdria decir en nuestro caso, entrando á lo hondo de los conocimientos humanos ó á etapas dolorosas de la vida—se turba y pierde la razon.

Así continuó el infeliz: pensando en la lotería para salir de su situacion y acariciando á ratós la idea del suicidio: se habia colocado en la pendiente funesta y muy poco le faltaba para caer en una degradacion fisica y moral de la cual ya no seria posible liberarse.

El carácter de Dorotea se habia vuelto insoportable y por la menor cosa se encolerizaba.

De todo sacaba pretesto para renegar media hora.

Cuando golpeaban la puerta de calle era un fandango la casa: corrian todas de un lado para otro, cerraban postigos, se asomaban y volvian á esconderse, mientras Dorotea chillaba :

—Vds. nunca están vestidas y yo tengo que ser para todo.

José se iba al Café—y empezó un dia por comer con Cárlos, hasta que se quedó á dormir una noche allí ; despues pasaron semanas sin que se le viese por su casa.

Dagiore seguía mal. Ahora le había dado por subir á la azotea, desde donde insultaba á los vecinos diciendo que le hacían agujeros en el techo de su cuarto.

En vano Dorotea escondía la escalera. La pared de la letrina era baja y él subía por ella haciendo escala con un cajón y una silla.

Una de estas ocasiones la aprovechó Dorotea para limpiarle el cuarto, que estaba inmundo, á tal punto, que de la puerta se percibía mal olor.

Victoria y Clara se encargaron de barrerlo y Dorotea con su otra hija pasaron á las primeras piezas.

Estaban las dos jóvenes terminando la tarea, cuando sintieron una voz desabrida que gritaba :

— ¡ No les he dicho que no tienen que entrar ! Yo les he de dar que obedezcan á los jesuitas, — y con las facciones alteradas y presa sus miembros de una agitación convulsiva, no atinaba á bajarse.

— ¡ Salgan, les digo ! volvió á gritar.

Victoria salió al patio y le replicó de mal modo.

— ¿ No ves que es para tu bien ? tienes el cuarto peor que un chiquero.

Dagiore, descompuesto, no oyó mas : apuntó con un revólver Bulldog que nadie en la casa sabía que tenía é hizo fuego, disparando sus cinco tiros.

Victoria corrió, pero ya tarde : una bala la había rozado el brazo izquierdo. En la puerta del comedor encontró á su madre y á su hermana, allí confundieron sus gritos de espanto y la joven se desvaneció al ver sangre en la manga de su bata.

La casa se llenó de gente y acudieron vigilantes atraídos por las detonaciones. Dagiore ya había bajado y estaba golpeando á Clara, que de miedo no se decidió á salir de la pieza. Les fué fácil tomar á Da-

giore, aunque él hacia grandes esfuerzos por desasirse de los brazos que lo sujetaban.

Lo llevaron á la Comisaría; un vecino fué por médico y volvió con Catay, por ser el primero que encontró: la herida felizmente no era de gravedad; fué fácil contener la sangre y vendaron el brazo á la jóven. El susto le habia movido el vientre, lo que prueba una vez mas que en la pobre naturaleza humana andan muy cercanas las cosas trágicas con las ridiculas.

Cuando se serenaron un poco los ánimos, Clara, ostentando todavía algunos moretones en la cara, fué al Café á buscar á José. Le impuso de lo que sucedia y este llegó corriendo.

Se determinó llevar al Manicomio á Dagiore. El mismo Catay espidió el certificado; y José, con dos vigilantes, lo acompañó hasta el Hospicio. Allí el antiguo fondero tal vez encontraria á su ex-socio Vincenzo Petrelli.

Al poco tiempo, confundiéndose mas sus ideas, — al pensar que lo habian robado, deliraba con el objeto á que destinaba su dinero y reclamaba en todos los tonos aquel famoso hotel, que solo estaba en su cabeza.

Catay, hablando esa tarde con don Isidro, decia:

— Esto es efecto del golpe que le dió el Mayor Paz, — demostrando con tales palabras sus escasas dotes de observacion.

La familia Dagiore fué entrando poco á poco en vida normal, ya repuesta de sus intranquilidades anteriores.

El misterioso baul fué abierto: contenia alguna ropa, pedazos durisimos de pan, manojos de lana, cascotes... y muchas otras cosas que habia juntado

su dueño por la calle : despues, en un rincon, envueltos en fragmentos de diario, trece mil y pico de pesos papel, junto con una libreta del Banco de la Provincia, que acreditaba setenta y dos mil pesos de igual moneda.

Fué una decepcion para toda la familia, porque creian á Dagiore mas rico.

Dorotea vió á un abogado — y se dictó la declaratoria judicial de demencia, nombrándola á ella curadora de los bienes ; porque de otra manera no hubiera podido sacar el dinero del Banco.

José vigilaba el Café y manejaba el dinero que entraba.

Su energia reaccionó por esta causa. Dagiore alquilaba á una familia los altos del Café : tres piezas muy hermosas : José hizo desalojar á los inquilinos y se instaló en ellas.

A Dorotea le agradó esto : queria estar sola á su vez y desquitarse con sus hijas de las privaciones anteriores.

XI

Hacia pocos días que Dagiore estaba en el Manicomio, y ya su familia parecía resignada de semejante desgracia.

Los primeros días Dorotea y sus hijas solo hablaban de él, pero luego perspectivas más risueñas dieron rumbo opuesto á sus pensamientos.

José se había mandado confeccionar un traje de yaquet. Dominado por una fiebre loca de derroche no reparaba en precio para las compras que hacía. Amuebló regularmente las piezas y volvió á llenarse de libros.

Parece que deseaba desquitarse de las privaciones sufridas anteriormente.

Ahora satisfacía su pasión por la lotería de una manera inconsiderada.

Vigilaba mucho á Carlos, y al principio pensó en despedirlo para vengarse de las veces que le había negado dinero, pero encontró dificultades al buscar quien lo reemplazara. No se le ocultaba tampoco, que el dependiente de Dagiore conocía á la clientela, y que por lo tanto, sabía á qué personas se podía fiar, pues el consumo dado al crédito importaba casi la mitad de las utilidades que dejaba el Café. No hubo pues innovación en esta parte, y el negocio siguió su marcha de costumbre.

La mayor parte del día la pasaba José en sus ha-

bitaciones, acompañado de sus libros, de buenos licores y mejores cigarros.

Meditaba muchas cosas y la idea del Registro venia de vez en cuando á halagarlo dulcemente.

Luego pensaba que era poco el dinero de que podia disponer, pero se aquietaba creando en su imaginacion un socio con mayor capital.

Todos eran sueños y proyectos sin arribar á nada práctico y concluyente.

La imágen risueña de Carlota se asomaba tambien á sus recuerdos y entonces se devanaba la cabeza por encontrar un medio fácil para regularizar su vida y reconquistar su posicion anterior.

Tan pronto ideaba escribir á la madre como presentarse de nuevo en la casa.

Borroneaba papel y luego rompía lo escrito.

No encontraba una excusa que lo satisficiera, y en el mayor desconsuelo, concluía por pensar que misia Carlota le impediria ya para siempre que visitase á su hija.

Entonces se paseaba á grandes pasos por la habitacion. Se confundia y aturdido salia á la calle. Vagaba, se aburría, entraba á comer á algun Restaurant de moda, pedia los mejores vinos, daba una exorbitante propina al mozo y volvía á salir con una ansiedad loca. sintiendo un vacío en el alma, rabioso de no encontrar un conocido. Pasaba por lo de Carlota, iba á la iglesia, á todas las partes en que suponía podria encontrar á la jóven, y nada; parecia que á Carlota se la hubiese tragado la tierra. De nuevo tornaba á sus habitaciones, disgustado de encontrarse solo.

La vida civil moderna es monótona y de una disciplina de cuartel, y es el trabajo el único agente que

puede moderar los espasmos de una actividad que desborda sin aplicacion útil.

La ociosidad de José era la causa del cansancio que sentia. Ya no alcanzaba á leer una página de cualquier libro sin bostezar.

Como de costumbre, se paseaba intranquilo y febriciente por la habitacion; cuando sintió que golpeaban la puerta.

—Adelante! dijo.

Era Clara que venia á traerle una carta que habian llevado para él á casa de Dorótea.

La tomó—y despidió á su antigua niñera.

José rasgó el sobre y se puso á leer. A medida que fué recorriendo las líneas sus ojos recobraban cierta animacion.

Al concluir de leerla, puede decirse que se sentia alegre.

Se restregó las manos y exclamó :

—Vaya! esta noche sabré muchas cosas.

La carta decia así:

Señor don José Dagiore.

Mi querido José: Al fin pasé el rubicon. Este año los exámenes han principiado muy temprano á causa de que habia muchos estudiantes y los viejos parece que quieren salir al campo. No ha sido poco el susto, pero pasé perfectamente. Dentro de quince dias mi tesis estará impresa.

Andres tambien está de plácemes. Se ha recibido de farmacéutico y don Isidro, que está por abrir una Botica muy lujosa en la calle de Victoria, le ha dejado á partir de utilidades la que tú conoces en la calle de Cuyo.

Festejamos estos dos *acontecimientos* esta noche con un *peludo* y otras yerbas.

Espero que no dejarás de venir con eso celebramos la despedida que hacemos á la vida de estudiantes. Será la última, porque ya vamos á entrar á la vida séria. No te rias.

Si nuestros quehaceres nos han tenido alejados estos últimos meses es preciso que nos reconozcamos esta noche amigos hasta la muerte. Seremos cuatro no mas, Andres, tú y Victor: al pobre Guillermo lo extrañaremos, pero qué vamos á hacerle.

Punto de reunion: Café Tortoni, á las ocho.

Te abraza—

Juan Diego.

Cosa estraña. José al imponerse de esta carta no pensó mas que en Carlota. Hablaria de ella con Victor. Ya antes habia cruzado esta idea por su mente, pero le incomodaba ir á buscar al hijo de Ferreol. Así es, que ahora que se presentaba espontánea la oportunidad, quedó lleno de alegría.

Comió temprano y se echó al bolsillo todo el dinero que tenia: cerca de diez mil pesos. Consultó el reloj y vió que todavía no era hora de acudir á la cita. Fué á hacerse afeitar y compró en la Peluquería una corbata, que estrenó, tirando la que llevaba puesta.

Al salir de aquí se dirigió al Café Tortoni. Habria andado una cuadra cuando se cruzó con una mujer que pasó por su lado como una sombra. Se dió vuelta el jóven y reparó que la misma cosa habia hecho ella. Avanzó entonces y con alguna dificultad reconoció á Amalia.

Tanto esta como él estaban muy cambiados.

José no era el de antes: la fiebre de las pasiones

habia impreso huellas profundas en su rostro: tenia ahora un color amarillo y los ojos lánguidos y marchitos; estaba, ademas, muy flaco. Amalia notó esto último.

—Qué delgado estás, pichon,—le dijo.

—Sí: he estado enfermo.

—Se conoce.

—¿Y tú qué haces?

—Tambien he andado de desgracias: vivo sola ahora; pero siempre puedo servir á los amigos.

—¿Ya no tienes la casa?

—¡Qué tiempo! Hace ya mas de dos meses.

—¿Y Josefina?

—La pobre ya está dada de baja.

—¿Como?

—Ha seguido muy enferma de la vista: no queria escuchar mis consejos: últimamente se agravó mucho y como todos se le iban retirando empezó á beber como una bárbara: es cierto que siempre le habia gustado el trago; esto no es malo, pero no hasta caerse y hacer escándalos como le habia dado. En conclusion, te diré que tuvimos que reñir. Nos separamos, el peluquerito no la socorrió y fué á curarse al Hospital. Me han dicho que los médicos la operaron, pero no sé mas.

—¡Pobre Josefina! balbuceó José conmovido. Miró con desprecio á Amalia y abrevió palabras para cortar el diálogo.

—Si me necesitas, ya sabes, vivo ahora en la calle de Tucuman N°. . . .

—Bueno, adios.

A José no le fué fácil reconocer á Amalia porque andaba bastante bien arreglada: llevaba un vestido de satiné negro muy rico, que se confundia con la

seda: la bata era muy adornada con buches y puntillas; pero se comprendia que deseaba engañar, pues ocultaba las espaldas y el talle con un pañuelo grande de merino.

Cuando se separó de José entró á la primera casa de buena apariencia que encontró. Con inaudita audacia pegó dos fuertes golpes al llamador.

Era la sesta ú octava vez que repetia esta escena en ese dia.

Preguntaba por la dueña de casa y al aparecer ésta sacaba varias alhajas, y con tono compungido decia:

—Señora: una pobre viuda que tiene siete hijos me ha encargado que le venda estas prendas: las da regaladas por la necesidad que tiene, si á Vd. le interesa alguna hará una buena compra y una obra de caridad.

La señora, mujer al fin, se entusiasmaba, iba con las consultas adentro y compraba algo; la mas de las veces sucedia esto, porque Amalia tenia buena vista para abordar las casas; sin embargo, en los casos negativos la astuta mujerzuela no se desconcertaba y con palabras muy comedidas emprendia la retirada é iba con la oferta á otra parte.

Todas estas alhajas que estaba vendiendo, procedian de robos efectuados por su querido y garantías dejadas por muchos jóvenes cuando ella estaba al frente de la casa de tolerancia.

A las ocho y media entraba José al Café Tortoni.

Juan Diego y Andres, que ocupaban una mesa, lo llamaron.

—Así me gusta, dijo el primero: no te hubiera hablado mas si dejabas de venir.

—Aquí estoy á las órdenes de Vds.: hagan de mí lo que mejor quieran; soy materia dispuesta.

—¿Qué vas á tomar?

—Una goma con soda.

—Estás muy flaco, le observó Andres.

—Hombre, debe ser cierto, pues todos me lo dicen. Sin ir muy lejos, acabo de encontrar á Amalia y me dijo lo mismo.

—Hace tiempo que ha cerrado la casa, dijo Andres.

—Esta tarde recién lo he sabido. Me dió muy malas noticias de la pobre Josefina: la han operado en el Hospital.

—Pues sabes poco, replicó Juan Diego; ha salido del Hospital completamente ciega.

—¿Estás seguro?

—Hablé de ella el otro dia con el practicante interno del Hospital, la conocia de tiempo atras, y segun parece, Josefina no le habia dejado muy gratos recuerdos.

—Pobre! no pueden figurarse la impresion que me causa su desgracia. Desearia llevarle algun socorro. ¿No saben Vds. dónde la encontraria?

—Es dificil.

—Por Amalia tal vez se sepa algo.

—No es el asunto para afligirse tanto, tambien, exclamó Juan Diego.

—No debe ser uno así, contestó José, algo le debemos viendo bien las cosas.

—Sí, algunas reliquias.

—Te acepto, pero no me negarás que uno de nosotros, es decir, de los muchachos que solicitaban sus favores, alguno la clavó á ella primero.

—¿Y tengo yo la culpa de que se haya espuesto de esa manera?

—No, pero nada perderias compadeciéndola.

—Dejen de discutir, dijo Andres—y consultando su reloj, agregó: las nueve menos doce; caramba; tarda Víctor.

José volvió á la carga con nuevos argumentos. Recordó un pasaje de Rolla y comparó á Josefina con María; despues agregó con énfasis:

—Te diré con Víctor Hugo: no insulteis á la mujer caida!

—Basta, por Dios, interrumpia á ratos Andres: que se dé el asunto por suficientemente discutido.

En esto apareció Víctor, acompañado de un abogado calavera que conocian bastante nuestros jóvenes.

—Hola, doctor: ¿Vd. por acá?

Cambiaron saludos y los recién llegados tomaron asiento al rededor de la mesa.

José se puso á hablar con Víctor.

Preparó el camino, le siguió en una conversacion sin interés, hasta que al fin, preguntó por Carlota.

—Hace tiempo que no la veo, pero sé que está buena. ¿Vd. todavía tiene interés por ella?

José se puso muy pálido y maquinalmente se le salieron estas palabras de la boca:

—Oh! siempre, siempre!

—¿Cómo me habian dicho que Vd. ya no visitaba?

—Ah! seria preciso que le contara muchas cosas: he tenido á mi padre muy enfermo y yo mismo.... despues le contaré á Vd. todo.

—Puedo darle una buena noticia entonces. Carlota fué á varios de los recibos que se dieron en casa, y cómo Vd. no estaba, otros se aprovechaban; porque

parece que la prenda es muy codiciada: entre estos. Burgos era el mas entusiasta; la pidió formalmente y sé que lo desahuciaron de la manera mas fea, aunque con bonitas palabras.

—¿De veras? preguntaba José, no dando crédito á lo que oia.

Despues se franqueó mas y le espuso su perplejidad de volver á la casa.

— Eso es lo de menos, dijo Víctor: siento que se hayan suspendido los recibos en casa porque allí se presentaria la oportunidad para que Vd. se disculpase con mi tia, pero no nos hemos de ahogar en tan poca agua: yo lo acompañaré y le haremos una visita á mi tia.

José quedó enajenado: de buena gana hubiera ahogado con un fuerte abrazo á Víctor.

¡Y cosa estraña! Pensaba en la desgracia de Josefina, se llenaba de júbilo al ver cercano el momento de reanudar sus relaciones con Carlota—y estas dos cosas, que podrian haberle inspirado la idea de separarse de sus compañeros, le producía una fiebre nerviosa, ansias de embriagarse y de hacer locuras en las casas de tolerancia.

Esta aberracion se producía tambien en los otros jóvenes.

—¿Qué hacemos aquí? dijo Juan Diego.

—Salgamos, entonces, contestó José.

—Yo los dejo, exclamó el abogado.

—De ninguna manera, replicó Juan Diego: Vd. viene con nosotros.

—Es que tenia que esperar aquí á un cliente.

—Déjese de eso: mañana tendrá tiempo para atenderlo.

—Pero vamos á ver; yo no me entrego así no mas: espliquenme su programa.

—En dos palabras: recorrer la costa: cenar donde diga la mayoría y llenar los claros imprevistos del modo mejor que se pueda.

—Bueno; los acompañaré, pero no toda la noche: pasaremos primero por casa, no los detendré un instante; tengo que cerrar allí mis piezas y apagar la luz que habia dejado encendida.

Salieron los cuatro y se dirigieron á la casa del abogado, que estaba cercana.

No quisieron entrar los jóvenes y esperaron en el zaguan.

El doctor entró, arregló algunas cosas, tomó su revólver y todo el dinero que habia en uno de los cajones de su escritorio.

Volvió á reunirse á la pandilla y siguieron calles abajo.

—Si Vds. quieren, dijo el abogado, yo los guiaré.

Convinieron y poco despues se encontraban en una casa clandestina de tolerancia.

Salieron de esta y fueron á otra — y así recorrieron en poco mas de dos horas cuatro ó cinco casas.

En la última que entraron produjeron un pequeño barullo y el rufian, por mandato de la madama, fué á desatar el perro.

En muchas casas de tolerancia tienen un mastin de aspecto poco tranquilizador, escondido en el fondo, y que desatan en momentos de conflicto para intimidar á los barulleros.

El que nos ocupa estaba muy enseñado: olfateaba como un tigre y no cesaba de gruñir.

El rufian lo entró á la sala, reteniéndolo con sus os manos de la cadena.

—Hagan barullo y verán, gritaba la madama encolerizada.

Nuestros jóvenes, que ya habían apurado algunas copas, no revelaban el menor asomo de temor. Sin embargo, obedeciendo á un impulso instintivo de propia conservacion, treparon á las mesas.

El abogado así trepado parecia un orador de plaza pública ó mas bien un reniador, porque para mayor semejanza sacó su rewólver.

—Suelta el perro, roñoso innoble, le gritó con voz tremenda, ó te parto el cráneo.

Se convenció la madama que no le seria posible imponerse á los jóvenes, y entonces empezó á tocar el pito llamando á la policia.

El rufian se llevó el perro. Entonces Andres se acercó á la madama y pidió que les abriera la puerta.

—¿Y el gasto? ¿quién lo paga?

José y el abogado se precipitaron furiosos.

—¿Qué se ha creido Vd.?

—¿Por quién nos ha tomado?

—Ahí tiene plata, cóbrese.

—Déjeme á mí, á mí me toca.

Todos peleaban por pagar y al fin venció el abogado.

Cuando salieron de aquí fueron á cenar. Pidieron los mejores vinos y un poco despues de la una, habiendo pagado José una cuenta exorbitante, decidieron ir á tomar mas Champagne á lo de Luisa.

—Vamos, entonces, dijo Victor.

—No, espera, replicó José, mordiendo un habano: mandemos al mozo que nos traiga un carruaje.

La idea fué aprobada y cuando llegó el vehiculo subieron los cuatro y dieron la direccion al cochero, que ya se la presumia.

La casa de Luisa estaba como de costumbre con bastante concurrencia.

Juan Diego tomó á María, la húngara, y Víctor, estragado de placeres, optó por conversar con Irene.

El abogado y José continuaron una célebre discusión filosófica que habian iniciado mientras cenaban.

El doctor defendia á Schopenhauer y José á Leopardi, dando cada uno mas mérito á sus respectivas simpatias, pero conviniendo en las conclusiones á que arribaron ambos.

—¿Pero cómo me quiere comparar Vd. á un poeta con un filósofo?

—Ahí está, objetaba José: Leopardi tiene mas mérito porque ha cantado al dolor humano sin pretender hacer sistema.

—Luego eso no es filosófico, ni científico: es, se puede decir, acertar por carambola,—y en su entusiasmo puso su flamante galera sobre la mesa, dejando ver una calvicie prematura. Cosas de la vida: Vénus y las Pandectas lo habian rapado un poco.

En seguida, agregó:

—Pero precisemos: ¿ha leído Vd. las obras de Arturo?

—¿De quién?

—De Arturo Schopenhauer; yo le llamó así.

—Hombre, no le conocia el nombre de pila: he leído extractos y despues la Filosofia de lo inconsciente de su discípulo Hartman.

—Es preciso que Vd. lo lea: ahí aprenderá la ciencia de refutar, porque Arturo deshizo con su talento las teorías de Fichte, Schelling y Hegel. Su mejor obra es «La raíz cuadrada de la proposición de la razón suficiente».

—¿Cómo? dijo Juan Diego, que habia oído algo.

El doctor volvió á repetir el título.

—Hijito, se me erizan los cabellos : madama, que me traigan una copa de la proposicion de raiz cuadrada.

José mismo tuvo que reir.

Entonces Andres, dijo terciando:

—Dejen esas discusiones para otra oportunidad.

—Para ninguna, repuso el abogado: con Vds. no se puede discutir sériamente: á ver una lora que quiera venir conmigo, agregó, dirigiéndose á las mujeres que habia en la sala.

—Eso es lo mejor, replicó José, llamando á la galleguita.

Habia una nueva mujer en este serrallo público, una lindisima jóven alemana; era muy preferida y acertó á entrar en ese instante.

El doctor, que ya tenia noticia de ella, se adelantó y la tomó del brazo, chasqueando de esta manera á otros mas tímidos que la esperaban desde horas antes.

La sentó en sus rodillas y empezó á conversarla : pero aquí surgió una dificultad : la alemana no poseia el español.

Con una sonrisa amanerada se limitaba á decir :

—¿Pagas cerveza?

No sabia mas.

El abogado no se acobardó: recordó sus locuras de estudiante parrandero é hizo un esfuerzo para recordar unas cuantas palabras en aleman que habia estudiado, y que en otros tiempos eran su caballo de batalla en las casas de tolerancia y con las cuales despertaba la hilaridad general.

Así es que contestó con una voz precipitada:

—¿Cerveza? Maerz august eins vier söntag montag dinstag domerstag neun zhen sieben acht!

Esto queria decir: marzo, agosto, uno, cuatro, domingo, lunes, martes, miércoles, nueve, diez, siete, ocho.

El doctor se escedia á sí mismo: de todas partes le saludaban con aclamaciones de risa.

El entonces volvia á vomitar una nueva combinacion de meses y de fechas, recorriendo las diversas escalas de la entonacion.

Usando las mismas voces hablaba melifluamente ó se hacia el irritado, con la sola diferencia de que cuando se resolvia á elevar el tono se acompañaba de frecuentes estornudos, por lo cual usaba entonces con mayor frecuencia la palabra *acht*.

La misma alemana reia de la ocurrencia.

En esto fué llamada desde el patio por Luisa.

El abogado creyó que seria para advertirle cualquier bagatela ó darle una lata, pero al poco rato la madama llamó á la galleguita, la cual estaba con José.

Nuestros jóvenes se alarmaron entonces y Andres, que se asomó á la puerta que daba al patio, dijo:

—Los han fumado.

—¿Por qué?

—Han entrado á la sala reservada.

—Eso no podemos consentirlo, gritó el abogado.

—Lo que es yo, agregó José muy pálido, voy á sacarla de allí.

—Bien, hermano, yo te acompaño, le contestó Juan Diego.

—Es claro, eso debemos hacer, opinó Víctor, ¿que acaso pueden ser mejores que nosotros los que están

en la sala? Bah! me parece que los veo; algunos viejos eunucos y crápuas.

Bastante mareados por la bebida salieron al patio.

En él encontraron á Luisa :

—¿Qué es eso? se van.

—Oiga, madama, dijo el abogado: hemos recibido un gran desaire y Vd. lo va á pagar.

Quiso Luisa aplacarlos, pero todo fué en vano.

Entonces puso en práctica su conocido recurso, haciéndose la enérgica.

—Pues yo mando aquí y si no les gusta, ahí está la puerta.

No bien acabó Luisa de decir estas palabras el abogado la derribó de una bofetada.

—Adelante, muchachos! dijo —y atropelló la puerta de la sala reservada.

Los cuatro se precipitaron por ella.

Luisa entre tanto se habia levantado furiosa y gritaba :

—Bautista, toca el pito; fuerte, fuerte, y con gran arrojó siguió á los jóveñes.

En la puerta chocó con Víctor que salia con la cara muy asustada.

Irene, que estaba en los cuartos de arriba, oyó el alboroto y las voces, y práctica en estos casos comprendió que algo grave sucedia y corriendo á un balcon de la calle empezó á llamar con un pito á la autoridad.

Veamos lo que pasaba en la sala reservada.

El abogado habia entrado con su rewólver en mano y lo mismo le sucedió á José que enseñaba el Bulldog, que ahora le pertenecia, el mismo con que Dagiore hirió á Victoria.

Pensaban pelear y dar algunos mojicones á la

galleguita y á la bella alemana, pero cuál no sería la gran sorpresa que los sobrecogió cuando se encontraron con el doctor Ferreol, Catay y dos diputados por provincias, siendo uno de estos aquel pedante que en todo metía al Presidente.

Los jóvenes contuvieron sus bríos — y Víctor al reconocer á su padre no pensó mas que en disparar.

El Ministro, Catay y los diputados se asustaron al principio, pero el primero que se repuso fué Ferreol al reconocer á los jóvenes.

— Víctor! gritó; pero su hijo solo pensó en desaparecer.

El abogado se acercó á Ferreol y le esplicó el desaire que les habian hecho.

— Señor, le dijo el Ministro, ya con su sangre fria habitual: no pido esplicaciones.

— Pues nosotros tampoco las damos, replicó encolerizado José, mortificado de ver que ni en ese trance perdía Ferreol su altanería: y Vd., caballero, agregó dirigiéndose al diputado que siempre hablaba del Presidente, — me dará una satisfaccion, porque esa mujer que está con Vd. estaba comprometida conmigo.

— Llévésela, señor, yo no tengo que ver nada con ella: aquí la han traído sin yo saber, contestó el diputado con voz insegura.

— Dagiore, dijo Catay, como amigo le pido que sea prudente: mire que va á comprometernos.

Un vigilante ya estaba en la ventana, y como no se atrevia á entrar solo, llamaba á otros tocando furiosamente su pito.

— Muchachos, dijo José, de todas maneras vamos á ir á la Comisaria, pues que nos lleven entonces con razon, y uniendo la accion á la palabra tomó de un brazo á la galleguita.

— Yo te voy á enseñar, loca del diablo, le dijo.

Luisa se abrazó de él pretendiendo quitarle el revólver, pero Juan Diego le dió una patada feroz que obligó á la madama á dejarle.

El abogado por su parte arrastraba á la alemana. Ferreol sumamente disgustado se apartó con su grupo á un extremo de la sala.

Nuestros jóvenes por cierto rumor que oían comprendieron que los agentes de la policía se acercaban y pretendieron ponerse en salvo.

Era ya tarde. Salieron al patio con girones de vestidos en las manos.

Se dirigieron á la sala general, que estaba solitaria. Al principio del barullo los que se encontraban allí habían ido á ocultarse en los dormitorios.

—Estamos perdidos, dijo Juan Diego.

—Hagamos zafarrancho, entonces, propuso el abogado.

José empezó: volcó la mesa: Juan Diego abrió la tapa superior del piano y arrojó allí varias copas y botellas.

El abogado, no queriendo ser menos, cogió otra botella y la apuntó al gran espejo que al quebrarse en varios pedazos produjo un gran estrépito.

El rufian se había escondido y Luisa no se animaba á abrir la puerta de fierro temiendo que alguno de los jóvenes le disparase un balazo.

Los agentes de la policía empujaron con violencia la puerta, pero no les fué posible abrirla. Entraron entonces por la casa del lado seis vigilantes con un oficial.

Los barulleros se encerraron en un cuarto y cuando bajaron los vigilantes ganaron las azoteas vecinas. Ponían en práctica el sálvese quien pueda. Un

vigilante que habia quedado de centinela los vió y les dió el grito de ¡alto!

Como no obedecieran hizo un disparo al aire para contenerlos.

—Eh! no sea bárbaro, gritó el abogado deteniéndose.

—Alto ó lo mato! volvió á gritar el agente.

Vinieron otros á los gritos y consiguieron tomar al abogado, á Andres y á José.

Luisa entre tanto, llegaba con tres vigilantes de los que habian bajado a patio.

A Juan Diego no se le encontró.

Resultó para los tres presos una coincidencia feliz: el oficial de Policia era intimo amigo del abogado y habria por él perdido hasta su empleo.

—¿Qué es lo que ha pasado? le preguntó.

El abogado empezó á hablar, pero Luisa lo interrumpia á cada momento: todavia se resentia dolorosamente de la bofetada, del puntapié y de sus muebles rotos.

—Cállese, señora, decia el oficial: no puedo atender á dos á la vez.

Pero esto era imposible para Luisa. Entonces el oficial llevó aparte al abogado.

—Tienes que venir á la Comisaria; caramba! se precisa no tener el menor juicio para hacer esto.

El abogado le impuso, al fin de todo.

—; El doctor Ferreol! dijo.

—Si, ahí está ó ha estado, agregó el abogado: él ha sido el causante de este alboroto, porque por él se llamaron á nuestras compañeras: es preciso que nos acompañe á la Comisaria lo mismo que la madama y las loras.

—Estas últimas irán, pero un Ministro!

—Y dos diputados nacionales.

—Sopla!

El oficial se acercó á la madama y le preguntó si estaban los otros señores en la sala.

—Si, contestó Luisa, pero ellos no tienen ninguna culpa.

—Voy á verlos.

Ferreol no temia que lo viese la policia, pero si hubiera podido evitarla le habria agradado mas.

Así es que cuando entró el oficial, lo llevó aparte y le dijo:

—Usted ya sabrá el escándalo que acaba de pasar: es inaudito y haré valer mi influencia para que se castigue á los promotores. La policia tambien tiene su parte y no cumple con su deber.

— Señor! exclamó el oficial al ver la arrogancia de aquel magnate, que no reparaba en su crítica posición para hablar tan soberbiamente.

—Si, continuó Ferreol, que antes que todo era abogado y sabia encontrar una puerta de escape en los trances mas difíciles: ¿sabe Vd. por qué me encuentro aquí?

El oficial no pudo menos que sonreir y contestó por contestar:

—No, señor.

—Pues sepa que he venido tras de un hijo mio, menor de edad y que la policia debia impedir la entrada á estas casas.

—Señor, dijo el oficial: el Reglamento de la Prostitucion permite la entrada á los jóvenes desde la edad de diez y seis años: no es, pues, que la policia falte á su deber.

—Está bien, contestó Ferreol, lleve Vd. presos á

esos tres individuos: faltan dos mas que yo mañana los haré prender.

Luisa le habia noticiado que á Víctor y á Juan Diego no habia sido posible tomarlos.

El oficial salió y volvió á conferenciar con su amigo el abogado.

— Ah! decia este, él no va, pues bien, yo me resisto y tendrás tú que ordenar que me den de sablazos.

— Sé sensato: yo tengo que respetarlo porque es un Ministro.

— Te equivocas; todos somos iguales ante la ley y él no tiene inmunidades y aunque las tuviera ha provocado un escándalo y ha incurrido en delito que merece pena corporal.

— Además, alega que ha venido para sacar á su hijo.

— ¡Qué cinismo! Vaya un lindo modo de buscar á su hijo, haciendo sentar en sus faldas á una ramera como yo lo he visto.

— Bueno: hagamos de esta manera: yo hago despejar en la calle que hay algunos curiosos y tú me acompañas en seguida con tus compañeros y en la bocacalle los abandono.

— Aceptado.

— Pero con la formal promesa de no volver aquí y de que si mañana los llama el Comisario concurrirán.

— Perfectamente, hermano, y te lo agradezco. . . . ya sabes.

— Lo que sé es que hago esto bajo mi sola responsabilidad.

— No tengas cuidado.

Ordenó el oficial á dos vigilantes que hicieran despejar y al rato salió con su amigo, José y Andrés.

En la boca-calle los despidió volviendo á recomendarles mucho juicio y aconsejándoles fuesen á sus casas.

Volvió á la casa de tolerancia y entró á la sala.

Durante su ausencia habia sucedido lo siguiente:

María, la húngara, llegó á medio vestir buscando á la madama.

Le habló en aleman, pero por el modo como lo hacia comprendió Ferreol que estaba asustada.

Preguntó qué habia y Luisa le dijo que un hombre que estaba en el cuarto de María, al saber que en la casa habia acudido la policia queria darle mucha plata si lo escondia ó lograba hacerlo salir sin ser visto.

La pobre húngara se figuraba que era un asesino, revuelta su cabeza con la vista de tanto vigilante, y por esto le habia hecho muchas promesas con tal de separarse de él. Agregaba que por nada volveria á su cuarto.

Ferreol, suponiendo que fuese Juan^o Diego ó Victor y no cayendo en cuenta que María los conocia bien, llamó un vigilante, pero como entrara en ese momento el oficial le pidió que trajese al hombre que tanto habia asustado á la húngara.

Fué este y encontró á un ser inofensivo: le clamó por el cielo y la tierra que lo dejara; por último se dió á conocer. Con todo, el oficial fué inexorable: queria en algo quedar bien con el Ministro.

¡ Cuál no seria la sorpresa de Ferreol al ver entrar al oficial acompañado de un sacerdote muy conocido en Buenos Aires y que se distinguia por la ampulosa retórica de sus sermones !

El Ministro del Señor bajaba los ojos confundido.

Luisa lo reconoció en el acto por uno de sus bu

nos marchantes: ese sí que no hacia barullo y pagaba bien: todo lo que sabia de él era que entraba bastante tarde y conforme le abrian la puerta de fierro disparaba á uno de los primeros cuartos: desde allí se entendia con el rufian ó con Luisa; pagaba adelantado y doblando el estipendio de costumbre: despues esperaba la compañera que le deparaba la casualidad. Iba tan bien vestido de particular que ocultaba perfectamente su profesion.

Ferreol se compadeció de él y dijo al oficial que lo dejase partir.

En seguida salió él con Catay, que reia á mandíbula batiente,—y los dos diputados que no se fueron satisfechos sin ver los destrozos de la sala general.

El carruaje partió para la casa de Catay. Era de alquiler y el Ministro se bajó allí para continuar á pié hasta su casa. Los diputados siguieron en él hasta el Hotel en que paraban.

Catay acompañó al doctor Ferreol hasta su domicilio.

El Ministro estaba por demas incomodado. Se arrepentia bien de veras de haber cedido á las instancias de los diputados, que fueron los que le arrastraron á dar ese paso.

A las once y media de esa noche se encontraba el Ministro muy afanoso consultando enciclopedias, á causa de haberse embarullado en un capítulo de la Memoria que estaba concluyendo para presentar al Congreso.

En esas circunstancias entraron á visitarlo los dos Diputados.

Ferreol estaba solo. A Estéban lo habia tenido enfermo quince dias antes y por consejo de los médi-

cos fué á convalecer á Flores. Misia Pepita, acompañada de su suegra, se encontraba allí y Ferreol iba dos ó tres veces por semana.

Esa noche estaba mal; no podia dominar bien la cuestion que trataba y se confundia en la redaccion, á punto de volverse torpe, y lo mucho que habia leído lo tenia febriciente.

Así es, que cuando lo convidaron para correr un poco la tuna, se defendió débilmente, forjándose la ilusion de que si conseguia distraerse se le refrescarian las ideas.

Uno de los Diputados habló con grandes ponderaciones de la belleza de la alemana.

—No; ahí podríamos comprometernos, objetó el Ministro: vamos á cualquiera otra casa que no sea tan pública.

Sus amigos insistieron y él entonces mandó buscar á Catay. Este estaba por recogerse, pero cuando supo que era el Ministro quien lo llamaba acudió apresuradamente.

—¿No ve lo que pretende esta gente? dijo, despues de informarlo de los proyectos de los Diputados.

Catay vislumbró que el Ministro queria que lo obligasen, y así fué que contestó:

—No hay mas, entonces, que condescender con los amigos.

Salieron inmediatamente y en la plaza mas cercana tomaron un carruaje. Lo demas ya lo sabe el lector.

Al dia siguiente, Ferreol fué muy temprano á visitar á su colega de la Guerra y Marina y arregló con él en que ese mismo dia ingresaria Víctor á la armada sin permiso para bajar á tierra. Lo demás no tuvo ulterioridades. El Comisario aprobó la conducta del oficial y le pidió que silenciara el suceso. Ferreol, con

mas calma despues no dió ningun paso. Luisa fué á la Comisaría, pero allí no se le oyó en sus pretensiones.

Volvamos ahora á nuestros jóvenes.

Cuando los dejó el oficial serian mas ó menos las tres y media de la madrugada.

En vez de seguir el juicioso consejo de retirarse á sus casas determinaron ir á un Café. Habrian andado media cuadra cuando se les unió Juan Diego.

Celebraron el encuentro con grandes carcajadas.

— ¿Cómo es esto? preguntó Andres.

— Muy sencillo, bajé por la casa de al lado. Lo mas lindo del caso es que ni me notaron, porque muchos jóvenes que habian oido el barullo estaban encaramados á la pared deseosos de ver lo que sucedia. Cuando bajé por la escalera les dije que habia conseguido presenciar algo. Abulté, largué algunos *canards* y con el primer grupo que pudo salir me escabullí, porque al principio los vigilantes no permitian que se abriese la puerta. Despues me puse á esperar aquí para saber en qué paraba la tanda. Me figuraba que los llevarian á la Comisaría y por aquí tenian que pasar necesariamente. Ahora, ¿cuéntenme Vds. cómo no están presos?

Andres esplicó el caso.

— ¿Entonces el Ministro pagará las averías? dijo Juan Diego. Qué lindo está esto.

— ¿Y el espejo?

— ¿Dí tú el piano?

Y aquellos calaveras reian desaforadamente. De pronto José se sintió descompuesto. Tuvo un mareo, luego una ansiedad cruel. Andres lo sostuvo.

Al poco rato empezó á vomitar el champagne y la cena al borde de la vereda.

—Vamos á tomar un café, dijo Andres, nos hará bien á todos.

Un vigilante gallego se acercó y les dijo:

—Es prohibido detenerse en las veredas.

—Pues bien, contestó el abogado, nos pararemos en el medio de la calle.

—En ninguna parte: sigan su camino ó pito llamada.

—No ha de ser mal cigarro ese.

—¿Qué dice?

—Mire, vigilante, yo voy á probarle que Vd. es un pobre diablo que tiene que tocar el pito por setecientos pesos al mes.

—Van á ver cómo los hago llevar á la Comisaría, replicó el agente incomodado —y se dirigió á la boca-calle con intencion de pedir auxilio.

—Doctor, dijo Andres, sigamos: no vamos ahora á comprometernos por una pavada: no toque, vigilante, gritó.

Siguieron entonces: dos cuadras mas adelante el abogado volvió á detenerse.

—A Dagiore, dijo, le llamó por arriba y á mí me llama ahora por abajo.

—Ya vamos á llegar á un Café, dijo Andres: sigamos, doctor.

—Ah! no: es un artículo de prévio y especial pronunciamiento, y sin decir mas se acomodó de cuclillas en el umbral de una casa.

—No sea bárbaro, decia Andres; José y Juan Diego no podian contener la risa al ver aquel jóven de galera y anteojos en una postura tan poco académica.

Lo esperaron en la boca-calle, donde llegó al rato el abogado arreglándose unos tiradores de seda.

—¿Usted usa eso? preguntó Andres.

—Oh! es muy cómodo y muy higiénico: así uno puede comer sin desabrocharse la hebilla del pantalón: además es un recuerdo: un regalo que me hizo una querida: un obsequio que me ha venido á costar cerca de cien mil pesos.

Así conversando de aventuras galantes se acercaron á un Café de la calle de Maipú que permanecía abierto toda la noche.

Allí jugaban muchos rezagados de las prácticas honestas al billar y á los naipes.

Tomaron café y charlaron de todo, recordando á cada momento las peripecias de aquella noche famosa.

Cuando abandonaron el Café era día claro.

Acompañaron al abogado hasta su casa y aquí hicieron otra parada.

Serian las siete y media en el momento que decidieron separarse.

Juan Diego, Andres y José tomaron el mismo camino, pues sus domicilios quedaban hácia el mismo rumbo.

Parecia que los vapores de los espirituosos cargaban todavía sus cabezas, pues iban cometiendo locuras y riendo de los transeuntes.

Decian cosas feas á las sirvientas que encontraban al paso y á veces descendian hasta cometer la vileza de manosearlas.

Iban confiados, sin temor á nada, en un aturdimiento estúpido que les hacia olvidar toda conveniencia.

Al pasar un grupo de jornaleros vieron unas polleras y nada mas.

Era Carlota y su madre con la china que las seguía

á pocos pasos cargando un envoltorio de costuras. José sin reconocerla le arrojó un piropo grosero. Ella se limitó á alzar su frente con un mohín altanero y le envió una mirada triste y de reproche que asesinó al jóven: la palidez que habia conseguido en la orgía, desapareció ante el rojo de la vergüenza que vino á inflamar su cara como si hubiese recibido un bofetón.

Misia Carlota indignada apresuró la marcha.

Andrés y Juan Diego, que se apercibieron primero de este paso en falso, pasaron bajando la vista y sin darse por entendidos.

Cuando alcanzaron á José le dijeron á un tiempo:

—¡Mira que eres bárbaro!

El jóven estaba consternado y su semblante revelaba una gran angustia.

—¿Y Vds., cómo no me avisaron? balbuceó.

—¿Si las hemos conocido recién cuando tú pasaste? Casi sin hablar llegaron al Café de Dagiore.

—¿Vds. siguen? les dijo con encono é indiferencia: yo me quedo: vivo aquí ahora.

Se despidieron y José subió á sus piezas.

Misia Carlota al seguir con su hija, le dijo:

—Ya ves qué clase de hombre habia sido. Es preciso que lo olvides para siempre.

Carlota hizo un gesto de dolor. Tenia ganas de llorar y se creia muy desgraciada.

—¿Que le quieres todavía? insistió la madre.

—Sí, mamá: ¿en caso que él hubiera seguido visitando y se hubiese conducido bien, qué mérito habria en serle consecuente?—Pero ahora que lo veo desgraciado no puedo quitarle mi cariño. Si de las relaciones que teníamos resulta algo malo, que sea culpa de él y no mia.

La jóven estaba apasionada de José: lo creia po-

bre y en su amor ardiente inventaba mil causas atenuantes para disculparlo; concluyendo siempre todos sus proyectos viéndose casada con Dagiore. La vivacidad de su deseo se daba el placer de crear obstáculos para allanarlos triunfalmente con una idea feliz. ¿Era pobre su novio? Pues ella trabajaria; sabia coser y podia ganar cuarenta pesos al dia.

La ardorosa jóven solo pesaba las ventajas—y el candor de su poca práctica de la vida le velaba los inconvenientes de que está preñado el porvenir.

No era tampoco posible, que viese á su edad, el reverso del prisma de la vida.

Ahora ganaba fácilmente cuarenta pesos al dia, pero su madre arreglaba las costuras y la china se ocupaba de limpiar la casa y hacer la comida. ¿Cómo pues, iba á pensar, que una vez casada vendria el embarazo, los hijos y otros cuidados del hogar que la impedirian dedicar su tiempo á las costuras?

Carlota y su madre volvieron cerca de las nueve. Se habian detenido en una iglesia, donde quiso entrar la jóven á desahogar su tristeza, elevando una plegaria á la Virgen María, que era la imágen de su devocion.

Almorzó muy poco, limpió despues la máquina de coser y se puso á trabajar.

José, entre tanto, habia tenido momentos furiosos en su cuarto: estaba sumamente nervioso y cuando recordaba el suceso de la mañana se avergonzaba y le venian ganas de golpearse.

Ahora Carlota era dueña de todo su ser. No podia, no queria perderla. Pensaba en vano un medio para desagraviarla. Luego al recordar á la madre caia en un desaliento grandísimo. Si se figuraba por momen-

tos que Carlota podría perdonarlo, creía también que la señora sería inexorable.

Su excitación crecía, como un río que avanza desbordado. Estaba febriciente — y esta angustia que sufría su organismo tenía necesariamente que despejarse en una crisis.

Volvió á la idea que había abrigado anteriormente; pero con el mismo resultado. Pensaba escribir dos cartas, una para Carlota y otra para la madre. Descontento de la redacción y enojado de sí mismo rompió infinidad de pliegos de papel.

Entonces se puso á pasear por la habitación, y de pronto, golpeándose la frente, exclamó:

—Sí; no hay más remedio: es lo mejor que puedo hacer, — y más calmado, casi alegre, empezó á mudarse camisa.

Hé aquí lo que había pensado: presentarse solo á la casa, implorar á la madre, ver si conseguía hablar con Carlota, y si era despedido, lo tenía resuelto, — volvería á su cuarto y se haría saltar la tapa de los sesos.

José aquí era el mismo de siempre: á la primera contrariedad ya pensaba en un medio extremo y vedado á espíritus de temple verdaderamente humano.

Su naturaleza desequilibrada no le permitía concebir, que en caso de ser despedido le quedaba el camino amplio del deber para rehabilitarse con una conducta digna y volver á merecer la estimación perdida.

Se arregló lo mejor que pudo y á eso de las dos de la tarde se dirigió, fluctuando entre esperanzas y zozobras, á la casa de su novia.

Cuando golpeó la puerta y la china vino á anunciarles que era José, las dos mujeres se impresionaron fuertemente, pero de bien distinta manera. A Car-

lota se le enredó la costura y la madre se paró abandonando la silla en que estaba:

—¡Yo no lo recibo! dijo: es demasiado atrevimiento despues de lo que ha sucedido hoy.

—Pero, mamá, imploró Carlota, tú debes ver lo que quiere; vélo, no hay por qué hacerle este desaire; al menos, lo que yo quiero es que nos conduzcamos bien.

Misia Carlota se ablandó: queria demasiado á su hijo para dejar de hacer lo que le pedia,— y aunque con tristeza, porque veia el capricho de la jóven que ya no era posible torcer, contestó:

—Está bien; lo recibiré; ¿pero qué le digo? Yo estoy muy enojada con él. Lo hemos tratado con mil consideraciones y no ha correspondido como caballero.

—Lo que tú hagas, mamá, estará bien hecho: pero vé pronto, que ha esperado bastante.

—Que espere; creo que le das mucho valor.

Fué misia Carlota á la sala y su hija se colocó detras de la puerta de comunicacion para poder oir lo que hablasen.

La señora abrió la puerta que daba al zaguan y pronunció la palabra consagrada:

—Adelante!

José avanzó con timidez; casi tambaleaba, dominado por la emocion.

—Señora, dijo con voz entrecortada y balbuciente,—vengo á implorar su generosidad y á pedirle humildemente perdon de mi grosería de esta mañana.

—Usted no nos ha ofendido, Dagiore, porque no ofende todo el que quiere, y ademas podia Vd. haber-

nos evitado esta visita : con lo que ha sucedido, nuestras pocas relaciones con Vd. han acabado.

El resentimiento de la señora despedazaba el corazón del jóven : no creyó que se le tratara tan cruelmente.

—Señora : Vd. tiene derecho á arrojarme como un perro de su casa, pero por lo que Vd. mas quiera en el mundo le suplico me escuche un momento.

—Hable Vd.

José entonces hizo su defensa ; habló de la enfermedad de su padre, que no los dejaba ni dormir ; dijo que él tambien habia estado muy enfermo ; y que despues, no habiendo recibos en lo de Ferreol, no se animó á volver á la casa por haber trascurrido tanto tiempo, pero que esperaba solo para hacerlo la apertura de un Registro que iba á establecer, con eso entonces, ya instalado y con medios seguros de vida poder pedir á Carlota, que era el compendio de su reposo y felicidad.

— Todo lo que me dice no da la razon de qué se haya retirado sin decir una palabra ; podia haber Vd. escrito....

— Señora, — en esos momentos creo que estaba trastornado ; puedo jurarle que jamás he dejado de pensar en Carlota ; — y aquel jóven altanero, vencido por la pasion, desesperado, viendo á la madre con las entrañas tan frias, se echó á llorar, desbordando su incertidumbre y todo lo bueno que le quedaba en el alma, en sollozos tenaces que no podia contener — y en el hipo de su llanto queria hablar y no podia, porque su afliccion, demasiado intensa, lo ahogaba.

Misia Carlota se apiadó al fin.

— No se aflija así, Dagiore : lo volveremos á recibir ; creo que su llanto me responde de que será siempre

mas juicioso, y diciendo esto, la señora lo dejó solo.

En la pieza siguiente no vió á Carlota. Siguió al comedor para buscarla y la encontró anegada en llanto.

— Hijita: ¿qué te sucede?

— Nada, mamá; habia estado oyendo.... ¡Dios mio!... no habia necesidad de decirle tantas cosas: ya ves, él es bueno. Si no hubiera temido que te enojaras habria entrado; pero mejor es que no lo haya hecho, porque tenia tantas ganas de llorar...

— Ahora es preciso que salgas un momento.

— Bueno; pero no lo dejes solo; yo tengo que lavarme los ojos; ah! ¿por qué no le llevas la palan-gana?

— Quita allá; lloran tan pocas veces los hombres... ya que lo ha hecho que se le conozca.

La madre tornó á salir y tuvo esta vez la suficiente delicadeza para no volver sobre el mismo asunto.

Cuando entró Carlota, sonriente y bella, José ya se habia calmado.

Se dieron un estrecho apretón de manos y la jóven se sentó á su lado. Entonces la madre, revelando un tacto verdaderamente humano, los dejó solos.

—¿Me perdona Vd., Carlota? la dijo José.

—No hablemos mas de lo pasado.

—Qué buena es Vd., replicó el jóven; crea que le debo mas que la vida; sin Vd. no sé qué seria ahora de mí: sus virtudes y su pureza me alientan, me llenan de fe y harán que nunca pueda ser un hombre malo.

Muchas cosas se dijeron y lo que callaban, la indiscrecion de los ojos lo revelaba con sobrada elocuencia. Al poco rato volvió la madre y José pidió la mano de Carlota, la señora los bendijo invocando á

Dios y la boda quedó concertada para dentro de dos meses.

José se despidió esa tarde enajenado: de todos sus poros sentía resurgir los entusiasmos generosos y el amor á la vida.

Decididamente no era el jóven de la víspera que de acuerdo con el abogado proclamaba la filosofía del escepticismo.

Estaba regenerado y no se le ocurrían mas que ideas nobles y dignas.

Seis dias pasaron—y cada noche habia ido José á hacer su visita, lleno de ilusiones y confianza en el porvenir, que tan risueño se presentaba para él. De la casa de su novia partía directamente á su alojamiento y allí se acostaba con un contento indecible. La cama le parecia mejor que nunca y con la dulce voluptuosidad que trasmite el amor correspondido su espíritu arrobado veía todo color de cielo. Cogía un libro y le era imposible leer; entonces, pensando en su novia, cerraba los párpados—recogiendo en ellos para recordarla en su sueño feliz—la imágen gentil de Carlota, que sentía vagar en formas seductoras sobre su frente de venturoso enamorado.

XII

Al día siguiente se levantó José con alguna incomodidad en la garganta. No le dió valor y lo atribuyó á un resfrio que tenia. Con todo, despues de tomar un café, se dirigió á la Botica de Andres.

Le pidió algo. y el jóven farmacéutico le llenó un cartuchito con pastillas de clorato de potasa.

Luego, olvidando la causa que le habia llevado allí, se puso á conversar alegremente de temas generales.

—Ah! ¿sabes una cosa? dijo de pronto su amigo: por poco no se me pasa, y es lo que mas tenia presente para decirte.

—¿Qué?

—Hombre! esa pobre de Josefina.

—¿La has visto?

—Sí; anteanoche hablaron aquí de ella varios jóvenes, y si despues no hubiera visto lo que decian, no lo habria creido.

—¿Pero qué es lo que hay?

—La pobre, completamente ciega y con pústulas en la cara, pide ahora limosna en el átrio de San Nicolás.

—¡De veras!

—Yo no lo creia y fui ayer á cerciorarme: era la misma, la acompaña una chiquita que ignoro de dónde la habrá sacado: los ojos no se le ven, porque

están ocultos con un pañuelo que tiene atado por detras de la nuca.

—; Pobre Josefina!

—La pobreza debe haberla resuelto á dar ese paso; ella que era tan orgullosa; si vieras con qué vestido anda. No puedo negarte que á mí me hizo su efecto: estaba tan acostumbrado á verla de terciopelo y llena de alhajas, que no era para menos.

—Es nuestro deber socorrerla.

—Tambien lo pensé: ¿pero quién nos garante que el miserable de su querido no la sigue esplotando?

—Eso se averiguará.

—Difícil, muy difícil me parece.

En fin, yo tengo muchas cosas encima, y cuando pueda, trataré de hablar con ella.

Conversó de otras cosas y al poco rato se despidió.

Habia hecho grandes esfuerzos para no descubrir ante Andres toda la pena que sentia.

Fué á su casa, sacó un papel de cinco mil pesos, y se dirigió en seguida á la iglesia de San Nicolás. Serian las nueve y cuarto de la mañana. En la puerta del átrio estaban varios pobres: dos viejos italianos, mugrientos y de barba crecida, dos mulatas que en su pereza, invocaban la caridad de los fieles, sentadas; y de pié, con la mano estendida, la desdichada ramera.

Josefina estaba tan cambiada, que José tuvo que adivinarla, y ¡cosa estrañal el jóven no se conmovió y la miró friamente. No era esa la Josefina que tenia en la cabeza—y al acercársele, comprendió que estaba muy lejos de ella. Su entusiasmo enfermizo se disolvió prontamente, como una bola de jabon. Un resto de compasion, sin embargo, pugnaba por ablandarle las entrañas, pero se defendió á sí mismo

haciendo razonamientos mentales y ahogó su enternecimiento. Acabó por pensar que nada habia de comun entre él y Josefina. Entró al templo, entonces, fluctuando sobre lo que debia hacer y salió al momento. Al pasar por el lado de la ciega le dejó caer en la diestra estendida, un billete de cien pesos moneda corriente, bien convencido ahora, que habria cometido un disparate dándole cinco mil como fué su primera intencion.

Fué á su casa; almorzó, y ya olvidado de Josefina, se puso á consultar un presupuesto que habia confeccionado de lo necesario para fundar un Registro, pues esta idea no le abandonaba y queria realizarla, tanto mas cuanto así lo tenian entendido en casa de misia Carlota.

Tenia poder general de Dorotea, y aun cuando se opusiera esta, pensaba ir adelante y aun vender el Café en caso necesario.

La libreta del Banco habia descendido á cincuenta mil pesos: en menos de un mes llevaban gastados casi treinta mil. Dorotea se escusaba con las deudas pagadas, sin embargo de que estas nunca ascendieron á mas de cinco mil pesos.

¿En qué se habia gastado tanto dinero? En nuevos muebles para la sala, en trajes para Victoria y María y en un préstamo de diez mil pesos que habia hecho Dorotea al Mayor Paz.

José se habia puesto al habla con el dependiente principal de don Guillermo, el cual le comunicaba datos y aun le dió esperanzas de ser su socio. Bastante versado en esta clase de negocio comprendia que el capital era pequeño y pensaba solicitar dinero del Banco de la Provincia. Esperaba para esto la llegada de un tio que estaba en Montevideo, al cual

iba á pedirle la firma. Si conseguia el descuento harian sociedad, pero como estaban ya entusiasmados empezaban á discutir puntos generales.

Estando don Guillermo en su estancia, José iba todos los dias á hablar con el dependiente.

Ese dia cuando José entró le enseñó lleno de alegría una carta de su tio. Celebraba la idea y le decia que contara con su firma para dentro de ocho ó doce dias, en que regresaria á Buenos Aires.

José con excelente humor se retiró á comer y por la noche habló de todos estos proyectos en casa de misia Carlota.

Despues conversó con su novia de la instalacion.

Carlota le dijo, con mucha franqueza, que ella lo seguiria á cualquier parte, pero que si se resolvia á vivir con su madre la daria un gran contento.

—Oh! contestó el jóven, en nuestra casa mandará Vd.; podrá hacer y deshacer como mejor le parezca.

—Ah! Vd. no sabe cómo le agradezco. Mamá me pedia que no le hablara de esto, pero se lo pasaba llorando al pensar que tal vez tendríamos que vivir separadas. Vd. le encontrará razon; hágase cargo que no tiene mas familia que yo, y á su edad, sola... bastante motivo tenia la pobre para entristecerse.

—Debo confesarle que soy un gran egoista. No habia pensado en esto, pero Vd. debió decírmelo antes.

—¿Qué quiere Vd.?...

—Ahí viene su mamá: dígale que en vez de uno, tendrá dos hijos.

Carlota lo hizo así y la buena señora lloró de alegría, y como la casa en que vivian era demasiado reducida, tres piezas solamente, se pusieron de acuerdo para buscar una algo mas espaciosa.

El jóven se despidió hasta la noche siguiente, y se acostó, como de costumbre, acariciando risueñas perspectivas para el porvenir.

Esa noche tuvo algun insomnio; á las doce, mas ó menos, consiguió dormir, pero su sueño fué intranquilo. Despertó dos horas despues, ya con alguna fiebre; encendió luz y se sentó en la cama. La garganta le picaba un poco, y como comprendiendo algo, muy pálido y haciendo un gesto desesperado, se tiró del lecho, — y desalado, lleno de angustia, abrió el cajon del lavatorio, tomó de allí un espejito de mano y poniéndolo muy cerca de la vela empezó á examinarse la boca.

Descubrió su desgracia. ¡Eran llagas las que tenia!

La orgía á que habia asistido siete noches antes empezaba á dar sus tristes frutos.

El jóven, consternado, no pudiendo aun medir el alcance de su enfermedad, se vistió silenciosamente — y hasta que llegó el dia no hizo otra cosa que consultar al pequeño espejo. De pronto una acerba desesperacion le punzaba las entrañas y crispando los puños maldecia de la vida y de su horrible suerte; luego se calmaba y el bálsamo de la esperanza descendia á endulzar su corazon ulcerado: se entregaba á la ilusion y creia entonces que sanaria pronto. Tenia tan turbadas las ideas que casi sin transicion, despues de una blasfemia, se ponía á orar é invocaba al buen Dios de su infancia, que hacia años lo habia olvidado, prometiéndole adorarlo por toda la vida y ser siempre bueno si lo salvaba de aquel trance.

A las seis y media fué á buscar á Andres. Estaba todavia en cama y tuvo que despertarlo.

El boticario lo reconoció y le dijo que esperase que

fuesen las diez, hora en que acostumbraba pasar por la Botica el Dr. Catay.

— Pero, ¿qué crees tú?

— Tal vez sean las antiguas, y si son reliquias de la otra noche, puede que sean benignas: no te asustes y espera á Catay como te digo.

— ¿Crees tú que puedo entregarme á sus manos?

— ¡Cómo no! Tiene mucha práctica en estas enfermedades.

Andres tenia por Catay el mismo entusiasmo que don Isidro.

José estaba muy nervioso. Se cansó pronto de esperar y demostró á Andres su impaciencia. Este le dió un diario del dia, pero el jóven apenas lo hojeó: su situacion lo aislaba del mundo y le hacia mirar desganadamente todo lo que no se relacionaba con su enfermedad. Se empezó á pasear; parecia que tenia azogue en el cuerpo. Al fin le fastidió la calma con que Andres arreglaba las cosas de la Botica. Su cerebro loco no podia comprender la vida regular. Le pareció eso demasiado estúpido y que Andres no se preocupaba como era debido de su situacion. Salió á dar una vuelta prometiendo regresar antes de las diez.

Vagó por las cercanías, anduvo por el Mercedo del Plata, y de pronto, sin quererlo, se encontró frente al átrio de San Nicolás. En su sitio de costumbre, como una figura de cera, rígida, quieta, con la mano estendida, divisó á Josefina; inválida de la crápula, reducida al triste estado de pedir á la caridad pública el pan de su sustento, despues de haber déjado en los lodazales del vicio su juventud, los sentimientos de su alma y la luz de su mirada. José tuvo horror—y febriciente, zumbándole los oidos, con un tur-

bion de ideas lúgubres, se dirigió á la Botica cabizbajo y alimentando los mas tristes presentimientos.

Tuvo que esperar mas de media hora á Catay. Este llegó, al fin, en su tilbury, algo apurado, porque ahora tenia mas clientela y se daba mayor importancia. En lo de Andres estaba todos los dias un momento; veia si habia alguna novedad y seguia: la noche la reservaba para la nueva Botica de don Isidro.

Andres lo impuso de la novedad que sentia José, y entonces Catay lo llamó:

—Pase para acá, Dagiore.

Fué el jóven á la habitacion en que jugaban al mus en otro tiempo los contertulios de don Isidro; Catay lo llevó á la puerta que daba al patiecito para tener mayor luz y le hizo abrir la boca.

—¿No ha tenido otra manifestacion? preguntó.

—No, señor.

—Es lo mas probable que venga. Voy á recetarle,— y mientras escribia, siguió diciendo: de esta bebida tomará tres cucharadas al dia y con la otra preparacion hará gárgaras, con tanta frecuencia como le sea posible.—Cuidese y no haga desarreglos.

—Ah, doctor, si salgo de esta todo eso habrá concluido.

—Así dicen todos cuando caen; pero despues que pasa el susto, se olvidan de la leccion y vuelven á las andadas. Habia sido Vd. muy calavera. Caramba, que le dió buen susto la otra noche á mi amigo el diputado.

José ni siquiera sonrió: maldecia esa noche desde lo mas íntimo de su alma, pero ya tarde.

Catay se despidió:

—Véame mañana á esta misma hora—y tenga

ánimo que lo hemos de remendar, porque en estas enfermedades no se cura nunca radicalmente.

El pobre jóven quedó abismado con ese equívoco consuelo.

Con todo, esperaba que no serian mas que las llagas: una voz secreta — la eterna sirena de la esperanza — lo alentaba y le decia que era imposible una desgracia mayor.

Llevó los remedios y con cierta unción, lleno de fe, se curó todo el dia: á la noche fué á hacer su visita de costumbre: la idea de que no pudiera realizar su matrimonio en la época concertada abatía su ánimo y lo ensimismaba cretinamente.

Carlota le notó algo extraño. Pensó que José podría haber tomado á mal algun dicho suyo y en vano se devanaba la cabeza, porque no recordaba la menor palabra que pudiera haberlo resentido.

El jóven estaba sombrío, y su silencio de esa noche contrastaba con la alegre verbosidad de que habia hecho gala en las visitas anteriores.

Carlota habia entrado en cuidado, pero no se animaba á preguntarle nada.

De pronto José lanzó un triste ay! suspirando; fué aquello impensado, sin creer que pudiera ser oido.

— ¿Está Vd. enfermo? preguntó entonces Carlota con el mas vivo interés.

José tardó en contestar.

— Sí, tengo un dolor de cabeza horrible, lo he tenido todo el dia.

La jóven se levantó y fué á buscar un poco de agua de colonia.

— Póngase un poco en las sienes, dijo, presentándole el frasco: eso le hará bien.

La madre vino despues y le dió tres ó cuatro recetas infalibles para el dolor de cabeza.

Todas estas atenciones ponian mas triste al jóven, porque si bien le hacian comprender los mimos y el cariño que le esperaban, estaba tambien seguro que el casamiento ya no podria tener efecto en el plazo convenido. Ciertas punzadas que estaba sintiendo y que le auguraban muchos dolores le hacian creer que Catay no se habia equivocado. Se levantó mucho mas temprano de lo que acostumbraba y se despidió:

—Hasta mañana, le dijo su novia: cúrese.

—Ah! esos dolores de cabeza hacen sufrir mucho, pero tienen de bueno que pasan pronto, agregó la señora.

—Hasta mañana, repitió José, haciendo un soberano esfuerzo: el gran desaliento que ya habia sufrido otra vez se estaba apoderando nuevamente de todo su ser.

Esa noche tuvo mucha fiebre y durmió muy poco. A eso de las doce de la noche empezó á sentir una dolorosa retencion de orina que se acentuó mucho mas, despues.

A la madrugada escribió unas líneas llamando á Andres. Este acudió en el acto y le recetó algunas cataplasmas y remedios sencillos como para calmar los dolores, y prometió volver á las diez con Catay.

Cuando entró el doctor, le tomó el pulso y se asustó.

—Ah! mi amigo, dijo, Vd. se ha asustado y asi no es fácil que lo sanemos. Es preciso valor.

—Lo tengo, doctor.

—Así me gustan los hombres; veamos lo que hay.

—Hum, en fin, no es nada, podria ser mas: ¿y las llagas cómo van?

—Lo mismo, doctor.

—Bueno, Andres, tú le vas á poner doce sanguijuelas y antes una sonda. Por hoy basta. No desmaye, mi amigo, y hemos de salir adelante. Trate sobre todo de no moverse mucho en la cama.

Andres dejó la Botica en manos de su dependiente y acompañó toda el dia á su amigo enfermo.

Serian las dos de la tarde cuando golpeó la puerta un muchacho que traia muchos folletos debajo del brazo.

—¿Está el señor Dagiore? preguntó.

—¿Qué se te ofrece? le dijo Andres.

Traia esto para él, contestó el muchacho, entregando uno de los folletos.

—Está bien.

Andres miró la carátula y vió que era la tesis de Juan Diego, que antes de presentarla á la mesa examinadora ya la estaba repartiendo entre sus relaciones.

José la reclamó, vió que trataba sobre enfermedades del corazon; dobló luego la carátula, varias páginas mas en que se dedicaba la obra al abuelo, al padre, á los vivos y á los muertos - y antes de comenzar el texto verdadero de la obra, descubrió una dedicatoria escrita. Decia así: *A mi querido amigo José Dagiore en recuerdo de la soberana tranca de la otra noche.*

EL AUTOR.

José se puso muy sério al leer estas líneas. Culpaba á Juan Diego de su enfermedad, pero no se atrevió á comunicárselo á Andres, porque como tambien el notario habia tenido su parte, temia que se resintiese.

A la tarde se fué Andres. José le rogó se pasara

por lo de Carlota y anunciase que estaba enfermo en cama.

—Mira, le dijo, hazme este servicio, pero con mucha cautela: diles allí que tengo una fiebre muy fuerte.

Entonces subió Cárlos á hacerle compañía.

El rudo italiano, en vez de consolarle lo afligió, refiriendo enfermedades que habia padecido, -- cuando lo que necesitaba el pobre jóven eran distracciones y que su espíritu se alejara de las negras ideas que su situacion le inspiraba.

—Lo que es Vd., no tiene nada, decia Cárlos: ahí si me hubiera visto á mí cuando ahora dos años tuve que entrar á curarme al Hospital: allí me daban una servilleta á morder con eso uno bufa y no grite. Entonces el médico con tijeras y bisturí corta la carne como podria hacerlo un carnicero: ¡ah, diablo! allí si que se sufre.

José le oia estremeciéndose.

Al dia siguiente Catay volvió á examinarlo. Lo encontró mal y le recetó un unguento mercurial.

Andres y el dependiente principal de don Guillermo lo acompañaron hasta hora avanzada.

A eso de las dos de la tarde, entro la china de misia Carlota.

José compuso la cama y ocultó varios frascos y dos sondas que estaban encima de la mesita de noche y la recibió entonces.

La china dió su recado y le entrego un fragante ramito de flores de parte de Carlota.

Cuando salió la sirvienta, José muy enternecido, no pudo contener las lágrimas, y con ese llanto, se escapaba tambien de su alma la energia que le quedaba.

Andrés trató en vano de consolarlo.

—Ah! soy muy desgraciado, decía sollozando: la felicidad no se ha hecho para mí.

—Si vas á sanar: ten valor y paciencia.

—Ah! es que si la madre llega á descubrir algo hará que su hija me desprecie.

—Si vas á hacer tantas suposiciones es claro que has de encontrar algun lado malo: no exageres tu situación.

Así pasaron varios días —y mas que la enfermedad, puede decirse que lo aniquilaba su preocupacion moral. No habia ya resistencia en aquel cuerpo trabajado por las pasiones.

Hacia tres años que seguia impávido el curso de una corriente de cieno. Varias veces fué salpicado y en cada enfermedad se habia curado á la ligera. Creia que sanaba, y era su naturaleza jóven que ocultaba el mal. Todas estas heridas mal curadas se habian abierto con los excesos que cometió la noche de la orgía.

Ahora tenia una cruel orquitis y se le habian formado dos abscesos.

Juan Diego al saber su enfermedad ocurrió inmediatamente y ayudaba al médico de cabecera.

Los abscesos supuraban mucho y Catay comprendió que habia llegado el momento de abrirlos.

Participó esta opinion á Juan Diego y le pidió que lo preparara. José al saber lo que le esperaba recordó asustado los cuentos de Cárlos.

Se sobrepuso y dijo á su amigo:

—Mira: antes de eso quiero saber una cosa: invoco para ello la amistad que nos une.

—Lo que quieras. . . . dí.

—Tú sabes que estoy comprometido á casarme:

he fijado el plazo y solo falta para que se cumpla casi un mes y medio: para dejarme operar y estar tranquilo quiero arreglar esto antes: lo que te pido pues, es que hables con Catay y me digas en qué tiempo podré estar en condiciones de cumplir mi compromiso: así, yo escribiré á la madre de Carlota y veré de arreglarme.

Juan Diego lo escuchó muy sério, y contestó despues:

—Voy á hablar con Catay.

Pasó á la otra pieza y comunicó al doctor lo que José queria.

—Es preciso mentirle, dijo Catay: se requiere estar loco ó muy enamorado para ponerse á pensar en casamiento en este estado.

—Ah! no, doctor; hagámonos ilusiones, si usted quiere; pero yo tengo que darle una contestacion aproximada á la verdad: lo quiero mucho y asi se lo he prometido.

—Vamos á ver: ¿qué piensa Vd.?

—Pienso que dentro de seis ú ocho meses podria casarse.

—Es mucho decir: lo que es yo no quisiera ser la novia: al abrirle los abscesos.... ¿ha visto Vd. cómo son?...al abrirlos, digo, se herirán necesariamente las tunicas albuginias, y sanará por ese lado, pero despues de producida la atrofia de los órganos, con lo cual quedará como Abelardo el desdichado amante de Eloisa.

—No vaya Vd. á decirle eso, por Dios!

—Es que hay mas: ¿le ha reconocido Vd. bien el paladar? Ya eso no se detiene: ese jóven se ha curado muy mal sus enfermedades anteriores: tiempo mas,

tiempo menos, póngale Vd. un año,—habrá que colocarle un paladar artificial.

Juan Diego estaba consternado.

Volvió á la pieza del enfermo y le dijo:

—Debes tener valor: tu enfermedad te ha agarrado fuerte, pero podrás casarte antes de un año.

—¡Un año! —repitió José, eso no tiene nombre, ¡Dios mio!—y con un inmenso desaliento dejó caer su cabeza sobre la almohada.

Juan Diego comprendió que lo asesinaba y trató de corregir su falta.

— Sí, pero esa es la opinion de Catay, lo que es yo, creo que dentro de seis meses. . . .

— Eso es peor: no me engañes, te conozco que tratas de tranquilizarme: tu misma cara me está diciendo que estoy muy grave.

— Si lo quieres tomar así, es claro: ¿acaso podría estarme riendo aunque lo que tuvieses fuese un simple resfrio? Siento de veras tu enfermedad, pero esto no implica que ella sea muy grave. Te diré todo: tu mejoría depende mas de lo que tú hagas que de la ciencia de los médicos: debes tratar de tranquilizarte y estar bien para que te operemos mañana. Será cosa de un momento, nada mas, un dolor pasajero.

— Ay! contestó el enfermo; si ahora sufro tanto, qué será despues de eso!

—Sufrirás menos entonces: es preciso que te decidas: Catay acaba de retirarse y yo he quedado en buscarle mañana para venir juntos.

—Hagan lo que quieran.

—¿Y nada resuelto: ¿no es verdad?

—Sí.

Serian las doce del dia próximamente. Juan Die-

go se despidió hasta la tarde y José quedó con Andres.

Una hora despues entró la china de misia Carlota á informarse de la salud del enfermo, trayendo el ramito de flores que le enviaba su novia. Esta cariñosa prueba de simpatía le hacia mucho mal. Lo desesperaba horriblemente, pensando que no merecia á Carlota. Cada momento que pasaba era un tormento para él y no encontraba excusas ni palabras; algun medio, en fin, razonable, que explicase el pedido de un plazo mas largo, y luego, ¿qué enfermedad simular, si dentro de uno ó dos meses lo verian en pié? Concluia en lo mismo; viéndose despreciado y rechazado por misia Carlota y su hija.

Fueron horas tremendas para el jóven. Tomó entonces su resolucion y se convenció á si mismo con razones que le parecian de una lógica terrible, de que debia darse la muerte.

Pensaba en medio de una angustia suprema, que Catay debia haber dado un pronostico horrible, cuando Juan Diego se habia decidido á decirle que recien sanaria dentro de un año. Los agudos dolores que sufría contribuian á afirmar en él esta idea. Projectó escribir, pero su desaliento y su resolucion le habian infiltrado una indiferencia desesperante. La idea que genera siempre el orgullo en estos trances y que hace pensar en un mañana que no se verá, no alcanzaba á irritar su pobre espíritu languidecente.

Andres lo estorbaba. Leia un libro cerca del balcon, esperando así que su amigo lo llamara ó que llegara la hora de darle un remedio.

—Andres, dijo, yo estoy abusando de ti, eres muy buen amigo, te estoy demasiado 'agradecido', pero no quiero que desatiendas tanto la Botica.

—¡Qué ocurrencia! Si no lo hiciera con gusto, pase.

—Ya sé, pero no es necesario que te incomodes tanto: ¿por qué no te vas ahora y vuelves á la noche á acompañarme otro poco?

—A la noche vendrá Juan Diego: si me voy vas á quedar solo.

—No, de dia no quiero que te embromes así: tu presencia es necesaria en la Botica; mira, puedes irte—y llamarlo á Cárlos de paso para que se quede conmigo.

Andres convino en esto, sin sospechar ni remotamente las intenciones de su amigo.

Se despidió y fué á llamar á Cárlos.

Cuando salia, José le gritó:

—No dejes de venir luego: adios. —

—Adios, hasta luego, contestó Andres.

Entonces José abrió el cajon de la mesita de noche y sacó su rewólver Bulldog. Lo examinó friamente y viendo que tenia sus cinco balas lo puso debajo de la almohada.

Al poco rato entró Cárlos.

—¿Cómo se siente? dijo.

—Mejor, pero muy cansado: todo el dia me han estado embromando las visitas y tengo sueño: voy á ver si duermo un poco: déjame solo y entorna la puerta: si viene álguien dí que no puedo recibir.

Cárlos salió—y entonces José volvió á apoderarse del arma: tuvo un desfallecimiento: el recuerdo de Carlota y de su familia lo enternecieron, pero fué un breve rato: secó sus lágrimas y en medio de una turbadora zozobra llevó el rewólver á su sien derecha: al sentir el frio del cañon volvió á desmayar. En una de estas angustiosas tentativas creyó oir pasos en la

escalera, escondió el arma y escuchó: nada, se había equivocado.

Pensó entonces, en que si venia alguno de sus amigos, tal vez quisiese pasar allí la noche, recordó despues la operacion que le esperaba al siguiente dia, volvió á turbarse, todo lo vió negro en su porvenir. su naturaleza gastada no fué capaz de una reaccion violenta y sus ideas tétricas impidieron que sonriera en su espíritu la acariciadora luz de la esperanza, siempre lejana y siempre brillante, como los astros de primera magnitud. Se precipitó al arma, y tomando con la izquierda el cañon, afirmó el puño sobre el ángulo facial y con la otra mano completó de arreglar la direccion á la sien—y apretó entonces el gatillo: antes de disparar el tiro hizo un movimiento instintivo que no consiguió desviar la bala. El cuerpo del suicida se sacudió violentamente un instante para quedar casi boca abajo reposando sobre el costado izquierdo. La mano crispada habia abandonado el revólver en una de las convulsiones de la agonía y estaba completamente manchado de sangre cercano á su pecho. La bala perforó el cráneo y fué á detenerse en el parietal izquierdo. De la herida manaba copiosa la sangre; se mancharon todas las ropas del lecho y despues empezó á caer por uno de los bordes de la cama.

Nadie en la casa sintió la detonacion.

Una hora despues, al caer la tarde, se presentó el dependiente principal de D. Guillermo: venia á anunciarle que ese dia habia presentado la solicitud al Banco, la cual seria considerada al siguiente.

Cárlos le dijo que estaba durmiendo, pero como la visita insistia se decidió á acompañarlo. Entró al cuarto, y aunque no habia mucha luz, vió la sangre.

Dió un grito y el dependiente de D. Guillermo se precipitó á la habitación. Los dos hombres quedaron mudos y sintieron calambres en las piernas. Retrocedieron espantados ante aquel cuadro de horror.

Sin saber lo que hacían bajaron nuevamente la escalera. A los gritos y los comentarios, acudió un vigilante, el cual llamó á otro.

Subieron, miraron el cadáver y quedó uno de ellos de guardia en la puerta mientras el otro fué á dar cuenta de lo sucedido.

Andrés llegó luego y le comunicaron la noticia. No daba crédito á lo que oía, se turbó y dijo con voz idiota:

— Para chanza es muy pesada: ¿se quieren burlar de mí?

Cuando se convenció de que era cierto y vió al vigilante que no dejaba entrar se le nublaron los ojos y hubiera caído si no lo sostienen.

Después vino Juan Diego. Quería morir — y se puso á llorar como un niño.

A las ocho de la noche el médico de policía lo había reconocido y la autoridad dió permiso para que la familia se hiciera cargo del cadáver.

Dorotea estaba ya preparada y había intentado varias veces salir para ver á su hijo muerto; pero algunas personas que la acompañaban se lo impidieron.

Para que no fuera tan violenta la escena de la traslación, el Mayor Paz, que andaba en todo esto, decidió que se arreglara antes la mesa mortuoria y se prendiesen los cirios en la sala de la casa de Dorotea.

Después algunos changadores trajeron el cadáver de José colocado ya en el cajón.

Juan Diego y Andres lo vistieron, y la cara, mas que con agua se la habian lavado con lágrimas.

Dorotea y sus hijas, á quienes retenian varias personas en las piezas interiores, se abrieron paso y como unas locas se precipitaron en la sala. Don Juan y D^a Margarita las seguian. Allí rodearon el cajon y cubrieron de besos y de lágrimas el rostro macilento del pobre muerto.

Cuando se desahogaron un poco las sacaron en brazos, porque se resistian á salir.

Mas tarde llegó el abogado, y conversando, dijo que ese dia habia hablado de José con Víctor.

—¿Dónde? preguntó Andres.

—En la calle de la Florida: anda ahora de guarda-marina y el padre le ha permitido bajar á tierra por ruegos de la abuela.

—Pues voy á escribirle dos líneas, dijo Juan Diego: si no puede venir esta noche estoy seguro que nos acompañará mañana al cementerio.

—Qué noche fatal aquella! dijo el abogado.

—Pobre José: quién lo hubiera dicho entonces, agregó Juan Diego.

—¿Y á Vds. no les ha sucedido nada? preguntó el abogado.

—Nada: parece que el pobre José fué el solo desgraciado.

—No tanto. á mí y á Víctor tambien nos pringaron.

—¡Qué barbaridad! replicó Andres, por decir algo.

—¿Qué le vamos á hacer? Así es el mundo.

Media hora despues llegó Víctor.

Se acercó silenciosamente al cádaver y le tomó una mano.

Despues salieron al patio.

Allí conversaron tristemente. De cuando en cuando veían al Mayor Paz pasar por entre los grupos de los conocidos ó amigos de la familia, grave, pero siempre haciendo conocer las dotes que poseía de adaptarse á las circunstancias: convidaba con cognac á unos, hacia dar mate á otros y no olvidaba que cada cuarto de hora era necesario despabilar las velas. Parecía un pariente lejano de la familia, pero muy comedido. El había dado la noticia á Dorotea, contrato el precio del servicio fúnebre y mandó los avisos de invitación á los diarios y se prometía conseguir temprano, al siguiente día, el certificado de la parroquia y el permiso de la Municipalidad.

Victor se despidió, porque su padre tomaría á mal que pasase fuera la noche, pero prometiendo volver al otro día.

A media noche el Mayor Paz llamó al abogado, y le dijo:

—Me han dicho que Vd. conoce al Cura de la Recoleta.

—Es cierto.

—Pues Vd. va á hacer un favor á la familia. La madre de José está temando con que no lo van á enterrar en tierra santa: ¿podría Vd. arreglar esto?

—Es muy fácil: la iglesia es cierto que niega la tierra en sagrado á los suicidas, pero se hacen muchas excepciones: por ejemplo, tratando de probar que estaba trastornado cuando se quitó la vida: no le diga esto último á la señora, pero puede garantizarle de mi parte que no habrá en esto ningun entorpecimiento y que se le aplicará el responso de costumbre: para mayor seguridad mañana temprano iré yo á la Recoleta.

—Mil gracias, voy á decírselo.

La noche se pasó sin ninguna novedad, salvo los sollozos intermitentes de la madre y las hermanas de José, que mas de una vez insistieron en volver a la sala, pero se las contuvo.

A la mañana volvieron algunos que se habian retirado temprano para descansar unas horas. Quedaron estos y entonces se fueron otros que habian velado toda la noche.

Poco despues el Mayor salió a despachar las diligencias que tenia que hacer; el abogado fué a la Recoleta y Andres y Juan Diego quedaron al lado del pobre amigo muerto.

En las piezas interiores estaba Dorotea, acompañada de su madre. Don Juan, vencido por el sueño, se habia dormido en un viejo confidente.

Hacia algunas horas que doña Margarita y Dorotea habian conseguido que las niñas se acostaran. Allí quedaban, sin mision que cumplir sobre la tierra, esperando un marido que nunca llegaria. Ignoraban que el brusco ascenso en el rango social que habia dado la madre, equivalia á haber quemado las naves á este respecto, pues sin fortuna nadie las pretendia, y con sus humos de princesas oponian un cordon sanitario á sus naturales pretendientes: Cirlos, el dependiente del Caté, los puesteros del Mercado y otros mozos por el estilo: dormian quietamente debido á su temperamento linfático, soñando con novios que nunca vendrian, estas pobres vestales contra su voluntad y por arte de un sistema social imperfecto.

A las tres de la tarde se soldó la caja y se clavó el cajon.

Dorotea quiso despedirse por ultima vez de su hijo, pero no la consintieron; toda deshecha en su

cuarto contenia los sollozos para no despertar á sus hijas. Doña Marganita la acariciaba en vano.

En el patio se hicieron á un lado los acompañantes todos vestidos de negro—y D. Juan, Andres, Juan Diego, Víctor, el Mayor y el abogado, sacaron el cajon.

El convoy fúnebre partió con direccion al Cementerio del Norte.

En los primeros coches iban nuestros jóvenes, pálidos, tristes y reconcentrados.

Llegaron á la Recoleta. Allí bajaron el cajon los mismos que lo subieron conduciéndolo á la mesa mortuoria de la capilla del Cementerio.

Vino un sacerdote y le echó el responso de costumbre.

Volvieron los amigos de José, y su abuelo, á tomar la carga—y se perdieron con el séquito en una de las callejuelas: se dirigian á la bóveda de la familia de Juan Diego, que es donde iba á reposar el infeliz suicida.

Llegaron; Juan Diego abrió el sepulcro, un peon bajó con unas sogas y otros dos que retenian los estremos precipitaron el cajon, el cual corrió sobre la puerta del sótano produciendo un chirrido destemplado; el sepulturero lo acomodó en uno de los catres y los otros recogieron las sogas.

Cuando salió el que habia descendido cerró el sepulcro y Juan Diego tomó las llaves.

¡Todo habia concluido!

Volvieron tristemente. D. Juan, que era el único pariente de José, se adelantó, porque le habia enseñado Dorotea que tenia que despedir el duelo en la puerta del Cementerio.

El pobre hombre estaba ya muy viejo y se encon-

traba incómodo entre los elegantes jóvenes que habían sido amigos de su nieto. Hacia, también, mucho tiempo que no vestía de negro y la levita arrugada que llevaba puesta le sentaba desastrosamente.

Cárlos se puso á su lado.

Al llegar el grupo de los acompañantes, el abogado, que recién la noche anterior había hecho relación con D. Juan, dijo:

—Bueno, viejo, estamos despedidos: todos nosotros nos reputamos amigos y hermanos del pobre José: váyase á descansar.

Sin embargo, se cruzaron algunos apretones de mano.

Después la pequeña concurrencia fué á buscar sus carruajes.

Al salir en grupo nuestros jóvenes, se encontraron con el cura de la Recoleta.

—Ah! dijo, divisando al abogado: ¿ya cumplió Vd. con su deber de amigo?

—De eso venimos.

Algunos coches partían.

—Esperen, muchachos, dijo el abogado.

Los presentó al cura.

Unos cuantos mendigos italianos de cara torva y frente deprimida, que habían salido del asilo contiguo les trababa el paso.

—Una limosna.

—Estamos muy pobres.

—Un cigarrito.

—Vayan; vayan para allá, dijo el cura apartándolos: estas hermanas se descuidan y los dejan salir, agregó.

Caminando volvieron á entrar al Cementerio.

—Me han dicho que era muy buen joven el amigo de Vds.

—Ah, señor; puede creerlo Vd., contestó Andres con sentido tono.

—¿Pero nosotros tal vez lo interrumpimos? dijo el abogado.

—De ninguna manera: venia á ver al Administrador del Cementerio por una cosa de escaso interés: al contrario, me hacen Vds. favor.

Entonces se hizo referir la muerte de José.

—Ah! caramba, caramba, murmuraba el sacerdote, y luego como todas las personas imbuidas en una sola idea que la generalizan para todos los casos, agregó: ¿saben Vds., mis jóvenes amigos, por qué suceden estas cosas? Se los diré: por la falta de fe, porque ahora en la escuela se descuida la enseñanza religiosa.

—Pues yo creo, replicó Juan Diego, que eso sucede porque sucede, y el pobre José tiene tanta culpa de lo que le ha sucedido como el transeunte á quien aplasta un ladrillo que cae de un andamio.

—Ah, señor, contestó el sacerdote, eso es blasfemar: Dios ha hecho libre al hombre, y por lo tanto es responsable de sus actos; de lo contrario se debería abrir las puertas de las cárceles.

—No, dijo el abogado, al cual le chispeaban los ojos: eso se hace porque la sociedad forja un sofisma: no venga á nadie ni reparte justicia, sino que se resguarda de un mal por el instinto de su egoismo: es lo mismo que cuando aisla á un enfermo contagioso.

El sacerdote estaba escandalizado.

Incidentalmente habian caido en una de las cuestiones mas grandes del Derecho y la Filosofia.

—Pero, señor, respondió, advierta que Vd. me niega que haya hechos malos y buenos.

—Precisamente: un deseo es lógico; es, mas bien dicho, con prescindencia de todo;—pero son las circunstancias tales, que al satisfacerse hiere otras ideas, otros intereses y ciertas bases establecidas,—y de aquí, el criterio que se forma para calificar un hecho de bueno ó malo; no siendo nada bueno ni malo en absoluto: estas ideas las desarrolla de otro modo y mucho mejor Schopenhauer....

—Siempre Vds. con esos autores extranjeros.

—Vamos al caso, dijo Juan Diego, y dejemos á Schopenhauer: yo lo nombro á Vd. juez: ahora bien, ¿condenaria Vd. á José?

—Eso, respondió el cura, solo corresponde á Dios.

—Pues yo digo que es inocente, exclamó el abogado.

—Y yo que es culpable, aunque la misericordia del Ser Supremo es infinita.

—Es preciso distinguir, dijo Andres: en mi opinion se es inocente de aquellos actos en que se incurre por ignorancia,—y culpable, cuando se cometen teniendo esperiencia y pudiéndose prever los resultados.

—No, contestó el abogado,—hay imanes fatales en la vida y cosas irresistibles.

—Para eso está el deber y la religion, respondió el sacerdote, que ya se sentia cansado de la discusion.

—Hay pasiones que arrastran todos los diques—y vuelvo á decir que los que se encuentran en el caso de nuestro pobre amigo son inocentes.

—Culpables, replicó suave pero tercamente el buen cura.

Se despidieron.

Desde la verja aun se dió vuelta el abogado y agitando su mano en ademan de saludo, gritó:

—¡ Inocentes !

—¡ Culpables ! respondió el sacerdote.

Los sauces y los cipreses del Cementerio, agitados por la brisa, detuvieron un momento estas palabras,— y al rato volvieron á repercutir, devueltas por el eco de las tumbas !...

FIN

